
VIREI PAPAI
LAS
GEMELAS
inesperadas
DEL
MULTIMILLONARIO
ALINE DAMASCENO



LAS GEMELAS inesperadas DEL MULTIMILLONARIO

ALINE DAMASCENO

Portadilla

Entrecapasdesign

Diagramación

Katherine Salles

Ilustración de los capítulos

Izzydoesartwork (Izzy Price)

Revisión y Preparación de Texto

Ana Roen

Thalita Bojes y Raildha.

Libro Digital

1ª Edición

Aline Damasceno

Todos los derechos reservados © Aline Damasceno.

Queda prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra, sea cual sea la forma utilizada —tangible o intangible, incluida la fotocopia— sin autorización por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción.

Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existan o que hayan existido en algún momento de la historia fueron utilizados únicamente para ambientar la trama.

Cualquier semejanza con la realidad será mera coincidencia.

Índice

Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capitulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Agradecimiento

SINOPSIS

Multimillonario italiano arrogante + error en la clínica de inseminación + strangers to lovers

Cesare della Rovere, un multimillonario del petróleo, tenía muchos planes en la vida, pero ninguno de ellos incluía convertirse en padre.

Para evitar a todo custo a paternidade, se sometió a una vasectomía; aun así, por si algún día llegaba a arrepentirse —algo muy poco probable—, dejó almacenado su material genético en una clínica de fertilidad.

El plan del arrogante y egocéntrico multimillonario estaba funcionando perfectamente… hasta que, un buen día, recibe una llamada explosiva de la clínica informándole de un grave error: ¡una desconocida estaba embarazada de él!

Cesare no renunciaría jamás a convivir con su hijo. Decidido, va en busca de la mujer… pero lo que no esperaba era convertirse en el papá inesperado de dos hermosas niñas gemelas.

Prólogo

Milán - Italia

Siete meses antes

— Un brindis por ti, por tu persistencia, por tu valentía y por tu fuerza — dije con la voz entrecortada al alzar mi copa. — Que hoy sea solo el comienzo de un nuevo capítulo, de tu nuevo comienzo.

— ¿Quieres hacerme llorar aún más? — murmuró.

— Sabes que no. Solo quiero celebrar tu vida y desearte todas las cosas buenas que mereces.

— ¡Lo estás consiguiendo! — Sollozó, ignorándome.

Vi cómo mi visión se nublaba un poco por las lágrimas que intentaba, sin mucho éxito, contener. Una gotita de su llanto resbaló por el rostro de mi hermana, seguida de varias más. A pesar del llanto, tenía una gran sonrisa en los labios, una sonrisa que iluminaba su cara, todavía un poco demacrada por la enfermedad. La sonrisa de una mujer que sabía que había ganado una batalla terrible.

El orgullo que sentía por ella se mezcló con el alivio de saber que la peor parte de aquella lucha había terminado, y no pude contener más mi llanto.

Curada.

Nunca una palabra me había parecido tan importante como aquella.

Durante más de un año, entre el miedo y la inseguridad, había deseado oír esa palabra de boca del oncólogo que atendía a Jane. Hoy, por fin, no solo la había oído, sino también leído en los resultados de los análisis. Había algunas secuelas, como la pérdida de fuerza en el brazo y ciertos dolores que, según el oncólogo, podrían persistir un tiempo, pero… ¡mi hermana estaba curada del cáncer de mama!

— No lo habría conseguido sin ti, hermana — dijo Jane al tomar mi mano libre y apretarla. — No lo habría conseguido sin ti a mi lado, en todos los momentos, sin tu fe ciega de que, por más frágiles que estuvieran mi cuerpo y mi mente, lograría superarlo.

— Estoy segura de que lo habrías conseguido… — susurré, con el llanto cada vez más convulso.

Ella negó con la cabeza, haciendo que la punta del pañuelo que llevaba rozara su cuello.

— No, no lo habría hecho, lo sé. — Apretó mi mano con más fuerza.

— Jane…

— Gracias por haber estado a mi lado.

— Nunca te habría abandonado, hermana. Te quiero.

— Sabes que no siempre el amor es suficiente para que alguien se quede a nuestro lado. — Hizo una pausa antes de añadir con sequedad: — Pero estoy siendo injusta, al fin y al cabo, Giovanni nunca llegó a quererme. Si me hubiera amado en algún momento, no me habría dejado cuando supo del diagnóstico…

— Lo siento — le dije lo mismo de siempre.

Podría haberle dicho que nunca me cayó bien Giovanni y que fue un pésimo marido, pero no podía. Antes del diagnóstico, los dos vivían bien, y él era un compañero bastante cariñoso.

Cuántas veces Jane y yo habíamos bromeado con que Giovanni debía tener un hermano para presentármelo. Incontables. Pero bastó un momento de vulnerabilidad para que mostrara su verdadero carácter. No solo abandonó a mi hermana, sino que también la traicionó.

— Solo me habría gustado descubrir antes que Giovanni no me amaba, y no haber perdido seis años de mi vida con él. — Suspiró largo y melancólico.

— Más vale tarde que nunca, ¡bella! — intenté animarla. — Tienes mucha vida por delante… Pero no vamos a hablar ni a pensar en Giovanni hoy. ¡Él es pasado! — Hice una pausa dramática antes de continuar: — ¡Y está estropeando mi brindis, lo cual es inadmisible!

— ¡Totalmente! — dijo divertida al alzar su copa de vino.

— ¡Un brindis por tu vida, Jane! — Le sonreí.

— ¡Por la nuestra! — Tocó su copa con la mía y brindamos.

Sin esperar más, bebí el vino tinto, dejando que el líquido rubí jugueteara en mi boca, despertando mis papilas gustativas.

Un suspiro de placer escapó de mis labios cuando noté el toque trufado en contraste con el sabor de las uvas Nebbiolo.

— ¡Este Barolo está buenísimo! — murmuró mi hermana.

— Sí. Pero ¿cuándo son malos los Barolos?

— Sabes que prefiero los suaves. Huyo de los secos.

— Ya.

— Pero este está muy rico.

— Me alegra que te guste. — Tomé otro sorbo, saboreando cada mililitro que quedaba en la copa.

Ella frunció el ceño.

— ¿Qué pasa?

— Ahora que lo pienso, ¡eres una descarada, Marcela!

— ¿Por qué? — arqueé una ceja mientras ella entrecerraba los ojos hacia mí.

— ¡Deberías haber comprado un vino suave, no seco! ¡Hoy es mi día, no el tuyo! — fingió estar enfadada.

— ¡Culpable! — murmuré divertida, alzando mi mano libre en gesto de rendición.

Empezamos a reírnos.

Nos reímos tanto de aquella tontería que me dolía la barriga, y Jane empezó a toser fuerte.

— ¿Estás bien? — me preocupé, mis instintos protectores se activaron y me levanté para acercarme a ella.

— Solo me ahogué con el aire — dijo entre toses. — Estoy bien, tranquila.

— De acuerdo. — Volví a sentarme.

Pasaron unos dos minutos hasta que dejó de toser.

— Esa fue horrible — susurró con la voz ronca, tomando el vaso de agua.

— Ya lo creo.

— ¡La culpa es tuya!

— ¡Ni empieces!

— ¡Empiezo, sí!

— Ya no tenemos cinco años, ¿sabes? — ironizé, interrumpiendo lo que sin duda se habría convertido en una provocación sin fin.

— Por desgracia.

— Sí… Eran buenos tiempos.

— Echo de menos correr entre los olivos en un día caluroso de verano, robando y recogiendo aceitunas.

— ¿En serio?

— ¿Te lo puedes creer?

— Podemos hacerlo juntas algún día…

Negó con la cabeza.

— Estaba pensando en hacerlo sola.
Bufé.

— No me malinterpretes, me encanta tu compañía, pero ¿sabes cuando sientes que necesitas hacerlo sola?

— Lo sé.

— Esta es una de esas veces.

— Hm…

— Quiero conectar con mi nuevo yo y descubrir el siguiente paso.
Volví a estirar mi mano para tomar la de Jane.

— Tienes todo mi apoyo, bella.

— Como siempre. — Sonrió con dulzura, una sonrisa que fue fácil devolver, pero enseguida volvió a ponerse seria. — Hablando de pasos, creo que ha llegado el momento de que tú des el tuyo.

— ¿De qué estás hablando?

— De tus sueños.

— ¿Sueños?

— El de ser madre.

— Jane…

— Ya renunciaste a él demasiado tiempo por culpa de mi cáncer.

— No hables así…

— No me estoy quejando — se defendió, tomando un sorbo de vino. — Solo digo que ya no hay motivo para seguir esperando. ¡Estabas tan ilusionada mirando una clínica!

— Sí, lo estaba. — No podía negarlo.

Había estado eufórica cuando, con el empuje de mi loca hermana, cansada de esperar a mi príncipe azul, empecé a

investigar la posibilidad de una inseminación artificial. Pero no tuve tiempo de ir mucho más allá, porque poco después Jane descubrió el cáncer.

— Creo que ha llegado el momento de retomar donde lo dejaste — dijo, sonriendo. — Has logrado tantas cosas, solo te falta eso para sentirte completa… ¡Y quiero ser tía, Marcela! — añadió indignada, volviendo al tema principal.

— ¡No seas dramática!

— ¡Me prometiste un sobrino! — hizo pucheros, y yo puse los ojos en blanco.

— ¡Lo tendrás!

— ¿Cuándo?

— ¡Jane! — le grité.

— ¡Ya tienes treinta y cinco!

— ¡Gracias por recordarme que me hago vieja! — refunfuñé. — ¿Debería recordarte yo que tienes treinta y dos?

— No, gracias. — bufó, y acabé riéndome de su cara. — No se trata de mí, sino de ti.

— Tú también me prometiste varios sobrinos, bella.

Vi tristeza en sus ojos.

— Dudo que eso ocurra.

— ¿Por qué?

— ¡Mírame! — La miré bien.

— ¿Por qué? — repetí con firmeza, antes de suavizar mi tono: — No hay nada malo en ti, Jane.

— Estoy demasiado rota.

— ¿Y?

— Necesito estabilizarme primero… — Hizo una pausa. — No tengo ninguna condición para ser madre ahora mismo. ¡Ni siquiera tengo trabajo!

— Estoy segura de que pronto volverás a colocarte.

— Ni siquiera sé si algún día mi salud lo permitirá.

— No hables así, claro que lo permitirá — susurré, sintiendo un nudo en el pecho. Odiaba oír ese pesimismo.

— ¡Y no estoy casada! — Hice una mueca.

— ¿Y acaso yo lo estoy? Que yo sepa, ¡estoy tan soltera como tú!

Jane chasqueó la lengua.

— ¡Tú eres más valiente!

— No hay nada de valiente en hacerse una inseminación artificial, Jane. Es algo normal.

— No sé si me gustaría recurrir a un donante anónimo — murmuró. — No es una crítica, ya que hay muchos motivos por los que la gente opta por eso, pero siempre imaginé que para mí sería distinto. Que tendría una relación sólida.

— Lo sé. — Suspiré.

— Pero estábamos hablando de ti, no de mí — añadió con una risita cuando solté un gruñido. — ¿Por qué no das el primer paso, que es volver a mirar clínicas y procedimientos?

Pensativa, me quedé mirando a Jane y, al ver cómo sus ojos castaños se llenaban de esperanza, sentí un cosquilleo en el estómago. Esperanza… Yo quería eso. Siempre lo quise.

— O puedes volver al juego y, quién sabe, ¡encontrar a un guapetón! — comentó con picardía al ver que no decía nada.

— ¡Jane! — volví a gritar.

— ¿Qué pasa?

— ¡No quiero un hombre!

— ¿Por qué no? ¡Eres preciosa! ¡Y joven!

— Lo dice la persona que hace unos minutos me recordó que me acerco a los treinta y cinco — protesté.

— Solo quiero ver a mi hermana feliz — replicó.

— Y yo solo quiero ver a mi hermana feliz — repetí.

Puso los ojos en blanco, y las dos volvimos a reír.

— Pero, ahora que lo pienso, ¡eres una descarada, Jane! — dije con malicia.

— ¿Sí?

— Acabo de entender por qué no quieres que te acompañe a pasear entre los olivos…

Su frente se llenó de arruguitas. Le dediqué una sonrisa traviesa.

— Seguro que esperas encontrar a un bombón que te haga un masaje caliente con aceite de oliva — susurré.

— ¡Marcela! — me gritó. — ¡Sabes que no es eso!

— ¿Ah, no?

— Ridícula.

— No estás muerta, bella.

— Ni tú.

— ¡Touché!

Reímos.

— Pero, ¿sabes quién sería una buena opción para ti? — preguntó Jane, llena de malicia.

— ¿Henry Cavill? — bromeé.

Mi hermana rodó los ojos.

— Un hombre real.

— Es un hombre real. — Encogí los hombros.

— ¡Y va a ser padre! — me regañó, y chasqueé la lengua.

Las dos volvimos a reír.

— Dejando a Cavill aparte, que está comprometido, ¿quién sería una buena opción para mí, bella? — pregunté curiosa.

— ¡Leonardo!

— ¿Leonardo? — exclamé, sorprendida.

— Tu asistente parece gustar de ti, Marcela — dijo en tono serio.

Negué con la cabeza.

— Es más admiración profesional.

— No estoy tan segura… — murmuró.

Fruncí el ceño.

— ¿Por qué dices eso?

— Su mirada no parece solo de admiración, sino también de un hombre enamorado.

— Enamorado es mucho decir, Jane. — Hice una mueca.

— Puede ser, pero que quiere llevarte a la cama, eso seguro.

— Eso no va a pasar.

— ¿Por qué no? ¡Está buenísimo!

— ¡Tiene doce años menos que yo! ¡Aún está en la universidad! — Mi voz salió aguda.

— ¿Y qué pasa?

— Es demasiado joven para mí.

— Tonterías. La edad es solo un número — dijo divertida.

— No para mí.

— ¡Además del vigor! — añadió con picardía, ignorándome.

— ¡Dio! — reí.

— Lo digo en serio. Un hombre más joven puede ser una buena opción, los viejos ya no valen nada.

— ¿Estás pensando en liarte con un chico joven, hermana? — contraataqué.

— ¡Marcela! — me gritó.

— Podría ser una buena opción — le devolví sus propias palabras.

Jane soltó una palabrota antes de decir:

— Estábamos hablando de Leonardo, que parece gustar de ti…
— Veo a Leo más como a mi pupilo que como otra cosa — respondí con sinceridad. — Además, nunca sentí ninguna chispa de atracción por él.

— ¿Te lo has permitido, Marcela?

Mordí mis labios. No, no me lo había permitido.

— Complicas demasiado las cosas.

— ¡Es mi empleado!

— ¿Y qué?

Negué con la cabeza.

— No quiero ningún tipo de relación… — me encogí de hombros antes de sonreír con malicia: — Aunque no me importaría tener un buen polvo ahora mismo. Y antes de que digas nada, ¡el de

Leonardo no cuenta! No me gusta mezclar mi vida profesional con la personal, y además ni siquiera sé si está saliendo con alguien.

Ella soltó una carcajada.

— ¡Marcela, eres una sinvergüenza! — dijo, pero no insistió en emparejarme con mi asistente.

— No me digas que negarías a un moreno guapo, de un metro ochenta, bien perfumado, cariñoso y atento con tus necesidades y, de regalo, con buena mano.

— ¡Quién sabe, quizá aparezca uno para ti! — Jane esquivó el tema, pero sabía que dentro de ella seguía habiendo una mujer llena de deseos.

— ¡Lo dudo mucho! Pero sería bastante cómico, Jane.

— ¡Y placentero! — provocó.

— Mucho. Lástima que los milagros no existan.

— ¡Nunca se sabe!

— Si eso pasa, te dejaré ser la madrina de mis bebés.

— ¡Eh, ya soy la madrina! — protestó.

— ¿Segura? — bromeé.

— ¡Lo soy! — deletreó cada letra despacio.

— Lo eres — concedí, y fui a buscar la botella de vino, hacía rato olvidada, volviendo a servirnos antes de alzar mi copa.

— ¿Marcela? — Parecía confundida.

— Creo que necesitamos hacer otro brindis.

— ¿Por qué? — Cogió la copa y la levantó también.

— ¡Por Jane que, si todo va bien, en menos de un año será la nueva tía de Lombardía!

Solté una carcajada cuando mi hermana gritó emocionada y chocó su copa con la mía. Mientras daba un largo sorbo a mi Barolo, le pedí a Santa Gianna que pronto me bendijera con mi tan soñada maternidad.

Capítulo 1



Apreté la mano de Jane con un poco más de fuerza cuando mi palma resbaló sobre la suya.

La ansiedad hacía que no solo sudara, sino que mi corazón latiera tan fuerte contra mi caja torácica que parecía que, en cualquier momento, iba a explotar.

Además de la expectativa que me carcomía, también estaba asustada.

Parecía una broma de mal gusto temer a una simple ecografía, pero ahí estaba yo, casi temblando, esperando el inicio del examen. Sabía que estaba embarazada. Hacía cinco semanas me había hecho la prueba de beta HCG y, para la felicidad de Jane, que lloró a

mares, el resultado fue positivo, lo que significaba que la inseminación había sido un éxito.

Estaba feliz, porque había dado un paso hacia mi sueño de ser madre y no tenía que enfrentar la sensación de un intento fallido, pero, al mismo tiempo, estaba temerosa.

Se habían implantado dos óvulos fecundados dentro de mí; al fin y al cabo, estaba cerca de los treinta y cinco, y ese era un procedimiento habitual, ya que existía la posibilidad de que uno de ellos no se desarrollara, o incluso los dos.

Aunque fuera solo un óvulo, algo diminuto que solo podía verse con un microscopio, en mi cabeza imprudente ya tenía dos bebés.

Pensar en la posibilidad de que uno de ellos no se desarrollara, por más común que fuese, me dolía, y temía que mi miedo se hiciera realidad.

— Le pido que intente relajar los músculos para que el examen sea menos incómodo, signorina Gargioni — dijo la obstetra.

— Lo intentaré — respondí con la voz temblorosa.

— Con permiso — pidió.

Apreté la mano de Jane con más fuerza cuando la mujer comenzó a introducir el transductor dentro de mí, y me obligué a respirar hondo. Intenté no contraer la musculatura, sintiendo que

fracasaba en el intento, porque tenía unas ganas enormes de pedirle que lo retirara.

— ¿Por qué no puedo oír los corazoncitos de ellos? — preguntó mi hermana después de unos minutos, con un tono agudo, ya que no se oía ningún sonido, repitiendo mis propios pensamientos. Estaba demasiado asustada como para escuchar la respuesta.

— No se preocupen. Es normal no oír los latidos en la quinta semana, puede tardar una o dos semanas más — dijo la doctora en un tono suave.

Escuché un suspiro de alivio de mi hermana antes de que volviera a interrogar a la obstetra:

— ¿Están bien, doctora?

— Están bien ubicados dentro de la misma placenta. Uno de los sacos gestacionales tiene diez milímetros y el otro, doce.

Sentí a Jane apretar mi mano.

— ¿Eso es bueno? — murmuré.

— Ambos saquitos gestacionales se están desarrollando dentro de lo esperado para la edad gestacional. Continuaremos acompañando a usted y a los bebés para garantizar un embarazo saludable — dijo la obstetra con alegría.

— ¡Dio! — susurré, sintiendo cómo mis ojos empezaban a humedecerse cuando mi cerebro procesó las palabras de la doctora. No pude contener mis emociones y me dejé llevar por ellas por completo.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas. Llevé mi mano libre al vientre, que ya mostraba una pequeña protuberancia, y comencé a deslizar la palma sobre él, como si de esa forma pudiera tocarlos. ¡Dos pequeños bebés crecían dentro de mí!

En medio del llanto, apareció una sonrisa inevitable.
Madre.

¡Por fin sería madre!

La realización de mi sueño hizo que el amor que ya sentía con la simple idea de vivir la maternidad alcanzara un nuevo nivel dentro de mí.

Esa emoción intensa se expandió por cada poro de mi cuerpo, dejándome con la sensación de que, finalmente, estaba completa.

La plenitud de ese sentimiento provocó que una risa de pura euforia escapara de mis labios.

¡Madre! De dos preciosos bebés.

Ser madre de dos era algo surrealista, mágico, indescriptible. Y poderoso.

Igualmente visceral era la certeza de que, por mis dos pequeños sueños que crecían dentro de mí y que ya me completaban, daría mi vida si fuera necesario.

Nadie en este mundo sería capaz de destruir el amor que sentía, y por ellos lucharía, siempre.

Capítulo 2



— Que tenga una buena tarde, signore della Rovere — dijo el hombre que estaba al frente de una de mis perforaciones offshore, ubicada en la cuenca entre Angola y el Congo.

— Ya la estoy teniendo, Hosi, y nada será capaz de arruinarla — respondí, y una sonrisa jugueteó en mis labios cuando él pareció extrañado por mi comentario. — Echaré un vistazo a los documentos que me enviaste sobre la empresa de extracción de zinc que está siendo subastada. Te daré una respuesta antes del fin de semana.

— Quedo a la espera.

— Si participamos en la subasta, quiero que tú encabeces las negociaciones.

— Agradezco la confianza, signore — murmuró. Hice un gesto, restándole importancia al asunto.

Hosi trabajaba para mí desde hacía poco menos de un año, pero ese tiempo bastó para que se ganara mi respeto.

Competencia, proactividad y ambición eran cualidades admirables, y bastante raras de encontrar reunidas en un solo empleado.

— Que tengas una buena tarde — le deseé.

Sin esperar que dijera nada más, finalicé la videollamada, que había durado más de lo previsto, lo cual solía irritarme, ya que detestaba cuando mi agenda, siempre cargada, se desordenaba por retrasos. Cumplir los horarios, para mí, era algo sagrado. El tiempo era dinero.

Sin embargo, tal como le había dicho a Hosi, nada sería capaz de estropear mi humor.

¿Cómo podría estar de mal humor cuando las ganancias estimadas para este año, solo con aquella perforación, superarían los miles de millones de euros? ¿Cuando mi decisión polémica, siete años atrás, de expandir Petrolium Spa más allá de la explotación en

tierra y fuera del territorio italiano, había convertido mi compañía en una de las mayores del mundo?

Sentía un placer enorme al saber que mis instintos, al apostar alto aun en contra de la opinión de mis consejeros, habían sido correctos. ¿Y cuándo me había fallado la intuición? Nunca.

Solté una breve risa ante ese pensamiento, antes de coger el documento que mi secretario había dejado sobre mi escritorio y que necesitaba mi firma para ser remitido al departamento jurídico hoy mismo.

No había llegado ni a la tercera página cuando sonó mi extensión.

— Ya estoy leyendo el documento, Philippo — dije al responder la llamada.

— No es sobre el documento, signore della Rovere. El signore Brunelleschi está en la línea y desea hablar con usted. ¿Puedo transferir la llamada?

— ¿Brunelleschi? ¿Qué quiere? — pregunté, frunciendo el ceño.

¿Qué podría tener que hablar conmigo uno de los dueños de la clínica de inseminación y del banco de material genético? Nada. Yo era solo un cliente más.

— El signore Brunelleschi dijo que es confidencial y de cierta urgencia.

Mi confusión aumentó, y una punzada de curiosidad me atravesó. ¿Qué podría ser tan urgente?

— ¿Debo decirle que está ocupado?

— No, pásame la llamada.

— Un momento, la transfiero, signore.

— Gracias.

— No hay de qué, signore.

El silencio llenó la línea durante unos segundos, hasta que escuché una voz vacilante; el hombre parecía asustado:

— Buenas tardes, signore della Rovere.

— Buenas tardes. ¿A qué se debe su llamada? — Fui directo al grano.

— Temo que no le agradará lo que voy a decir, signore.

Arqueé una ceja, aunque él no pudiera verlo.

— Solo lo sabremos cuando me lo cuente — respondí, echando una mirada al documento que debía terminar de leer.

Oí cómo tragaba saliva.

— Primero, en nombre de nuestra clínica, le pedimos disculpas por lo ocurrido e informamos que, además del despido de los empleados implicados en el error, hemos iniciado un proceso judicial contra ellos… — dijo, en tono temeroso.

Permanecí en silencio, esperando que continuara.

— Nunca había habido un error de tal magnitud, signore. Nuestra clínica es de excelencia y la más confiable del mercado.

— ¿De verdad? — Mi paciencia comenzó a agotarse con ese discurso que sonaba más a propaganda que a disculpa.

— No queremos que nuestra relación con usted se vea afectada.

— Ya lo está — dije con aspereza.

— Lo siento mucho, signore, yo…

— Diga de una vez lo que ocurrió. ¡Ahora! — ordené.

— Hubo una confusión al clasificar su material genético, y uno de nuestros equipos lo manipuló de forma errónea.

Un escalofrío me recorrió toda la columna.

No era lo que pensaba… ¿o sí?

No, no podía ser.

— ¿Fue descartado? — murmuré, rezando para que, fuera lo que fuera, al menos hubiera sido eso, aunque las posibilidades fueran mínimas.

Escuché cómo tragaba saliva al otro lado de la línea, y aquella pausa me arrancó las últimas esperanzas.

¡No, no, no!

¡No podía ser!

La furia comenzó a correr por mis venas y le grité cuando el hombre no respondió:

— ¡Responda, maledizione!

— El material fue utilizado en una de nuestras clientas, signore.

— ¡Cazzo! — rugí, sintiendo cómo la rabia aumentaba al confirmar que mi semen había sido usado en un procedimiento.

Mi mandíbula se tensó, y sujeté el teléfono con tanta fuerza que fácilmente podría haberlo roto.

— Pero no se preocupe, signore della Rovere, ya hemos corregido el error, y las demás muestras de su material ya no están registradas en el banco de donación — dijo, vacilante.

— Simple, ¿no? — ironicé. — ¡Vamos a fingir que mi jodido semen fue usado en cualquier mujer y ya está!

— Yo…

— ¿Cuándo ocurrió esto, maldita sea? — pregunté entre dientes.

— Hace dos meses.

— ¿Dos meses? — Me quedé aturdido unos segundos antes de explotar: — ¿Me está diciendo que hace dos meses mi semen fue introducido en una mujer y solo ahora me entero?

— N-nosotros solo nos dimos cuenta esta semana — tartamudeó.

— ¡Porca mísera!

— Lamentamos profundamente…

— ¿El procedimiento tuvo éxito? — lo interrumpí con sequedad, y en cuanto hice la pregunta sentí que se me erizaban los pelos y el aire se me atascaba en los pulmones.

Un "sí" cambiaría toda mi vida.

— Sí, afortunadamente.

— ¡Madre di Dio! — susurré, cerrando los ojos, mis emociones chocando dentro de mí.

Ira, frustración y contradicción me tomaban por completo, porque las circunstancias en las que me convertiría en padre eran un caos, pero también había una dulzura y una calidez extrañas en mi pecho. La idea de tener un hijo me sorprendía; nunca había querido uno. Todo mi enfoque estaba en convertir a Petrolium en la mayor empresa petrolera privada del mundo, tanto que terminé haciéndome una vasectomía. Guardar mi semen fue un plan B, por si algún día me arrepentía, cosa que veía poco probable.

Quién lo diría. Aquí estaba yo, no tan reacio a la noticia de que, por un error, iba a ser padre.

¿Me gustaban las circunstancias?

No.

¿Seguiría destruyendo a la clínica?

Sin duda. No descansaría hasta verla cerrada.

¿Estaba realmente furioso con toda la situación?

No tanto como debería.

Eso era sorprendente. O quizá no tanto. Al fin y al cabo, ¿qué podía hacer ahora que mi semen había sido usado y había resultado en un embarazo? No podía ignorar el hecho de que una parte de mí crecía en el vientre de alguien. ¡Cazzo! Preferiría lanzarme al Gran Canal de Venecia y nadar entre esa contaminación antes que fingir que no tenía un hijo.

Iba a asumir mi papel de padre, les gustara o no.

— ¿Cuál es el nombre de la mujer que fue inseminada? — pregunté, práctico.

— Esa información es confidencial, signore, y no podemos divulgarla.

La irritación volvió con fuerza.

— ¡Quiero el nombre de esa mujer, inmediatamente! — ordené en un tono gélido.

— No podemos, signore. Es contrario a las normas de nuestra empresa, y también ilegal, pues vulnera el derecho a la confidencialidad de nuestra cliente.

— ¿Usar mi semen en una mujer sin mi consentimiento también forma parte de sus normas, stronzo? — escupí con veneno.

— N-no… — balbuceó.

— El nombre, Brunelleschi.

— Signore…

— ¡Ahora!

— Intente entender…

— Intente entender usted que es mi hijo el que está creciendo en el vientre de esa mujer y que tendrá a su padre presente en cada momento de su vida — lo interrumpí con un tono cargado de pasión, tamborileando los dedos sobre la mesa antes de lanzar el anzuelo — Conseguiré esa información, de un modo u otro. Usted decide si será de manera amistosa o si tendré que emplear métodos más agresivos.

— Si-signore… — balbuceó.

— ¿Qué va a ser?

— Le enviaré un correo con toda la información de la mujer que recibió su material.

— Buen chico — murmuré, como si hablara con un perro.

— A cambio de nuestra colaboración, ¿podríamos pedirle que sea razonable con nosotros?

Reí.

— ¿Signore?

— ¿No le parece una petición demasiado atrevida?

— Por favor, signore della Rovere…

— Tiene diez minutos para enviarme el correo con su información — sentencié, colgando.

Golpeé el auricular en su base y miré la hora en mi reloj de pulsera para marcar el tiempo.

Diez para las once. Perfecto. Once en punto. La hora que marcaría la caída de esa clínica.

Un error.

Un bebé.

Mi bebé.

— ¡Cazzo! — murmuré, pasándome la mano por el cabello.
¡Voy a tener un hijo!

Con una desconocida. Con una mujer a la que nunca toqué ni besé.

La risa se escapó de mis labios, y el eco que resonó en mi despacho me pareció extraño.

¡Increíble!

¡Ridículo!

Reí aún más.

— ¡Qué suerte la mía! — dije entre carcajadas, sintiendo el abdomen contraído y dolorido.

El sonido de un correo entrante resonó en mis oídos. Al ver que era de Brunelleschi, sentí cómo mi humor extraño se disipaba, dando paso a la expectación.
La mujer desconocida ahora tendría un nombre, una edad, una dirección.

Solo entonces comprendí lo mucho que la situación podía complicarse.

Un escalofrío me recorrió mientras abría el archivo adjunto y dejaba que mis ojos recorrieran el documento, captando los datos esenciales.

Marcela Gargioni.
Treinta y cuatro años.

Diseñadora de interiores.

Soltera.

— ¿Soltera? — murmuré para mí mismo, sorprendido.
¿No se suponía que esa mujer debía estar casada?

Sin razón aparente, esa información me inquietó, y, sin pensarlo mucho, terminé escribiendo su nombre en Internet. Rápidamente encontré una foto.

El cabello castaño ondulado, cortado por debajo de los hombros, acariciaba un rostro en forma de diamante. Las mejillas salientes, el mentón con una pequeña punta atrevida. Podría decir que eran los ojos castaños verdosos, ligeramente rasgados en las comisuras, los que más destacaban, pero en realidad eran sus labios.

Una boca amplia, con el labio inferior más carnoso que el superior. El pintalabios rojo hacía que resultara aún más sensual y tentadora. Sin duda, la mujer que llevaba a mi hijo era hermosa. Deseable. Hipnotizante.

Era fácil imaginarme besando esa boca, que debía de ser muy suave y deliciosa.

Soltera.

La palabra resonó en mi cabeza como un mantra, y sentí la sangre hervir por Marcela.

Debía de haber una razón por la cual una mujer así estuviera sola, ¿no? Eso si realmente lo estaba; al fin y al cabo, el estado civil "soltera" no decía mucho. Podía tener a alguien, después de todo.

La idea hizo que mi excitación se enfriara de golpe. Miré el reloj en la esquina de la pantalla.

Once y cuarto. Me molestó darme cuenta de que había pasado más tiempo del que debía observando aquella fotografía.

¡Stronzo! ¡Pervertido! ¡Necio!

Solo un maldito necesitado perdería tanto tiempo mirando la foto de una mujer, deseando besarla.

Mi humor se agrió del todo, algo que debería haber ocurrido cuando recibí la noticia del error de la clínica.Cogí el teléfono y marqué la extensión de mi secretario.

Ya era hora de empezar con la caída de esa clínica, pero, en ese momento, había algo mucho más urgente para mí: obtener más información sobre Marcela Gargioni, la madre de mi hijo.

Capítulo 3



— Necesito que te pongas en contacto con todas las tiendas de materiales de demolición para ver si encontramos una caja de azulejos igual a la de la foto que te envié por mensaje.

— De acuerdo. Puedo hablar con algunos anticuarios para ver si alguno tiene.

— Gracias. — Le sonreí a Leonardo en señal de agradecimiento, aunque dudaba mucho que pudiéramos encontrar ese tipo de material en un anticuario.

— De nada. — Movió la cabeza de forma casi imperceptible. — ¿Deseas que haga algo más, Cela?

— Encontrar el azulejo es la prioridad del momento, ¡sin él estoy perdida!

— Tonterías. Si no lo encontramos, estoy seguro de que pensarás en una solución adecuada — dijo con un tono que podría halagar a cualquiera, pero no a mí.

Suspiré hondo. Ya tenía una solución en mente, pero no quería recurrir a ella.

¿Quién querría decirle a una clienta que tendríamos que cambiar el azulejo antiguo que tanto le gustó, uno que había guiado todo el diseño de la cocina que hice? Peor aún: por culpa de un descuido del equipo de carpinteros que, al instalar los armarios, rompieron dos losas.

No.

Definitivamente no quería tener que hacer eso.

Solo de pensar en contárselo, me dolía la cabeza.

— Todo saldrá bien, Cela, siempre sale. Ya sabes que un proyecto sin imprevistos no es un proyecto — intentó animarme Leonardo.

— Eso espero, Leo — dije, sin mucha esperanza, llevando instintivamente las manos a mi vientre, aún pequeño, y

acariciándolo. — El día no puede empeorar, ¿verdad?

Justo cuando pronuncié esas palabras, escuché un suave golpe en la puerta. Alcé la vista, y sentí cómo se me erizaba la piel al ver primero el traje negro, de tela cara y perfectamente ajustado al cuerpo grande, ancho y poderoso del hombre que lo llevaba. Las mancuernas de oro eran solo un detalle que reforzaba su aura de poder. No es que las necesitara. Cuando por fin miré su rostro, sentí un impacto al reconocer esos rasgos que ya había visto varias veces en revistas y en Internet.

Su cabello oscuro tenía algunos mechones grises que lo hacían aún más atractivo. La barba corta acentuaba su masculinidad. Sus ojos azules brillaban como dos zafiros.

Aquel hombre era inconfundible. Cesare della Rovere. El gran magnate del petróleo. El poder y el dinero en persona. Y todo ese poder estaba centrado en mí, porque los ojos del signore della Rovere me miraban fijamente.

Sentí un nuevo escalofrío bajo su atención.

— Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle, signore? — preguntó Leonardo, aclarando la garganta.

El multimillonario ni siquiera lo miró cuando respondió con voz grave:

— Necesito hablar con la signorina Gargioni.

— ¿Tiene cita, signore?

— ¿Debería tenerla? — sonó irónico, y tuve que contenerme para no arquear una ceja.

— Suelo atender solo con cita previa, signore della Rovere — respondí.

— ¿De verdad?

— No me gusta dar la impresión de que no tengo tiempo para atender adecuadamente a mis clientes, especialmente cuando mi agenda está llena.

— Haré una excepción, ¿no es así? — dijo con un tono suave, pero igual de peligroso.

Ese hombre no aceptaría un "no". Y yo no podía rechazar a un cliente tan poderoso.

¿Quién no querría trabajar para un della Rovere? Era una oportunidad de oro.

— Por supuesto, signore. — Desvié la mirada hacia Leonardo, que parecía sorprendido. — ¿Podrías servir un café al signore della Rovere?

— No es necesario, signorina.

Lo miré.

— ¿Desea un vaso de agua o un whisky, signore? — ofrecí.

— No es necesario.

— Puedes dejarnos a solas, por favor, Leonardo.

Vi a Leonardo hacer una ligera reverencia antes de retirarse y dejar pasar a nuestro "cliente".

— Tome asiento, por favor, signore della Rovere — le pedí, señalando la silla frente a mí. El multimillonario se acercó con pasos felinos e hipnóticos.

— Cesare — me corrigió, con los ojos azules brillando como gemas. — No hace falta tanta formalidad entre nosotros, Marcela.

Confieso que me quedé un poco descolocada al oír mi nombre en su voz. Sonó melódico, casi como una caricia sobre mi piel, y sentí otra vez mis pelos erizarse. ¡Malditas hormonas!

Y no ayudaba en nada tener la mirada atenta del magnate sobre mí.

— Está bien. — Me obligué a ponerme en modo profesional, ignorando mis nervios alterados por el embarazo. — Me alegra que te hayas interesado en mi trabajo y me hayas considerado para un posible proyecto.

— No solo lo estoy considerando, vas a hacer los proyectos que tengo en mente — afirmó con total arrogancia.

— Entiendo. — Fui cortés, aunque no me gustó su tono. — ¿Puedo hacerte una pregunta, Cesare?

— El diálogo será la base de nuestra relación, así que sí, puedes preguntarme lo que quieras, Marcela.

Otra vez esa frase: "nuestra relación". Sentí un cosquilleo en el vientre.

¡Relación profesional, Marcela! Solo profesional… pero ¿por qué su mirada me hacía sentir que no se limitaría a eso?

— ¿Qué fue lo que más te atrajo de mi trabajo para tener tanta certeza de que soy la persona adecuada?

— No es una pregunta muy inteligente para hacerle a un cliente, Marcela.

— No, no lo es — admití.

— ¿Y aun así quieres hacerla? — sonrió.

— Necesito saber por qué decidió contratarme sin siquiera discutir los proyectos que tiene en mente. — Fui sincera.

— ¿Necesito una razón?

Fruncí el ceño.

— Es obvio.

— No lo veo así.

— No es lo usual, hay muchas variables: estilo, expectativas, plazos y, sobre todo, el presupuesto y mis honorarios.

— Sabes que el dinero no es un problema para mí, Marcela — dijo, arrogante. — Estoy dispuesto a pagar, sin importar cuánto.

— No es una respuesta muy inteligente — solté sin pensar, repitiendo sus palabras. Vi cómo sus labios se curvaban con un aire peligrosamente sensual. Me removí incómoda en la silla. — Perdón por el comentario.

— No tienes por qué disculparte si realmente crees que no es prudente no establecer un límite.

— Exacto, por eso sugiero definir un presupuesto.

— No será necesario.

— Yo no trabajo así.

— ¿Siempre pones tantos obstáculos cuando trabajas para alguien, Marcela?

Tragué saliva, incómoda por su tono suave y curioso.Me hacía sentir como una mujer difícil.

— Existen normas y ética profesional, Cesare — me defendí. — Tú, más que nadie, deberías saberlo.

— Lo sé, pero para todo hay una excepción, ¿no crees?

— No siempre.

— En este caso, la habrá — dijo, con ese tono que no admitía réplica.

— Como desees — cedí, diciéndome a mí misma que si él no quería fijar un presupuesto, lo haría yo por él.

— Me alegra que estemos de acuerdo — comentó con un toque de humor y arrogancia.

Tuve que obligarme a sonreír. Sin duda, ese hombre sería el cliente más difícil de mi vida.

— ¿En qué puedo ayudarte, Cesare? — pregunté, tomando mi tableta y abriendo el bloc de notas. Intentar entender sus motivos no me llevaría a nada.

Sus ojos brillaron con diversión.

— ¿Deseas redecorar un espacio en particular o varios ambientes? — pregunté cuando se quedó en silencio, observándome con atención.

— Un espacio específico… Bueno, dos. Quiero que redecores una de las habitaciones de mi ático y otra en mi villa de Cerdeña.

— Entiendo. — Anoté. — ¿Serán suites?

— Sì.

— ¿Y los baños también?

— Ahora que lo pienso, sí. No están adecuados.

— Bien. Entonces serán cuatro ambientes. ¿Hay alguna necesidad especial? ¿Piso antideslizante, barras de apoyo?

— Es para un bebé, Marcela.

— ¿Un bebé?

— Sí, mi bebé — respondió con un tono lleno de ternura que me desarmó.

— Enhorabuena por tu bebé, Cesare.

— Gracias.

— Imagino lo feliz que debes estar.

— Es un momento mágico, ¿verdad? — murmuró.
— Sì.

Sonreí y, sin pensarlo, llevé la mano a mi vientre, donde mis dos semillitas crecían. Cesare no apartó la vista del gesto, su mirada fija e intensa. Incómoda por su escrutinio, bajé la mano y la apoyé sobre la mesa.

— Será un placer decorar la habitación de tu bebé — dije con una sonrisa nerviosa.
Cesare no respondió.

— ¿Tienes alguna idea o referencia? ¿Algo clásico, moderno, relajado?

— No, no he pensado en nada.

— De acuerdo. — Suspiré. — Podría mostrarte algunos de mis proyectos, o quizás podríamos visitar los espacios junto con la madre del bebé, si ella ya tiene alguna idea.

Los ojos azules de Cesare brillaron.

— Tengo toda la intención de dejar ese asunto en sus manos — dijo, enigmático. — Ella tiene un gusto exquisito.

Sonreí ante el cumplido hacia su esposa.

— Estoy segura de que haremos un gran trabajo juntas.

— No lo dudo.

Le tendí mi tarjeta.

— Aquí tienes mi número y correo para que ella pueda agendar una reunión.

— No será necesario — murmuró, mirándome fijamente.

— ¿Ella ya tiene mis datos? — fruncí el ceño.

— No los necesita. — Siguió hablando en enigmas, y un escalofrío me recorrió la espalda.

— No entiendo, Cesare.

Sus labios se curvaron lentamente, y un brillo divertido apareció en su mirada.

— Ella está justo delante de mí.

Capítulo 4



Seguí con el ceño fruncido mientras mi mente se hacía un lío intentando procesar las palabras del multimillonario. ¿La madre del bebé de Cesare estaba frente a él?

¿Cómo? Era imposible. Solo estábamos los dos en aquella sala…

— ¿Te encuentras bien, Cesare? — pregunté, preocupada.

— ¿Por qué no habría de estarlo, Marcela?

— ¿Estás viendo algún reflejo o algo parecido?

Él arqueó una ceja, mirándome con cierta diversión.

— ¿Un fantasma? ¿Qué tontería es esa?

— Sabes que solo estamos tú y yo aquí dentro, ¿verdad?

— Lo sé, estoy completamente cuerdo.

— No lo parece.

— ¿Ah, no? — El humor se dibujó en su rostro firme y masculino.

— La madre de tu bebé no está aquí, Cesare.

— Sí que lo está. — Hizo una pausa. — Estoy hablando con ella ahora mismo.

Mi mente volvió a colapsar, procesando todo con la lentitud de un ordenador antiguo.

Cuando por fin entendí que el multimillonario hablaba de mí, di un salto en la silla, aterrada.

Tal vez debería llamar a Leonardo. ¡Cesare estaba loco!

Carraspeé.

— Es imposible que yo sea la madre de tu bebé.

— ¿De verdad? — replicó, enigmático.

— No te conozco.

Cesare pareció aún más divertido.

— Más que nadie, tú deberías saber que no es necesario conocerme para estar esperando un hijo mío, Marcela. — Hizo una pausa. — ¿No fuiste tú quien se sometió a una inseminación hace dos meses?

Abrí y cerré la boca, atónita.

— ¿Cómo sabes eso? — Mi voz salió temblorosa.

— Porque soy el padre del bebé — afirmó.

Lo miré boquiabierta, horrorizada, sintiendo una quemazón en el estómago.

— No existe ningún padre.

— Me temo que tengo que discrepar, dolcezza. Soy yo el padre.

Negué frenéticamente con la cabeza y solo me detuve cuando empecé a sentir náuseas.

— ¡No existe ningún padre! — repetí.

— ¿Y yo qué soy entonces?

— ¡Un loco!

Él soltó una carcajada. En otras circunstancias, habría pensado que era una risa seductora. Era grave, profunda, de esas que si se susurran al oído podrían erizarle la piel a cualquiera.

— Te aseguro, Marcela, que estoy perfectamente cuerdo — dijo, esbozando una sonrisa. — Mi esperma fue utilizado en ti. Así que ese bebé también es mío.

— ¡Dejó de ser tuyo en el momento en que donaste tu material! — repliqué, conteniéndome para no gritar. Cada vez me sentía más nerviosa con aquel tema. — Tengo un documento legal que me respalda, que dice que el donante no es más que eso: un donante. ¡No tiene ningún derecho sobre el niño!

— En otras circunstancias, tal vez…

— ¡No porque seas rico las circunstancias cambian! — grité. — ¡No puedes violar mis derechos, no más de lo que ya estás

haciendo! ¿Cómo conseguiste la información de que recibí tu esperma? ¡Eso es confidencial!

— Cálmate, Marcela — dijo en un tono que sonó realmente preocupado.

— ¿Calmarme? ¡Vienes aquí a imponerte y soy yo la que tiene que calmarse!

— Eso no le hace bien al bebé — murmuró.

— ¡Bebés, Cesare! ¡Son dos! ¡Y son míos!

Capítulo 5



— ¿Qué? — pregunté, demasiado sorprendido por sus palabras.

— ¡Lo has oído! — Llevó una mano al vientre, como si quisiera protegerlos de mí, y no supe si debía sentirme cabreado con ella o admirar su instinto protector hacia los bebés. — ¡Esos niños son míos!

— ¿Niños, en plural? — insistí, medio atontado, queriendo asegurarme de no haber escuchado mal.

Iba a tener dos bebés.

— Sí. Dos. ¡Y son míos! — replicó combativa, con esos ojos castaños verdosos que me fulminaban.

Esa mujer quería matarme. No podría, claro. Tendría un colapso antes de que siquiera intentara estrangularme. Mi corazón latía con fuerza, haciéndome jadear, mientras varios temblores recorrían mi cuerpo. Dos bebés. ¡Caraglio! ¿Sería padre de gemelos?

Miré su vientre, apenas abultado, que ella acariciaba con suavidad.

¡No podía ser! ¿O sí?

— ¡Sal de aquí, Cesare! — ordenó con un tono apresurado, pero mucho más bajo. — No tenemos nada más de qué hablar tú y yo.

— No voy a ninguna parte, Marcela — susurré, fijando la mirada en su rostro desafiante. — Y sí, tenemos mucho de qué hablar.

— No…

— ¿Estás realmente esperando gemelos?

— ¡Sí! — Bajó la mirada hacia su propio vientre, esbozando una leve sonrisa.

Sentí el aliento atraparse en mis pulmones durante unos segundos.

Esa mujer era hermosa, pero ante mis ojos se volvió todavía más bella.

Podría pasar horas observando a Marcela tocar su vientre, sonriendo a nuestros bebés.

Bebés.

Plural.

— ¡Madre di Dio! — exclamé, con la voz ronca mientras la realidad me golpeaba.

¿Cómo demonios iba a cuidar de dos? ¡Uno ya me parecía difícil!

— ¿Todavía no te has ido? — volvió a mirarme.

— No me iré. Esos niños son tan míos como tuyos.

— Ya te he dicho que…

— No soy un donante.

— Claro que lo eres.

— ¡Mi semen fue usado en ti por accidente, Marcela!

— ¿Qué? — Sus ojos se abrieron como platos.

— Hubo un error, clasificaron mi material como si fuera para donación.

— ¿Y no lo era? — susurró.

— ¿De verdad crees que iría repartiendo mi esperma por ahí? — fruncí el ceño.

— Demasiado arrogante para eso, ¿no, signore della Rovere? — dijo con ironía.

— No puedes culparme por no querer tener hijos regados por el mundo. — Me encogí de hombros.

Ella puso los ojos en blanco.

— En mi defensa, ¡yo no quería esto! En realidad, nunca me vi teniendo hijos, y mucho menos con una desconocida.

— Puedes seguir sin quererlo, Cesare — murmuró.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Finjamos que esto nunca pasó y sigamos adelante, felices.

— Ni lo sueñes, dolcezza, eso no va a pasar.

— ¿Por qué no?

— ¡Porque son mis bebés, cazzo!

— ¡Tú no los quieres! ¡Yo sí!

— ¡Stronzo! ¡Claro que los quiero! — Pasé una mano por mi cabello.

— Dijiste que no.

— No tergiverses mis palabras.

— No lo hago.

— ¡Sí lo haces! Y no entiendo por qué. ¡Yo fui tan víctima como tú!

— Víctima… — bufó.

— Puede que no lo parezca, pero lo soy, dolcezza. ¡Tal vez más que tú!

— ¡Nadie merece esto!

— Fue mi material, no el tuyo, el que se usó indebidamente.

— ¡Felicidades! — ironizó.

— Estás siendo infantil.

— ¿Infantil? ¿Por ver cómo parte de mis sueños se derrumban? — Vi lágrimas formarse en sus ojos.

— Marcela…

— No estaba en mis planes que un tipo al azar apareciera en mi vida así.

— No soy un tipo al azar — hice una mueca.

— No deberías existir, Cesare, no era… — empezó a negar con la cabeza.

— Pero existo, Marcela. Y no hay nada que puedas hacer al respecto. Son mis bebés también, y nadie me quitará ese derecho.

Mis palabras hicieron que una lágrima resbalara por su mejilla, seguida de otras tantas.

— ¡Cazzo! — maldije.

Definitivamente, no esperaba hacer llorar a la madre de mis hijos.

Sin saber cómo reaccionar, consolar no era mi especialidad, arrastré la silla, me levanté y rodeé la mesa hasta acercarme a ella.

— No llores, dolcezza. Todo está bien — dije, apoyando una mano sobre su hombro. Sentí lo estrecho que era bajo mi palma, y una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo con aquel toque inocente.

— ¡No, no lo está! — gimió, antes de que su llanto se volviera más convulso. — ¡No deberías existir!

— No soy tan malo — murmuré, tentado a añadir que si había bebés en su vientre era porque mi esperma era de calidad.

¡Dos! Sí, era de calidad.

Quise reírme con ese pensamiento.

— Solo debía ser yo y Jane — continuó.

— Tu hermana.

Me miró con furia en los ojos, pero no me importó. Odiaba verlos tan rojos por el llanto. ¡Cazzo! ¿Por qué me molestaba tanto verla llorar? Culpa. Solo podía ser culpa.

— ¿Investigaste mi vida? — apartó mi mano de su hombro.

— No puedes culparme por querer saber un poco más sobre la mujer que será la madre de mis hijos — me defendí. — Tu ficha no decía gran cosa. Bueno, tampoco esperé el informe completo.

— ¿Cómo conseguiste mi nombre?

— El poder y el dinero hacen muchas cosas, incluso infundir miedo. Una simple amenaza bastó.

— Debería demandar a la clínica por todo esto.

— El bufete con el que trabajo iniciará todos los trámites legales. Puedo pedir que te incluyan.

— Prefiero hacerlo por mi cuenta — murmuró, con lágrimas aún corriendo por su rostro.

Asentí, aunque me fastidió.

— ¿Puedo pedirte un favor, Cesare?

— Eres la madre de mis hijos, así que claro que sí, dolcezza.

— ¡Déjame sola! — se pasó una mano por la mejilla.

— Marcela…
— Necesito tiempo, y no quiero que sigas viéndome llorar.

— No me importa.

— ¡Pero a mí sí! — alzó la voz, una lágrima gruesa bajando por su cara.

— Está bien — levanté las manos en señal de rendición. — Pero sabes que tenemos mucho más de qué hablar, ¿verdad?

— Lamentablemente, sí. Pero hoy no.

Hice una mueca.

— No soy el villano de tu vida, Marcela.

— Pero has traído las malas noticias. — Pausó. — Ahora que lo pienso, ¿no deberían haberme llamado para avisarme?

— Sí.

— ¿Por qué no lo hicieron?

— No lo sé.

— Me parece bastante sospechoso. — Entrecerró los ojos.

— ¿Crees que inventaría algo así? — mi voz sonó más áspera de lo que pretendía.

— ¿Qué pruebas tengo? Ni siquiera recibí una llamada.

— Tal vez no lo consideraron importante — solté sin pensar.

— ¡Ah, claro! ¡Solo tú eres importante!

— ¡Dio, Marcela! — gruñí. — Sabes que no quise decir eso.

— ¿De veras?

— Claro que no quería ofenderte.

Ella siguió mirándome con sospecha.

— ¿Qué ganaría inventando que eres la madre de mis hijos?

— No lo sé, algo. — Cerré los ojos, pidiendo paciencia a los cielos. — Quizá solo el placer de irritar a una pobre embarazada.

— ¿Hablas en serio, Marcela? — resoplé incrédulo.

Encogió los hombros.

— ¡Stronzo! Créeme, no he sentido ningún placer teniendo esta conversación contigo — me pasé la mano por el pelo, frustrado.

— Ni yo.

— Y estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer que atormentar a una embarazada.

— Entonces ¿por qué sigues aquí? — sus labios se curvaron con desdén.

— Tú me retuviste aquí con esa idea loca tuya.

Sus ojos chispearon.

— ¡Y tú, por supuesto, no tienes culpa de nada!

— ¡Claro que no! — me defendí. — Pero si aún crees que estoy desocupado, podemos hacer una prueba de ADN para comprobar la paternidad.

— No es necesario.

— Porque sabes que, te guste o no, soy el padre.

Rodó los ojos.

— Llamaré a la clínica. Estoy segura de que confirmarán mi teoría.

Solté una risa baja.

— Adelante, dolcezza. — Señalé su teléfono.

— ¡Vete, Cesare!

— Tal vez debería quedarme a escuchar cómo confirman que soy el padre y no un loco cualquiera.

— ¡Figlio di puttana! — murmuró.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí a carcajadas.

— No deberías insultar a un cliente, dolcezza — dije entre risas.

— ¿De verdad crees que, después de esta broma pesada, voy a aceptarte como cliente?

— Sí, lo harás.

— ¡Arrogante!

— Nadie más decorará la habitación de nuestros hijos, Marcela. Solo tú.

— ¡Que Santa Gianna me libre de eso!

— Demasiado tarde para pedir una intervención.

— De verdad, Cesare, será mejor que te vayas — pidió. — Esta conversación ha sido demasiado para ambos. En cualquier momento

acabaremos matándonos.

— Nunca mataría a la madre de mis hijos — bromeé.

— Sabes lo que quise decir.

— Además, me gustas.

— ¿En serio? — pareció sorprendida, y yo también.

¿Por qué me gustaba esa mujer?

No había nada en ella que pudiera gustarme, salvo esa boca y esas curvas que me volvían loco.

— No tengo motivo para mentir.

— Lástima que no sea recíproco, Cesare.

— ¿No?

— No.

— Aprenderás a quererme, dolcezza — afirmé con una sonrisa divertida. — Al fin y al cabo, pasaremos mucho tiempo juntos.

Murmuró algo que me hizo sonreír aún más.Tuve ganas de seguir provocándola, pero sabía cuándo retirarme. No ganaría nada

presionándola, y decían que el estrés no era bueno para los bebés. Le daría unos días para asumir que, le gustase o no, nuestras vidas estaban unidas y que no pensaba renunciar a mis hijos.

Saqué mi tarjeta personal y se la tendí.

— Llámame si necesitas algo, Marcela — dije con suavidad.

— No lo haré.

— No importa la hora, siempre estaré disponible para ti y para nuestros bebés. — Ignoré su comentario.

— Gracias, Cesare — dijo al fin, tomando la tarjeta. El roce de sus dedos con los míos hizo que una oleada de deseo recorriera mi cuerpo. — Supongo que ya tienes mi número, ¿verdad?

— Sí. Ya está en mi móvil.

Vi cómo la irritación brillaba en sus ojos, y eso no solo me sacó una sonrisa, sino también un poco de cordura. Me incliné y rocé mis labios en su mejilla.

— Buenas tardes, dolcezza — susurré con voz ronca. — Esperaré tu llamada.

— Yo… — empezó, pero se interrumpió, estremeciéndose al sentir mi respiración cálida sobre su piel.

El deseo que sentía por esa mujer se volvió incontrolable, tanto que noté la sangre acumulándose en mi pelvis. Aquel impulso se intensificó cuando apoyó sus manos pequeñas en mi pecho. Mi corazón se aceleró.

— ¡Marcela! — susurré, atónito, cuando me empujó con fuerza. Retrocedí tambaleándome.

— ¿Qué crees que estás haciendo? — me fulminó.

— Despidiéndome de la madre de mis hijos — murmuré.

— ¿Y tenías que besarme? — parecía indignada.

— Fue un beso inocente, dolcezza.

— No tenemos esa confianza.

— Aún — le guiñé un ojo.

Bufó.

— ¡Arrogante! — me acusó entre dientes.

— Yo diría confiado. — Sonreí.

— ¡Egocéntrico!

— ¡Malgeniada! — devolví.

Abrió la boca, escandalizada.

— ¡Vete antes de que llame a Leonardo para que te saque! — amenazó.

Reí alto, provocando que frunciera el ceño.

— ¿Crees que me da miedo un crío, Marcela?

— Debería.

Reí.

— Puede que esté cerca de los cuarenta, dolcezza, pero aún tengo mucho vigor.

— ¿Ah, sí? — me lanzó una mirada de desprecio.

— Mucho.

— Me alegro por ti, pero no me interesan tus "supuestas" habilidades — dijo con frialdad.

— Una pena — fingí decepción.

Suspiró.

— No volveré a pedirlo, Cesare.

Levanté las manos.

— Me voy, pero si te sientes mal o pasa algo, avísame.

— No lo haré.

— Tengo ese derecho — la interrumpí, con firmeza. — No querrás tenerme como enemigo.

Cuando vi el miedo en sus ojos, tragué saliva y maldije mentalmente. Hacerla sentirse más amenazada no era lo más inteligente.

— Quiero ser tu amigo, no tu enemigo.

— No sé por qué dudo de eso — murmuró.

— Y haces bien, porque no me he ayudado mucho, dando la impresión equivocada.

Me miró, sorprendida.

— Puedo ser razonable.

— Lo entiendo — respondió, aunque no parecía convencida.

Sonreí.

— Hasta luego, Marcela — extendí la mano.

— Hasta luego.

Me estrechó la mano, y el calor de su palma hizo que el deseo regresara con fuerza. Aprovechando el gesto, entrelacé nuestros dedos, levanté su mano y dejé un beso en el dorso.

— Ha sido un verdadero placer conocerte — susurré antes de soltarla y alejarme rápido, anticipando un empujón o una bofetada bien merecida.

Sin decir más, caminé hacia la salida de su oficina. Abrí la puerta y la cerré tras de mí, dejándola sola como quería.

— Buenas tardes — saludé al chico al pasar junto a su mesa, sin mirarlo.

— Buenas tardes, signore.

Llegué rápido al ascensor. Sonreí sin humor cuando, ya dentro, al cerrar los ojos y repasar lo ocurrido, el recuerdo más vívido fue el roce de mis labios contra su piel y su leve temblor.

Sentí ganas de golpear la pared.

¡Cazzo!

Quizá había sentido más placer del que debía al conocer a esa mujer.

Y sin duda, eso era peligroso.

Capítulo 6



— ¡Jane! — dije con un tono lloroso, lanzando mis brazos alrededor de mi hermana en cuanto abrí la puerta de mi apartamento para ella.

Jane dio un paso tambaleante hacia atrás con el impacto inesperado de mi acto, pero eso no le impidió sostenerme en su abrazo, que se volvió más apretado, mientras una de sus manos empezaba a acariciar mi cabello. La caricia fue suficiente para que las lágrimas que había contenido durante unos minutos regresaran y yo me derrumbara otra vez.

— No sabes cuánto odio verte llorar — dijo mi hermana con un tono serio y preocupado.

— No sé ha-hacer o-otra co-cosa, yo... — No conseguí completar.

La desesperación que sentía desde que había llamado a la clínica y descubierto que no se trataba solo de una broma excéntrica de un multimillonario me consumía por completo.

Ver el nombre Cesare della Rovere en el documento confidencial del donante, algo que la clínica cedió sin mucha burocracia, demostrando lo poco fiable que era, solo aumentó mi pánico.

¿Qué sería de mí?

El futuro parecía tan nebuloso.

Mi llanto se volvió más convulso.

Jane solo soltó un suspiro largo y profundo, continuando abrazándome y acariciando mi cabello. Podían haber pasado cinco minutos o veinte, no sabría decirlo, pero el cariño de mi hermana hizo que mi llanto disminuyera gradualmente, aunque el contacto no fuera capaz de mitigar mi pánico.

— ¿Por qué tuvo que pasar esto, bella? — pregunté en un susurro.

Jane se apartó un poco del abrazo para poder mirarme.

— La vida tiene estas cosas. — Mostró una sonrisa apagada.

— Yo no quiero esto, Jane…

Ella tocó mi rostro con ternura.

— Lo sé.

— ¡No quiero un padre para mis bebés! — dije más alto, como una niña caprichosa. — ¡Cesare ni siquiera quería ser padre inicialmente!

— El deseo de vosotros dos no cambia lo que ha pasado — murmuró.

Abrí y cerré la boca, buscando una respuesta, pero sabía que Jane tenía razón.

Nada cambiaría el error que hizo que Cesare se convirtiera en el padre de mis bebés.

Volví a llorar. Esta vez, mi hermana no me abrazó fuerte, solo me condujo hacia dentro de mi apartamento, cerrando la puerta detrás de nosotras. Tras dejar el bolso sobre la mesa de centro, me hizo sentar en el sofá, antes de colocarse a mi lado. No me sorprendió cuando me tiró suavemente hacia ella, haciendo que me recostara sobre su regazo.

— Todo está bien, Marcela, solo respira hondo — dijo con un tono dulce.

— Él me dijo lo mismo, Jane... — Sus dedos volvieron a entrelazarse en mi cabello, haciéndome cariños.

— ¿De verdad?

Aspire fuerte, aún sintiendo las lágrimas deslizarse por mis mejillas.

— Sí, ¡pero nada está bien! ¡Esto es una pesadilla! — dije con la voz chillona, sin importarme si estaba siendo repetitiva.

— Bien podría serlo, querida, pero…

— No lo es — completé por ella.

— Por desgracia.

Respiré hondo, queriendo controlar mis latidos acelerados. Jane siguió acariciando mi cabello. El silencio cayó sobre nosotras hasta que lo rompí, confesando:

— Tengo tanto miedo, Jane.

— Me lo imagino.

— Ese hombre es tan poderoso.

— Mucho.

— Arrogante y engreído.

— Eso no lo sé.

— Lo es, Jane, y también es controlador.

— Eso no es buena señal.

— Cesare es el tipo de hombre que cree que su dinero y su poder pueden comprarlo todo.

— Sabes que pueden comprarlo, Marcela.

— A mí no. — Hice una pausa. — Bueno... al principio casi me compraba, ya que quería contratarme para decorar la habitación del "bebé" de él... ¿Puedes creer que iba a darme un cheque en blanco?

Jane silbó.

— No es que yo lo fuera a aceptar, claro. Yo cobraría un precio justo.

— Lo sé.

— Es un hombre terrible.

— Alguna cualidad tendrá.

— Creo que ninguna.

— Estás enfadada con él.

— Lo estoy. Es imposible no estarlo.

— No deberías…

— Jane... — advertí.

— Toda tu rabia debería estar dirigida a la clínica.

— También estoy enfadada con ellos. Destruyeron mis sueños.

— No digas eso, Marcela, tu sueño sigue vivo dentro de ti, en forma de dos bebecitos — regañó, y con razón.

Habría preferido que me diera una bofetada fuerte. Habría dolido menos y no me dejaría esta sensación amarga en la boca. Me sentí fatal.

— Perdonadme por hablar así, mis pequeños — murmuré, llevando la mano a mi vientre, sintiendo nuevas lágrimas formarse en mis ojos. — Nunca dejaréis de ser mi sueño.

— ¡Ni el de la tía! — completó Jane, posando su mano sobre la mía.

Le dediqué una sonrisa tierna a mi hermana, que continuó su discurso:

— Nada cambiará el amor que sentimos por ellos, Marcela. — Hizo una pausa. — Y el amor de una tercera persona no es algo malo. ¿Inesperado? Sí. ¿Horrible? No.

— No sé si Cesare llegará a amarlos algún día, Jane — murmuré.

— Él será quien pierda, al final.

— Sí — suspiré, antes de decir con la voz temblorosa: — Pero puede llegar a amarlos lo suficiente como para intentar arrebatármelos.

— Eso no ocurrirá — afirmó con una convicción que yo no podía sentir.

— Aceptamos que tiene poder y dinero. ¿Qué probabilidad hay de que Cesare no quiera pedir la custodia? Peor: que pueda conseguirla de forma unilateral. — Un escalofrío recorrió mi columna al pensar en esa posibilidad.

— ¡No hará eso! — bramó.

— No puedes preverlo.

— ¡Claro que puedo!

— Sabes que no.

— ¡Lo mato antes de que lo intente!

— ¡Dio! — solté una risa.

— ¡No estoy bromeando, bella!

— Espero que no haga falta llegar tan lejos, Jane.

— Yo también — suspiró —, espero que sea sensato.

— Lo dudo — dije bajito.

— No sufras por adelantado. Eso no te ayudará en nada.

— Lo sé, pero…

— Es más fácil decirlo que hacerlo, lo sé.

— Sí.

— Puede no parecerlo, Marcela, pero con el tiempo las cosas acabarán acomodándose.

— No será fácil.

— No, aún más cuando ese hombre parece un estirado insufrible.

— Y lo es, bastante.

— ¡Sobrevivirás!

— Eso espero — comenté, acomodándome mejor en su regazo.

Mi hermana retomó el masaje en mi cabeza, que en algún momento había parado.

— ¿De verdad no tiene ninguna cualidad, hermana? — preguntó en un tono bajo.

— Que yo recuerde... tal vez, solo tal vez, Cesare fue amable al decir que podía llamarlo a cualquier hora si necesitaba algo o si no me sentía bien — admití.

— Hm.

— Pero es lo mínimo. ¿no?

— Sí, pero muchos hombres no se preocupan, y al final la sociedad convierte algo que debería ser lo mínimo en un gran gesto.

— Verdad.

— Odio estas cosas.

— Yo también.

— ¿Qué se le va a hacer?

— Sí.

— ¿Sabes qué odio aún más?

— ¿Qué, Jane?

— ¡Pasar hambre!

— ¡Te pones insoportable cuando tienes hambre!

Cuando Jane maldijo, acabé riendo de su cara. Después, la carcajada de mi hermana llenó la sala.

— ¿Has comido algo? — me preguntó.

— No tuve tiempo — fui honesta.

— ¡Marcela! — gritó. — ¡Sabes que no puedes pasar mucho tiempo sin comer!

— Lo sé.

— Y aun así lo haces.

— Err…

— ¡Marcela!

— Voy a comer algo, bella — sentí mis mejillas arder ante la reprimenda.

— Sí, vas a hacerlo — dijo con severidad. — Mientras te das un baño relajante, yo voy a preparar algo para las dos.

— ¿Piadina? — murmuré.

— Pensaré en tu caso.

— ¡Por favor! — Puse cara de súplica.

— Lo haré por mis sobrinos, no por ti — cedió.

— Yo también te quiero, Jane. — Sonreí cuando ella hizo una expresión cómica. — Y gracias por venir.

— Nunca te daría la espalda, Marcela, y menos cuando me necesitas.

— Lo sé, aun así te lo agradezco.

— Agradécemelo bañándote y alimentándote bien — dijo con un tono suave.

— Lo haré.

Me incorporé y dejé un beso sonoro en su mejilla, antes de caminar hacia mi habitación.

Sabía que, si no obedecía, ella no haría las piadinas, que por sí solas ya eran deliciosas, pero que, con mozzarella, albahaca fresca y tomates, serían aún mejores.

— ¿Marcela? — me llamó antes de que entrara al pasillo.

— ¿Sí? — Giré el cuerpo para mirarla.

— Nunca dejes que el miedo te impida ser feliz, ni que intente ahogar tus sueños.

— Solo si tú me prometes que tampoco dejarás que eso te ocurra a ti, Jane. — Las lágrimas volvieron a formarse en mis ojos.

— Lo prometo.

— Yo también lo prometo — respondí en voz baja, prometiéndolo no solo para ella, sino también para mí misma.

El futuro podía ser una gran incógnita. Cesare podía poner muchos obstáculos en mi vida. Podía hacerme sufrir, hacerme sentir insegura, pero nunca robaría la alegría que simplemente sentía por ser madre...

Capítulo 7



— ¡Fantástico! — exclamó mi tío en cuanto terminé de contarle la historia.

— ¡Si tú lo dices! — murmuró, llevando mi vaso a los labios y tomando un trago generoso de whisky que bajó quemando por mi garganta.

— Extraordinario.

— No es para tanto.

— ¿Cómo que no, bambino? ¡Es surrealista! ¡Tú, padre por un error!

No tuve cómo discutir.

— ¡Debe ser la providencia divina ayudándote!

— ¿En serio, zio? — fruncí el ceño.

— Necesitabas cumplir tus obligaciones familiares, Cesare.

— ¡Mierda! — gruñí.

— Y ya que no estabas haciendo ningún movimiento en ese sentido, ¡Dios debe haberte dado una manito y te regaló dos herederos de una vez!

Hice una mueca.

— No puedes negar que ya era hora. — Me guiñó un ojo.

— Tú no puedes hablar de mí, Francesco. — Mis labios se curvaron, divertido. — Tu hora pasó hace mucho tiempo.

— Respeta a tu tío, bambino maleducato — regañó.

Solté una carcajada que se hizo aún más fuerte cuando él hizo una careta.

— No se puede decir que hiciste algún esfuerzo para cumplir tus obligaciones familiares, zio.

La expresión de Francesco se volvió una máscara inescrutable.

— Ya tengo un heredero más que apto para ocupar mi lugar cuando me jubile.

— Tenemos casi la misma edad, Francesco.

— ¿Y?

— Puedes producir tus propios herederos.

— Nunca tuve esa obligación. Y ahora, mucho menos. Tú me diste dos más.

Puse los ojos en blanco.

— La familia se pondrá en ebullición cuando se enteren de las novedades.

— Sì.

— ¿Vas a contárselo?

— No, y tú tampoco lo harás, Francesco.

— ¿Por qué?

— No es prudente.

— ¿Prudente? — Varias arrugas surgieron en su frente.

— Sabes que todos van a querer conocer a la madre de mis bebés.

— Lo cual es natural. Ella pertenece ahora a nuestra familia.

— Dudo que Marcela vaya a estar de acuerdo.

— No veo por qué.

— Ella ni siquiera aceptó todavía que yo soy el padre.

— Tienes que cambiar eso, Cesare.

— Tengo toda la intención, zio, pero no será fácil.

— ¿Tan bruja es?

— Por el momento, soy el villano para Marcela. — Tomé otro trago de mi bebida. — Digamos que no causé una buena impresión.

— Tú nunca causas, bambino.

— En mi defensa, lo intenté.

— Me imagino cómo habrá sido tu intento. — Rodó los ojos.

Me encogí de hombros.

— Necesitas ser más maleable, Cesare.

— ¿Sì?

— Nunca vas a conquistarla siendo brusco, sobre todo porque el embarazo vuelve a la mujer más sensible.

Arquée una ceja.

— ¿Y tú qué sabes sobre gestantes, Francesco?

— Vi cómo tu madre se volvió temperamental.

— Ella siempre fue temperamental — dije sin emoción.

Uno de los lados de su boca se alzó.

— Tus tías también... Pero no importa de dónde saco mis conocimientos. Lo que importa es que tienes que dejar de ser

obtuso.

— ¿Obtuso?

— Sí. Tienes que ser gentil, estar dispuesto a escucharla y ceder en algunas cosas... Tampoco haría daño si fueras un poco más galante.

— No tengo intención de llevar a Marcela a mi cama, zio, así que no necesito ser "encantador" — hablé demasiado rápido.

— De eso estoy hablando, bambino — dijo con desdén. — En este mismo instante estás siendo un idiota.

Hice una mueca.

— ¡Tienes que conquistar a la madre de tus hijos!

— Ya dije que…

— ¡No estoy hablando de sexo, stronzo! — gruñó, pero enseguida vi un brillo malicioso en sus ojos. — Pero ¿por qué será que creo que estás mintiendo cuando dices que no quieres nada con ella? Estás tocando mucho ese punto.

— ¡Stronzo!

— Te conozco. ¿Es guapa, no?

— No sé por qué la pregunta, zio. — Sentí una ola de irritación.

— ¿Lo es o no?

— Mucho.

— Una razón más para que seas un caballero. — Volvió a guiñarme un ojo.

Empecé a refunfuñar una serie de improperios.

— Pero hablando en serio, bambino, tienes que conquistar a esa tal Marcela si no quieres que tu vida se convierta en un infierno.

— Ella no es una villana, Francesco — advertí.

— Puede que no, pero ustedes pueden convertirse en villanos el uno del otro... ¡Sobre todo tú!

— Qué halagador — contesté con ironía.

— Tienes que conocerla, ganarte su confianza, Cesare. Necesitas intentar conquistar su amistad para que eso no salpique en los hijos que tendrán juntos.

— Estoy seguro de que tendremos una buena relación, zio — afirmé.

— No si sigues así.

Le arqueé una ceja.

— Debería rendirme contigo, figlio. — Soltó un suspiro dramático.

— Dudo que lo hagas. Soy tu sobrino favorito.

— Que la Virgen le dé mucha paciencia a esa mujer, porque no tengo dudas de que la va a necesitar.

— No soy tan horrible, zio.

— ¿Seguro? Porque me das mucha pena esa mujer. — Soltó otro suspiro. — Definitivamente, tuvo muy mala suerte al tener tu semen dentro de ella.

— ¡Stronzo, Francesco! — Pasé la mano por mi cabello.

— ¿Cuál será el crimen que cometió Marcela para merecer esto? — dijo en voz baja.

— Eres un desgraciado, ¿lo sabías?

— El único desgraciado que veo aquí eres tú, Cesare. — Rió antes de ponerse serio nuevamente: — Te ame o no, bambino, no voy a permitir que hagas sufrir a la madre de tus hijos. Si lo haces, prepárate para las consecuencias.

— Claro, zio.

— No me decepciones.

Asentí.

— ¿Quién diría, tú convertido en padre de gemelos? — dijo animado, sonriendo enorme después de unos segundos en silencio.

— Nunca lo hubiera imaginado — comenté.

— Creo que nadie.

Nos reímos.

— Estoy feliz por ti, bambino.

— ¿Es extraño si digo que, de alguna manera, yo también lo estoy?

— Un poco, ya que eras un solterón vasectomizado.

— Y todavía lo soy, tío.

— ¿Seguro?

Negué con la cabeza y me bebí todo el líquido del vaso de un solo trago. Francesco hizo lo mismo.

— ¿Más? — pregunté.

— ¿No tienes trabajo que hacer?

— Siempre tengo.

— ¿Entonces?

— También siempre tengo tiempo para tomar otra copa con mi tío favorito — murmuré, levantándome del sofá.

— Después de eso, no puedo rechazar — dijo, extendiéndome el vaso.

— Difícilmente rechazarías algo, zio. — Tomé el vaso y me acerqué al decantador.

— Insolente.

— Sì.

— Espero que tus hijos sean tan insolentes como tú.

— ¡Dio, no! — respondí rápido. Francesco se rió de mí.

Serví las dosis y volví, entregándole su bebida.

— Gracias por dejarme saber antes que a los demás, Cesare.

— Eres mi tío favorito. — Me encogí de hombros. — Y también necesitaba contárselo a alguien.

— Lo entiendo. — Sonrió antes de levantar su copa. — Que vengan con mucha salud.

— ¡Así sea!

Choqué mi vaso con el suyo, deseándolo con todo mi corazón. En ese momento, no había nada que quisiera más que la salud y el bienestar de mis bebés.

Capítulo 8



— Buenas tardes, signore — el empleado de Marcela me saludó al apartar la atención del ordenador, pareciendo sorprendido al verme.

— Buenas tardes.

— ¿En qué puedo ayudarlo?

— Quiero hablar con Marcela.

— Creo que no será posible, signore della Rovere.

— ¿Ella no se encuentra en la oficina? — No escondí la decepción en mi voz.

— La signorina Gargioni está ocupada en este momento.

— Puedo esperar — cedí, al fin y al cabo, dudaba mucho que a Marcela le gustara que yo la interrumpiera en medio de una consulta. Yo, en su lugar, no lo aceptaría. Al contrario, estaría furioso.

— No será posible, signore, pero si lo desea, puedo agendarle un horario para la próxima semana. — Lo vi teclear algo en el ordenador.

— ¿Qué dijiste? — murmuré, incrédulo.

¿Ese mocoso realmente estaba tratándome como a un cliente cualquiera?

— Lo lamento, señor, pero la signorina está llena de compromisos y me pidió que no agendara ninguna otra reunión o cliente esta semana. ¿Quiere que le reserve para la próxima?

Una risa brotó de mi garganta. Era demasiado gracioso.
El idiota me miró, confundido.

— Estoy seguro de que Marcela hará una excepción conmigo — expliqué.

— Lo dudo mucho — dijo tan bajo que casi no lo escuché.

Pero lo escuché. Y muy bien.

— ¿Tienes el valor de decir eso delante de mí, maccioso? — dije con un tono modulado, arqueando la ceja.

Los ojos del chico se abrieron desmesuradamente.

— ¿Te atreves a repetirlo? — Crucé los brazos.

Él tragó en seco.

— Me lo imaginaba — dije con frialdad. — Y tampoco te pedí tu opinión sobre si ella me recibirá o no.

— Discúlpeme, signore. — Carraspeó, poniéndose rojo. — No sé qué estaba pensando al hacer semejante comentario.

— ¿Vas a preguntarle a Marcela si puede recibirme? — Ignoré sus disculpas. — ¿O tendré que hacerlo yo?

— Un momento, signore.

Apartó la silla y se levantó rápido, acercándose a la puerta de vidrio. Dio unos golpecitos antes de entrar.

No tardó ni un minuto en volver.

— La signorina lo recibirá. — Pareció un poco contrariado.

— Como era de esperarse — dije con arrogancia, saboreando mi pequeña victoria sobre el mocoso. — Esta vez, quiero un café.

Sin esperar respuesta, caminé hacia la oficina de Marcela.

— No te estaba esperando, Cesare — dijo Marcela en cuanto entré y cerré la puerta.

— Me lo imagino, dolcezza — murmuré, divertido, girándome hacia ella.

Mi pulso se disparó en cuanto mis ojos se posaron en su rostro delicado, aún más perfecto con ese mechón suelto acariciando su piel.

Hermosa...

No podía decir que Marcela estaba exultante al verme. Por el contrario, parecía insegura, incluso diría asustada. Contrariado por provocar esos sentimientos, me acerqué a su mesa y tomé asiento frente a ella sin ser invitado.

— Espero no estar interrumpiéndote... — Hice una pausa y le dediqué una sonrisa, intentando ser más amable, como me aconsejó mi tío. — Al menos, no demasiado.

— Realmente estoy muy ocupada.

— ¿Eso es un pedido para que me vaya, Marcela?

— Dudo mucho que te vayas si te lo pido.

— Puedes intentarlo.

— Sería perder el tiempo, ambos lo sabemos. — Suspiró. — No eres del tipo que acepta un "no".

Hice una mueca.

— No es tan así.

— ¿No?

— No.

— ¿En qué circunstancias?

— Estoy seguro de que escucharé muchos "no" tuyos y ya verás la respuesta, dolcezza.

— Dudo que los aceptes.

— ¿Quieres comprobarlo?

— No tengo opción. ¿O sí? — Su mirada se volvió más sombría.

Antes de que yo respondiera, tocaron la puerta. Ella frunció el ceño.

— Pedí un café — expliqué.

— Claro — murmuró. — Entra, Leo.

Contuve una expresión de disgusto por la informalidad con la que se trataban. El mocoso se acercó con la bandeja.

— ¿Azúcar, signore?

— No, gracias.

Asintió y me sirvió una taza.

— ¿Desea algo, signorina? — le preguntó a Marcela.

— No, es todo, Leo. — Ella le regaló una sonrisa afectuosa, y yo apreté los dientes.

¿Por qué conmigo parecía incómoda, pero para ese idiota sonreía?

Cuando el mocoso salió, tomé un sorbo del café.

— Necesitamos hablar, Marcela — dije finalmente cuando el silencio se volvió pesado.

— Era de imaginar que vendrías para eso — murmuró, y vi pasar muchas emociones por sus ojos: miedo, inseguridad, incomodidad.

Cazzo.

— En mi defensa, te di tiempo para que reflexionaras y te calmaras.

— Una semana — acusó.

— ¿No fue suficiente?

Ella negó.

— Podría pasarme la vida entera y aun así no sería suficiente, Cesare.

Hice una mueca.

— Todavía no puedo creerlo — murmuró.

— ¿Llamaste a la clínica?

— Sí, llamé, pero aun así parece una mala broma.

— Broma o no, nuestras vidas están unidas ahora, dolcezza, y necesitamos entendernos.

— Sí, lo sé, pero…

— ¿Pero?

— Es difícil. — Se mordió los labios.

— No veo por qué.

— Somos opuestos.

— ¿Y?

— Estamos en una relación desigual, Cesare.

— Explícate.

— Tienes poder y dinero suficiente para convertir mi vida en un infierno — susurró, levantando un poco el rostro con desafío.

— No se trata de eso.

— ¿No? — fue irónica.

— No.

— Pues yo sí lo veo así, tanto que imagino que podrías quitarme a mis hijos.

— No haré eso — respondí, irritado por su uso de "mis" en vez de "nuestros".

— ¿Quién lo garantiza?

— Yo. Y antes de que digas algo, mi palabra es importante para mí y siempre la cumplo — dije firme.

Ella negó otra vez.

— Pero eso no significa que no vaya a pelear por mi derecho de convivir con ellos — continué. — ¡No puedes impedírmelo!

— ¿Crees que haría eso? ¿Que sería tan egoísta?

— Fuiste muy clara cuando dijiste que no me querías en tu vida.

— Me encogí de hombros. — Incluso ahora dijiste algo parecido.

Vi su cuerpo tensarse.

— No quiero pelear, dolcezza.

— Ya lo veo. — Entrecerró los ojos.

— ¡Stronzo, Marcela! — gruñí frustrado. — Yo juro que…

— ¿Juras qué? — me interrumpió.

— Realmente quiero que seamos amigos. — Me pasé la mano por la barba.

— Eso será imposible.

— No, no lo será.

— ¿Vas a pagar para que no lo sea? — se burló.

Respiré hondo para no estallar.

— Lo intentaré, Marcela, todos los días. No por mí, no por ti, sino por ellos — prometí, mirándola fijamente. — No soy perfecto, tengo muchos defectos, pero soy el padre de esos niños.

— No puedo darte miles de segundas oportunidades, Cesare.

— Soy nuevo en esto, dolcezza. Voy a necesitar algunas.

— Yo…

— Por ellos, quiero aprender a ser un buen padre, lo que incluye ser amable con su madre — dije suavemente. — No quiero traerte más dolor del que ya te traje. Pero hasta que lo logre, sé que cometeré errores.

— Son palabras muy bonitas, Cesare... — susurró, incrédula.

— No son solo palabras. Realmente quiero que funcione.

Ella me sostuvo la mirada.

— No será fácil. Tienes muchos hábitos arraigados.

— Tú también tendrás tus manías.

Vi sus ojos brillar, y maldije por haber dicho algo que podría provocarla.

— Sí, también tengo mis defectos. — Hizo una pausa y añadió con diversión: — Lo que me pregunto es si sabrás lidiar con ellos.

— Será más fácil que lidiar con los míos, dolcezza — bromeé. — Si tú puedes, yo puedo.

— Nada arrogante este hombre — murmuró divertida.

— Ya te dije que eso es solo confianza.

— Es lo mismo.

— No, no lo es.

— Si te gusta engañarte... — Se encogió de hombros, y terminé riendo.

Ella sonrió también, pero su expresión se volvió seria.

— ¿Qué pasa, dolcezza? — pregunté suavemente.

— Tú también tendrás que tener paciencia conmigo. No esperaba compartir la maternidad con nadie que no fuera mi hermana.

— Lo imagino.

— A veces seré infantil y testaruda. No será fácil para mí, aún estoy aceptándolo.

— Cuando pase, lo resolveremos.

— ¿En el momento?

— No puedo prometerlo, pero lo intentaremos.

— Justo — susurró. — Creo que tenemos un acuerdo inicial.

— De mi parte, sí.

— De la mía también.

Extendí mi mano por instinto. Pensé que me la dejaría en el aire, pero por educación, la tomó. La palma pequeña y cálida contra la mía provocó descargas eléctricas por todo mi cuerpo. Le busqué los ojos, queriendo ver si ella también lo sentía. No pude descifrar nada. Y maldije cuando retiró la mano rápido, como si mi contacto fuese contagioso.

— ¡Cazzo! — gruñí.

— ¿Cesare?

— No es nada.

Cambié de tema.

— Ya que tenemos un acuerdo... ¿eso significa un "sí", dolcezza?

— ¿A qué te refieres? — frunció el ceño.

— A que harás la decoración de las habitaciones de nuestros hijos.

— Ah, eso.

— Sí, eso.

— No pensé mucho en ello — confesó.

— Sería importante para mí.

— ¿Y esta vez puedes decirme por qué? — bromeó, recordando nuestra primera conversación.

— Nadie pondría tanto amor en ese proyecto como tú, Marcela.

Sus ojos brillaron.

— Probablemente no.

— Estoy seguro de que no.

— ¿Quieres hacer llorar a una embarazada? — sonrió.

— Espero que esta vez sea de alegría.

— Sí, lo es.

— Me alegra.

Ella rió y yo también.

— Será el mayor desafío de mi carrera.

— ¿Por qué?

— Tiene que quedar perfecto, Cesare. Los dos.

— No exijo perfección.

— Pero yo sí.

— No quiero que te presiones de más.

— ¿Arrepentido de darme un cheque en blanco? — bromeó.

— No.

— Ajá…

— Solo no quiero que te estreses.

— Qué dulce.

— Qué sensato.

— Tendremos tiempo para pensarlo.

— Sí.

— Aunque el tiempo pasa rápido.

— Es verdad.

— Lo haré con cariño.

— No lo dudo, dolcezza.

— Gracias por la confianza. — Sonrió. — Pediré a Leonardo que prepare un contrato preliminar.

— No será necesario.

— Claro que sí. El respaldo legal nunca está de más.

— Eres la madre de mis hijos, Marcela. Confío en ti.

— No funciona así.

— Sí funciona — sentencié.

Ella chasqueó la lengua, reprobándome. Yo sonreí. Definitivamente, llegaríamos a llevarnos muy bien.

— Creo que eso es todo — dijo.

— Nos quedan muchas cosas por hablar, dolcezza — respondí suavemente.

— No quiero discutir hoy. Habrá muchos puntos de fricción.

— Tienes razón — cedí. — Pero hay algo que sí necesitamos hablar ahora.

— ¿Qué? — Se notó tensa.

— Nosotros.

— ¿Nosotros? — su sorpresa fue evidente.

— Sí.

— No entiendo.

— Necesitamos conocernos mejor, Marcela.

— ¿Es que no me conoces ya?

— ¿Cómo? — fruncí el ceño.

— Debes tener un informe lleno de información sobre mí.

— No es lo mismo. Eso no me deja conocer a la mujer.

— ¿Y quieres conocer a la mujer?

— ¿Hay algún problema?

— No, solo me parece curioso.

— Es normal dadas las circunstancias. Tendremos que convivir.

— Es verdad…

— No quiero ser un desconocido para ti, dolcezza. Además, quiero ser tu amigo, por nuestros bebés. Un amigo conoce al otro.

— Tiene sentido.

— Podemos salir a cenar.

— Podemos, claro — aceptó.

Una euforia irracional me invadió. No debería emocionarme. Era solo una cena, no un encuentro romántico que terminaría con

besos y cuerpos sudados. Si terminaba así, no me quejaría. Mi polla tampoco.

Sangre caliente.

Stronzo. ¿En qué estaba pensando?

— ¿Hoy? — pregunté.

— Hoy no puedo — respondió. — Tengo varias cosas que requieren mi atención.

— ¿Mañana?

Negó.

— Lo dudo, Cesare. Esta semana está llena. Cuando tenga un momento libre, querré dormir.

— No deberías trabajar tanto, dolcezza.

— Siento que puedo decirte lo mismo, Cesare.

— Es diferente.

— No veo cómo.

— Yo no tengo dos pequeños creciendo en mi vientre — dije suave.

Ella hizo un sonido reprobador.

— Debes cuidarte.

— ¿Y su papá no?

Escucharla llamarme "papá" aceleró mi corazón.

Papá.

Si eso me hacía temblar, no imaginaba lo que sería oírlo de mis hijos.

— Sé que debo cuidar mi salud, Cesare. — Me sacó del trance, posando una mano en el abdomen. — Nunca los perjudicaría. Aun con mucho trabajo, respeto mis límites.

— No quise ofender, solo…

— ¿Te preocupas por mí? ¿Por ellos? — completó, sonriendo dulce.

— Sí.

— No hace falta.

— Es inevitable, dolcezza. Ahora ustedes son lo más importante de mi vida — murmuré, sorprendiendo a ambos.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

— Estás peligroso hoy, Cesare.

— ¿Peligroso?

Antes de que respondiera, tocaron la puerta. Se sobresaltó en la silla, y yo fruncí el ceño.

— ¿Leo? — carraspeó.

— La signora Bianchinni está aquí. Pregunta si puede recibirla para revisar detalles de su proyecto — informó el mocoso.

Arqueé una ceja.Para esa mujer, él pregunta sin dudar si Marcela puede recibirla. Para mí, pone obstáculos. Stronzo. ¿Qué le hice yo? Nada.

— Claro — respondió Marcela, y luego me miró. — ¿Cesare?

— No seré un estorbo, dolcezza — dije levantándome, aunque no quería irme. — También tengo trabajo que hacer.

— Gracias.

— ¿Puedo llamarte o enviarte un mensaje?

— Creo que no necesitas mi permiso.

— Créeme, sí lo necesito.

— ¡Estás menos atrevido últimamente, Cesare! — bromeó, riendo, haciéndome sonreír.

— Sería pedante.

— Esa es una buena razón para no permitirlo, ¿no crees? — Se mordió el labio, y sentí fuego en la piel.

— Sì — jadeé.

— Te responderé.

— Gracias. Avísame si necesitas algo o sientes cualquier cosa.

— Claro.

— Hasta luego.

— Buena tarde.

— Buen trabajo — le dije.

— Gracias. — Sonrió.

Cuando por fin salí, me encontré con el mocoso todavía allí, escuchando.

Le lancé una mirada cargada de desprecio.

— Ten cuidado conmigo, mormacchio — susurré en tono peligroso.

No respondió. Mi móvil sonó en ese instante. Atendí la llamada, suficiente para arruinar aún más mi humor.

Capítulo 9



— ¿Importa? —murmuré para mí misma al mirar los varios frascos dispuestos en la esquina del lavabo de mi baño—. ¡Elige cualquiera!

Era mucho más fácil decirlo que hacerlo, ya que seguí mirando mis opciones, hasta que pensé que estaba siendo extremadamente ridícula con tanta indecisión. Me obligué a coger uno de ellos, uno que no fuese tan fuerte, que estuviera lejos de darme un aire de femme fatale, pero cuyas notas más dulces fueran suficientes como para no pasar desapercibidas.

Tenía que dar gracias al hecho de que la sensibilidad a los olores no había sido un síntoma hasta entonces y que todavía podía

seguir usando los perfumes que tanto amaba.

De forma inconsciente, empecé a aplicarlo en los puntos "estratégicos".

Intenté no pensar en lo patética que estaba siendo y, en cuanto terminé de arreglarme, cogí mi móvil y me hice un selfi, enviándoselo a Jane, ya que mi hermana me mataría si no le enseñase cómo había quedado el vestido que había comprado días atrás, con el look completo.

Acababa de mandar la foto cuando recibí un mensaje suyo:

Hermana :
Ese vestido te ha quedado perfecto.

Esbocé una sonrisita antes de escribir.

Yo:
Gracias

Hermana :
¡Él va a pensar que estás buenísima!

Puse una mueca.

Yo:
No es esa la intención

Hermana :
¿Por qué no?

Yo:
Sabes que es solo una cena

Hermana :
¡Pero eso no impide que él piense que estás buenísima!

Yo:
¡Jane!

Hermana :
Tendría que ser un idiota
Y por lo que he leído en internet, está lejos de serlo

Antes de que pudiera responder, sonó el portero.

Yo:
Ha llegado

Hermana :
¡Diviértete!
¡Solo Dios sabe cuánto lo estás necesitando!

Puse otra mueca. No era tan grave como ella decía. Bueno, quizá un poco, ya que los últimos días habían sido agotadores y no

podía decir que hubiera tenido un momento de ocio.

Hermana :
Te quiero

Yo:
Yo también te quiero

Consciente de que ya habían pasado unos buenos segundos desde que había dejado de enviar mensajes a mi hermana y no me había movido para atender el portero, por fin reaccioné. Con pasos rápidos, fui a contestar.

— Hola, ya casi termino de arreglarme —dije, apretando el botón del portero—. ¿Quieres subir?

— ¿Tienes la costumbre de invitar a alguien a subir a tu apartamento sin siquiera saber quién es, dolcezza? —dijo él en un tono de reprobación.

— ¡Claro que no! ¡Sabía que eras tú!

— Podría no serlo.

— Pero lo es.

— ¿Y si no lo fuera?

— ¡No soy tan inconsciente, Cesare!

— Espero que no, Marcela...

— ¡Me lo merezco!

La risa ronca de él resonó en mis oídos y sentí cada nota reverberar por mi cuerpo, que fue tomado por una ligera tensión que intenté ignorar.

— ¿Quieres subir, Cesare? —volví a preguntar, siendo educada.

— No, te espero aquí abajo.

— No voy a tardar de todos modos.

— No hace falta que te des prisa por mí, dolcezza.

— No lo haré.

Como Cesare no dijo nada más, me puse en movimiento. En menos de cinco minutos, guardé el móvil en el bolso y cerré la puerta con llave.

Ya en el ascensor, me sentí muy tentada a mirarme en el espejo para buscar alguna imperfección en mi aspecto, pero me contuve.

¿Por qué una partecita de mí, a la que hacía de todo para silenciar, quería que el multimillonario me encontrase atractiva?

— ¡Hormonas! Solo mis hormonas descontroladas justificaban ese deseo ridículo —murmuré para mí misma, saliendo apresuradamente de la caja de metal en cuanto las puertas se abrieron en la planta baja.

Intentaba convencerme de eso, pero mi teoría se debilitó un poco en cuanto vi al hombre apoyado en la carrocería del coche deportivo, que debía costar lo mismo que mi apartamento.

Sin el traje que usaba normalmente, Cesare tenía un aire más desenfadado, aunque seguía estando muy elegante. Llevaba un pantalón de vestir negro, de buen corte, una camiseta blanca ajustada al cuerpo, que resaltaba cada músculo de su torso ancho y poderoso.

El reloj caro de oro en la muñeca podría haber sido el protagonista, pero lo que más llamó mi atención fue el cabello peinado un poco hacia delante que, incluso a distancia, podía ver que estaba húmedo, dándole un aspecto muy sexy.

Sí, mi teoría tenía un fallo. Cesare podía ser bastante arrogante y presuntuoso, pero era muy guapo.

Difícilmente una mujer no querría estar lo más presentable posible a su lado. Así que no podía culparme por querer estar guapa.

Dejó de mirar el móvil y, después de guardarlo en el bolsillo, levantó la vista en mi dirección.

El calor empezó a hervir en mi bajo vientre al sentir los ojos azules de Cesare recorriendo lentamente mi cuerpo. Si aún me quedaba alguna duda de que le gustaba lo que veía, la curva en la comisura de sus labios me daba la respuesta.

Respiré hondo, intentando controlar la agitación que me causaba, y acorté la distancia que nos separaba.

— Te dije que no hacía falta que te dieses prisa por mí, dolcezza —dijo con la voz ronca, su mirada sin apartarse ni un solo segundo de mí, pareciendo volverse más ardiente.

— Estaba prácticamente lista —me justifiqué.

— Okay. —Hizo una pausa—. Estás exuberante, dolcezza.

— Gracias, hace tiempo que no escucho esa palabra — murmuré, sintiendo una especie de placer al ser elogiada sin necesidad por él, quizá más del que debería.

— ¿Sì?

— Sì.

— Estoy seguro de que volverás a oírla muchas veces, Marcela.

— ¿Por ti?

— Sí, por mí.

Mis labios, sin que pudiera evitarlo, se curvaron en una sonrisa, al mismo tiempo que sentí el rubor empezar a extenderse por mi piel, principalmente porque Cesare seguía mirando fijamente mi cuerpo.

Me sentí más idiota que cuando estaba indecisa sobre qué perfume usar. ¡No era una niñita para sonrojarme solo por un cumplido!

— ¿Vamos? —tosqueé, extremadamente cohibida—. No quiero acabar perdiendo nuestra reserva por llegar tarde.

— No hay posibilidad de que eso ocurra —dijo, pareciendo un poco contrariado al separarse de la carrocería.

— ¿Por qué no?

— No es bueno para los negocios indisponerse con un cliente.

— Sobre todo con uno como tú, ¿no?

— Estoy intentando no ser tan arrogante, dolcezza.

Volviéndose hacia el coche, abrió la puerta del copiloto e hizo un gesto con el brazo para que entrara, lo que me pareció muy caballeroso.

— Gracias —dije, deslizándome al interior del vehículo, antes de retomar el tema—: Y si yo no estuviera aquí, ¿estarías consiguiendo controlar tu arrogancia?

— Prácticamente me estás obligando a decir que no les gustaría contrariarme —dijo con un tono cargado de diversión.

— No te estoy obligando a nada, Cesare —me defendí.

— ¿Ah, no? —murmuró, misterioso.

Puse cara de pocos amigos, haciendo que Cesare soltara una carcajada mientras cerraba la puerta.

¡Granuja! Pero era un granuja que conseguía que mis labios se curvaran otra vez, y acabé sonriendo.

Respiré hondo, pero terminé maldiciendo en mis pensamientos cuando el olor amaderado de su gel de baño entró en mis fosas nasales y jugueteó con mis sentidos, provocando un revuelo indeseado.

¡Cazzo!

Si supiera que iba a quedarme sonriendo a ese hombre como una adolescente, habría inventado cualquier excusa para evitar esa cena. "Demasiado tarde", me dije en pensamiento.

Colocando el bolso en mis pies, me obligué a ponerme el cinturón de seguridad. Si invocaba alguno de los síntomas del embarazo, con toda seguridad Cesare querría "cuidar" de mí por causa de los bebés, lo que solo empeoraría la situación.

Volví a respirar hondo.

Por más que quisiera huir, no había escapatoria: tenía que aceptar a ese hombre no solo por un día, sino por toda mi vida. Y Cesare ya estaba echando raíces en ella, ya que, todos los días, desde que le había dado permiso para que habláramos por teléfono, el multimillonario me mandaba varios mensajes preguntando cómo estaba. No era una vez al día, sino varias, algo que muchos podrían considerar agobiante, pero que yo encontraba extremadamente amable y atento.

— ¿En qué piensas, dolcezza? —susurró.

— ¿Por qué crees que estoy pensando en algo?

— Estás en silencio.

Lo miré de reojo y, en lugar de fijarme en su rostro, me quedé observando la mano que estaba sobre el volante.

Los hombres conduciendo eran sexis.

Y esos dedos largos, la mano grande, resaltada por el reloj que adornaba la muñeca, definitivamente formaban un conjunto muy sexy.

Maldita sea.

— ¿Dolcezza?

— Tú también estabas en silencio, así que debo suponer que tú también estás pensando —me obligué a decir.

— Lo estoy.

— ¿Compartirás esos pensamientos conmigo?

— Me has acorralado, Marcela, pero, en mi defensa, no era nada importante.

— Debe de ser algo importante si es un secreto.

— Tienes razón.

Sonreí, victoriosa.

— Pero sigo queriendo saber en qué estabas pensando tú —murmuró.

— Nada importante, créeme.

Se rió.

— ¿Algún día llegaremos a conocer los secretos del otro, dolcezza?

— ¿Quieres sinceridad?

— ¿Tú crees que no?

— Lo veo difícil.

— Entonces aún tenemos posibilidades —no fue una pregunta, sino una afirmación.

— Pero es difícil —repetí.

— Eres pesimista.

— Realista —me encogí de hombros antes de tener un pensamiento repentino, que me pareció extraño y me dejó un poco alarmada—: ¿Tú deseas que nuestra relación llegue algún día a ese punto, Cesare?

— La idea no me resulta repulsiva —susurró.

Abrí y cerré la boca sin saber qué decir.

— ¿Te he chocado?

— Es inesperado.

— Yo también lo creo.

— ¿De verdad?

— No sé de dónde ha salido...

No dije nada, aturdida por el tema, por ese deseo suyo. No tenía claro si yo quería ese tipo de intimidad. Una relación amistosa por nuestros bebés, sí, pero algo más profundo... No me parecía prudente.

— Tal vez debería dar yo el primer paso —dijo en un tono bajo.

— ¿Sì? —Me moví en el asiento.

— Revelar mis secretos.

— Quizá sea mejor dejar que el tiempo actúe, sin precipitar las cosas ni forzar nada, Cesare.

— Bueno...

— No hay prisa, sobre todo cuando ni siquiera conocemos cosas básicas el uno del otro —seguí con mi discurso.

— ¿Como qué?

— Gustos. Aficiones. Posicionamiento político. Familia. Percepciones del mundo.

— La filosofía de vida no es algo sencillo, dolcezza.

— Pero tendremos que conocerla para negociar.

— ¿Negociar?

— Las decisiones sobre la educación de nuestros hijos no van a ser solo mías —murmuré, sintiendo cierto amargor con la idea. Pero ¿qué podía hacer? Solo me quedaba creer en sus palabras, en que cedería y no sería un tirano.

— Es un buen punto.

El silencio se asentó entre nosotros, y yo miré el paisaje a través de la ventanilla, pero todo no era más que una mancha borrosa para mis ojos, ya que estaba intentando digerir las expectativas de él y las mías.

No duró mucho, porque volvió a sacar tema:

— ¿Eres buena negociadora?

— No mucho, creo. —Hice una pausa—. Pero, ahora que lo pienso, debo de serlo, ya que termino lidiando con muchos tipos de personas que tienen muchas expectativas que satisfacer y la realidad no siempre coincide con ellas.

— Hum...

— De todos modos, dudo mucho que sea capaz de competir contigo.

— ¿Por qué dices eso?

— Eres un hombre de negocios de la cabeza a los pies, Cesare.

— Tú también tienes tu negocio.

— La diferencia de tamaño entre el mío y el tuyo es bastante evidente.

— Eso no lo hace menos admirable.

— Estás siendo amable.

— ¿Quieres una carrera internacional?

— Si digo que no, ¿voy a perder tu admiración? —bromeé con él, sin saber muy bien por qué.

— Seguirás siendo una mujer admirable y talentosa a mis ojos.

Una vez más, el placer de ser elogiada por Cesare burbujeó en la boca de mi estómago.

— No sabes si realmente soy talentosa, Cesare.

— Lo sé, vi algunos de tus proyectos en tu web.

— ¿En serio? —Lo miré, sorprendida.

— Me dio curiosidad. Tu trabajo tiene una característica muy marcada, a pesar de tu eclecticismo al jugar con lo clásico y lo moderno.

— ¿Y cuál sería esa característica?

— Calidez.

— ¿Calidez? —repetí.

— Tú no creas simples espacios, sino hogares.

— Cesare... —mi voz salió ronca, emocionada.

— Tu diseño tiene alma. Yo invertiría en ti, dolcezza.

— No sé ni qué decir. Te agradezco los elogios, de verdad.

Vi que se encogió de hombros.

No dijimos nada más durante el resto del trayecto. Yo prácticamente me perdí en mis pensamientos, tanto que di un sobresalto cuando el coche se detuvo y por fin vi dónde estábamos.

Por más que no acostumbrase pasear por esa calle, al fin y al cabo, ¿qué podría hacer allí además de turistear de vez en cuando? Tenía dinero para llevar una vida cómoda, pero no para ir de compras a la Via Montenapoleone, ya que allí se encontraban las marcas más grandes de Milán, además de joyerías y boutiques de lujo.

Tragué saliva, pero no tuve mucho tiempo para pensar, ya que un empleado abrió la puerta para mí.

— Gracias —dije al salir del coche, sintiendo una brisa templada acariciar mi piel, inclinándome para coger mi bolso.

— Buenas noches, signora —me deseó el valet.

— Buenas noches.

El chico hizo una leve reverencia y, cuando di un paso hacia un lado, aprovechó para cerrar la puerta.

No me quedé observando lo que hizo después, ya que toda mi atención no estaba en la fachada del edificio de cemento con columnas falsas que eran una especie de molduras para las grandes ventanas de hierro, sino en la placa del restaurante, que se encargaba de exhibir orgullosa sus estrellas Michelin.

— ¿Vamos, dolcezza? —dijo Cesare al acercarse a mí, apoyando su mano grande en mi zona lumbar.

El escalofrío fue inmediato, así como el fuego que aquel toque sutil produjo en mi cuerpo. Sentí varios estremecimientos, mis piernas volverse ligeramente temblorosas y el deseo convertirse en algo violento en mi bajo vientre.

Cesare aplicó un poco más de presión con su mano cuando no me moví y, teniendo que controlarme para no estremecerme, me obligué a dar un paso y luego otro.

Sabía que debía apartarme o incluso pedirle que retirase la mano de mi cuerpo, pero yo era rehén del calor y de la proximidad de Cesare.

Ni siquiera cuando nos acercamos al mostrador de la recepción fui capaz de poner distancia entre los dos, algo que, por lo visto, él

tampoco pensaba hacer, ya que mantuvo la palma presionada contra mi espalda baja.

— Buenas noches, signore e signora. ¿A nombre de quién está la reserva? —preguntó el recepcionista.

— A nombre de Cesare della Rovere.

Tras comprobar la reserva, nos pidió la documentación y, en menos de un minuto, nos condujeron al salón. Intenté concentrarme en la decoración lujosa del ambiente y no en las miradas de algunas personas que probablemente reconocían al multimillonario, mucho menos en la forma en que el toque de Cesare pareció volverse más firme y posesivo, manteniendo mi deseo encendido.

Los manteles blancos, que cubrían las mesas en un estilo más clásico, contrastaban con las sillas negras, modernas. El techo y las paredes también eran negros, en contraposición con los marcos blancos y las pinturas. Los puntos de luz amarilla remataban todo, elevando todavía más la sofisticación del lugar. Era precioso, sin duda, pero eché de menos el color, incluso en las obras de arte.

— Gracias —agradecí cuando el empleado tiró de la silla para mí.

— De nada, signora.

Le sonreí, y sentí cierto alivio cuando Cesare dejó de tocarme, pero, al mismo tiempo, mi traicionero cuerpo echó de menos el calor de su palma en mi espalda.

Cesare tomó asiento frente a mí, y lo observé unos instantes antes de buscar refugio en el menú que un camarero me había dado, mientras otro nos servía agua. No mirarlo no servía de mucho, ya que, aunque no lo encarase, podía sentir sus ojos azules sobre mí, lo que me mantenía en ebullición.

Otra vez me estaba comportando como una tonta. Tenía que acostumbrarme a que él me mirara, al fin y al cabo, para eso estábamos allí, ¿no? Para interactuar. Para conversar.

— ¿Vas a seguir el menú del chef? —saqué tema, dejando de esconderme detrás del menú y mirándolo.

— Creo que no. —Lo vi coger el menú para echarle un vistazo —. Suelo pedir platos sueltos, según lo que me apetezca, pero si tú quieres seguirlo, dolcezza, siéntete libre.

— También prefiero elegir de forma individual. ¿Tienes alguna recomendación?

— Los cjarsòns están muy ricos.

— Huum. ¿Y la coda alla vacinara? —pregunté por la cola de buey que se cocinaba con varias verduras durante dos días.

— No me gusta mucho, pero es más por gusto personal que por el sabor.

— ¿En serio?

— No me gusta el aspecto en sí. Deberías probarla para sacar tus propias conclusiones.

Hice un gesto negativo.

— Creo que es mejor pedir la ternera. —Dejé el menú sobre la mesa.

— ¿Te gusta ir a lo seguro, dolcezza? —preguntó en un tono suave, y me sorprendió un poco la cuestión, que no tenía que ver con el plato, sino con algo mucho más personal.

Pensé si debía responder o no, pero acabé cediendo:

— Cuando puedo permitirme ese lujo, sí. Cobarde, ¿no?

— Yo no lo llamaría así.

— ¿Y cómo lo llamarías?

— A veces la comodidad es necesaria.

— No consigo imaginarte en la comodidad —comenté, arrepintiéndome al segundo siguiente, ya que era una opinión muy íntima y estábamos lejos de tener intimidad.

— ¿Eso crees?

— "Riesgo" parece definirte mejor.

— En el campo financiero, sí, pero ¿en el personal? Díselo a mis familiares. —La comisura de sus labios se curvó, y confieso que sentí cierta curiosidad, pero cambió de tema—. ¿Pedir vino está descartado?

— Sí, yo no puedo, y tú estás conduciendo —fui tajante, y vi que sus ojos brillaron.

— Entonces, ¿soda de manzana verde?

— Perfecto. —Sonreí.

Hizo un gesto discreto al camarero.

— ¿En qué puedo ayudar, signore?

— Primero las damas —dijo Cesare, y yo le sonreí.

— Una ensalada de rollitos de queso, una ternera en salsa y unos cjarsòns, por favor. Para beber, una soda.

— De acuerdo, signora. —El camarero registró el pedido en su tableta antes de girarse hacia Cesare—. ¿Y el signore qué desea pedir?

— Yo también voy a querer una soda, una ternera, un plato de pasta con trufa y pesto, y alcachofas fritas como entrante —pidió.

— ¿Algo más, signore?

— Un plato de coda alla vacinara —concluyó Cesare, y yo lo miré, aturdida, por haber pedido la cola de buey.

— ¿Por qué has hecho eso? —murmuré en cuanto el camarero se alejó.

— ¿El qué? —disimuló.

— Pedir la cola de buey para mí.

Simplemente se encogió de hombros.

— No hacía falta. Dudo mucho que consiga comer todo lo que he pedido.

— Quería que la probaras.

— ¿Por qué?

— ¿Siempre necesitas una razón para todo, dolcezza? — Parecía divertido. Cogió la copa de agua antes de añadir—: Solo quería que probases el plato. Nada más.

Bebió un sorbo del líquido.

— Te lo agradezco —dije, consciente de que estaba siendo pesada.

— Si quieres saber la verdad, Marcela, hay otra razón. Una muy simple y en la que pienso esforzarme bastante —dijo, dejando la copa de cristal sobre la mesa.

— ¿Cuál sería?

— Agradar a la madre de mis bebés.

— No hace falta que te esfuerces por agradarme, Cesare. Eso no cambiará mucho nuestra relación.

— ¿Y si te digo que quiero hacerlo?

— Me dan ganas de preguntarte el motivo... —bromeé.

Cesare soltó una carcajada y yo acabé riéndome también.

— ¿Y bien?

— ¿Qué?

— ¿Me vas a decir el motivo?

— ¡Dio! —exclamó, volviendo a reír.

— ¿Entonces no hay una razón específica para querer agradarme? —arriesgué...

— No, no la hay, dolcezza.

— ¿Esperas que te adule a cambio, Cesare?

— No. —Hizo una pausa antes de dar una sonrisa un poco cortada y concluir—: Pero tampoco me quejaría si quisieras agradarme de vez en cuando.

— Es justo.

— ¿Lo harás?

Era una pregunta inocente, pero de alguna forma me provocó un pequeño malestar. Quizá no fuese la cuestión en sí, sino el hecho de que una barrera que había entre nosotros se hubiese derrumbado. O tal vez fuese yo, que me estaba relajando y abriendo un poco más mi concha.

— No es que crea que necesites que yo te agrade. Sería solo una persona más haciéndolo —dije, al ver que me miraba fijamente, esperando una respuesta.

Sus ojos brillaron y dijo en un tono tan bajo que casi no lo oí:

— No serías cualquiera. Serías tú.

Se me erizó el vello de la piel y sentí un nudo en la garganta.

Cogí mi copa y bebí un sorbo de agua.

— ¿He dicho algo mal, verdad?

— Claro que no. ¿De dónde sacas eso? —mentí.

— Estás tensa.

— ¿Ah, sí?

— Sí. Lo siento. —Pasó la mano por su cabello.

— No tienes nada por lo que disculparte, Cesare.

— Estoy estropeando nuestra noche.

— Tonterías —ignorié la incomodidad que me provocaba su comentario y bromeé—: Soy la madre de tus bebés, al fin y al cabo.

Así que sí, soy distinta de las demás personas.

— Sí que lo eres, y me estás dando una buena excusa.

— Considéralo una especie de agrado, Cesare. —Le guiñé un ojo.

Él sonrió, y me descubrí devolviéndole la sonrisa, sin querer alargar más aquella sensación extraña, aunque el silencio se prolongara entre nosotros. Aproveché para echar un vistazo a las mesas cercanas, reconociendo a una u otra persona.

No tardaron en llegar las sodas y los entrantes.

— ¿Puedo hacerte una pregunta que puede cargarse por completo nuestra noche, dolcezza? —preguntó Cesare después de varios minutos degustando nuestros platos.

— ¿Estás seguro de querer arriesgarte? —bromeé, pinchando una de las verduras con el tenedor.

— Es algo que me pregunto desde que te conocí, Marcela.

— ¿Sì?

— Sì, es bastante personal.

— Has conseguido despertar mi curiosidad, Cesare —le di mi consentimiento, aunque era consciente de que podía arrepentirme después.

Me analizó antes de soltar:

— ¿Por qué optaste por la inseminación artificial?

— Supongo que en tu "informe" debe de constar que no estoy en una relación en este momento —dije en un tono cargado de diversión.

Cesare pareció no encontrarle ninguna gracia.

— Me pregunto por qué no estás en una relación, dolcezza. Eres guapa, inteligente, independiente y bastante interesante.

— Una relación exige mucho más que eso, como tú bien sabes.

— Sí, lo sé.

— Estoy soltera porque todos mis intentos no han salido bien, y siento que he perdido las fuerzas para empezar el proceso desde cero —respondí, dándome cuenta de que estaba hablando demasiado.

— ¿Por qué?

— Estoy segura de que no querrás escuchar mi discurso largo y aburrido sobre los hombres —fui evasiva, antes de coger el vaso y dar un sorbo al refresco de manzana, sintiendo las burbujas del agua con gas jugar sobre mi lengua.

— Me sentiría en la obligación de defendernos —dijo con diversión.

— Y acabaríamos discutiendo. —Chasquee la lengua y terminamos riéndonos—. De verdad que no merece la pena hablar de mis exnovios.

— Puedo imaginármelo.

— Creo que me debes una respuesta —decidí ser invasiva.

— ¿Qué pregunta?

— ¿Por qué congelaste tu material genético?

— Por si me arrepentía de la vasectomía que me hice.

Aunque fuese una respuesta honesta, sentí una fuerte repulsión, ya que, una vez más, afirmaba que no quería tener hijos. La emoción me empujaba a gritar: "Entonces, ¿por qué no me dejas en paz con mis bebés?", pero me obligué a recordar que él no tenía la culpa de lo ocurrido.

— La vasectomía es reversible.

— Puede que haya tenido la suerte de que no lo sea. Fue más bien por precaución. —Volvió a encogerse de hombros.

— Bastante lógico —antes de poder contenerme, me sorprendí preguntando—: ¿Hace mucho que te sometiste al procedimiento?

— Tres años.

— Es mucho tiempo.

— Sì.

— Y nunca te arrepentiste —fue más bien una afirmación que una pregunta.

— No. Ya tengo dos bebés, así que las probabilidades de que me arrepienta son nulas.

— Pero podrías querer tener hijos con tu futura esposa, Cesare.

— Es todavía menos probable. No habrá ninguna esposa.

— ¿Una compañera?

— Tampoco.

— ¿Entonces eres contrario a las relaciones? —murmuré, sorprendida.

— Tenemos eso en común, dolcezza. —Me guiñó un ojo, divertido.

— Yo no soy contraria —me defendí en automático.

— ¿No?

— No.

— Solo que no tienes fuerzas para hacer un nuevo intento, ¿no? —bromeó, repitiendo mis palabras.

— Eso es.

— Viene a ser lo mismo, ¿no crees?

— No.

— No conocerás a la persona adecuada si no lo intentas —dijo en un tono suave que me pareció bastante engañoso, ya que había un brillo extraño en sus ojos que me dejó incómoda.

— Mi hermana me dice lo mismo y yo siempre le digo que estoy bien sola. —Me removí en el asiento.

Sus labios se curvaron con diversión.

— Creo que tenemos algo en común, dolcezza, ya que yo suelo decir lo mismo.

— Quién lo diría, ¿verdad?

— Creo que eso merece un brindis.

— ¿Tener algo en común además de nuestros bebés? —dije bajito, todavía inquieta con el tema.

— Nuestra soltería.

— No sé si eso es algo que deba celebrarse, Cesare.

— ¿Por qué no?

Pensé en una respuesta, pero no se me ocurrió nada.

— No lo sé.

— Estar en una relación solo complicaría las cosas, dolcezza.

— Principalmente por tu parte, creo. —Hice una pausa, reflexionando sobre las consecuencias del lío en el que nos habían metido—. Sería embarazoso que tú estuvieras en una relación con

alguien y acabaras teniendo "hijos" conmigo, por más que haya sido un error de la clínica. Eso si no provocase una fisura imposible de reparar.

— ¿Terminarías una relación por eso? —preguntó, curioso.

— Intentaría manejarlo con madurez, pero nunca se sabe. No se podría culpar a la persona por no saber cómo gestionar la situación.

— Si lo piensas bien...

— Creo que tengo que celebrar tu soltería, Cesare. —Esbocé una sonrisa—. Si estuvieras comprometido, nuestra relación sería, con toda seguridad, aún más complicada.

— Yo no veo nada complicado de momento —replicó.

— No voy a discutir eso.

— Porque sabes que tengo razón. —Sonó arrogante, y yo puse los ojos en blanco, arrancándole una risa. Me miró fijamente antes de coger el vaso de soda y alzarlo—. Por nosotros, Marcela.

— ¡Por nosotros! —murmuré, sin querer ser descortés, al coger mi vaso y chocar suavemente el mío con el de Cesare, independientemente de lo que ese "nosotros" significase y de las complicaciones que vinieran con ello.

Capitulo 10



— ¿Quieres comer algo más, dolcezza? — pregunté al ver a Marcela tomar una servilleta y limpiarse la boca con refinamiento.

— No, gracias.

— ¿Ni un postre?

— Confieso que no soy muy fan de lo dulce, pero si quieres pedir algo, siéntete libre, Cesare.

— Rara vez como dulces.

— Otro punto en común, entonces — bromeó, esbozando una sonrisa que llegó hasta sus ojos, y eso hizo que yo contuviera el

aliento durante unos segundos.

— Sí, otro — concedí, reaccionando al fin.

Sonrió antes de decir:

— Si no quieres nada más, creo que podemos pedir la cuenta.

— De acuerdo.

Miré al camarero e hice un gesto discreto.

Rápidamente se acercó.

— ¿En qué puedo ayudarle, signore?

— La cuenta.

— En un momento.

— Gracias.

Hizo una leve reverencia antes de alejarse, y yo volví mi atención a la mujer frente a mí, dándome cuenta de que me observaba, pareciendo bastante relajada en mi presencia, lo que me sacó una sonrisa.

No me importaría si me restregase en la cara que era arrogante, porque mi sonrisa era realmente presuntuosa. Era plenamente consciente de ello, ya que saboreaba—y mucho—la idea de que estábamos derribando barreras entre nosotros, construyendo algo bueno. Estaba tan satisfecho que ignoraba las múltiples campanas de alerta que resonaban en el fondo de mi mente.

Mis ojos no querían apartarse de ella ni un solo minuto.

Registraba cada sonrisa, cada mirada, cada risa, cada vez que se tocaba el pelo; la forma en que sus labios se movían al hablar y al masticar.

Hablar con ella era un placer aparte. Cultivada, versada en varios temas, una oyente atenta.

Yo estaba fascinado, atraído como jamás me había sentido por nadie, y eso me hacía querer...

— La cuenta, como pidió, signore — el camarero regresó, dejando una pequeña carpeta sobre la mesa.

Fui a cogerla, pero me sorprendió que mi mano se posara sobre la de Marcela. Fruncí el ceño, confundido, mirándola. Ella no retiró la mano. Su calor atravesó mi piel al instante, disparando mis latidos. El deseo—contenido varias veces aquella noche—se desató.

— Déjame pagar a mí, Cesare.

— Ni lo sueñes.

— ¿Al menos mi parte?

— No divido cuentas, dolcezza — mi voz salió ronca.

— Lo dudo.

— No en estas circunstancias.

— Esto no es una cita — insistió, terca
.
— Es casi como si lo fuera.

Alzó una ceja.

— Yo te invité a cenar y te traje hasta aquí, ¿no?

— Sí, pero…

— Es justo.

— No me siento cómodo.

— Yo tampoco me siento cómodo dejando que pagues, Marcela.

— Estamos en un punto muerto.

— No, no lo estamos.

— Cesare... — protestó.

Sin darle opción, envolví su mano pequeña entre las mías y la retiré de encima de la cuenta. El calor desapareció cuando solté los dedos de Marcela para coger mi cartera del bolsillo, y lo sentí como una pérdida absurda.

— La próxima la pago yo — refunfuñó al verme acercar mi tarjeta a la máquina.

Sonreí, complacido por ella mencionar que habría una próxima vez, y también porque sabía que Marcela jamás pagaría una cuenta conmigo presente.

Tras completar el pago, guardé la tarjeta y la cartera. Me levanté y adelantándome a ella, fui a retirar la silla para que se incorporara.

Marcela me dio las gracias con una sonrisa que mi mente registró antes de que mis instintos más primarios tomaran el control. Apoyando mi mano en la parte baja de su espalda, la escolté hacia la salida.

Las yemas de mis dedos sintieron la tensión que invadió su cuerpo con mi toque, y pensé que se apartaría. No lo hizo. Para mi

deleite, continuó caminando a mi lado.

Jugué un juego aún más peligroso y aumenté ligeramente la presión de mi toque, volviéndose casi posesivo cuando vi a un hombre mirarla con lascivia, deseando lo que yo quería para mí y aún no tenía.

Lamentablemente, salimos demasiado rápido del restaurante, lo que no solo puso fin al contacto, sino también a la noche cuando subiéramos al coche y la llevara a casa.

Algo dentro de mí se rebeló. Un deseo peligroso: que nuestra noche no terminara. Quería seguir hablando con Marcela, conocer más a fondo a esa mujer fascinante e inteligente.

Sentía que no había tenido suficiente de su compañía.
Era demasiado pronto. La noche no podía acabar.

— ¿Estás muy cansada, dolcezza? — me oí preguntar.

Ella dejó de caminar, girándose hacia mí, sorprendida.
— No demasiado, ¿por qué?

— Estaba pensando en caminar un poco mientras seguimos conversando — murmuré, casi inseguro, temiendo un "no".

— No pareces del tipo de persona que disfruta caminar, mucho menos alguien que tenga tiempo para ello.

— A veces viene bien — respondí encogiéndome de hombros, incómodo con la vulnerabilidad que sentía. No podía decir que me gustaba.

— ¿Lo haces mucho, Cesare? — preguntó, curiosa, dando un paso, y luego otro.

— No aquí en Milán, pero me gusta pasear por las calles y playas de Arzachena — admití, obligándome a caminar a su lado, rezando para que no se dirigiera hacia donde estaba el valet.

— ¿Arzachena?

— Es la comuna donde está mi villa.

— No la conozco — dijo, y me animé aún más cuando siguió andando, pasando de largo el sitio donde esperaríamos mi coche.

Seguimos caminando por la alameda junto al aparcamiento.

— Es un lugar pequeño, con poca gente. Está en la región de la Costa Esmeralda, cerca de las islas de La Maddalena — expliqué, mirándola de reojo.

— He oído hablar de la Costa Esmeralda y de sus playas casi "caribeñas".

— Considero que allí son más bonitas que en el Caribe.

— ¿Por qué siento que ese comentario está muy sesgado, Cesare? — bromeó.

— Solo es una impresión tuya, dolcezza.

— ¡Ahora sí que estoy segura!

Rió, y yo me descubrí riendo también.

— En mi defensa, hay algo mágico en la Costa Esmeralda.

— ¿El qué?

— No sé explicarlo bien, para ser honesto. Lo verás con tus propios ojos cuando estés en mi villa. Te llevaré a una de mis playas favoritas.

— Quién sabe — murmuró evasiva, pero me sorprendí cuando añadió: — Mi último viaje fue hace unos dos años.

— ¿De verdad?

— ¿Viajas mucho?

— Solo por trabajo. Aunque suelo ir a Arzachena con cierta frecuencia, pero no lo considero exactamente un viaje.

— Lo sigue siendo.

— Teóricamente sí, pero…

— ¿Pero?

— Pero lo veo más como un segundo hogar.

— Tu refugio... — susurró.

— Es una buena forma de verlo.

— Nunca imaginé que tuvieras un refugio, Cesare.

— ¿Por qué no?

— Pareces del tipo que no se esconde, que no huye; alguien que enfrenta los problemas de cara.

— Suelo hacerlo, dolcezza, pero también soy humano y a veces cedo al cansancio.

— Es justo…

— Sì.

El silencio cayó entre nosotros mientras caminábamos por la Via Montenapoleone. Los edificios históricos, las fachadas de las tiendas, los coches y la gente no significaban nada comparado con ella y con los roces fugaces de nuestros cuerpos.

— ¡Gelato! — murmuró.

— ¿Gelato? — Fruncí el ceño, confundido.

— Allí — señaló discretamente hacia un camión que vendía helado.

Reí.

— ¿De qué te ríes? — Marcela me miró con los labios crispados.

— Hace menos de media hora dijiste que no te gustaba lo dulce.

— No me gusta.

— ¿Y quieres un helado?

— ¿Y qué pasa?

Negué con la cabeza.

— ¡Vamos! — dije, y automáticamente mis dedos se cerraron sobre la curva de sus caderas.

Sentí un escalofrío recorrer su cuerpo, encendiendo el mío. Pero esta vez, para mi decepción, se apartó con un paso hacia delante.

Contuve el aliento y la seguí hasta el camión.

— Buenas noches — saludó la dependienta, sonriente. — ¿Ya conocen nuestros sabores?

— Buenas noches. Todavía no — respondió Marcela.

— ¿Quieren probar el de pistacho, nuestra estrella?

— Claro — dijimos Marcela y yo al mismo tiempo, nuestros ojos encontrándose por una fracción de segundo.

La observé tomar la muestra y llevarla ansiosa a sus labios.

Pero mi diversión murió cuando escuché el suspiro de placer que dejó escapar. Bajo, largo, intensamente sensual.

Mis sentidos se tensaron al instante.

— Signore, ¿no quiere probar también? — preguntó la dependienta ofreciéndome una cucharilla.

— Gracias — respondí, un poco incómodo, tomando la muestra.

Probé el helado. Dulce. Cremoso. Nada especial.

— ¿Puedo probar el de chispas de chocolate? — pidió Marcela, y mis ojos volvieron a ella.

— Sì — la dependienta preparó una nueva muestra.

Marcela la llevó rápido a la boca.

— ¡Divino! — ronroneó, y el sonido recorrió mi espalda. — ¡Creo que nunca he comido un helado tan bueno!

— Me alegra que te guste. ¿Quieres probar otro?

— Quiero un vaso grande del de chispas de chocolate — dijo, los ojos brillando.

— Signore? — la mujer me miró.

— Solo para la dama.

— Enseguida.

Antes de que Marcela pudiera protestar, ya tenía mi cartera en la mano. Saqué un billete de cincuenta euros.

— ¡Cesare! ¡Dije que yo pagaba la próxima!

— Seguimos en mi turno, dolcezza. — Me encogí de hombros.

Bufó, y yo no pude evitar sonreír al verla casi saltar de alegría al recibir su helado.

— ¿Quieres sentarte? — pregunté.

— No hace falta — murmuró. — ¿Puedes sostener mi bolso para comer más cómoda?

— Claro.

— Gracias.

Le ayudé con la correa del bolso.

— Pesado — murmuré, sorprendido.

— ¡No exageres! — dijo mientras metía la cuchara en el helado.

— Debe pesar dos kilos, Marcela... — preferí aferrarme a ese tema antes de perder la cabeza con el gemido bajo que soltó al comer.

— Para ser un hombre corpulento, imaginé que serías más fuerte — se burló.

— Claro que soy — respondí con una mueca.

— Sí, sí — fingió descreimiento.

— ¡Lo soy!

— Si quieres, puedo volver a sostenerlo por si es demasiado para ti.

— Marcela... — gruñí a modo de advertencia.

Ella rió en mi cara. Pero no me ofendió.Luego se puso seria.

— Si no quieres que te vean sosteniendo un bolso de mujer, puedes decírmelo, Cesare.

— Lo estoy sosteniendo, ¿no?

— Sí, pero hay hombres a los que no les gusta. Tuve un ex que lo odiaba.

— Si sostener el bolso de mi... — empecé, pero me callé. No creo que Marcela quisiera oír "mi mujer".

¿De dónde diablos había salido eso? Ella no era mía.

— ¿De tu...? — insistió.

— Sostener un bolso no me hace menos hombre ni afecta mi sexualidad en absoluto — dije al fin. — Hay que ser idiota para pensar algo así.

— Giulio era muy idiota, de hecho.

— Ya veo.

— Y machista — añadió con una mueca. — No sé por qué estuve tanto tiempo con él.

— Yo tampoco — susurré, sorprendido.

— Difícilmente lo sabrías, Cesare.

— De hecho.

— Afortunadamente, es pasado.

— Sì.

Los labios de Marcela se curvaron en una sonrisa divertida.

— ¿No vas a defender a tu género? — me recordó lo que había dicho antes.

— No esta vez — respondí riendo. — Además, hay idiotas que no merecen defensa, y ese parece ser uno.

— ¡Desde luego que no! — refunfuñó.

Reí, haciéndola reír también.

— Qué tema más horrible: mi ex.

— Tú lo sacaste, dolcezza.

— Y me arrepiento muchísimo.

— No es para tanto.

— Si lo hubieras conocido, no dirías eso.

— Agradezco no haberlo conocido.

— ¡Suerte la tuya!

— No lo dirías si conocieras a alguna gente que yo conozco.

— Lo imagino — murmuró antes de que sus ojos brillasen de diversión. — ¿Muchas como tú?

— Yo soy un dulce en comparación.

— ¡Que la Virgen me libre de conocerlas! — respondió entre carcajadas.

— Puedo presentártelas, podrían ser buenas clientas.

— O darme dolores de cabeza.

— No sabía que eras tan selectiva.

— Por suerte, puedo elegir un poco.

— Podrás elegir aún más, dolcezza.

Ella sonrió y siguió con su helado.

— ¡Dio! ¡Esto es buenísimo! — exclamó con un suspiro.

— Ya lo veo, Marcela — dije divertido.

— Ni te ofrecí. — Parecía avergonzada.

— A diferencia de ti, yo realmente no gusto de lo dulce — la piqué.

— Debe ser un antojo repentino de embarazada.

— Sí, claro.

Marcela resopló antes de tomar otra cucharada generosa y yo reí.

— Me pregunto si será siempre así, Marcela — murmuré.

— ¿El qué?

— Si tendrás muchos antojos de embarazada.

— Espero que no.

— ¿Por qué?

— Sería complicado si me da un antojo súbito de algo que probé en otro país.

— No lo veo tan complicado.

Ella arqueó una ceja.

— Tener a un multimillonario como padre de tus bebés tiene ventajas, dolcezza, y esa es una de ellas — expliqué. — Todo lo que quieras, lo tendrás.

— Qué suerte la mía, ¿no? — dijo en tono burlón.

— Mucha — asentí, sonriendo con malicia. — Seguro que soy el padre soñado por todas las mujeres del mundo: guapo, rico, atento.

— ¡Dio! — rió. — Eso fue…

— ¿Maravilloso?

— Muy presuntuoso.

Hice un mohín.

— ¿Me vas a decir que no tengo razón?

— No la tienes.

— ¿En qué punto? — la provoqué.

— Puedes empezar por lo de "ser el sueño de consumo".

Puse mala cara.

— No necesitabas machacarme así, dolcezza.

— Te lo buscaste, Cesare.

— Puede ser.

Ella sonrió y terminó su helado, tirando la copa.

Seguimos hablando un rato más, conociendo pequeñas cosas del otro, hasta que Marcela dijo lo que menos quería oír:

— Creo que es hora de irnos, Cesare. ¿Volvemos?

— Está bien, dolcezza — asentí, contrariado.

¿Qué podía hacer? ¿Ser un cabrón y forzarla a quedarse más? No. Tal vez estaba cansada. El silencio cayó entre nosotros, tanto caminando como en el coche. No hice nada por romperlo. Solo lo lamenté.

Tras quince minutos, paré frente a su edificio.

— Ya llegamos — dije, mi voz más sombría de lo esperado.

— Sì. — Se quitó el cinturón y giró hacia mí. — No sabes cuánto me he divertido esta noche.

— Soy un tipo agradable, dolcezza.

Puso los ojos en blanco.

— ¿Quién lo diría?

Resoplé.

— Gracias.

— Gracias a ti por la compañía, dolcezza. Quizá deberíamos hacerlo al menos una vez por semana.

— ¿Una vez por semana?

— Si cabe en tu agenda.

— ¿Cabe en la tuya?

— Sin duda.

— Ya iremos hablando.

— De acuerdo — respondí, ocultando mi decepción por su evasiva. — Buenas noches, Marcela.

— ¡Buenas noches! — Y, para mi sorpresa, se inclinó hacia mí y dejó un beso en mi mejilla.

Fue rápido.

Pero devastador.

La frustración se evaporó como si nunca hubiese existido.

Ese beso... el deseo de sentir sus labios en toda mi piel recorrió mis venas, acelerando mi corazón. Me quedé paralizado

mientras la veía salir del coche y caminar hacia su edificio. No sé cuánto tiempo permanecí inmóvil. Solo sé que, pese a todas las alarmas sonando en mi cabeza, una sonrisa comenzó a formarse en mis labios…

...hasta volverse enorme, dolorosa en las comisuras.

Capítulo 11



— No sé qué decir, bella — dije, al mirar el rostro abatido de mi hermana después de que me contara el caso de una compañera de su facultad que había sido detenida por tráfico de estupefacientes.

— No hay nada que decir. — Soltó un suspiro. — Solo lo lamento mucho, ¿sabes?

— Yo también.

— ¡Dio! Es tan inesperado.

— Muchísimo.

— Cuando lo vi en los periódicos, me quedé en shock, sin creerlo.

— Puedo imaginarlo…

— Sabes que me gusta mucho ella.

— A mí también, aunque no la conozca en persona. Siempre fue muy amable. Me mandaba mensajes para preguntar cómo estabas durante el tratamiento…

— A diferencia de personas que eran mucho más cercanas.

— Sí…

— ¿Qué se puede hacer, verdad? Son elecciones.

— No es una elección muy buena, pero no deja de ser una.

— Sí... — Solté otro suspiro, esta vez mucho más largo y pesado.

— ¡Su abuela debe estar destrozada!

— Imagino que sí.

— Estoy pensando en llamarla, ofrecerle algún tipo de apoyo, pero no sé si es el momento ideal.

— Yo creo que no.

Jane mordisqueó los labios.

— Quizás dentro de unos días, si tu corazón sigue pidiéndolo, bella... — sugerí.

— Es lo más sensato, ¿no? — Hizo una pregunta retórica, a la cual respondí con un asentimiento de cabeza.

Jane también negó con la cabeza, haciendo que el pañuelo que llevaba se deslizara un poco, dejando a la vista su cabello que, aunque con menos de un centímetro, ya empezaba a crecer.

— Hablemos de algo bueno — dijo. Incluso en medio de la tristeza, esbozó una sonrisa. — ¿Cómo están mis sobrinitos?

— ¡Hey! — protesté. — ¿No vas a preguntar cómo estoy yo?

Ella puso los ojos en blanco antes de, por fin, preguntar:

— ¿Cómo estás?

— ¡Hambrienta! Podría comer una pasta fresca en este mismo momento.

— ¿Y por qué no estás comiendo? — Su ceño se frunció antes de regañarme: — ¡Sabes que no puedes dejar a mis sobrinitos con hambre!

— ¡Porque ya comí! — bufé.

— ¡Así es difícil!

— Ni quiero ver cómo llegaré al final de este embarazo — murmuré y, automáticamente, llevé la mano al abdomen, deslizando la palma sobre él, en un gesto que se había vuelto más mania que cualquier otra cosa.

— ¡Preciosa! — Había ternura en sus ojos.

— Voy a sufrir para volver a la forma. — Esta vez, fui yo quien suspiró, aunque no me importaba demasiado. Al menos, no por ahora.

De la ternura, vi la malicia aparecer en los ojos de mi hermana.

— ¡El "papá" multimillonario puede contratar a los mejores profesionales para dejarte marcada después!

— ¡Tonta! — resmunguei.

— Sueño de consumo.

— ¡Jane! — le grité.

— ¡No fui yo quien dijo eso!

Respiré hondo, sintiéndome un poco impaciente. ¿Por qué había abierto la boca siquiera? ¡Ah! Jane era mi hermana. Yo la amaba, y terminé soltándolo.

— Tengo que conocerlo algún día, Marcela — murmuró, su semblante tornándose serio.

— Lo sé…

— Aunque él y yo no vayamos a convivir, no deja de ser el padre de mis sobrinos.

— Hablaré con Cesare sobre eso cuando nos encontremos.

— Bien. — Abrió una sonrisa preciosa, que siempre parecía iluminar su rostro.

— Creo que ni necesito pedirlo, bella. — Tuve un estalo. — Ustedes deben verse este jueves.

— No, no vamos a vernos — dijo, moviendo la cabeza en un gesto negativo.

Una arruga se formó en mi frente.

— ¿Cómo que no?

Vi varias emociones pasar por los ojos de mi hermana, hasta que pareció resignarse.

— No voy a la consulta contigo, Marcela...

— ¿Qué? — jadeé. — ¡Claro que vas!

— No, no esta vez.

Un nudo se formó en mi garganta mientras la miraba, sin creerlo.

— ¡No pongas esa cara, Marcela! Por favor — pidió.

— ¿Por qué no vas conmigo, Jane? — Mi voz salió rota. — No lo entiendo. ¡Se suponía que haríamos esto juntas!

— Y lo estamos haciendo juntas.

— N... — Antes de que pudiera protestar, Jane levantó la mano, interrumpiéndome.

— Es la primera vez que Cesare tendrá un contacto real con los bebés. Sabes que eso puede generar varias emociones difusas.

— Cesare no se molestaría…

— Es un momento especial para él e incluso para ti, bella. Así que no, no voy esta vez.

— Jane... — susurré.

— Eso no significa que yo quiera menos a ti o a mis sobrinos.

— Lo sé…

— Puede que no esté presente físicamente, pero sabes que siempre estaremos presentes la una para la otra…

— En el corazón... — completé por ella, sintiendo las lágrimas caer.

— En el corazón — repitió.

Sonreí, y Jane me devolvió la sonrisa.

— Y tampoco es como si no fuera a enterarme de todos los detalles después — dijo, con malicia.

— Bueno…

— ¡Yo sé que lo sabré, Marcela! — afirmó con firmeza.

Me eché a reír.

— Creo que voy a darme un baño y descansar — murmuró.

— Y yo voy a intentar lidiar con este hambre mía.

— Llama al "papá" multimillonario. Seguro que tiene una solución — se burló.

— ¡Vete a dormir, marmochio! — bufé.

Jane se rió en mi cara, y yo seguí refunfuñando.

— Te quiero, Marcela.

— Yo también te quiero — murmuré. — Ponte bien. Jane, de verdad lo siento mucho por tu compañera.

— Estaré bien.

Antes de desligar, mandó un montón de besos por la cámara, y yo hice lo mismo.

Solté un suspiro cuando la pantalla quedó negra y dejé mi móvil a un lado, porque con el hambre que tenía hoy, mis dedos, sin ninguna duda, me traicionarían, y terminaría pidiendo otra pasta y, quizá, solo quizá, unos dulces para acompañar...

Capítulo 12



Todo a mi alrededor pareció dejar de existir para mí cuando los ecos tocaron mis oídos y reverberaron por mi cuerpo, que nunca me había parecido tan tembloroso y jadeante. Ni siquiera la ansiedad que venía consumiéndome desde que Marcela habló sobre la consulta, invitándome a ir con ella y con su hermana, desapareció. Solo existían aquellos sonidos, extremadamente rápidos, uno tras otro, componiendo una única melodía perfectamente sincrónica. Beethoven, incluso con todo su talento, no habría sido capaz de crear algo tan bello y perfecto como aquello.

Padre.

Hacía casi un mes que sabía que sería padre de dos pequeños bebés, pero solo ahora, al escuchar los latidos frenéticos de sus corazones, al verlos proyectados en la imagen, comprendí la dimensión y la fuerza contenidas en esas tres letras.

Era surrealista. Increíble. Mi pulso se aceleró, como si mi propio corazón quisiera latir al mismo ritmo que los de mis hijos.

Entonces, otra emoción, además del asombro y la fascinación, surgió. Era un sentimiento totalmente nuevo, uno que jamás imaginé que llegaría a experimentar en mi vida.

Me quedé muy sorprendido y aún más tembloroso, ya que ese sentimiento palpitaba con fuerza en cada una de mis células.

Amor. Indudablemente, era amor lo que mis bebés me hacían sentir.

Sonreí, saboreando aquella emoción, dejándome arrastrar por la "música" y por la imagen de mis hijos, hasta que recordé que no estaba solo allí. Ignorando a la médica, que decía algo que ni siquiera fui capaz de procesar, clavé mis ojos en la mujer responsable de todo aquello. Un escalofrío recorrió toda mi columna cuando vi que Marcela ya me observaba.

No podía decir que me gustaba ser analizado, mucho menos en una circunstancia como aquella, en la que me encontraba de cierta forma vulnerable, ya que mis emociones estaban expuestas, pero, esta vez, no me importó.

Sabía que no sería la primera vez que Marcela me vería en ese estado, del mismo modo que yo sabía que muchas serían las veces

que la vería frágil. Estábamos juntos. Los dos bebés nos habían unido. Y esa unión sería para siempre.

El "para siempre" debería aterrorizarme; al fin y al cabo, aún tenía mis convicciones. Pero ya no sentía miedo del futuro. Y no iba a empezarlo ahora, no cuando mi mañana parecía prometedor y dulce. Marcela rompió el contacto visual y, después de mirarla unos segundos más, volví la atención a la imagen de mis hijos.

Para mi decepción, el ultrasonido terminó en pocos minutos. Después de que Marcela limpiara el exceso de gel y cerrara el pantalón, la ayudé a levantarse de la camilla y volvimos a sentarnos frente a la médica, quien comenzó a hablar sobre la próxima consulta, reforzando la necesidad de que Marcela cuidara mejor su higiene del sueño, ya que no siempre conseguía dormir ocho horas por noche.

— Ella lo hará — afirmé.

— Lo intentaré, doctora — me corrigió Marcela, frunciendo el ceño para mí.

— Verá los beneficios de acostarse temprano y tener una noche completa de descanso, signorina — dijo la mujer, sonriendo y entregándole unos papeles para que repitiera los análisis. — ¿Alguna duda?

— Yo tengo una, en realidad — hablé cuando algo me vino a la mente.

— Adelante, signore — se volvió hacia mí.

— ¿Cuándo podremos saber el sexo de los bebés?

— Por ecografía, solo a partir de la semana quince, pero dependerá de la posición de los bebés.

— De acuerdo.

— ¿Se puede hacer sexaje fetal en gemelos, doctora? — preguntó Marcela.

— ¿Qué es eso? — fruncí el ceño, confundido.

— Un análisis que permite saber el sexo de los bebés por medio de la sangre de la madre. — Luego la doctora añadió: — Y sí, es posible. El resultado sería parcial si estuvieran en placentas diferentes, pero no es su caso, ya que comparten la misma. ¿Alguna duda más?

— No, solo eso — dije.

— No, doctora — respondió Marcela.

— Si necesitan algo o quieren aclarar alguna duda, pueden llamarme, signorina.

— Gracias — murmuró Marcela, estrechándole la mano.

— Nos vemos en la próxima consulta — dijo la médica, sonriéndole.

— Sì. Hasta entonces, doctora.

— Buenas tardes — la saludé, estrechando la mano de la médica.

— Buenas tardes, signore.

Salimos del consultorio y, después de pasar por la recepción para marcar la próxima cita, seguimos hasta el lugar donde mi coche estaba estacionado.

— Pareciste bastante emocionado durante el ultrasonido, Cesare — comentó después de unos minutos en silencio.

— Sì, lo estaba... y todavía lo estoy, dolcezza. — Hice una pausa antes de confesar: — No fue nada como imaginaba. Pensaba que exageraban cuando decían que era uno de los momentos más especiales de la vida de alguien, pero estaba equivocado.

— ¿El poderoso Cesare, que siempre tiene razón, admitiendo un error en voz alta? — bromeó.

— A veces hago algunas excepciones. Raramente, claro — respondí, encogiéndome de hombros, arrancándole una risa. — Nunca he sido tan feliz de equivocarme, dolcezza.

— Me alegra que haya sido especial para ti, Cesare.

— Lástima que pase tan rápido.

— Treinta minutos es bastante, en realidad.

— No para mí. Podría pasar horas escuchando los latidos de sus corazones, viéndolos en la pantalla — confesé de nuevo.

Ella soltó un suspiro, y desvié la mirada del tránsito para observarla. Marcela tenía el rostro inclinado hacia abajo, mientras sus manos acariciaban el vientre, que crecía centímetro a centímetro. La escena, que yo ya había visto varias veces, siempre me había parecido tierna, pero esta vez fui dominado por un sentimiento del cual no me enorgullecía: codicia.Quería tocar su barriga del mismo modo que ella lo hacía, sentirme aún más "cerca" de mis hijos de lo que ya me sentía.

Apreté las manos en el volante, sujetándolo con más fuerza de la necesaria, tratando de ignorar ese deseo repentino, y pregunté:

— ¿Estás pensando en hacer el análisis?

— Sí. ¿Qué opinas tú?

— ¿Qué opino yo?

— Sì.

— La decisión es tuya.

— Ya no, Cesare. Así que, por más que quiera hacerlo para saber pronto el sexo de los bebés, tampoco quiero frustrarte — dijo, sin rastro de resentimiento.

— No veo cómo podrías frustrarme, dolcezza.

— Quizá quieras descubrirlo de la forma tradicional.

— Si pudiera, ¡lo descubriría hoy mismo!

— ¿En serio?

— ¿Por qué no? — me encogí de hombros.

— Entonces, podemos hacerlo.

— Le pediré a mi secretario que encuentre un laboratorio confiable que pueda darnos el resultado el mismo día.

— Okay.

— Eso no me lo esperaba — dije, provocando.

— ¿Qué? — pareció confundida.

— Que aceptaras sin cuestionarme ni decir que estoy siendo mandón.

— Prefiero gastar mis energías en otra cosa — respondió, divertida.

Reí.

El silencio volvió entre nosotros y, de vez en cuando, la miraba, más específicamente su vientre, que no dejó de tocar en ningún momento. Luché contra el diablillo que me susurraba al oído, diciéndome que la tocara "sin querer". Al mover la mano hacia la palanca de cambios podría rozarla... o simplemente tomar lo que quería. Ya la había tocado tantas veces sin su consentimiento. Entonces ¿por qué ahora me detenía?

Cazzo. ¡Parecía algo tan idiota!

— Necesito pedirte algo, Cesare — dijo Marcela, rompiendo el silencio.

— ¿Qué cosa?

— Quiero que mi hermana, Jane, participe del momento en que descubramos el sexo de nuestros bebés. No me lo perdonaría si no estuviera presente.

— No tengo ningún problema con eso. Puede acompañarnos.

— Gracias.

— No tienes por qué agradecer, dolcezza, es tu hermana. Y también será la tía de mis hijos.

Por el rabillo del ojo vi cómo esbozaba una sonrisa.

— Tengo que conocer a Jane en algún momento — añadí cuando ella no dijo nada.

— ¿Puedes creer que ella me dijo lo mismo?

— Es natural, al final, seremos una familia.

Como Marcela no comentó nada, la miré, notando que parecía pensativa. De algún modo, no me gustó su falta de reacción ante la palabra "familia".

— ¿Ya le has contado a toda tu familia sobre los bebés? — preguntó por fin.

— No, solo a mi tío Francesco, que también es mi mejor amigo.

— ¿Por qué? — se mostró curiosa.

— Mi familia... digamos que son bastante complicados, y no podemos decir que nuestro inicio fue fácil.

— No lo fue.

— Si lo supieran, solo complicaría un poco las cosas.

— Entiendo.

— Pero sé que, de algún modo, algún día terminarán enterándose.

— Está bien.

— Quizá, uno de estos días, pueda invitar a Francesco a cenar para que lo conozcas.

— ¿Quieres invitarlo mañana para descubrir el sexo de nuestros bebés?

— ¿Mañana?

— ¿O aquello que dijiste de "darme todo lo que quiero" fue una mentira?

— Dio, donna — resoplé, divertido.

— "Dios, mujer" no es una respuesta convincente, Cesare.

— Lo intentaré.

— Intentarlo tampoco lo es.

Reí.

— Mañana, sin falta — prometí, jurándome que no fallaría a la madre de mis hijos.

— Mejor así — dijo con un tono imperioso, como una reina.

Volví a reír, y esta vez Marcela me acompañó.

— ¿Cómo lo haremos? — pregunté. — ¿Será en un restaurante?

— Demasiado formal. Puede ser una cena en mi casa.

— Perfecto. ¿A las 19?

— Sì.

— ¿Debo preparar algo más además de conseguir la clínica que haga el análisis y entregue el resultado en pocas horas?

— No. Comida y bebida son mi responsabilidad.

Asentí. No tuvimos tiempo de decir mucho más, pues enseguida detuve el coche frente al edificio donde estaba su oficina.

— ¿Hablamos más tarde para saber si conseguiste la clínica? — preguntó, quitándose el cinturón.

De nuevo, mi mirada cayó sobre su vientre, y otra vez el deseo de tocarlo me golpeó con fuerza.

Stronzo.

¡Deseaba tocarla tanto!

— Sì... — la palabra me salió ronca.

— Entonces, hasta luego. Buen trabajo.

— Igualmente, dolcezza.

Sonriendo, se giró y abrió la puerta
.

Antes de que pudiera bajar, sin pensar en lo que hacía, la sujeté del brazo.

— ¿Cesare? — se volvió hacia mí, con sorpresa.

Miró el lugar donde la sostenía, pero eso no hizo que la soltara.

— ¿Todo bien?

— Sí — susurré.

Marcela frunció el ceño.

— Entonces, ¿por qué estás...?

— Necesito pedirte algo.

— ¿Qué cosa?

— ¿Puedo?

— No entiendo a qué te refieres.

— ¿Puedo tocar tu vientre?

— Cesare…

— Los bebés...

Un brillo cruzó los ojos de Marcela.

— Claro — dijo, con la voz temblorosa.

Sin dudar, solté el cinturón, me volví hacia ella en el asiento de cuero y acerqué mi mano a su vientre. De la misma forma en que mi pulso se había acelerado al escuchar los corazones de mis hijos, volvió a suceder ahora, al tocar el abdomen de Marcela. El amor regresó, esta vez subiendo un peldaño más en su escalada. Dejándome llevar por esa sensación gloriosa, no reparé en el pudor mientras deslizaba mi mano temblorosa por todo aquel volumen delicado, sintiendo y amando a mis hijos.

Mis ojos estaban fijos en mis propios movimientos. Un sonido suave escapó al aire, luego otro. Eran míos, eran de Marcela.

— Podría permanecer así el resto de mi vida — murmuré.

— Tenerlos en brazos será aún mejor — comentó, y levanté la mirada hacia su rostro, viendo cómo me sonreía.

— Sì — coincidí.

No sé cuánto tiempo pasó, pero al recordar que tenía una reunión, retiré mi mano, dejándola reposar en mi muslo.

— Gracias, dolcezza.

Ella negó suavemente con la cabeza.

— Hasta luego.

— Hasta luego — murmuré.

Esta vez no le impedí salir del coche, pero me sorprendió que no cerrara la puerta de inmediato; se quedó allí, mirándome con una expresión que no pude descifrar.

— ¿Dolcezza?

— No hace falta que me pidas permiso para tocar mi vientre cuando quieras. También son tuyos... — dijo, con un tono cargado de emoción.

Me sonrió, y sentí que mis ojos se humedecían al escuchar la palabra "tuyos". Emocionado, no tuve tiempo de responder, porque cerró la puerta y se alejó. Incluso si hubiese querido decir algo, no habría podido, porque un sentimiento nuevo, aún más desconocido, surgió en mi pecho: cariño por aquella mujer, por sus palabras inesperadas.

Capítulo 13



— ¡Me estás mareando, Jane! — dije cuando mi hermana cruzó toda la sala antes de volver pelo que me pareció la milésima vez.

Se detuvo en el mismo lugar y se volvió hacia mí.

— ¡Estoy nerviosa!

— Se nota — comenté y le dediqué una sonrisa cuando hizo un enorme puchero —. Relájate.

— ¡Como si tú no estuvieras colapsando por dentro! — me acusó, y yo puse los ojos en blanco.

¿Estaba ansiosa con la posibilidad de que hoy descubriésemos el resultado de la sexación fetal? Muchísimo, al fin y al cabo, había sido yo quien quiso hacer el examen para intentar saber pronto el sexo de los bebés, pero no estaba tan desquiciada como mi hermana parecía estar.

— ¡Jane! — la reprendí cuando volvió a andar en círculos.

— ¡Está bien! — refunfuñó y, para mi sorpresa, se sentó a mi lado.

Pasé un brazo alrededor de mi hermana, acunándola contra mí.

— ¡Yo soy la que debería estarse arrancando los pelos, no tú, bella!

— ¡Las tías también tienen derecho a estar medio locas, Marcela!

— Bueno... — me mordí el labio.

— Sabes que sí — insistió.

— Lo tienes — concedí.

— Y, en mi defensa, yo solo estaba caminando — se hizo la inocente, y yo chasqueé la lengua hacia ella.

— Pero hablando en serio, Jane. Si estás así solo por saber los sexos de los bebés, algo que incluso puede salir inconcluso, ni quiero ver cómo vas a estar el día del parto

.

— Voy a necesitar un calmante, ¿no?

— Probablemente.

— Voy a intentar tranquilizarme. No quiero ser una monstrua y estropear tu momento, hermanita — dijo, posando la mano sobre mi vientre, y terminé sonriendo cuando me acarició con ternura.

— ¡No exageres, Jane! — murmur é, acariciándole el brazo.

— Hay unos vídeos horribles de suegras arruinando el baby shower de revelación — comentó, y, enfatizando el horror que sentía, se estremeció contra mí.

— ¿En serio?

— Les encanta ser el centro de atención. Gritan, hacen un escándalo, abrazan al hijo en vez de dejar que la nuera lo abrace.

— Tú nunca harías algo así.

— Eso espero.

— Estoy segura de que no. Y, si algún día llegara a pasar, no me voy a enfadar ni a poner triste, porque sé que sería por amor a mis bebés.

— Cesare puede molestarse, Marcela — murmuró.

— ¡Si se molesta, es problema suyo! — refunfuñé, a la defensiva.

— ¡Marcela! ¡Él es el padre de tus bebés! — soltó un gritito.

— Lo sé, pero conozco tu esencia, Jane, y para mí eso es más importante que la opinión de él.

— No es tan así…

— Y Cesare no puede decir mucho sobre primeras impresiones. Es muy capaz de causar una pésima.

— Pero también es capaz de deshacer una pésima impresión con facilidad, ¿no? — comentó, maliciosa.

No respondí, al menos no con palabras, porque solté un suspiro que decía mucho, al menos para Jane. Él había conseguido revertirla con honores, hasta el punto de que yo sentía que estábamos construyendo una cierta amistad. Cada vez más, las reservas y el resentimiento que yo tenía porque mis bebés tuviesen un "padre" se iban debilitando.

Ayer, Cesare había asestado un golpe muy fuerte a mis barreras.

Ver la emoción que pareció sentir durante la ecografía, por sí sola, ya había sido un gran impacto, pero el momento en que me pidió, con una ansiedad cruda, tocar mi vientre y yo le dejé, hizo que algo dentro de mí se deshiciera.

De alguna forma, a través del toque, fui capaz de sentir el cariño de él por los bebés. Podría decir que fue una mera ilusión, pero sería mentirme a mí misma, ya que hoy, mientras estábamos en el laboratorio para la extracción de sangre, Cesare tocó otra vez mi abdomen y la sensación fue la misma.

¿Cómo podría seguir odiando a aquel hombre que, aunque en un primer momento hubiese dicho que no quería ser padre, parecía transformarse ante mis ojos, deseándolos con tanta fuerza?

No podía, sobre todo cuando él se estaba esforzando en cumplir el papel de padre. Sería muy inmaduro de mi parte.

— ¿Crees que van a tardar mucho más? — la voz más ansiosa de mi hermana me sacó de mi trance de pensamientos.

— No lo sé — murmur é.

— ¿Por qué aceptamos esperar a esos dos, recuerdas? — refunfuñó.

— Porque fue Cesare quien quedó en ir a buscar el resultado que, según él, iba a salir hace media hora.

— Es verdad... — soltó un suspiro y se movió para encararme, pareciendo preocupada —. ¿Y si el resultado no está listo hoy? ¡Normalmente tarda algunos días!

— Lo lamentaría por los dueños del laboratorio, que prometieron el resultado en pocas horas — murmuré divertida, recordando que él me había contado que, además de procesar a la clínica por usar su material genético de forma errónea, el lugar ya había sufrido varias pérdidas financieras —. Estoy segura de que Cesare montaría un escándalo e intentaría destruir el pobre lugar.

— Sería horrible.

— Mucho.

— Pero se lo tendrían merecido, ya que dejaron a la "tita" muy ansiosa.

— ¡Jane! — grité, pero no conseguí sofocar la risa ante el comentario de mi hermana, que terminó soltando una carcajada también.

En medio de la risa, el sonido del telefonillo ecoó en mis oídos.

— Hablando de Cesare... — ironicé.

— ¡Espero que sea él de verdad!

Hice un sonido de desaprobación antes de soltarla y levantarme del sofá. Lo atendí rápidamente, dejando que él y el tío subieran.

Mientras los esperaba en la puerta, no pude negar que sentí la ansiedad borbotear en la boca del estómago al saber que, en cuestión de minutos, podríamos tener un resultado.Respiré hondo, intentando calmar las burbujas en el estómago. Pasó un minuto o dos hasta que Cesare, acompañado de otro hombre, entró en mi campo de visión.

A pesar del atractivo que Cesare siempre ejercía sobre mí, después de echarle una mirada rápida, viendo que sostenía un sobre, me quedé observando al hombre que debía ser Francesco, totalmente sorprendida.

Prácticamente de la misma altura que el sobrino, tenía el pelo largo, el cuerpo algo más delgado y unos ojos muy parecidos a los del padre de mis bebés, pero lo que más me impactó fue que era mucho más joven de lo que había imaginado.

Del mismo modo que yo lo analizaba, Francesco me examinaba a mí, pero, a diferencia de la mirada de Cesare, que yo no podía negar que siempre encendía chispas en mí, la de él solo despertaba curiosidad.

— Buenas tardes — me obligué a decir, esbozando una sonrisa en cuanto los dos se acercaron a mí.

— Buenas tardes, signorina — dijo el hombre.

— Puedes llamarme solo Marcela — repliqué.

— Y a mí, Francesco — añadió.

— Encantada de conocerte, Francesco — le tendí la mano.

— El placer es todo mío, ragazza — para mi sorpresa, Francesco no solo tomó mi mano, sino que además se inclinó sobre ella y dejó un beso en el dorso, haciendo que Cesare resoplase. Sus ojos, tan parecidos a los del sobrino, brillaron con diversión —. Mi sobrino no dijo lo encantadora que eres.

— Sí que lo dije, tío — gruñó Cesare, y yo le dirigí la atención a él, que estaba muy ceñudo, sintiendo un calor en el vientre que no tenía nada que ver con la ansiedad de descubrir en breve el resultado, sino con el placer de saber que él había hablado bien de mí con su tío.

— No lo suficiente — bromeó Francesco, dejando otro beso en mi mano antes de soltarla por fin.

— Gracias, Francesco — me volví hacia él, sonriendo —. Cesare no me dijo que eras tan joven.

— ¡Este chico! — chasqueó la lengua en señal de reproche.

— Francesco... — Cesare lo llamó en un tono de advertencia.

— Sin duda debió de pensar que era irrelevante hablar mucho de mí.

— ¡Y lo es!

— Lo eduqué muy mal.

— Tú no me educaste, tío — resopló.

— Estoy segura de que tendremos tiempo para conocernos, Francesco — dije.

— Sin duda, figlia.

— Entrad, por favor — hice un gesto para enfatizar mis palabras, retrocediendo un poco para que pudieran pasar.

Francesco asintió con la cabeza antes de entrar, seguido de Cesare. Los conduje hasta mi sala de estar, y fue automático para mí mirar a mi hermana Jane. Ella analizaba a los dos hombres, deteniendo la mirada unos segundos más en Cesare, antes de que

sus ojos recayesen sobre mí. Tuve que luchar conmigo misma para no sonrojarme. Conocía demasiado bien aquella mirada, y no tenía dudas de que escucharía sus ideas maliciosas más tarde.

— Dejad que os presente a mi hermana Jane — aclaré la garganta cuando el silencio de algunos segundos me pareció muy extraño, y mi hermana se acercó a nosotros — Jane, este es Cesare y este es su tío, Francesco.

— Encantado de conocerla también, Jane — la saludó el tío de Cesare, extendiendo la mano hacia ella, que la tomó —. Por lo visto la belleza es algo de familia.

— Gracias, signore.

— Sin formalidades, per favore.

— Claro, Francesco — mi hermana sonrió, mientras el tío de Cesare dejaba un beso en el dorso de su mano antes de soltarla. Jane se volvió hacia Cesare: — Me alegra por fin conocer al padre de mis sobrinos.

— Y a mí, a la tía de mis bebés, sobre todo después de oír tanto hablar de ti — dijo él, antes de saludarla con un apretón de manos.

— Espero que mi hermana haya hablado muy bien de mí.

— Al contrario, le dije que eras insoportable — bromeé con Jane.

— Yo también te quiero — bufó.

Nos echamos a reír.

— Deberías haber aprendido con Marcela a hablar bien de tus parientes, Cesare — provocó Francesco al sobrino.

— No empieces — gruñó él.

— Bene, bene, vamos a lo que importa — Francesco dio unos golpecitos en los hombros de Cesare —. ¡No quiero que mi sobrino tenga una síncope antes de tiempo!

— No estoy teniendo ninguna síncope, tío — refunfuñó Cesare.

— ¡Pues yo sí! ¡Y estoy a punto de perder la cabeza! — comentó Jane, haciendo un gesto dramático que nos arrancó una carcajada alta.

— Yo no veo ningún problema en descubrirlo ahora — dije, con la voz temblorosa por una súbita oleada de ansiedad.

— Creo que todos estamos de acuerdo en no esperar más — habló Cesare.

— ¡Sì! — dijeron Jane y Francesco al unísono, antes de que mi hermana añadiera: — Solo voy a coger el espumante y un agua para la embarazada, ya que ella no puede beber.

— Si no te importa, yo también quiero agua, Jane — pidió Cesare.

— ¿No te gusta el champán?

— Le haré compañía a Marcela — replicó.

— No hace falta que te prives por mi culpa, Cesare — dije, cohibida.

— Estaré bien — se encogió de hombros.

— Estás más que en lo cierto, piccolo — vi a Francesco guiñar un ojo al sobrino —. Y mejor, así queda más para mí.

— ¡Y para mí! — Jane reforzó sus palabras, y volvimos a reírnos

— ¡Ya vuelvo!

Antes de que alguien respondiera, mi hermana prácticamente salió disparada hacia la cocina. Negué con la cabeza y me volví hacia Cesare para comentar:

— De verdad no necesitas dejar de beber por mi culpa, Cesare.

— No te preocupes por eso, dolcezza, estoy bien con mi decisión — habló muy cerca de mi oído, y el calor de su aliento contra mi piel hizo que me estremeciera suavemente.

— Cesare…

— No vamos a discutir por algo tan tonto.

Abrí y cerré la boca, buscando palabras.

— Hoy no — sentenció.

— Está bien — asentí.

Me sorprendió con un beso en la frente. Bastante aturdida, me quedé mirándolo, viendo cómo una sonrisa lenta se formaba en sus labios. Antes de que pudiera preguntarle si había tenido mucho trabajo para conseguir el resultado, la voz de mi hermana se hizo oír:

— ¡He vuelto!

— Ha sido rápida — dijo el tío de Cesare en tono divertido.

— Jane no estaba bromeando cuando dijo que estaba ansiosa — la piqué, viéndola colocar el espumante y una botella de agua

sobre mi mesa de centro.

— ¡Nada de broma! — confesó Jane, haciendo que Francesco soltara una risa.

— ¿Preparada, dolcezza? — me interpeló Cesare, y volví a mirarlo, notando que su expresión estaba súbitamente marcada por el nerviosismo. Su ansiedad hizo eco en mí, ya que las burbujas en mi estómago regresaron con fuerza.

— Sì.

— ¿Quieres ser la primera en saberlo? — me tendió el sobre, y tuve que admitir que sentí una oleada de ternura porque Cesare hubiese pensado que esa podría ser una de mis preferencias.

— Podemos hacerlo juntos, Cesare — murmuré.

Vi cómo sus ojos azules brillaban de una manera insondable, y terminé sonriéndole antes de añadir:

— ¡No perdamos más tiempo!

— ¡Sì, per favore! — gritó Francesco, entusiasmado, y Jane lo acompañó.

Mi pulso se aceleró en el momento en que Cesare abrió el sobre y yo saqué la hoja de su interior, colocándola de manera que

los dos pudiésemos leer el resultado. Se me llenaron los ojos de lágrimas en el instante en que leí que no se había detectado ningún "Y".

¡Dio! ¡Sería madre de dos niñitas!

La sonrisa fue inevitable, igual que el llanto.

— ¿Marcela? — me llamó Jane, con la voz estrangulada, y, saliendo de mi breve sopor, la miré, viendo que me observaba con expresión ansiosa.

— Niñas, Jane — dije con tono emocionado, antes de repetir, entre risas: — ¡Son niñas!

— ¡Dio! — dio un grito y empezó a dar saltitos en el sitio, antes de correr hacia mí, mientras Francesco lanzaba un silbido.

Di un paso a un lado para recibir el abrazo apretado de mi hermana.

— ¡Dos niñitas! — dijo Jane, con voz llorosa.

— Sì — murmuré.

Ella se apartó un poco para mirarme.

— No es que me importe, al fin y al cabo, los iba a amar independientemente del sexo, pero va a ser emocionante comprar vestiditos, diademas y faldas con tutú.

— Muchísimo — coincidí.

Volvió a dar varios saltitos entusiasmados en el mismo lugar antes de abrazarme otra vez, lo que hizo que mi sonrisa se ensanchara aún más.

— Enhorabuena, piccolo — en medio del alboroto de Jane, escuché la voz del tío de Cesare.

— Gracias, zio — respondió Cesare, y solo entonces lo miré, queriendo saber si estaba tan feliz como yo. Sería un golpe enorme para nuestra relación si él estuviera decepcionado por el sexo de las gemelas. Por suerte, vi que sonreía mientras recibía también un abrazo de su tío.

— ¡Quién diría que un día te convertirías en padre de dos niñitas! — siguió diciendo, dando varias palmadas en su espalda.

— Sí... quién diría.

— Tendrás mucho trabajo para espantar a los pretendientes de ellas…

— ¡Stronzo! ¿De verdad tienes que recordarme eso hoy, Francesco?

— Sì.

— Por suerte para ti, eso no afecta mi humor. ¡Cazzo! ¡Dos niñas!

— Dos della Rovere — celebró el tío de Cesare antes de separarse del abrazo y venir hacia mí —. ¿Puedo darte un abrazo, figlia?

— Claro, Francesco — sonreí.

— Enhorabuena por las niñas, Marcela — dijo, abrazándome con fuerza.

— Gracias

.

— No tengo dudas de que serán tan guapas como la madre, ya que los genes de mi sobrino no son tan fuertes como los tuyos — comentó en tono de provocación, y solté una risita con su comentario, mientras Cesare resoplaba.

— Estás muy graciosito hoy, ¿no, zio?

— Estoy siendo realista

.

— Te estás comportando como un pavo real, Francesco.

— Tengo mi encanto, ¿a que sí, figlia? — me preguntó.

— Sin duda — murmur é.

— ¿Puedo abrazar a la madre de mis hijas o te vas a quedar pegado a ella toda la noche, zio?

— Será mejor que te la suelte antes de que me meta aún más en problemas con él — dijo en un tono cargado de humor.

— Está bien — le sonreí, y él me guiñó un ojo antes de reírse y volverse hacia Jane, pavoneándose para ella: — ¿Quién es la tía más feliz y más bella de Milán?

Mi hermana soltó una risita, pero no presté atención a lo que respondió, porque, sin decir una palabra, Cesare me atrajo hacia él y me rodeó con sus fuertes brazos. Tragué un suspiro y me obligué a no estremecerme con las sensaciones que su abrazo provocaba no solo en mi cuerpo, sino también en mi núcleo, que se encendió con un deseo inmediato.

¿Por qué tenía que reaccionar así con él? ¡Por Dios! Era solo un abrazo de celebración, igual que el que me había dado Francesco.

— Tendremos dos niñas — dijo junto a mi oreja, echando aún más leña al fuego.

Quise librarme de ese abrazo, pero Cesare me estrechó aún más contra sí, torturándome.

— ¿Estás feliz por tener dos niñas, Cesare?

Se apartó un poco para que pudiera mirarlo.

— ¿Por qué no lo estaría, dolcezza? — su voz sonó un poco disgustada.

— Ha sido una pregunta tonta. Sé que estás feliz — sonreí de forma un poco forzada.

— Y estaría igual de feliz si fueran un niño y una niña, o dos niños.

No respondí, porque sus manos dejaron mi espalda y bajaron hacia mi vientre. Cuando empezó a acariciar mi barriga, la sensación de que Cesare estaba enamorado de los bebés que llevaba dentro regresó con fuerza.

Me sentí completamente derretida, el suspiro escapándose de mí sin que pudiera contenerlo.

— ¿Tenía curiosidad por saber el sexo de ellos? Sí, mucha, pero no puedo decir que tuviera ninguna expectativa. El género nunca me importó. Lo único que importa es que nazcan y crezcan sanos.

— A mí también — comenté, aún más temblorosa por sus palabras y por la caricia tan tierna.

— Pero, ¿quieres que sea sincero, dolcezza?
— Siempre.

Las comisuras de los labios de Cesare se elevaron, transformándose enseguida en una sonrisa arrogante.

— Me está encantando la idea de que, en el futuro, voy a ser mimado por dos mujeres — su mano recorrió toda la extensión de mi vientre.

Puse los ojos en blanco y le di una palmadita en el hombro antes de bromear:

— Creo que tendré que enseñarles a moderar las adulaciones al "papá".

Frunció el ceño.

— ¡No harías eso!

— Será necesario.

— ¡Claro que no!

— Sería insoportable convivir contigo.

— La culpa es tuya por tener el "ADN" más fuerte que el mío — dijo en tono jocoso.

Me reí.

— Estoy realmente encantado con la idea de tener dos niñitas, dolcezza — dijo con la voz embargada.

Antes de que pudiera responder, sin dejar de tocar mi vientre, Cesare se puso de rodillas.

Las lágrimas volvieron a caer cuando, después de acariciar un poco, besó mi barriga, sin importarle la blusa que llevaba puesta. No esperaba eso, del mismo modo que no esperaba que les hablara a las bebés:

— No habrá nada en este mundo que el papá ame más que a vosotras dos, miei regalini.

Dando un último beso a mi vientre, Cesare se puso de pie.

Emocionada por todo, llorando copiosamente, lo abracé sin pensarlo dos veces, y él me devolvió el abrazo.

No sé cuánto tiempo me quedé en los brazos de Cesare, solo sé que di un pequeño salto al oír a alguien carraspear.

— Seguimos aquí, ¿sabíais? — dijo Francesco, en un tono lleno de diversión.

Sentí cómo me sonrojaba, avergonzada por haberme olvidado no solo de él, sino también de Jane.

Aflojé el abrazo.

— Bien podrías haberte ido ya, zio — refunfuñó Cesare.

— ¡Cesare! ¡Tu tío es mi invitado, no el tuyo! — lo regañé, ya que era un comentario bastante grosero.

— Te habría venido bien escuchar más "no" en tu vida, ¿sabías? ¡Eres un mimado!

— ¡Stronzo! — masculló él.

— Tenemos que pensar en los nombres de ellas — intentó Jane cambiar el foco de las provocaciones entre los dos.

— Sì — estuve de acuerdo y volví mi mirada hacia Cesare. Sin pensarlo mucho, me escuché decir: — Yo elijo uno y tú eliges el otro, ¿qué te parece?

— ¿No es un problema para ti, dolcezza? — preguntó con la voz embargada, sus ojos azules sin disimular la sorpresa.

En el momento en que nos vimos por primera vez, sin duda me habría molestado, pero después de verlo enamorarse poco a poco de nuestras bebés y de los cambios que había hecho, realmente ya no me importaba compartir con él el derecho a elegir.

— Solo lo será si decides poner un nombre horroroso — bromeé, arrancando una carcajada de todos.

— ¿Lucrecia?

— ¿En serio? — hice una mueca.

Se encogió de hombros.

— Combina con Cesare — dijo en tono divertido.

— Mejora eso, piccolo — lo reprendió Francesco al mismo tiempo que yo chasqueaba la lengua hacia Cesare, que soltó una carcajada.

— ¿Ya sabes qué nombre le pondrías tú a una de ellas, dolcezza? — me preguntó —. Creo que tú has tenido un poco más de tiempo para pensar.

— Me gustan Eleonora y también Adriana, pero entre los dos prefiero Eleonora — comenté.

Pareció pensativo y esperé que no aprobara mi sugerencia, pero, para mi sorpresa, su expresión se volvió soñadora mientras susurraba:

— Eleonora e Isabel…

— Son nombres preciosos — opinó Jane.

— Y en mi cabeza combinan — murmuró Cesare.

— No solo en la tuya — repliqué, y, por unos segundos, pude imaginarme llamando a dos niñitas de pelo oscuro que jugaban juntas, haciendo que las dos se volviesen hacia mí.

Mi pulso se disparó ante aquella imagen mental y sentí las lágrimas queriendo volver a mis ojos.

Eleonora e Isabel… Sì. Eran perfectos.

— ¿Entonces serán Eleonora e Isabel? — me preguntó Cesare, pareciendo expectante.

Asentí con la cabeza, aceptando.

— ¿Brindamos por la llegada de Eleonora e Isabel? — comentó mi hermana, pasando un brazo alrededor de mi tronco.

— ¡Yo abro el champán! — dijo el tío de Cesare, animado, y fue a coger la botella.

No tardó en oírse el sonido del corcho al salir disparado y en que mi hermana sirviera la bebida para ellos y agua para mí y para Cesare.

— ¡Alla tua! — gritamos mientras chocábamos las copas, el brindis marcando el inicio de una celebración que se extendió durante horas, llena de risas, provocaciones, conversaciones, y que solo terminó cuando la embarazada aquí empezó a bostezar, somnolienta.

Capítulo 14



Me mordí los labios mientras seguía mirando el proyecto que estaba construyendo en la aplicación de alta tecnología, que permitía, mediante la inclusión de informaciones precisas, crear un modelo tridimensional que se acercaba mucho a la realidad.

Estaba bastante incómoda, no solo con la fluidez del espacio, ya que había varios muebles que colocar en un área no tan amplia, sino también con los elementos que mi cliente había pedido que se incluyeran en la "decoración".

El sofá verde lima, moderno, con reposabrazos de acero, parecía completamente fuera de lugar en relación con los muebles de madera pesada, antiguos, aún más con la mesa de centro.

— Piensa, Marcela — hablé conmigo misma y, después de algunos minutos con la mente en blanco, dejé mi tablet sobre la mesa y giré mi silla hacia mi estantería de libros.

Fue automático coger un volumen cuya encuadernación ya estaba bastante gastada por las innumerables veces que lo había hojeado.

Podría tener referencias mejores que las contenidas en aquel ejemplar; al fin y al cabo, los patrones, los muebles y los estilos hacía mucho que habían dejado de estar de moda, pero era extraño cómo las imágenes presentes en ese libro en específico hacían que mi creatividad se potenciara.

No fue diferente esta vez.

Analizaba cada uno de los elementos y objetos de los diseñadores, visualizándolos en el ambiente que necesitaba proyectar, junto con las piezas centrales que mi cliente quería que estuvieran incorporadas en el diseño.

Volví a girar mi silla y empecé a tocar la pantalla del tablet, deteniéndome de vez en cuando para mirar mis referencias del libro. Me sumergía cada vez más en las texturas, objetos y colores que

podría utilizar, creando composiciones mentales que serían rematadas por el proyecto de iluminación, hasta que mi móvil sonó e interrumpió mi flujo creativo.

— Cazzo — murmuré mientras buscaba mi teléfono sobre la mesa para ver quién me llamaba, pensando si iba a contestar o no.

Cesare.

Solté un suspiro.

Estuve muy tentada a rechazar la llamada, al fin y al cabo, él entendería mis razones, pero la curiosidad por saber el motivo por el cual me estaba llamando habló más alto.

¿Será que había pasado algo?

Esperaba que no.

Antes de que la llamada se cortara, deslicé el dedo por la pantalla y contesté:

— Hola, Cesare.

— Hola, dolcezza.

— ¿Está todo bien? — Pregunté de forma automática, ya que su tono me pareció extraño.

— Lo estará.

Lancé una mirada a mi tablet y me sentí resignada al saber que no volvería a mi proceso creativo tan pronto:

— Podemos hablar de lo que sea que te esté molestando.

— ¡Necesito relajarme! — confesó, y no necesité mucho para entender por qué decía eso: trabajo.

— Entonces, ¿por qué no lo haces? — dije lo obvio —. Hablas de mí, pero trabajas todos los días y casi nunca paras.

— Voy a tomarme una pausa de algunos días.

— Eso es bueno, Cesare.

— Me alegra que pienses que es algo bueno.

— ¿Sì? — fruncí el ceño, confundida.

— Tengo planes para nosotros dos, dolcezza — dijo con un tono ronco y sentí un escalofrío recorrerme, teniendo como vértice la parte baja de mi vientre.

Mierda.

Mi cuerpo no debería reaccionar de esa forma a las palabras "planes" y "nosotros dos", aún más cuando él seguramente tenía algo bastante inocente en mente.

— Podemos salir a cenar hoy si quieres — forcé mi voz a sonar lo más normal posible, ignorando mi libido, que últimamente estaba bastante desenfrenada.

— Podemos, pero tengo una idea mejor, juntar lo útil con lo agradable.

— ¿Cuál?

— Sigo queriendo que hagas la decoración de los dormitorios de nuestras bebés en mi villa de Cerdeña.

— Y la voy a hacer, Cesare — me sentí un poco a la defensiva —, di mi palabra y tengo intención de cumplirla.

— No estoy dudando de tu palabra, Marcela, solo estoy diciendo que ha surgido un momento perfecto para eso — dijo con suavidad.

— Yo... — empecé a hablar, sintiéndome un poco cretina, pero él me interrumpió al sentenciar:

— Vamos a Arzachena.

— ¿Qué? — solté un gritito, con los ojos muy abiertos.

— Vamos a mi villa — repitió —. ¿Podemos salir mañana por la mañana?

— ¡Dio, Cesare! — jadeé, incrédula ante su propuesta.

— ¿Eso es un sí? — Parecía bastante esperanzado.

— ¡No puedo viajar así, de la nada! — tuve que argumentar.

— ¿Por qué no?

— Tú, más que nadie, sabes por qué. — Fruncí el ceño —. Tengo una agenda que cumplir, tengo muchos trabajos además del tuyo.

— Que pueden reorganizarse, igual que la mía — murmuró.

— ¡Tengo plazos!

— Que cumplirás con rigor, como siempre.

— ¡No es así como funciona!

— Puedo pagar un extra por los contratiempos, dolcezza.

— Sabes que no se trata de dinero, Cesare. Por desgracia, hay cosas que requieren mi presencia.

— Pensé que tu empleado era competente... — Había un poco de desdén en su voz, lo que me irritó bastante.

— ¡Claro que lo es! — Mi tono salió más alto de lo que me habría gustado.

— Entonces, podrá resolver cualquier problema que pueda surgir.

— Cesare…

— En poco más de dos meses entrarás en el tercer trimestre y es posible que tengas menos energía incluso para terminar tus proyectos aquí, así que ¿por qué no aprovechar ahora? — dijo con ternura.

Me mordí los labios, pensando que tenía algo de razón. Estaría más pesada, más cansada, con más dolores...

— Y nada te impide trabajar en tus otros proyectos mientras estés en Arzachena — continuó.

— ¿No exigirás dedicación exclusiva para ti, Cesare?

— No estoy en posición de hacer tantas exigencias, Marcela.

Intenté pensar en algo para bromear, pero nada me vino a la mente, así que simplemente concordé:

— Está bien, viajaré contigo.

— Gracias, dolcezza.

Negué con la cabeza aunque él no pudiera verlo.

— ¿Cuántos días estás pensando quedarte? — Me surgió una duda.

— Unos cuatro o cinco.

— ¡Cazzo!

Cesare se rió por mi palabrota.

— Si te consuela, también hará estragos en mi agenda, dolcezza.

— Ya... — soné incrédula, pero decidí ser práctica —: ¿puedo llamarte más tarde para hablar de la hora a la que vienes a recogerme? Necesito hablar con Leo y resolver algunas cosas.

— Está bien — concordó —. Hasta más tarde.
— Hasta luego.

Antes de que pudiera decir algo más, terminé la llamada.

Dejé el móvil sobre la mesa y me quedé quieta, mirando a la nada, pensando en lo que acababa de aceptar.

Era una locura viajar así de repente, aún más sola con Cesare, pero mis hormonas no estuvieron de acuerdo conmigo, ya que, lamentablemente, una oleada de calor me atravesó, dejándome ardiendo.

Solté una maldición y, ignorando mi libido loca, me levanté de la silla y decidí ser práctica. Fui a buscar a Leonardo, ya que realmente no tenía tiempo que perder.

— ¿Leo? — llamé su atención cuando parecía absorto en el ordenador.

— Hola, Cela — apartó la mirada del portátil y me encaró —. ¿Necesitas algo?

— Quiero que reprogrames mis citas de los próximos días para la semana que viene — dije.

Leo no disimuló el choque que mis palabras le causaron. Sus ojos se agrandaron, la boca se abrió formando una "O" enorme, antes de que pareciera alarmado.

— ¿Ha pasado algo? ¿Tú y las bebés estáis bien?

— Estamos bien, no te preocupes, Leo — sonreí, intentando tranquilizarlo —. Surgió un viaje de trabajo de última hora.

— ¿Viaje? — Una arruga apareció en su frente — No recuerdo que tengas un cliente o un proyecto fuera de la ciudad, Cela, al menos no uno que exija que te quedes varios días fuera — comentó.

— Es el proyecto de Cesare — le recordé.

La expresión confusa de Leonardo se transformó, dejando muy claro el desagrado que sentía.

Levanté una ceja, sin entender por qué mi empleado siempre se ponía más hosco cuando lo mencionaba o cuando él aparecía para venir a buscarme para cenar o almorzar.

Me pregunté si Jane no tendría razón cuando decía que a él le gustaba de mí, pero preferí creer que la reserva que Leo tenía se debía a mi primer encuentro con Cesare, cuando había escuchado nuestra conversación y el llanto que yo no había conseguido contener después.

Carraspeó.

— ¿De verdad vas a hacer ese trabajo, Cela? Tu agenda está apretada y tú misma me pediste que dijera que ya no teníamos huecos.

— Le di mi palabra, Leo — hice una pausa, empezando a perder la paciencia, y volví a explicar —: además, no es un trabajo cualquiera. Es el lugar donde van a dormir mis hijas.

— Aun así, Cela…

— Nadie conocerá mejor sus necesidades que yo... — hablé con firmeza, sin desear escuchar ningún argumento más.

— ¡Claro! — asintió, contrariado —. ¿Adónde vamos, entonces?

— Necesito que te quedes aquí, Leo, ocupándote de cualquier emergencia que pueda aparecer.

Su boca volvió a abrirse, en shock, hasta que su expresión se volvió bastante extraña.

— ¡No puedes estar hablando en serio! — Su timbre salió varios decibelios por encima de lo aceptable para una conducta profesional.

— ¿Por qué piensas que estoy bromeando?

— ¡No puedes viajar sola con él, Marcela!

— Modera el tono conmigo — fui fría.

— Solo quiero impedir que cometas una tontería — dijo en una voz más controlada.

— ¿Tontería? — repetí, sin creerme que Leonardo estuviera diciendo eso.

— Viajar sola con un cliente es un error tremendo. Sabes que puede dar una imagen bastante antiprofesional — continuó.

— Es el padre de mis bebés, no un cliente cualquiera, Leonardo.

Su expresión se ensombreció aún más, pero, antes de que pudiera decir algo, completé:

— Por más que tengamos cierta libertad para hablar de muchas cosas, todavía no te he dado permiso para cuestionar lo que hago con mi vida personal, Leo. Así que solo haz lo que te pedí.

— Está bien, Cela — aceptó, todavía medio enfurruñado —. ¿Hay alguna otra medida que tomar de inmediato para tu viaje?

— No, Cesare se encargará de todo.

Una chispa cruzó sus ojos, pero antes de que pudiera decir algo, sonó la extensión.

— Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudar? — Hubo unos instantes de silencio, antes de que dijera —: Un momento, voy a ver si la signorina Gargioni no está ocupada y si puede hablar.

— ¿Quién es? — pregunté en cuanto Leonardo apretó el botón de mute.

— Michael quiere saber si hay posibilidad de retirar el tragaluz.

— ¿Y quitar toda la luz natural que entra en la estancia? — Me quedé sorprendida.

— Ya ves — Leonardo se encogió de hombros —. Dice que está estropeando todo el proyecto.

— Voy a atenderle — dije con un suspiro cansado, consciente de que esa conversación sería bastante penosa.

— De acuerdo.

Resignada, entré en mi despacho y dejé caer todo mi peso sobre la silla, mi mano yendo de forma involuntaria a mi vientre.

No tardó en sonar mi extensión. Consideré un golpe de suerte cuando, al contrario de mis temores, la llamada terminó en menos de diez minutos con un cliente "convencido" de los beneficios de un tragaluz.

Capítulo 15



La brisa tibia que rozaba mi piel con el movimiento del coche, con la capota bajada, me ofrecía un consuelo inesperado, a pesar de que el viento hacía que mi pelo volara de forma desordenada.

Aunque estuviéramos lejos, la vista del mar verde azulado, contrastando con la arena blanca y las rocas que surgían en medio de las olas, era de dejarme sin aliento.

Estando allí, era fácil entender por qué Cesare había comprado una villa en ese lugar y la había transformado en un refugio cuando estaba estresado.

Arzachena, con las aguas de la Costa Esmeralda besándola, era un lugar muy mágico, tanto que me resultaba fácil imaginarme pasando varios días perezosos, explorando cada rincón de la Comune, apreciando el calor envolvente que había allí.

No me permitiría soñar despierta. No estaba allí de paseo, sino para readaptar uno de los dormitorios para nuestras hijas.

Un nudo se formó en mi garganta con ese pensamiento, rompiendo el encanto que sentía por estar allí.

Sabía que no era el momento de pensar en la cuestión de la custodia de las gemelas, pero bajar del jet de Cesare y pisar tierra firme me hizo enfrentar la realidad de que no podría convivir todos los días de mi vida con mis hijas.

Por más que todavía no hubiéramos hablado del asunto, no tenía dudas de que Cesare exigiría la custodia compartida alterna. Yo, en su lugar, no dudaría en pedir esa modalidad de custodia a los Tribunales.

Pensar que él haría eso, aunque estuviera en su derecho, me desgarraba el corazón.

El instinto protector hizo que posara la mano sobre mi vientre.

Sabía que no podría vivir pegada a mis hijas, pero no me imaginaba pasar días sin verlas. Imaginar que no las acostaría todas

las noches, que no recibiría sus besitos y que no estaría presente en todos sus viajes, me dolía muchísimo.

Las lágrimas empezaron a acumularse en el rabillo de mis ojos. Cuando el resentimiento y la revuelta por la privación inevitable de mis hijas surgieron en forma de ardor en mi esófago, me obligué a respirar hondo, intentando calmar mis nervios.

¿De qué servía el rencor? De nada. Absolutamente de nada.

Solo era un malestar innecesario, algo que Cesare no necesitaba en este momento, ya que él solo quería relajarse después de una reunión bastante agotadora con el gobierno italiano, que sigue siendo uno de los mayores importadores de petróleo ruso, incluso con las sanciones impuestas por la Unión Europea debido a la guerra contra Ucrania. Según él, había sido difícil convencerles de que sus plataformas petrolíferas offshore eran capaces de suplir un poco más la demanda energética del país, aunque no por completo.

No sería tan inoportuna como para sacar a relucir otro tema desgastante que generaría muchos roces, discusiones y dolores de cabeza. Habría un momento más oportuno.

— Te dije que las vistas de aquí eran más bonitas que las del Caribe, dolcezza — comentó Cesare cuando un suspiro escapó de mis labios.

— Sí, realmente todo aquí parece fantástico... — dije, aferrándome a aquella interpretación errónea por parte de él.

— No solo lo parece: lo es — usó ese tono arrogante, lo que me arrancó un resoplido y una rodada de ojos.

Se echó a reír y yo terminé sonriéndole, antes de decir:

— Eres un hombre privilegiado.

— Muchos realmente me consideran así.

— Porque lo eres, Cesare. Mira tu riqueza — fui enfática.

— Sì, lo soy — concordó, antes de completar en un susurro —: pero me considero aún más privilegiado por algo muy diferente a poseer bienes materiales, dolcezza.

— ¿Ah, sí? — lo encaré, sorprendida por la confesión.

— Sì — fue evasivo, pero vi un brillo cruzar sus ojos que avivó mi curiosidad.

Podría preguntarle las razones por las que se sentía así, pero no cedí a mi deseo, respetando su evasiva, incluso cuando un pequeño ser diabólico me susurró al oído que el padre de mis bebés me robaría el "privilegio" de pasar y estar con mis hijas todos los días. Miré el paisaje que acompañaba el movimiento del coche,

diciéndome a mí misma que dejara de ser infantil. Sí, era mucha infantilidad por mi parte pensar que Cesare me estaba robando algo, ¡aunque fueran solo algunos momentos!

Otro suspiro se escapó de mis labios y escuché la risa de Cesare.

No lo miré, tampoco lo provoqué, ya que, con toda seguridad, se reiría en mi cara.

Tras recorrer algunos kilómetros más por la carretera sinuosa, pasamos por un gran portón de bronce con el blasón de la familia della Rovere, un roble forjado.

Tardamos unos dos minutos hasta que el coche se detuvo en un patio que conectaba algunas construcciones con la principal, que tenía tres plantas.

Si la enormidad de la edificación no fuera suficiente, la fachada revestida de mármol Bronze Armani y las esculturas de leones, también forjadas en bronce, que "custodiaban" la entrada de la Villa, simbolizaban perfectamente la opulencia de aquel lugar.

El jardín bien cuidado que rodeaba el patio — con rosas, mimosas, lirios, anémonas — era un encanto aparte.

— Bienvenida a mi villa, dolcezza — murmuró Cesare en un tono lleno de diversión, y me di cuenta de que tenía la boca

ligeramente entreabierta.

— Gracias — le di las gracias, diciéndome que dejara de hacer el ridículo. No era la primera vez que trabajaría en un espacio de lujo. Y esperaba que no fuera la última.

Giré un poco el rostro y vi que tenía una sonrisa burlona en los labios y sentí ganas de refunfuñar, pero no le daría ese gusto.

Sonriéndole de vuelta, solté el cinturón de seguridad y, cogiendo mi bolso del suelo, abrí la puerta del deportivo y salí del vehículo, saludando a un chico que me deseó buenas tardes antes de ir hacia el maletero.

Otro empleado se acercó a Cesare, diciéndole algo a lo que no presté atención, ya que me resultó imposible no mirar la imponente fachada de la villa, absorbiendo cada detalle de la arquitectura primorosa.

— ¿Vamos, dolcezza? — escuché la voz de Cesare muy cerca de mi oído, al tiempo que sentía su mano posarse en mi espalda, lo que me tomó totalmente desprevenida.

— Sì, vamos — respondí, sintiendo todos los pelitos de mi cuerpo erizarse con el contacto inesperado, dándome cuenta de que solo había un empleado de Cesare haciéndose cargo del coche.

Me obligué a dar un paso hacia delante, luego otro, caminando en dirección a la casa principal. Para mi desgracia, Cesare no dejó de guiarme, acompañando mis movimientos, mientras yo intentaba poner un poco de distancia entre nosotros, ya que estaba allí como profesional.

Cesare me preguntó algo en cuanto cruzamos el umbral de la casa, pero confieso que su pregunta no fue absorbida por mi mente, ya que toda mi atención estaba puesta en el espacio de concepto abierto que integraba el salón, el comedor y la cocina.

La altura libre debía superar los cinco metros, adornada por enormes lámparas que caían del techo como colgantes. El suelo era todo de mármol de Carrara, creando la ilusión de un espacio infinito, y los muebles blancos y en tonos crema, a pesar de parecer cómodos, le daban al ambiente un aire muy monótono. Los únicos puntos destacados del espacio eran una chimenea moderna de acero y cristal en el centro (una obra de arte aparte) y los enormes ventanales panorámicos, que hacían las veces de pared y ofrecían una vista espectacular del mar verde azulado.

Ni siquiera el paisaje suplía la falta de color, la falta de vida. ¿Era bonito aquel lugar? Sí. ¿Acogedor? No mucho. Estaba lejos de remitir a un refugio. Era demasiado impersonal.

Me pregunté si el piso de Cesare en Milán seguía la misma línea decorativa, y fue inevitable imaginar a mis dos niñas pasando la mitad de sus vidas en un entorno tan soso.

Un amargor empezó a surgir en mi boca.

Para, Marcela. Literalmente deja de pensar en eso. Es un pensamiento ridículo y frívolo.

— ¿Dolcezza? — La pregunta, hecha muy cerca de mi oído, la mano de él apretando mi cadera con suavidad, provocó un calor en mi bajo vientre que me sacó de mi contemplación.

— Sì — alejándome de su toque, me giré para encararlo, ignorando las chispas que él había despertado en mí.

No se me escapó que pareció contrariarse, lo que no ayudó.

— ¿Quieres comer algo antes de ir a tu cuarto?

— ¿Ir al cuarto?

— Sì, para descansar del viaje. Para refrescarte.

Fruncí el ceño, confundida.

— Los viajes pueden ser muy cansados, dolcezza.

— El vuelo duró menos de dos horas, Cesare.

— El embarazo lo cambia todo — dijo con cierta preocupación, y sentí una oleada de ternura por él.

— Estoy bien, Cesare, tan bien que me siento lista para trabajar — intenté sacar pecho de mi lado profesional y empecé a rebuscar en mi bolso para sacar el tablet de dentro —. ¿Tienes en mente alguna habitación concreta para redecorar?

— La tengo.

— Te agradecería que me la enseñaras para que pueda analizar el espacio que voy a rediseñar — murmuré, encendiendo el dispositivo.

— Apenas has llegado y ya quieres trabajar, dolcezza — no ocultó el disgusto que sentía y yo fruncí el ceño hacia él.

— Estoy aquí para eso, ¿no?

Un brillo indescifrable cruzó sus ojos azules, lo que aumentó mi confusión hasta que tuve una especie de revelación.

— Si estás cansado, ve a descansar y pídele a un empleado que me enseñe el cuarto que estás pensando modificar. No sería un problema para mí, Cesare — sugerí.

— ¿Cansado? — cuestionó, frunciendo el gesto.

— Hablar de la decoración de un dormitorio no parece algo que te haga "relajarte", así que no te culpes si prefieres hacer otra cosa.

— ¿Me estás despachando, dolcezza? — su ceja se arqueó hacia mí.

— ¿No fuiste tú quien dijo una vez que no tenías intención de participar en el proceso y confiabas ciegamente en mí? — lo provoqué, aunque fuese una postura poco profesional. Me dije que él tampoco era un cliente cualquiera.

— Puede que haya cambiado de idea respecto a eso, Marcela.

— Es tu derecho — afirmé.

Aunque debería sentirme contenta de que él quisiera participar en esas decisiones, de algún modo mi mente transformó algo positivo en negativo. El amor que lo impulsaba a querer tomar decisiones por el bienestar de nuestras bebés era el mismo amor que lo llevaría a aferrarse a sus derechos.

Mierda. Tenía que dejar de pensar en eso.

Carraspeé antes de sugerir:

— ¿Quieres dejarlo para mañana, entonces? De todos modos, tengo mucho trabajo que hacer.

Guardó silencio, analizándome de una forma que, con mis emociones en ebullición, no resultó tan agradable. No quería que se diera cuenta de mi incomodidad. Sabía que haría preguntas para las que no quería tener respuestas, al menos no ahora.

— Te la enseño yo, dolcezza — dijo al fin, con una sonrisa empezando a dibujarse en sus labios, lo que fue un cierto alivio —: No quiero que me tomes por un blandengue.

— Nunca pensaría eso de ti.

— Prefiero no arriesgarme — me guiñó un ojo —. Puedes dejar tu bolso sobre la mesa.

Con esa orden, me dio la espalda.

Durante unos segundos me quedé quieta en el sitio, un poco aturdida por la frase, que podía tener doble sentido.

Cuando vi que ya estaba a unos pasos por delante, antes de que Cesare me tomara por una "tonta" por haberme quedado plantada como una mula, negué con la cabeza y, después de dejar mi bolso sobre la mesa y coger también mi móvil de dentro para guardarlo en el bolsillo, lo seguí.

Aproveché para fijarme en más detalles de la villa y me di cuenta de que solo había detalles muy monótonos.

Color. ¿Cuál es el problema con el color en este lugar?

— En un primer momento, estaba pensando usar este cuarto para ellas — dijo Cesare al posar la mano en el picaporte y abrir la puerta —. Está entre mi suite y la tuya, dolcezza.

— ¿Mi suite? — pregunté, sorprendida.

— Necesitas un dormitorio donde dormir cuando estés aquí, ¿no? — dijo, encogiéndose de hombros al entrar en la habitación.

Lo seguí hacia dentro y no me sorprendió ver la sobriedad del espacio, decorado en tonos crema.

No me centré en los detalles de la decoración, ya que pensaba cambiarlo todo — desde los colores de la pared, el suelo de piedra —, observando la amplitud del cuarto, el techo alto y la forma en que la luz natural bañaba todo el espacio, dejándolo más acogedor.

Deseé abrir las ventanas, dejando entrar todo el calor de Cerdeña, ya que parecía un desperdicio usar aire acondicionado en un lugar así, pero no lo hice.

— ¿Sabes cuántos metros cuadrados tiene el dormitorio? — pregunté, empezando a tomar algunas notas sobre el espacio.

— No tengo ni idea, pero debe venir en los planos.

— Voy a necesitarlos para obtener unas medidas iniciales y empezar a esbozar el proyecto en los programas.

— Si no hay una copia física en el despacho, le pediré a mi secretario que la consiga.

— Gracias, Cesare.

— No hay de qué, dolcezza — susurró.

Como siempre me pasaba, mientras analizaba el espacio del dormitorio, el vestidor y el baño de la suite, ideas, colores, texturas y materiales empezaron a surgir en mi mente, pero no fue solo mi sentido creativo lo que se despertó, sino también cierta melancolía.

Para mi incomodidad, me imaginaba a dos niñitas de pelo oscuro y ojos increíblemente azules, como los del padre, ocupando cada centímetro de aquel espacio. Podía verlas tumbadas en sus camitas, jugando sobre la alfombra que colocaría en un rincón. Podía oír sus risas alegres al salpicar agua por todas partes durante el baño. También veía a Cesare compartiendo con ellas esos pequeños momentos de felicidad.

Dolió no ser capaz de verme allí, junto a ellos. Me dolió aún más el pecho cuando deseé, aunque no debiera, estar allí para poder vivir a su lado esos momentos tan dulces y preciosos.

Capítulo 16



Controlando mi deseo de bufar con desagrado, seguí observando a Marcela, que prácticamente jugaba a enredar el tallarín en el tenedor en vez de comer. Quisiera poder decir que era solo su falta de apetito lo que me desconcertaba, pero había algo en su comportamiento que me molestaba desde que había puesto un pie en mi villa, tanto que, en ese momento, ni siquiera era capaz de apreciar la visión del inicio de sus pechos, que el escote de la blusa de tirantes dejaba a la vista. Podría decir que era la fachada superprofesional que había adoptado prácticamente desde que llegamos, pero no era eso lo que me daba punzadas. ¿Me había causado un poco de decepción? Sí, al fin y ao cabo, yo había

esperado la compañía de la mujer divertida que sabía que podía ser, pero no podía decir que el profesionalismo de Marcela fuera lo que me incomodaba.

Lo que me sacaba de eje era la máscara que usaba, intentando disimular —por medio de conversaciones banales y sonrisas contenidas— algo que claramente la estaba molestando.

No me gustaban los fingimientos.

¿Sería algo del trabajo? ¿Sería un cambio repentino de humor por la gestación? ¿Cansancio? ¿No quería estar allí? ¿O el problema era yo?

Fruncí el ceño con ese último pensamiento.

Yo no era un problema; estaba intentando mejorar mi comportamiento y sentía que estaba siendo exitoso en ello.

Sentí el músculo de mi mandíbula tensarse.

¿Será que no lo estaba?

¡Stronzo!

Por lo visto, no lo estaba, y la confirmación de mi fallo era el hecho de que ella no confiaba lo suficiente en mí como para abrirse, para contarme qué la tenía así. Me sentí amargado. Yo quería su confianza, deseaba que Marcela me viera como un punto de apoyo,

un compañero, ya que estábamos unidos por Eleonora e Isabel, pero no la tenía. Un aguijón me atravesó de forma brutal y me sorprendió cómo algo tan metafórico podía sentirse tan físico. No debería haber sido tan exacerbado.

— ¿La comida está mala? — pregunté por fin, comenzando a indagar, teniendo cuidado de no pisar una granada en ese campo minado.

Tardó unos segundos en responderme, como si mi pregunta la hubiera tomado por sorpresa, sus ojos castaños abriéndose, pero finalmente dijo:

— No, está muy rica.

— Entonces, ¿por qué no estás comiendo, dolcezza?

Abrió y cerró la boca, buscando una respuesta, pero no la encontró, al menos no una verbal, porque enredó un poco de pasta en el tenedor y se la llevó a los labios, comiéndola.

Arqueé una ceja antes de decir, en el mismo tono suave:

— Sabes que eso no va a funcionar conmigo, ¿verdad?

— ¿Qué? — preguntó al terminar de masticar, tomando un poco más.

— Comer a la fuerza para engañarme.

— Yo no estoy…

— Sí, lo estás — la acusé con suavidad, y vi la tensión apoderarse de sus hombros esbeltos y frágiles.

— No lo estoy — retrucó.

— No voy a quedarme en este juego de sí y no, dolcezza.

— Yo tampoco tengo interés en quedarme — volvió a enredar pasta y a comer un poco más.

Solté un bufido al ver su fingimiento, y fue su turno de fruncir el ceño hacia mí. Me obligué a tomar un poco de pasta y ragú, aunque mi apetito ya se hubiera evaporado.

— ¿Por qué estás tan serio, Cesare? — preguntó tras unos segundos. Un gesto jocoso, que me pareció bastante falso, curvó sus labios antes de bromear: — ¿Estás tan tacaño que no quieres que coma?

— ¡Stronzo, Marcela! — Pasé la mano por mi barba, frustrado, y terminé preguntando por impulso: — ¿Por qué estás haciendo esto?

— ¿Haciendo qué?

— Disimulando.

El sonido del tenedor chocando contra el plato resonó en mis oídos, y vi el shock pintado en su rostro.

— ¿Disimulando? — murmuró.

— Sí, estás fingiendo, y no me gusta.

— No tienes por qué gustar de nada, Cesare — estaba a la defensiva, y supe que debía moderar mi tono y mi enfoque.

— Puede que no tenga el derecho, pero aun así, no me gusta verte fingir que no hay algo que te molesta, dolcezza.

— Solo estoy cansada.

"¡Mentirosa!", gritó una voz en mi cabeza, pero antes de que pudiera pensar en un enfoque mejor, Marcela añadió:

— Tanto que creo que es mejor irme a mi cuarto.

Se puso de pie de un salto, huyendo del tema, y movido por mis instintos, terminé haciendo lo mismo, siguiéndola.

— ¿Cesare? — jadeó mi nombre cuando la sujeté suavemente del brazo.

Cuando no la solté, se giró hacia mí, los ojos abriéndose aún más.

— Estamos construyendo algo, ¿no es así? — pregunté en un susurro, ignorando la sensación de su piel suave contra mi palma y el deseo inapropiado para el momento que me golpeó.

Vi varias emociones cruzar su semblante, y estuve casi seguro de que Marcela iba a negar, lo que me provocó otra punzada incómoda que dejó todos mis músculos tensos.

— Sì, lo estamos — susurró, y su confirmación fue como un medicamento directo en mis venas, haciéndome relajar de inmediato.

— Entonces, ¿por qué no hablamos de tu cambio repentino? — sugerí.

— Tú viajaste para relajarte después del estrés que pasaste, no para discutir y acabar todavía más irritado.

— Pero aquí estoy, incómodo por tu incomodidad — mi tono fue suave.

Ella abrió una sonrisa torpe.

— Mi bienestar no debería estar por encima del tuyo — solté su brazo solo para llevar mi mano a colocar un mechón de su cabello detrás de la oreja.

Marcela pareció bastante sorprendida por mi gesto, y no pude negar que yo también, ya que me pareció un acto demasiado cariñoso.

— Y yo pensando que sí — bromeó, y terminé sonriendo al ver sus ojos brillar con humor.

— Siempre serás más importante que yo — volví a ponerme serio.

— Si decirme qué te incomoda te va a aliviar, si va a quitar esa tensión de tus hombros, por más indigesto que sea el tema, por más que yo vaya a enfadarme, que así sea.

— No es tan simple…

— Estás cargando a mis bebés, Marcela — interrumpí, lanzando una mirada a su vientre, sintiendo mi pulso disparar al pensar en mis niñas. — Estás haciendo lo más difícil, así que sí, puedo soportar un golpe pesado.

— Es un asunto que me hiere, aunque sé que no debería sentirme así.

— ¿Es algo que hice? — disparé, molesto ante la idea de ser yo el problema. Tuve que contenerme para no volver a fruncir el ceño.

— Es algo que vas a hacer, Cesare — susurró.

Fruncí el ceño, confundido.

— ¿Y qué voy a hacer, dolcezza?

Mientras Marcela ponderaba, pesando sus palabras, vi cómo sus ojos comenzaban a llenarse de lágrimas. No me gustó nada, mucho menos escuchar la herida en su voz cuando finalmente dijo:

— Pedir la custodia alternada.

Capítulo 17



— ¿Custodia alternada? — murmuré mientras intentaba procesar sus palabras.

— No te culpo, Cesare. En tu lugar, haría lo mismo. — Esbozó una sonrisa sin gracia.

Fue mi turno de abrir y cerrar la boca buscando palabras, pero por primera vez en mi vida, parecieron faltarme.

— Es tu derecho, al final de cuentas, y no puedo pedirte que renuncies a él — siguió diciendo.

— Pedir, puedes pedir — susurré.

Cuando vi aún más resentimiento brillar en sus ojos, no pude controlar las chispas de rabia que empezaron a crepitar dentro de mí.

¿Marcela creía que yo era tan sádico como para obligarla a pedir algo solo para negárselo por placer?

¡Stronzo!

— No es justo.

— ¿Y es justo que tú sufras? — Mi voz sonó más áspera de lo que debería.

— Tengo que acostumbrarme a la idea de que no podré pasar el día entero pegada a mis hijas, Cesare. — Vi sus labios temblar. — Sé que, con el tiempo, la idea se asentará mejor, pero en este momento estoy sensible, y la perspectiva de pasar un día sin verlas me duele.

— ¿Y quién dijo que tendrás que pasar un día sin verlas?

— No tenemos una relación; vivimos en casas distintas.

— Eso no es un problema, Marcela... — empecé a decir, pero me detuve.

La solución que se formó en mi mente, sin ninguna duda, iba a horrorizarla. Yo mismo debería estar horrorizado; me gustaba mi vida tal como estaba, pero pensar en compartir una casa con ella no me pareció tan malo. Al contrario, mirándola, incluso me pareció seductor.

— Claro que lo es. Estoy segura de que no vas a renunciar a convivir con Isabel y Eleonora.

— No, no voy a hacerlo — afirmé con firmeza.

— Entonces... — Las lágrimas que se acumularon en sus ojos estaban a punto de caer, y me maldije por haberla puesto al borde del llanto.

Sin pensarlo mucho, tomé su rostro entre mis manos, obligándola a prestar atención a mis ojos y a lo que diría:

— Pero el hecho de que yo no renuncie a eso no significa que tú no puedas ver a nuestras hijas todos los días, como quieres…

— Claro que…

— Al principio — la interrumpí —, no puedo negar que tenía la intención de hacer valer todos mis derechos, lo que significaba acudir a la justicia para pedir lo que fuera mejor para mí, pero vi que no se trataba de mí, sino de ellas... de ti.

— Cesare…

— ¿Voy a ir a la justicia? Sí, pero solo para regularizar la pensión, legalizar la cuestión de mi herencia y dejarte como la responsable de administrar el patrimonio de ellas si algún día yo llego a faltar mientras sigan siendo menores.

— ¡No te vas a morir tan pronto! — Me dio un golpecito en el hombro.

— No pretendo hacerlo, dolcezza. — Sonreí con arrogancia antes de volver a ponerme serio: — En cuanto al régimen de convivencia, creo que somos capaces de manejarlo todo sin atarnos a un día o un horario fijo. ¿O debo temer que no me permitirás ver a nuestras hijas durante la semana?

— Nunca te impediría eso, Cesare — su voz sonó ronca.

— Y yo nunca haría algo que sé que te lastimaría.

Negó con la cabeza.

— Eso es inevitable.

— Es evitable, claro que sí.

— Tal vez en sueños, Cesare, pero la realidad es distinta.

— Crearemos nuestra propia realidad.

Negó otra vez, esta vez de forma frenética.

— Vas a querer viajar con ellas, llevarlas a Disney, pasar veranos y feriados aquí.

— Y tú estarás con nosotros, dolcezza.

— Sabes que no siempre podré, mi agenda es distinta a la tuya — dijo con un dejo de tristeza.

— Nos organizaremos para que tú y hasta tu hermana, si quieres, puedan estar presentes en esos momentos — aseguré.

Ella dio un pequeño paso atrás y me miró aturdida.

— ¿Lo dices en serio?

— ¿Por qué no habría de decirlo?

— Hablar es fácil, la práctica no siempre lo es.

— Yo no doy mi palabra por darla, pero si no confías en ella, puedo redactar un contrato garantizándote todo lo que acabo de decir — sugerí, molesto por su desconfianza.

— No es necesario, Cesare.

— ¿Segura? — insistí, sin comprender por qué había hecho eso.

Asintió.

— Gracias por no excluirme, Cesare.

— No tienes que agradecerme. Somos una familia, Marcela, quieras o no.

— Yo... — No terminó la frase porque las lágrimas que había contenido empezaron a caer.

— Puede que no vivamos en la misma casa, que no estemos casados o que no tengamos otro tipo de relación más allá de una amistad — continué —, pero nada cambia el hecho de que ahora somos una familia y seguiremos siéndolo por nuestras hijas.

— Sì — susurró mirándome a los ojos.

Esa pequeña concordancia quebró mi resentimiento en mil pedazos, pero antes de que pudiera procesarlo, Marcela me dio otro golpe al rodear mi torso con sus brazos. El instinto hizo que no dudara en abrazarla de vuelta, apretándola contra mi pecho tanto como el tamaño de su barriguita lo permitía.

Bastaron unos segundos con ella anidada en mí para que una espiral violenta me recorriera el cuerpo, una mezcla de placer y un deseo crudo por algo más que un simple abrazo.

Quise tener mis manos recorriendo su cuerpo, inclinar mi cabeza mientras ella levantaba el rostro hacia mí, solo para tomar sus labios en un beso que empezaría suave y terminaría con nuestras lenguas enredadas con salvajería.

Solo imaginar besarla hizo que mi corazón se acelerara, y juraría que podía sentir mi sangre corriendo veloz por mis venas.

¿Cuál sería el sabor de nuestro beso? ¿Cómo encajarían nuestras bocas?

Perfecto. Delicioso.

De la misma forma que no dudaba de que enterrarme en su cuerpo sería una especie de paraíso.

La imaginación era peligrosa, porque para mi desgracia sentí mi polla endurecerse de manera involuntaria.

Marcela también debió sentir algo, porque puso fin al abrazo y dio un paso atrás.

Cazzo.

— Perdón — murmuró, el rubor extendiéndose por su piel.

— ¿Por qué?

— Por el abrazo.

Solté un ruido de disgusto.

— Ya nos hemos abrazado antes, dolcezza.

— Sì, pero…

— Y lo haremos muchas veces más.

— Tienes razón, fue una tontería. — Pareció avergonzarse.

— Qué bueno que lo sabes. — Sonreí cuando rodó los ojos. — Ahora que estás más tranquila, sabiendo que no voy a pedir custodia alternada y que todo se conversará entre nosotros antes de cualquier decisión, ¿vas a seguir huyendo de mí?

— No estaba huyendo.

Arqueé una ceja. Ella abrió y cerró la boca, buscando una excusa que no tenía, porque sí estaba huyendo.

— ¿Qué va a ser? — la presioné.

— ¿Qué sugieres? — replicó.

— Que termines de cenar, dolcezza! — dije con un tono imperioso, jugando con ella.

— ¡Sonó tan "papá", Cesare! — Sus labios se curvaron con diversión.

— Soy papá, ¿no? — Moví los hombros, sonriendo.

— ¡Pero no el mío!

— Aun así, tienes que terminar de comer. No quiero que te sientas débil por ser terca y no alimentarte bien.

— Está bien, "papà" — bromeó, y puse una mueca al oírla llamarme "papá".

Soltó una carcajada que me arrancó una sonrisa. Pasó a mi lado y volvió a la mesa. La seguí y, por unos minutos, solo la observé comer, sintiéndome extrañamente satisfecho.

— ¿No vas a terminar de comer, Cesare? — me preguntó entre bocados.

— Sì, mamma! — respondí divertido al tomar mis cubiertos.

La cara que puso fue tan cómica que me reí otra vez.

— ¿Qué piensas hacer para relajarte? — preguntó, tomando un sorbo de jugo.

— Ir a una de las playas de las que te hablé.

— Excelente idea, Cesare. Espero que te diviertas mucho. — Pareció entusiasmada.

— Estoy seguro de que nos divertiremos, dolcezza.

Una arruga apareció en su frente.

— ¿Nosotros?

— Sì. Trajiste bikini?

— Claro que no, porque no necesito uno — dijo con firmeza.
— No suelo frecuentar playas nudistas, dolcezza, pero puedo hacer una excepción.

Aunque sabía a qué se refería, me hice el desentendido, siguiendo un camino peligroso, porque cuerpos desnudos... peor, pensar en Marcela desnuda era interesante para mi polla.

— ¿Parezco alguien que va a playas nudistas, Cesare? — gruñó.

— No existe un "rostro típico". — Me encogí de hombros, sintiendo mis músculos tensarse de repente.

— ¿Puedes imaginarme yendo a ese tipo de lugar?

Cerré los ojos por una fracción de segundo y obtuve una imagen muy clara que no tenía nada que ver con la playa... solo con Marcela.

Stronzo.

— ¿Por qué no? — contesté.

Ella chasqueó la lengua y yo me reí. Se contuvo de insultarme, pero poco después la diversión volvió a su rostro.

— Estoy siendo muy prejuiciosa, ¿verdad? — suspiró.

— Un poco.

— ¿De verdad nunca has ido a una playa nudista, Cesare?

— Nunca me interesó. — Hizo una pausa. — A diferencia de ti, que pareces una mujer moderna que quiere andar desnuda, yo soy bastante anticuado.

— Yo no voy a la playa, Cesare.

— No veo por qué no.

— Estoy aquí por trabajo, no para divertirme. Necesito seguir esbozando un proyecto para tu aprobación, luego buscar proveedores, mano de obra para las reformas que voy a hacer, además de las demás demandas de mi oficina.

— Estamos en un impasse.

— No veo cuál.

— No quiero ir solo.

— Puedes contratar a una acompañante. — Me guiñó un ojo, pero a mí no me hizo ninguna gracia.

— Sabes que no necesito contratar a nadie.

— ¿Lo sé?

— Lo sabes.

— Puedes llamar a un amigo o amiga, entonces. O invitar a tu tío Francesco.

— Te quiero a ti, dolcezza, no a mi tío ni a nadie más — dije con un tono desgarrado, mirándola directo a los ojos, deseando que

entendiera algo que ni yo mismo lograba comprender. Tal vez no había que entender, solo sentir.

Campanas de alarma sonaron en mis oídos, pero las ignoré.

— ¿Me quieres? — murmuró.

Asentí.

— Sì, quiero tu compañía por unas horas — aclaré. — No te pido que pases el día entero pegada a mí. Podrás trabajar. — Hice una pausa cuando una idea se me ocurrió: — Tú, con tu tablet, en la tumbona, haciendo tus diseños, tomando unos mocktails, haciendo pausas para mirar el mar o meterte en él.

— ¿Drinks sin alcohol? — Sus ojos brillaron.

— Sin alcohol, claro. — Le guiñé un ojo.

— Tentador — susurró.

— ¿Te parece? — fingí inocencia.

— Lo haces parecer el paraíso.

— ¡Ya estás en el paraíso, dolcezza! ¡Es mejor que el Caribe!

Ambos nos reímos.

— Temo no tener fuerzas para rechazar un drink en la playa, Cesare — bromeó.

— Me alegra oírlo. — Le guiñé un ojo otra vez, plenamente satisfecho por haberla convencido.

— Voy a necesitar un bikini.

— Sabes que puedo conseguirte varios.

— ¿Cómo pude olvidar las ventajas de que el padre de mis bebés sea un billonario? — se burló.

— No es como si estuviéramos en medio de la nada.

— Tienes razón.

— Pero puedo darte otra alternativa en vez de bikinis
.
— ¿Cuál? — Me miró con sospecha.

— ¡Una playa nudista, por supuesto!

Marcela soltó una carcajada enorme con mi comentario y yo terminé riendo con ella, más aún cuando fingió interés en ese tipo de ambiente.

Capítulo 18



Un suspiro de encanto se escapó de mis labios en cuanto salimos del aparcamiento y nos acercamos a la franja de arena blanca que se extendía varios metros antes de ser devorada por las aguas de un tono azul verdoso cristalino. Las rocas que "vencían" al mar, asomándose a la vez que se desgastaban con el golpe incesante de las olas, solo coronaban aún más el paisaje que tenía una única definición: paraíso.

— Te lo dije — comentó Cesare en un tono divertido cuando suspiré otra vez.

— Sí, tú me lo dijiste.

— Y tú queriendo quedarte trabajando en la villa.

— Ya. Gracias por haber insistido en que viniera — dije la verdad, aunque eso pudiera hacer que él se creyera aún más de lo que ya se creía.

— De nada — respondió lleno de humor.

Le miré de reojo y confirmé mi teoría sobre lo mucho que se envanecería, ya que tenía una sonrisa enorme mientras miraba al frente. Emití un sonido de reprobación, haciendo que Cesare soltara una risa, y terminé sonriendo.

Me quité las chanclas, sujetándolas en una de mis manos, y di un paso hacia delante, mis pies recibiendo la arena blanda y tibia.

— ¿Nos quedamos allí? — pregunté a Cesare, que caminaba a mi lado, señalando una zona donde había varias sombrillas ocupadas por algunas personas.

— Prefiero quedarme más apartado, lejos de aglomeraciones.

— ¿En serio?

— Llamo la atención en lugares públicos por ser quien soy, dolcezza. — Se encogió de hombros. — Y me gusta la sensación de tener un poco de privacidad que nos da quedarnos más lejos.

— Entiendo.

— ¿Quieres ir eligiendo un sitio mientras alquilo una sombrilla y una tumbona?

— Claro, pero creo que será mejor ir hacia el lado opuesto del que estábamos yendo. Me pareció más vacío.

— Vale.

— ¿Compras botellas de agua también?

Asintió.

— Nos vemos dentro de un rato — dije antes de girarme y tomar la dirección contraria.

No tuve prisa en buscar un sitio, disfrutando del calor del sol, de la arena bajo mis pies, de la brisa que movía mi pelo, del olor a mar que impregnaba mis fosas nasales y jugaba con mis sentidos.

Una especie de ligereza me fue envolviendo, y aunque la belleza natural a mi alrededor podía tener cierta influencia en ello, yo sabía que, en realidad, tenía más que ver con la presencia de Cesare.

Él había quitado un enorme peso de mi pecho cuando dijo que podíamos ser más flexibles con el tema del derecho de visitas.

Había dudado de él cuando dijo que no pediría la custodia compartida, pero escuchar la firmeza en su voz, mirarle a los ojos, ver no solo la seriedad, sino también la decepción causada por mi desconfianza, hizo que le concediera un voto de confianza, creyendo que nunca me mentiría sobre ese asunto.

Mi mente, siempre saboteadora, intentó crear problemas, diciéndome que todo no pasaba de una ilusión, porque no sería tan sencillo organizar fechas, pero luché contra mí misma, recordando que yo también era responsable de hacer que funcionara. No había nada más importante en el mundo que mis bebés, y no pensaba dejar de abrazar con todas mis fuerzas el regalo que Cesare me estaba dando.

Sonreí, un gesto que se hizo aún más amplio cuando una ola suave chocó contra mi espinilla. Perdida en mis pensamientos, no había notado que había caminado en una línea muy torcida, yendo inconscientemente hacia el mar.

Seguí caminando por la orilla, alejándome cada vez más del comercio y de las otras personas, hasta que, al mirar hacia atrás, vi que quizá había exagerado un poco. No di media vuelta, aunque quizás debería haberlo hecho, porque me encantaba la sensación de que, en aquel breve momento, ese tramo de arena y agua era mío.

Debieron de pasar unos diez minutos cuando finalmente vi a Cesare, haciendo malabares para sujetar una especie de nevera

portátil, una sombrilla y una silla, acercándose al lugar donde yo estaba. Prácticamente corrí hacia él para ayudarle a cargar las cosas.

— Yo puedo solo — dijo cuando intenté cogerle la sombrilla, pero me lo impidió.

— Ya veo — contesté con una pizca de ironía, antes de bromear:

— ¿Sabías que no hay nadie aquí a quien puedas impresionar, machote?

— Creo que sí hay, dolcezza. — Me guiñó un ojo, entrando en mi broma, antes de dejar las cosas sobre la arena.

— La fuerza no es algo que suela impresionarme.

— ¿Y qué te impresiona?

— La capacidad de mantener una buena conversación, el intelecto... — Fui sincera, aunque no estaba muy segura de si debía decirle mis preferencias. ¿Importaba?

— Dos cualidades que me sobran, ¿no? — provocó.

— Si tú lo dices. — Me encogí de hombros y, al escuchar cómo bufaba mientras dejaba las cosas, terminé riendo.

— Sabes que soy inteligente — dijo con convicción arrogante mientras montaba la sombrilla. — Y no parece que te aburras con mi conversación.

— Quizá soy buena fingiendo que no estoy aburrida.

— Ya... — gruñó, poniéndose serio.

Una carcajada escapó de mí y se mezcló con el aire, y segundos después la suya también explotó.

— Puedes decir que no, pero sé que te gusto, Marcela.

— Prefiero abstenerme de responder.

— Tomaré esas palabras como un sí rotundo.

Miré al cielo, fingiendo que pedía paciencia, haciendo que él riera.

— No había tumbonas, solo sillas — murmuró, disgustado.

— Está perfecto, Cesare.

— No es cómodo.

— De todos modos, creo que prefiero extender una toalla en la arena antes que tumbarme en una tumbona — le consolé, sonriendo

ante el hecho de que pensara en mi bienestar.

— Y luego dices que no te gusto — bromeó divertido, y preferí ignorarle mientras dejaba mis chanclas y mi bolso en la arena, sacando de este un pareo que Cesare había comprado para mí junto con varias opciones de bikinis que jamás sería capaz de ponerme.

Aunque me dio pena ensuciarlo —el tejido era uno de los más suaves que había sentido y la estampación tenía un diseño geométrico intrincado y perfecto— lo extendí sobre la arena.

— ¿Me pasas el protector solar?

— Claro — respondí, y sin mirarle, busqué el tubo dentro del bolso. Al encontrarlo, se lo tendí en su dirección.

Si Cesare me dio las gracias al coger el tubo, mi mente no lo procesó, porque toda mi atención estaba en él. O mejor dicho, en el torso desnudo de Cesare, ya que se había quitado la camiseta.

Mi boca se secó, mi pulso se aceleró, mi corazón golpeó tan fuerte que el sonido pareció retumbar en mis oídos. No debería sorprenderme. Sabía que su cuerpo era definido; las camisas ajustadas siempre resaltaban sus músculos, pero ver por primera vez su pecho y abdomen desnudos fue, como mínimo, desconcertante.

Cada centímetro era perfectamente esculpido, firme. La fina capa de vello que cubría su pecho lo hacía aún más atractivo y masculino.Lo que realmente impresionaba eran los marcados abdominales. Sentí las yemas de mis dedos arder con el deseo de tocarlos.

¿Se contraerían bajo mi toque?

¿Cesare jadearía de excitación?

Pensar que sí hizo que una ola de calor me recorriera, irradiándose por todo mi cuerpo. Cuando el deseo surgió en mi bajo vientre, la realidad me golpeó con fuerza: ¿qué estaba haciendo deseando que Cesare reaccionara a mí?

Aparté la mirada hacia el mar y me insulté mentalmente por haberme quedado observándolo. Sentí el rubor de la vergüenza expandirse por mi piel al darme cuenta de que Cesare seguramente había notado mi mirada, porque duró más de lo apropiado.

Respiré hondo, diciéndome que no servía de nada lamentarme, no cuando el daño ya estaba hecho. Cazzo. Era una mujer adulta y Cesare era un hombre guapísimo, atlético. No estaba cometiendo ningún crimen por mirarle.

— ¿Puedes ayudarme, dolcezza? — preguntó con un tono lánguido.

— ¿En qué? — Me obligué a mirarle a la cara y vi que, además de parecer muy divertido, tenía un brillo malicioso en los ojos.

— En ponerme el protector en la espalda — continuó con ese tono pastoso.

Tragué una maldición. ¿De verdad estaba haciendo esto conmigo?

— Claro, Cesare — respondí con una voz más ronca de lo que me habría gustado.

— Gracias, dolcezza.

Para mi sorpresa, se sentó delante de mí, y tragué saliva ante lo mucho que me despertó el deseo al ver los músculos de su espalda.

Maldita sea. Las espaldas siempre habían sido mi punto débil, la parte que más me fascinaba en un hombre, y la suya era... perfecta para dejarle arañazos. Pensar en arañazos hizo que recorriera con la mirada toda la extensión amplia, buscando alguna marca reciente.

Me invadió un alivio extraño al no encontrar ninguna. Solo algunas pecas pequeñas cubrían su piel.

Me regañé mentalmente otra vez.

¿Por qué me alegraba no ver arañazos? Y si los hubiera... ¿por qué me molestaba la idea de que Cesare estuviera acostándose con alguien, incluso si él decía ser soltero? Yo no tenía nada que ver con su vida personal.

Antes de que Cesare llamara mi atención por no empezar a ponerle el protector, estiré el brazo para coger el tubo. Sin querer, rocé su costado, avivando las llamas indeseadas que ya ardían en mi cuerpo.

Puse un poco de crema en mis dedos y, ignorando lo que me provocaba tocar su piel, comencé a extender el producto.

— ¿Tienes miedo, dolcezza?

— ¿Miedo?

— De tocarme — murmuró divertido.

— Claro que no.

— Lo parece.

Fruncí el ceño.

— Te estoy poniendo el protector, ¿no? — Cogí un poco más del producto y dibujé un círculo en su piel.

— Como si no quisieras.

— ¿Y cómo crees que debería hacerlo?

— Usando las palmas, quizá aplicando un poco más de presión.

— Tú lo que quieres es una masajista, no alguien que te ponga protector — me burlé, ignorando el latido indeseado entre mis piernas.

— ¿No puedo tener ambas cosas?

— No.

Él bufó.

— Ve a un spa la próxima vez o contrata a una profesional.
— No tiene la misma gracia.

No respondí al tono decepcionado que usó Cesare, solo me concentré en mi ardua tarea.

— ¡Listo! — dije, medio aliviada, al terminar y apartarme un poco.

Cesare giró su cuerpo para mirarme. Un escalofrío recorrió mi columna al ver su expresión pícara. Volví a insultarme mentalmente.

Qué estaba pasando entre nosotros? ¿O eran mis hormonas las que estaban creando ilusiones?

— Creo que ahora me toca a mí, dolcezza.

— ¿Qué? — solté un gritito.

Cogió el tubo y explicó:

— Voy a ponerte protector en la espalda. — Sonrió, moviendo el producto.

— Ah... claro.

— Quítate la ropa — ordenó con un tono que hizo que mi corazón latiera con fuerza mientras mi sexo se contraía con un espasmo.

Joder.

Me quedé paralizada, respirando, y añadió:

— No puedo ponerte protector si estás vestida.

Sí, no podía. Así que, dejando de comportarme como una virgen intocada, me puse de pie y, aunque Cesare me miraba con atención, sujeté la barra de mi vestido y lo levanté rápidamente, pasándolo por mi cabeza.

El bikini era recatado, el relleno cubría gran parte de mis pechos y la braguita tipo tanga no dejaba nada a la vista, al menos por delante, pero aun así me sentí desnuda ante Cesare.

Sus ojos azules, más oscuros por la dilatación de las pupilas, parecían recorrer cada centímetro de mi cuerpo lentamente, dejándome temblorosa, sin aliento y también...

No tuve valor para nombrar esa sensación, aunque todo en mí se movía por ella. Me obligué a reaccionar, así que cogí una pinza de mi bolso, recogí mi pelo en un moño, fingiendo que no estaba afectada, intentando ocultar que la tensión me dominaba. Cuando quedé satisfecha, me senté de espaldas a él.

Cesare se acercó más, y yo me obligué a quedarme quieta, sin "huir" de su toque. Los dedos de mis pies se curvaron, mis pelos se erizaron, mi cuerpo entero se transformó en un deseo abrasador en cuanto sus manos grandes comenzaron a extender el protector por mis hombros y mi espalda. Cesare era un cobarde. Aplicaba la presión perfecta, masajeando, relajando y excitándome al mismo tiempo. Cada vello de mi cuerpo estaba erizado bajo su toque.

Antes de que pudiera controlarlo, un sonido bajo de placer escapó de mis labios y arqueé mi espalda con un espasmo.

— Qué bien que te guste, dolcezza — dijo con arrogancia, deslizando las palmas hacia mi zona lumbar.

— Es difícil que no me guste — confesé.

— ¿Y si te digo que a mí también me está gustando, Marcela?

— Bien saberlo. Voy a necesitar tus servicios cuando mi barriga crezca más y me duela la espalda.

Él soltó una risa ronca que retumbó dentro de mí, creando más tensión y calor.

— A diferencia de ti, yo no te voy a negar un masaje — me provocó, subiendo otra vez con las manos. Tuve que contenerme para no girar el cuello y mirarlo.

— Y tampoco podrías negármelo, Cesare.

— Claro que puedo.

— No. ¿Sabías que eso forma parte de mi paquete de ventajas por "tener un padre para mis bebés"?

— ¡Qué descarada! — me acusó.

— Tengo que ahorrar dinero de las sesiones de masaje para comprar pañales.

— Esa excusa no es muy buena. — Hizo una pausa antes de burlarse: — Creo que solo quieres usarme.

— No pareces ser el tipo de hombre que se deja usar.

— Las apariencias pueden engañar, dolcezza.

Esas palabras detonaron imágenes en mi cabeza, imaginándome varias formas de usarle, haciendo que algo dentro de mí entrara en cortocircuito. El terreno al que habíamos llegado era demasiado peligroso para mi cordura y mi libido. Tenía que recordarme que ese hombre era el padre de mis hijas y que no debía pensar en sus manos tocando otras partes de mi cuerpo, ni en su boca explorándome, ni imaginar que eso pondría fin a mi ansia y me haría explotar.

— ¿Ya has terminado con el protector? — Me aferré a la racionalidad, que era poca en ese momento, pero que me decía que debía alejarme, por más que el deseo gritara lo contrario.

— ¿De verdad quieres que pare? — preguntó con un tono visiblemente contrariado.

— Has venido a disfrutar del mar, Cesare, no a estar dándome masajes — dije.

Escuché un gruñido y opté por ponerme de pie, ya que él no me dio respuesta.

La proximidad no era buena, no cuando yo no podía controlarme.

— Aún necesitas ponerte protector en el resto del cuerpo — dijo Cesare en un tono serio, extendiendo el tubo hacia mí.

— Gracias. — Esbocé una sonrisa tímida al cogerlo, sintiéndome bastante avergonzada.

Me sentí aún peor cuando Cesare no se movió, simplemente se quedó mirando cómo me aplicaba el protector por todo el cuerpo, que me traicionaba manteniéndose en el mismo estado caótico de hacía unos minutos.

— ¡Olvidé ponérmelo en la cara! — exclamó al verme extender la crema.

Antes de darme cuenta, cogí un poco del producto y me incliné para ponérselo en la frente y las mejillas. No supe descifrar el brillo en sus ojos mientras me obligaba a terminar de "protegerle".

— ¿Algún sitio más? — pregunté.

— Creo que no — respondió, levantándose.

— Vale.

Guardé el protector en el bolso y me sorprendió que Cesare extendiera la mano hacia mí, con una sonrisa suave en sus labios, preguntando:

— ¿Lista para sumergirte en el paraíso?

— Lista — acepté, apoyando mi mano sobre la suya, tomando su gesto como un intento de deshacer el malestar que yo misma había creado.

Un escalofrío me recorrió al instante, pero me permití ser guiada por él sobre la arena, diciéndome que debía olvidar lo ocurrido y dejarme llevar por la deliciosa sensación de entrar en aquellas aguas cristalinas.

Aunque la camaradería volvió lentamente entre nosotros, fracasé estrepitosamente en dejar de desear a ese hombre tan atractivo, que no me facilitaba la vida al sonreír y al mirarme como si yo fuese la mujer más bonita y deseable que había visto en su vida.

Capítulo 19



Un cosquilleo me recorrió la vagina, y por instinto apreté los muslos, intentando calmar la tensión que se volvía cada vez más insoportable y que, además, me ponía de mal humor.

¡En ese momento, me sentía realmente irritada y desesperada!

¡Tenía que dejarlo!

Pensar en un pene llenándome con embestidas rítmicas y fuertes hizo que mi canal se contrajera involuntariamente, mientras un gemido de frustración se me escapaba.

¡Maldita sea! Tenía que dejar de pensar en sexo, o me volvería loca.

—¡Ya estás loca, Marcela! —dije con tono de disgusto mientras me hundía en las cálidas y fragantes aguas del jacuzzi—. ¿Acaso no eres tú la que está desnuda en una bañera, en una sala común, donde cualquiera puede entrar?

Sabía que nadie entraría allí. Estaba sola en la villa. El personal se había marchado hacía rato. Cesare había recibido una llamada por la mañana y ahora estaba en Roma. A juzgar por la hora, no volvería hasta la mañana siguiente, o quién sabe cuándo. ¿Qué tenía de malo mi osadía? Nada.

De alguna manera, estar desnuda en el mini-spa de Cesare me excitaba. Siendo sincera, todo me ponía a mil, incluso el roce accidental de mi mano contra mi pecho.

Suspiré.

¡No recordaba haber sentido jamás que el deseo me devorara viva! Solo podía culparme a mí misma, ya que, alimentando mi libido, no podía dejar de pensar en el cuerpo de Cesare y en cómo sus manos pesadas se habían deslizado por mi espalda.

¡Estaba obsesionada!

Mi fijación en el recuerdo fue mucho más allá, y mi mente empezó a crear fantasías. Podía ver las manos de Cesare no solo deslizándose por mi espalda, sino siendo mucho más atrevidas, apretando mis pezones con fuerza, mientras su boca mordía y besaba mi cuello.

Al pensar en sentir su barba contra mi piel, jadeé ruidosamente, apretando mis muslos aún más fuerte, sabiendo que sería en vano. Frotarme las piernas no solucionaría el problema... Un pene sí, pero como no tenía uno a mano, ni siquiera uno de goma, mis dedos tendrían que hacer su magia.

Siendo pragmática, no perdí el tiempo jugando con mis sensibles pezones; simplemente sumergí las manos en el agua mientras abría las piernas, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza contra mi pecho ante lo que estaba a punto de hacer.

Un gemido de placer escapó de mis labios en el momento en que deslicé el dedo por mis labios mayores, antes de adentrarme más, explorando las terminaciones nerviosas de mi vulva, lo que provocó que mi canal se contrajera con fuerza, mientras oleadas de placer irradiaban desde el punto que tocaba, extendiéndose por todo mi cuerpo.

Me faltaba el aire mientras me estimulaba, trazando círculos lentos y delicados por toda mi vulva, sin tocar el punto que sabía que sería mi perdición. Al ritmo de las caricias que le daba, mis caderas cobraron vida propia, moviéndose y haciendo que el agua

del jacuzzi ondulara y golpeara mi pecho, endureciendo mis pezones y volviéndolos más sensibles.

Comencé a gemir, sin importarme el volumen de los sonidos ni el eco que resonaba en el ambiente. Aumenté la velocidad y la presión de los círculos que dibujaba sobre mi carne palpitante, deseando mucho más.

Sin dejar de estimularme con la punta del índice, deslicé el pulgar sobre otro punto sensible de mi vulva. Pequeñas explosiones de placer invadieron mi cuerpo y mi visión se nubló.

Debería haberme concentrado solo en el agua que me rodeaba, en mi cuerpo, en mis gemidos y en mi tacto, pero mi mente se negaba a sumergirse en el letargo del deseo. Luchaba por concentrarme en mí misma y en las sensaciones que me producía, pero mi cerebro insistía en recordar las manos de Cesare, sus labios arrogantes, su cuerpo delicioso y todo lo que podía hacerme... a mí. Solo a mí.

Dos de sus dedos largos y gruesos penetrarían en mí con fuerza, mientras su pulgar acariciaba mi clítoris con presión, lo que me hacía frotar mi vulva contra su mano.

Su otra mano recorría mis caderas, subía por mi costado, hasta apretar mi pecho con deseo.

Mis gemidos se ahogaban entre sus labios firmes, entre su lengua exigente que se entrelazaba con la mía, exigiendo que me rindiera, y yo me entregaba por completo, dejándome besar y tomar, mientras mis dedos acariciaban su cabello, y...

—¡Maldita sea!— murmuré, deteniéndome de inmediato, haciendo que mi cuerpo protestara por la interrupción.

¿Qué estaba haciendo? Darme placer pensando en Cesare estaba muy mal. Si fuera al revés, ¿no sería algo repulsivo, enfermizo?

Otra punzada me hizo contraerme al pensar en él agarrando su pene y comenzando a masturbarse, usando el recuerdo de mi cuerpo como incentivo.

Emití un sonido de frustración. Que me gustara la idea no significaba que a Cesare le alegrara saber que me había masturbado pensando en él.

¡Maldita sea! ¿Cómo iba a mirar a ese hombre después de llegar al orgasmo así? «Como si nada hubiera pasado», susurró una voz maliciosa en mi oído. Negué con la cabeza.

Aún sentía una molestia entre las piernas; aún necesitaba un orgasmo.

Volví a introducir el dedo en mi vagina, intentando reconectar conmigo misma, a la vez que intentaba despejar mi mente.

Sentí cómo se tensaban todos mis músculos al contacto, pero luchar contra mi mente, contra el deseo que sentía por Cesare, hizo que mi ánimo decayera y que la frustración y la irritación me invadieran.

«Cesare no tiene por qué saberlo», murmuré, sintiéndome derrotada por el deseo intenso.

Apoyé la cabeza en el borde del jacuzzi y dejé volar mi mente, y pronto, mis pensamientos se centraron en aquel hombre alto, musculoso y guapo.

Mi dedo, que se había deslizado suavemente sobre mi punto palpitante, se convirtió en el suyo, y sentí el placer de ser envuelta por toda su furia. Todos mis nervios parecieron volverse más sensibles.

Con los lentos círculos que dibujaba sobre mi punto de placer, me sentí más suave; mi respiración se entrecortó; me perdí en la placentera sensación que me invadió de pies a cabeza, electrizándome.

Unos gemidos escaparon de mis labios y, una vez más, mis caderas comenzaron una danza de ascenso y descenso, buscando su mano, anhelando que me diera mucho más. Y me lo dio... Aplicando

más presión sobre mi clítoris, imaginé a Cesare acariciándome sin ceremonias, haciéndome soltar un pequeño grito de placer y arquear la espalda con el espasmo en mi canal.

Cesare continuó torturándome, aumentando mi tensión, que se hizo aún más fuerte en el momento en que su gran mano agarró mi pezón como si fuera a morir si no me tocaba. Mi areola se endureció contra su palma, y terminé gimiendo presa del deseo cada vez más latente que me tenía perdida.

Cerré los ojos con fuerza, y las sensaciones de su masturbación tan precisa se intensificaron aún más, llevando mi cuerpo a una especie de Olimpo.

En mi fantasía, jadeaba, sus ojos azules brillaban con un anhelo crudo, mientras trazaba un círculo perfecto alrededor de mi clítoris, cada vez más doloroso, y su otra mano jugaba con mi pecho, a veces apretándolo con esa deliciosa firmeza, a veces pellizcando mi pezón, atormentándome.

Con una sonrisa maliciosa, bajó el rostro, y cuando sentí su boca y los pelos de su barba rozando mi cuello, un escalofrío me recorrió la espalda y me hizo encoger los dedos de los pies; otra contracción surgió.

— ¡Sí, Cesare! —Supliqué con voz ronca, mientras en mi mente mordisqueaba la base de mi garganta y deslizaba un dedo por mi

vulva, antes de realizar otro movimiento que estimuló no solo mi clítoris, sino también otro punto que me hizo querer estirarme.

No pude contenerme, verbalizando mi deseo, sintiendo cómo el clímax se acercaba a la velocidad del rayo por la presión que ejercía sobre mi punto de placer, pero de repente, el muy cabrón disminuyó la intensidad de los movimientos, lo que me hizo sisear.

—Por favor, Cesare, necesito... —imploré.

Me mordí los labios cuando me dio lo que quería, aumentando el ritmo de las caricias en mi clítoris.

Me volvía loca cuando me tocaba, tan loca que, además de su aroma, podía evocar la voz ronca de Cesare susurrada en mi oído, provocando otro escalofrío, mientras ordenaba:

—Ven por mí, schianto.

Sentí su cálido aliento en mi cuello, y «él» hizo ese movimiento que casi me destrozó.

—Ven llamando a tu hombre, dolcezza —ordenó de nuevo.

—Sí, Cesare —murmuré, perdida.

Me mordió suavemente la base de la garganta, tan real que terminé abriendo los ojos.

Quizás estaba atrapada en la niebla del preorgasmo, pero aun así, una sensación de alerta me invadió y giré la cara, y lo que vi hizo que mi mundo se derrumbara.

Dejé de tocarme, atónita, aunque mi vagina protestaba.

Parpadeé un par de veces.

¡Esto no podía estarme pasando!

¡Stronzo!

Cesare estaba allí, en carne y hueso. Miró fijamente mis manos, que habían acariciado mi cuerpo con un deseo brutal.

Empecé a sonrojarme.

¿Cuánto tiempo me había estado mirando?

¡Ay, mejor no pensar en eso!

—¿Por qué te detuviste? —dijo con voz ronca, sin apartar la vista del interior del jacuzzi.

—No es lo que piensas —susurré, orgullosa de tener voz para responder.

—No estoy pensando en nada, dolcezza, estoy mirando —dijo con arrogancia, y me dieron ganas de abofetearlo.

—Se suponía que no debías mirar.

—Supongo que no... —Hizo una pausa—. O sí, se suponía que debías mirar.

—Claro que no.

—¡El lugar donde te tocaste me dice que tal vez tu intención era que lo viera todo!

—¡Se suponía que estabas en Roma, no aquí! —me defendí de su petulancia.

—Por suerte para nosotros, estoy aquí —dijo con picardía.

No respondí, pues mi vagina se contrajo, como si le diera la razón, lo cual era bastante absurdo.

César se enderezó, y yo, para colmo, terminé mirando la cintura de sus pantalones y vi que estaba bastante duro.

El deseo de tenerlo todo dentro de mí me hizo cerrar las piernas, atrapando mi mano entre ellas.

—Schianto —susurró, y aparté la mirada de su pene, pero antes de que pudiera alcanzar su rostro, lo vi abrirse la camisa.

Observé, hipnotizada, cómo Cesare desabrochaba cada botón, revelando rápidamente su torso poderoso y apetecible, que me secó la boca y dejó mis dedos ansiosos por rozar sus abdominales.

Cuando Cesare se quitó la prenda y buscó su cinturón, un destello de racionalidad me golpeó.

Me aclaré la garganta, obligándome a mirarlo a la cara.

—¿Por qué te desnudas?

—Parece obvio, ¿no? —respondió, con una sonrisa divertida en los labios.

—No, no es obvio en absoluto, Cesare —fingí ignorancia.

Él soltó una risita, una risa que se hizo aún más fuerte cuando volví a mirar su pelvis. Mi corazón se aceleró aún más al ver que ya no llevaba pantalones ni ropa interior.

Me retorcí, excitada por lo lista que estaba su polla para tomarme.

Pero eso no iba a pasar. No, no podía pasar. Intenté aferrarme al hilo de racionalidad que aún me quedaba y dije:

«No tienes que acostarte conmigo solo porque estoy cachonda. Sé que te gusta complacer mis caprichos porque soy la madre de tus hijas, ¡pero es absurdo que tengamos sexo solo porque mis hormonas me están volviendo loca!».

La risa ronca de Cesare resonó en mis oídos de nuevo antes de que se inclinara sobre mí, con la cara muy cerca de la mía. Giré el cuello, sin querer mirarlo a los ojos, pero sabía que era un error, ya que su aliento cálido rozó mi piel, provocándome escalofríos.

Instintivamente me moví de nuevo en el jacuzzi. —¿De verdad crees que me acostaría contigo solo porque esperas hijos míos? No hago ese tipo de favores, dolcezza —susurró como una caricia en mi piel, calentándome con una fuerza inesperada.

—Yo...

—Mis objetivos son mucho más egoístas, ¡aunque quiero darte placer!

—¿Sí? —jadeé cuando me sopló suavemente en la oreja.

—Sí. —Acercó su nariz a mi cuello e inhaló profundamente, haciéndome estremecer—. ¿Quieres saber cuáles son?

—Sí —dije, aunque debería haber dicho que no.

—Dijiste que te correrías solo con decir mi nombre, pero no lo hiciste.

—Mira, yo... —empecé a decir, pero me interrumpió—:

—Nunca en mi vida he estado tan duro...

—Lo dudo —murmuré.

—¿Quieres sentir lo que le hiciste a mi polla, dolcezza, cuando te tocaste pensando en mí?

Esta vez, me mordí los labios para contener el «quiero», porque sí que lo quería, muchísimo.

—¿Sabías que te deseaba en el momento en que vi tu fotografía? —continuó cuando guardé silencio.

—¿Una fotografía?

—En cuanto supe el nombre de la mujer que recibió mi esperma, lo busqué en internet, queriendo ponerle rostro.

—Me lo imagino.

—Esta mujer era tan hermosa que pasé varios minutos mirando su foto, ¿te lo puedes creer? Pero me sorprendió descubrir que era mucho más hermosa en persona.

—Cesare... —exclamé sin aliento.

—¡Mucho! —repitió—. Es una mujer muy sexy, deseable y con un aroma exquisito... Me fue imposible no desearte, no querer besarte, tocarte, hacerte el amor en cuanto te vi. Estar cerca de ti, conocer todos tus matices, solo hace que te desee aún más.

Mi respuesta fue soltar un suave suspiro mientras mi cuerpo parecía derretirse ante sus palabras.

—No puedo negar que el hecho de que lleves dos partes de mí es un afrodisíaco extra para mi lado salvaje, pero deseo a la mujer. Quiero besarte, fundirme contigo, estallar de placer al tenerte por completo.

—Lo entiendo...

—Pero la pregunta es: ¿dirás que sí? —Su mano acarició suavemente mi cuello, girando mi rostro hacia él—. ¿O me rechazarás? Si no deseas lo mismo que yo, Marcela, debes saber que tendré que resolver mi problema.

—¿Vas a buscar a otra mujer, Cesare? —Odiaba la idea de que se acostara con otra, pero ¿acaso no eran así los hombres?

—¡No! —dije con firmeza—. Voy a mi habitación, me tocaré el pene y te recordaré con la mano en tus genitales, apretando tu

pezón con fuerza, retorciéndote, a punto de correrme. Y cuando eyacule entre mis dedos, gritando tu nombre, volveré a empezar, una y otra vez, hasta caer sobre el colchón, jadeando, exhausto...

—Eso es cobardía, Cesare —mi voz sonaba ronca y entrecortada al imaginarlo deslizando su gran mano sobre su pene, tocándose. Mi cuerpo se electrizaba a la vez que me dolía por la insatisfacción de no haber alcanzado aún el clímax.

—No es cobardía cuando tienes derecho a elegir qué va a pasar, Schianto.

—Es locura...

—¿Sí o no? De nuevo, sabía que debía negarme; Al fin y al cabo, tener relaciones sexuales solo complicaría nuestra relación, pero el deseo pareció vencer a la razón.

Anhelaba a ese hombre, y él parecía desearme con la misma intensidad, o quizás incluso más, mientras me miraba con una expectación que parecía despertar algo en mi interior.

No debí haberlo hecho, pero extendí el brazo y toqué su rostro, sintiendo el cosquilleo de su barba contra mi palma.

Un gemido de excitación escapó de sus labios, y sus ojos azules se volvieron más intensos.

Le sonreí, pero pronto mis labios adquirieron una nueva función, cuando él inclinó su rostro hacia el mío y deslizó su boca contra la mía.

Me estremecí ante el suave roce de los labios de Cesare, que no tenían prisa por tomar los míos en un verdadero beso, tanteando el terreno innecesariamente, ya que nuestras bocas parecían encajar a la perfección.

Me sentía ardiendo, deseando todo lo que Cesare pudiera darme con ese beso. La anticipación del placer hacía que mi deseo se contrajera sin cesar. Sabía que podía besarlo, tomar la iniciativa, pero no tenía el mismo atractivo. Anhelaba el agarre firme que, en mi mente, él tenía.

Siguió dándome ese débil besito hasta que, con un movimiento repentino, me enredó el pelo en una mano y, con un tirón firme, usó la punta de la lengua para persuadirme de que abriera la boca, lamiéndome los labios secos y con hormigueo.

No lo dudé y sentí vibrar todo mi ser cuando Cesare finalmente me dominó, besándome con urgencia y deseo.

Gemi, devolviendo los movimientos de su lengua que se entrelazaban con la mía, dejando que su sabor dominara todos mis sentidos.

El sonido gutural que escapó de su garganta fue ahogado por mi boca en medio del beso y resonó en mi bajo vientre; un delicioso espasmo terminó por distraerme.

Cesare tiró de mi cabello, exigiendo que siguiera moviendo mi boca sobre la suya, y obedecí con avidez, suspirando. Sintiendo que mi mano estaba demasiado libre, la dejé explorar su cuello.

«¡Cazzo!», jadeó, cuando, después de recorrer todo su cuello, usé mis uñas para arañar la piel de su hombro.

«¿Te gusta?», ronroneé, continuando provocándolo, sintiéndome poderosa al hacer temblar a ese hombre delicioso.

Un brillo cruzó su rostro y su respuesta fue un gemido. Inclinó mi cabeza ligeramente, volviendo a saquear mi boca con presión y voluptuosidad. Me alegré de estar sentada, ya que mis piernas no me habrían sostenido. Me derretí ante el deseo con el que me besaba y al ver que lo dejaba cada vez más sin aliento.

Moviendo mis labios y mi lengua, gimiendo suavemente, seguí provocándolo, explorando su hombro y su brazo, sintiendo cómo sus músculos se tensaban y excitaban con mi tacto.

¡Delicioso! ¡Cesare estaba increíblemente bueno! Cada vez lo deseaba más.

Aunque deseaba preliminares, explorar cada centímetro de su cuerpo con mis dedos y labios, y que sus fuertes manos me exploraran mientras su boca aplastaba la mía, el deseo en medio del acto era insoportable. ¡Necesitaba su pene, y lo necesitaba ya!

Arañaba con más fuerza su hombro con las uñas, probablemente dejándole una marca, para llamar su atención, lo que provocó que volviera a gemir, dándome otro suave tirón.

Me humedecí los labios, húmedos por nuestro beso, y el sabor de él aún en mi lengua me provocó otro cosquilleo.

—¿Dolcezza? —jadeó cuando le impedí que siguiera besándome.

—Hazme gritar tu nombre mientras me corro, Cesare —ordené, mirándolo a los ojos.

Continué acariciándolo, sintiendo cómo sus músculos se tensaban aún más. Jadeó, y sonreí, una sonrisa que no tenía nada de inocente.

—Que sepas que seguiré pensando en ti tocándome, penetrándome, mientras resuelvo "mi problema" sola. ¡No cabe duda de que ahora tengo material de sobra para mis fantasías!

Empecé a provocarlo y me acomodé mejor en el jacuzzi, lanzándole miradas pícaras a su pecho definido, a sus abdominales,

pero sobre todo a su erección, que me secó la boca y me hizo palpitar la vagina de deseo.

—¡Stronzo! —gruñó, antes de sujetarme firmemente la nuca y volver a besarme.

La lengua de Cesare no me convenció, me atrapó con furia, dominándome, y me entregué al beso, sintiendo un placer inmenso al ser dominada por sus labios exigentes.

El gemido fue inevitable, al igual que los escalofríos y las espasmos sensuales que recorrían mi cuerpo.

Había una gran voluptuosidad en los movimientos de la boca y la lengua de Cesare, que coordinaba con maestría. Me hizo inclinarme un poco más para profundizar en el beso.

Rápidamente, me quedé sin aliento, pero, de forma insaciable, continuó besándome, hasta que me sentí incapaz de seguirle el ritmo.

Aunque jadeaba, sus labios suaves y cálidos no dejaban de acariciarme, dejando pequeños besos en mi mejilla y mandíbula, descendiendo cada vez más. La delicadeza de sus caricias contrastaba con el roce áspero de su barba, que me provocaba pequeñas descargas de placer. Era delicioso, pero... Cesare gimoteé, intentando pedirle que me tocara cuando me mordisqueó el cuello y su mano fuerte se deslizó por mi pecho.

Me moví inquieta, sintiendo cómo la ansiedad se volvía más agonizante con aquella tortura.

Esto no impidió que el nombre de Cesare volviera a escaparse de mis labios en el momento en que pellizcó la punta de mi pecho, que parecía más sensible a su tacto.

— Schianto — ronroneó mientras arqueaba el torso hacia adelante, recibiendo otro suave pellizco que me enloqueció.

— Por favor — supliqué de nuevo.

— Muévete un poco más adelante, dolcezza —- , ordenó con voz ronca, dejando una mordida más fuerte en mi piel antes de besar el lugar.

Consumida por la anticipación, obedecí.

Provocando varias ondas en el agua al entrar en el jacuzzi, no tardó en colocarse detrás de mí, estirando las piernas dentro de la bañera.

Mi cuerpo se tensó en una deliciosa respuesta a la proximidad de su miembro, pero antes de que pudiera girarme, el apuesto hombre, como si no pesara nada, me sujetó con fuerza por la cintura y me levantó. Gemí cuando me sentó sobre sus muslos musculosos y sentí su pene muy cerca de mi sexo, que se tensó, deseándolo

dentro de mí. Fue instintivo deslizarme sobre su rigidez, imitando los movimientos de la penetración.

— ¡Carajo! — gimió, cuando, presa de una repentina curiosidad por el bulto bajo mí, apoyando mis rodillas en el fondo del jacuzzi, abrí un espacio entre nuestros cuerpos, sumergí la mano en el agua y busqué su erección.

— Delicioso! — susurré, sintiéndome la mujer más poderosa del mundo mientras su pene palpitaba contra mis dedos.

Aunque mi canal estaba bastante dolorido, deseando recibirlo, torturándome, me tomé mi tiempo, deslizando mi mano a lo largo de Cesare, conociendo un poco sus texturas y venas, aunque el agua dificultaba mi exploración.

Mientras lo acariciaba, durante unos segundos Cesare solo gimió de placer contra mi oído, prolongando esa aterradora sensación de poder, pero pronto sus manos, que estaban sobre mis caderas, comenzaron a moverse. Una de ellas se deslizó por mi muslo mientras la otra se enredaba en mi cabello, recogiéndolo.

En el juego del placer, intensifiqué mi tacto sobre su pene, deslizando la punta de mi dedo índice por la hendidura, estimulándolo.

Sonreí victoriosa ante su gruñido y al sentir su pecho presionando con fuerza contra mi espalda, pero pronto fui yo quien

emitió un gemido bajo, moviendo mis caderas con un espasmo, al sentir su palma muy cerca de mi vagina.

Me transporté a otra dimensión, olvidando todo, incluso la erección que acariciaba, cuando el lateral de su dedo encontró mis labios y comenzó a rozar, pero sin penetrarme.

Sus labios encontraron mi cuello, y me retorcí con los besos que dejaba en mi piel, con ese enloquecedor roce de su barba.

Mi corazón latía con fuerza contra mi caja torácica, cada una de mis terminaciones nerviosas hervía.

Comencé a frotar mi vulva contra su mano, anhelando la penetración, mientras Cesare continuaba provocándome.

—- ¿Qué quieres, dolcezza? ¿Mis dedos o mi polla?" Preguntó, jugando con los vellos de mis genitales. Cuando su lengua recorrió mi cuello, me hizo jadear.

Ante la pregunta, solo había una respuesta. Sosteniendo su pene por la base, levanté la pelvis y coloqué la punta de su erección entre mis labios.

— ¡Schianto! — ronroneó excitado, dándome un tirón firme del pelo, que me causó un ligero dolor en la raíz al deslizarme sobre su erección.

Los suspiros de ambos resonaron en el aire. Continué recibiéndolo por completo dentro de mí, hasta que mi trasero golpeó su pelvis, salpicando agua con el impacto.

El placer de sentirme completamente llena, de tener el pene de Cesare palpitando contra mi carne, sin más barrera que el agua entre nuestros cuerpos, provocó pequeñas explosiones en mi interior, y guiada por el instinto, me perdí en la sensación extática.

Moví mis caderas de un lado a otro, cabalgando lentamente sobre su delicioso pene, de modo que este rozaba mi clítoris, dándome todo lo que necesitaba.

En sincronía con mis movimientos ondulantes, Cesare besó mi piel, siguiendo mis caricias, mientras su mano libre, que no sostenía mi cabello, recorría mi cuerpo de nuevo, acariciando mi abultado vientre antes de volver a subir.

— ¡Carajo — jadeé, apretando mis músculos contra su pene, mientras él apretaba uno de mis pechos con fuerza y necesidad, excitando aún más mi pezón.

— ¡Tan grande como mi mano! — dijo con voz quebrada, antes de rozar mis dientes contra mi hombro.

Las palabras de Cesare y sus mordiscos me hicieron contraer mi vagina de nuevo, cada vez más sensible, pero esta vez, el delicioso hombre penetró en mí con un espasmo.

Sentía las rodillas débiles, el aire que respiraba parecía insuficiente, la vista se me nublaba. Perdía la capacidad de razonar con claridad cada vez que me llenaba, elevándome en mi búsqueda del orgasmo. —Sí, Cesare —asentí, retorciéndome contra su pene, antes de provocarlo, notando que le gustaban los juegos—: ¿¡No parecen hechas para ti!?

—¡Maldita sea! —gruñó antes de empujar sus caderas hacia adelante, penetrándome más profundamente.

Cerré los ojos rápidamente ante el impacto de la penetración, el murmullo del agua, el roce de su palma contra mi areola y los besos que dejó en mi cuello.

—¡Tus manos fueron creadas para tocarme, Cesare! —continué provocándolo, sin reconocer la voz pastosa con la que pronuncié esas palabras.

—¡Todo mi cuerpo es tuyo, dolcezza! ¡Mis manos, mi polla, mis labios, todo! —respondió en medio de una breve embestida.

Aunque sabía que era una broma, se me erizó la piel; el deseo se volvió brutal en mis venas.

No tuve tiempo de asimilarlo, porque, soltándome el pelo, me agarró las caderas de nuevo y me levantó un poco, haciéndome girar en su regazo para que pudiéramos mirarnos.

Un pequeño grito se me escapó en el momento en que mis manos, por reflejo, se posaron en sus fuertes hombros, buscando apoyo.

—Mucho mejor —murmuró.

Sentí que se me olvidaba respirar al mirar el rostro de Cesare. Su pelo liso estaba peinado hacia atrás. Sus pupilas dilatadas resaltaban aún más sus brillantes ojos azules; sus labios estaban ligeramente curvados.

¡Guapísimo!

¿Sabía ese hombre lo guapo que era?

Sin duda lo sabía.

Muchas mujeres ya le habrían dicho lo atractivo que era; además, era demasiado arrogante como para no creerse guapo. No me enfrasqué en esa charla sin sentido sobre las opiniones ajenas, ni presté atención al pinchazo de celos, pues Cesare me sujetó por la nuca y me atrajo hacia un beso, mientras la mano que permanecía en mi cadera me hacía deslizarme de nuevo por su cuerpo.

Mi gemido se apagó con su boca, que se deslizó sobre mis labios, tomándome, y, una vez más, nuestros cuerpos retomaron la

danza sensual en la que estábamos, mis caderas ondulando al ritmo de su pelvis, que subía y bajaba, penetrándome.

Nuestras manos pronto siguieron ese incesante vaivén, explorándonos sin ninguna restricción, lo que hacía que el agua chocara contra nuestros cuerpos y salpicara el suelo.

Su mano ascendió por mi cadera, pasando mi cintura, hasta rozar mi pezón. Con la caricia, Cesare creó una tensión que irradiaba hacia mi vientre, que intentaba aferrarse a él dentro de mí. En respuesta, deslicé mis manos sobre sus hombros, que se tensaron con mi tacto y con el esfuerzo de las embestidas, ya que mis movimientos se volvían cada vez más torpes, pues el agua ofrecía mucha más resistencia.

Entre las lenguas ansiosas, los gemidos que parecían superar el beso y las penetraciones más rápidas, el placer retumbaba con más fuerza dentro de mí, haciéndome sentir que estaba cada vez más cerca del clímax.

Mi canal se estrechaba con cada penetración. Mis dedos intentaban aferrarse a él desesperadamente, como si Cesare pudiera impedirme sumergirme de cabeza en ese mar de sensaciones, pero Cesare no me detuvo, al contrario. Inclinando mi cabeza ligeramente hacia atrás, hundiendo su lengua en la mía, echó las caderas un poco hacia atrás y me penetró con fuerza. Sentí que mi cuerpo comenzaba a temblar por el impacto de la voracidad con la que me tomó.

—Cesare— No tenía ni idea de si era un gemido o una súplica para que fuera más fuerte; solo sabía que su nombre resonaba en mi cabeza cuando la poca consciencia que quedaba, la poca que no estaba atrapada en una espiral, me hizo fijarme en sus ojos.

Deseo. Visceral.

Gemí fuerte.

Empujando con la pelvis, Cesare penetró profundamente en mí, dejándome sin aliento de nuevo, mientras decidía cerrar los ojos, lanzándome de cabeza al abismo del placer.

Todo se volvió aún más intenso.

El latido de nuestros cuerpos, la cercanía, la temperatura del agua, la mano de Cesare sobre mí.

Su nombre volvió a escaparse de mis labios mientras sentía que me desmoronaba con el orgasmo, que parecía interminable, ya que Cesare seguía penetrándome y gimiendo con fuerza, creando una nueva tensión que parecía eclipsar la abrumadora sensación de explosión.

—¡Maldita sea! ¡No puedo más! — murmuró.

Sujetándome las caderas, me hizo moverme sobre su pene y, como si fuera su hogar, mis músculos intentaron retenerlo dentro de mí.

No podía decir nada, ya que toda mi fuerza se concentraba en contraer mi vagina alrededor de su miembro, aumentando el placer que ambos sentíamos.

César embistió una, dos, tres veces con un ritmo fuerte y preciso, llevándome de nuevo a un punto donde solo existíamos yo, mi placer y el cuerpo de César, que se fundía con el mío en esa fusión sublime.

En medio de las embestidas, me sujetó el rostro y me obligó a mirarlo.

— Ya no puedo más, dolcezza — dijo con voz entrecortada, antes de unir nuestros labios.

Al oír esas palabras, sentí el orgasmo golpearme una vez más, explotando dentro de mí como fuegos artificiales que estallan contra el cielo, iluminándolo todo.

Estaba débil, pero igualmente viva.

Fue mágico, indescriptible.

Lo que no podía imaginar era que esa sensación pudiera volverse aún más aterradora cuando, mirándome a los ojos, besándome con furia, con una última y firme embestida, se rindió al clímax, desvaneciéndose dentro de mí.

Capítulo 20



Mis dedos se hundían en sus voluptuosas caderas. Mi corazón latía con tanta fuerza que sentía que iba a estallar. Mis labios y mi lengua se deslizaron con firmeza dentro de su boca, absorbiendo todo el placer que Marcela parecía sentir durante sus orgasmos, como un hombre sediento.

¿Cómo podía ser diferente? La deseaba con ansias.

Aunque la besé, aunque nuestros cuerpos estaban unidos, aunque mi pene palpitaba dentro de ella, mi deseo no se había saciado.

¡Maldita sea!

Debería haberme asustado por no sentirme satisfecho incluso después de eyacular, pero dada su receptividad a mi cuerpo, era imposible no desear cada fibra de esa mujer para mí, una y otra vez, explorando diferentes posiciones. Y si eso no bastaba para mi deseo, estaba la escena de ella tocándose.

Jamás, ni en mis sueños más locos, podría haber imaginado que un día bastante frustrante, con un viaje que no quería hacer, se convertiría en uno de los mejores días de mi vida. ¡Maldita sea! No tenía duda de que esa imagen increíblemente erótica de Marcela acariciándose quedaría grabada en mi mente hasta mi último aliento.

Solo de pensarlo, un gruñido de excitación surgió en mi garganta, pero fue ahogado por sus labios cuando levanté mi pelvis y penetré en ella una vez más, su canal apretando mi pene en un espasmo.

¡Schianto!

Mia. Puede que no lo sepa, pero después de hoy, después de masturbarse frente a mí, después de entregarse a mí, ¡Marcela era mía!

El sentimiento era mutuo, ya que no había bromeado cuando dije que mi cuerpo era suyo.

No habría otro hombre ni otra mujer entre nosotros. No lo permitiría. No lo aceptaría.

Posesivo, apreté un poco más la nuca de Marcela y le incliné la cabeza hacia atrás.

Un suspiro entrecortado escapó de sus labios cuando hundí mi lengua en la suya, y sentí sus uñas clavarse en mis hombros, provocándome una excitante sensación de ardor.

Dominado aún por la lujuria, mi mano, que descansaba en su cadera, descendió hacia sus nalgas, resarciendo mi negligencia por no haberla tocado allí antes.

Mi respiración se agitó mientras acariciaba su suave y redonda carne sin pudor alguno, sintiendo cómo mi miembro comenzaba a descender y palpitar.

Gemimos entre el beso cuando, instintivamente, comenzó a restregarse contra mi palma, enloqueciéndome.

— Perfetta, dolcezza — susurré contra sus labios, sin aliento, apretando una de sus nalgas.

— ¿Sí? — Sus ojos brillaron, y vi cómo se curvaban las comisuras de sus labios.

—¡Sí! —Lo confirmé, rozando la punta de mi lengua con sus labios antes de besarla de nuevo lentamente.

Dejé que el dulce sabor del beso de Marcela impregnara mis sentidos, al igual que sus movimientos sobre mí, sus suaves suspiros y su tacto en mi pecho, en mi abdomen tenso.

En ese momento, solo existía mi esposa.

Marcela interrumpió el beso de repente y me separó de ella. Un sonido de disgusto se me escapó, y soltó una risita antes de robarme un beso rápido, luego otro, que produjo una calidez que se extendió por mi pecho, algo completamente nuevo para mí y que me desorientó por unos segundos.

Evito pensar en las razones por las que me sentía así, y mucho menos por qué esa sensación me hacía desear volver al infierno; simplemente te doy la bienvenida de nuevo.

—El agua se está enfriando mucho, Cesare, y la estoy tomando tan tiempo que se me arrugan los dedos —digo, interrumpiendo el contacto.

Para demostrármelo, levantó la mano, mostrándome la palma, y vi que estaba muy pálido y tenía los dedos arrugados, pero no me detuvo; como un tonto enamorado, besé cada dedo, provocando que suspirara. Vi ternura en sus ojos verde avellana.

—¿Nos vamos, dolcezza? —pregunta, depositando un último beso en el centro de su mano.

Se quedó inmóvil, observando cómo el alienígena se incorporaba, como una Venus, atrapando su cabello tras ella.

Dejé que mi mirada recorriera cada centímetro de su cuerpo, desde sus pechos medianos, que parecían hechos para mis manos, su hermoso abdomen redondeado, sus caderas generosas, su monte de Venus rasurado, sus muslos gruesos, hasta sus pantorrillas definidas.

—¡Maldita sea! ¿Acaso nadie te ha dicho que estás increíblemente buena? —gruñí, cada vez más agitado, con el pene endureciéndose de nuevo.

La miré a los ojos, que parecían apreciar mi deseo, y me acerqué para acariciarla.

—Creo que ya me lo has dicho varias veces hoy —ronroneó mientras mi mano se deslizaba de su pantorrilla a la parte posterior de su muslo.

—Te lo diré muchas más veces, dolcezza.

—Mi ego te lo agradece, Cesare.

—Schianto, bella, meravigliosa. Splendida... Figa!

Se rió de mi exageración, lo que me hizo sonreír.

—Y tú tampoco estás nada mal, Cesare —bromeó. —¡Sé que piensas que estoy buenísima, Marcela! —Le di una fuerte palmada en el trasero, que provocó un leve gemido.

—¿Eso creo?

—¡Sí! —Afirmé, dándole otra palmada, sintiendo cómo su trasero vibraba con el impacto.

—No estoy segura.

Se mordió los labios de una forma tan sensual que terminé gimiendo, con la erección aún más dura.

Me levanté, la rodeé con un brazo, la acerqué a mí, su vientre de embarazada presionando contra mi abdomen, provocando una inesperada oleada de ternura en medio del deseo.

—Creo que necesito conocerte un poco más para decidir si eres tan atractivo o no, Cesare —continuó, deslizando las yemas de sus dedos por mis hombros, haciéndome estremecer.

—¿En serio?

—¿Quieres ser mi conejillo de indias?

—¿Qué te parece, dolcezza? —Sonreí con picardía mientras llevaba mi mano a su trasero, apretándolo.

—Que me beses, que cubras mi cuerpo con el tuyo, aprovechando que mi vientre aún lo permite. —Fingió inocencia, parpadeando varias veces.

—Deliziosa —murmuré, antes de volver a tomarla por la nuca e inclinar mi rostro hacia el de Marcela, comenzando a darle lo que no solo mi esposa deseaba, sino que yo también.

Capítulo 21



Cerré los párpados con fuerza, intentando dormir un poco más, ya que la somnolencia y la relajación que se apoderaban de todo mi cuerpo estaban muy ricas, y yo quería prolongar ese momento el máximo posible. Mi vejiga parecía no estar de acuerdo conmigo, ya que sentía que estaba a punto de explotar.

Sabía que, si esperaba un poco más, acabaría haciéndome pis encima, lo que sería bastante vergonzoso, ya que estaba compartiendo la cama con Cesare, algo que quizá no debería haber hecho, pero que terminó siendo inevitable, puesto que el deseo hizo que termináramos en el cuarto de él.

La presión en mi vientre se volvió insoportable y acabé abriendo los ojos, resignada.

Necesité algunos segundos para adaptarme a la luz del sol que invadía la habitación. Con cuidado, me moví sobre el colchón para no despertarlo.

Cuando me incorporé y dirigí una mirada hacia la cama, vi que mi tentativa había sido en vano, ya que todo el tiempo había estado sola.

Suspiré, sintiendo cierta decepción por despertar sola, pero me obligué a ser práctica, buscando el baño de la suite.

Cesare no me debía nada. Habíamos follado, sí, pero solo había sido una madrugada divertida. Esperar algo más sería de idiota.

Me sentí patética cuando entré en el baño y no lo vi duchándose.

— ¡Tonta! —me insulté a mí misma al sentarme en el inodoro, aliviando por fin lo que me estaba matando.

Cuando llegué hasta la encimera de mármol de Carrara para lavarme las manos, acabé sonriendo al ver que Cesare había dejado allí un cepillo de dientes, pasta dental, un peine y otros artículos de higiene que yo podría llegar a necesitar.

Mientras seguía mi rutina de cuidados al despertar, fue imposible no lanzarme varias miradas a mí misma en el espejo.

Era la misma mujer de la noche anterior, a pesar de las marcas enrojecidas que Cesare había dejado en mi cuerpo con la barba. Entonces, ¿por qué me sentía diferente?

Mis ojos parecían más vivaces.

— El sexo hace eso, bella, e innegablemente te han follado muy bien —susurré para mí misma, recogiendo un poco de agua en las manos para lavarme la cara.

Un calor delicioso surgió en mi pelvis con los recuerdos, pero hice de todo para reprimirlos.

No necesitaba empezar el día poniéndome cachonda, pero no fue suficiente intentar no pensar, ya que, a través del reflejo del espejo, vi que el responsable por la noche memorable de ayer entraba en el baño y lanzaba una mirada caliente a mi trasero desnudo.

— Buenos días —lo saludé.

— Buenos días, dolcezza. Pensé que te encontraría en la cama —dijo en un tono pastoso al pasar un brazo alrededor de mi cuerpo, pegando mi culo a su pelvis, que pareció excitarse con el contacto.

Ya iba a decir que yo también esperaba encontrarlo, pero no quería que me viera como una melindrosa. Antes de que pudiera decir lo obvio, Cesare tocó mi barbilla e hizo que girara el rostro hacia él. Lamió mis labios, que se estremecieron de deseo, antes de que su lengua se infiltrara en mi boca.

Suspiré en medio del beso exigente, perdiéndome en el sabor de Cesare, deleitándome con la erección que se ponía cada vez más firme con el vaivén de mi trasero.

El placer de las lenguas jugando una con la otra, de la presión que él ejercía sobre mis labios al tomarme, no se comparó con lo que sentí cuando su mano, que estaba en mi barbilla, pasó a sujetarme del cuello con posesión.

Una contracción se hizo sentir en mi bajo vientre y tuve que apoyar las manos en el mármol, ya que las piernas se me volvieron de gelatina.

Deseé pedirle que aumentara la presión, pero no iba a correr ese riesgo, no cuando podía ser perjudicial para las bebés.

Quién sabe, quizá cuando ya no estuviera embarazada. ¡Sus manos eran poderosas!

El pensamiento me aturdió. No debería desear tener una aventura tan prolongada con él. Sabía que no duraríamos tanto. No

tenía ilusiones.

Interrumpí el beso y Cesare pareció bastante disgustado con la interrupción.

— ¿Qué pasa, dolcezza? —murmuró, deslizando el pulgar por toda mi garganta.

— ¡Estoy hambrienta! —mentí.

— Me lo imaginé. —Su ceño fruncido se suavizó.

— ¿Te lo imaginaste? —Lo aparté con un culazo, sonriendo al oír su gemido, y me giré hacia el lavabo para terminar mi higiene.

— Es de esperar que te despiertes hambrienta después de haber hecho que gastaras tanta energía, dolcezza —habló con un tono arrogante, y yo acabé poniendo los ojos en blanco. Se echó a reír—. Yo también me desperté hambriento, si quieres saberlo, schianto.

— Entonces, ¿ya has desayunado? —Me sentí un poco decepcionada por que no me hubiera esperado, y volví a regañarme mentalmente, sintiéndome una idiota.

— Tengo que esperar a que tú tomes tu desayuno primero para poder tomar el mío, Marcela —fue malicioso, descargando una palmada en mi culo, que vibró.

— ¡Cerdo! ¿Y si no quiero?

— Vas a querer, sí.

— Ya veremos si consigues convencerme —lo provoqué, meneando mi trasero, y sentí que todo mi cuerpo vibraba cuando, con un gruñido, el hombre bueno que estaba para comérselo me dio un beso que, para mi decepción, duró demasiado poco.

— ¿Vamos a desayunar? —Dejó un besito en mi frente.

— ¿Puedes coger un vestido y unas bragas para mí en mi habitación? No puedo ir desnuda por ahí —me acordé de ese problema.

— Claro que puedes, dolcezza.

Fruncí el ceño.

— ¡No quiero que nadie me vea desnuda! —Hice una pausa, antes de sonar maliciosa—: ¿O debería preocuparme por un fetiche repentino tuyo de exhibirme por ahí? Puedo ir así hasta la portería si quieres...

— Yo seré el único que te verá desnuda, dolcezza —rugió, bastante irritado, mientras su mano llegaba hasta mis caderas, sujetándolas con posesión.

— ¡Entonces sé bueno y ve a buscar mi ropa! —pedí, pero él no se movió, solo siguió apretando mis caderas—. ¡Cesare!

Se inclinó sobre mí y empecé a erizarme con su respiración caliente contra mi cuello.

— No necesitas preocuparte por la ropa, porque estamos solos aquí, Marcela. He mandado a todos los empleados a casa —dijo, y apretó más mis caderas.

— ¿Por qué has hecho eso? —Me quedé confusa.

— Libertad para usar todas las habitaciones. —Me guiñó un ojo y me dio otra palmada.

Gemí.

Sin esperar respuesta, me cogió de la mano como si fuera una niña y me tiró fuera del baño.

Pensé que me llevaría hacia la salida de la suite, pero nos condujo hasta donde estaba la cama.

Me quedé clavada en el sitio, sorprendida, al ver una bandeja sobre el colchón. Entre la comida y la bebida, había un jarroncito con una rosa blanca.

Realmente no estaba esperando aquello.

Una flor...

¿Cuánto tiempo hacía que no recibía flores?

No lo recordaba.

¡Dio!

Eso era muy dulce... Incluso romántico...

La ternura se apoderó de mi pecho. Los ojos se me llenaron de lágrimas, lo que hizo que mirara hacia él, que me observaba, mientras varias emociones que no fui capaz de traducir en ese momento me recorrían por dentro.

— Por eso quería que estuvieras en la cama —dijo al fin, cohibido, cuando alterné la mirada entre él y la bandeja.

— Ha sido muy amable por tu parte preparar todo esto —dije, poniéndome de puntillas para dejar un beso en su mejilla.

— Tuve ayuda. —Se encogió de hombros.

Fue mi turno de sujetarle la barbilla y hacer que me mirase.

— No me importa. Has sido tú quien lo ha planeado —susurré, antes de atraerlo hacia mí y pegar nuestras bocas.

Cesare pasó un brazo alrededor de mi cuerpo, acercándome más a él, y yo suspiré, moviendo mi lengua por su boca. Nuestro beso ya era muy bueno, pero ese me removió de una forma distinta.

Quizá fueran las emociones del momento, o la forma en la que Cesare se dejaba besar por mí, cediéndome todo el control mientras gemía bajito, pero ese beso había sido el mejor que habíamos compartido.

— Gracias —susurré, sin aliento.

No le dejé responder, ya que le robé un piquito antes de subir al colchón.

No resistí coger la rosa blanca y llevarla hasta la nariz, inspirando profundamente su perfume suave.

Una sonrisa boba se apoderó de mí.

— He traído tus vitaminas —dijo Cesare al sentarse a mi lado, y solo entonces reparé en las pastillas en una esquina de la bandeja sobre una servilleta.

— Has hecho el trabajo completo —bromeé, sintiéndome aún más abobada con aquel pequeño cuidado.

— Quizá sea parte de mi tentativa de conquistarte —bromeó.

— Lo estás haciendo muy bien, Cesare, pero si fuera tú, tendría cuidado. —Cogí las pastillas y el vaso de zumo para tomar las vitaminas.

— ¿Por qué lo dices? —Cogió una fresa y me la ofreció.

Otra vez, el gesto me sorprendió, pero terminé aceptándola, dándole un mordisco.

Cuando llevó el resto de la fruta a su boca, una oleada de extrañeza me recorrió. Era algo demasiado íntimo.

"No tan íntimo como estar dentro de ti, Marcela", me dije en mis pensamientos.

— ¿Dolcezza?

— ¿Qué?

— El motivo por el que tengo que tener cuidado.

— Conquistar demasiado y mimar demasiado llevan a otras cosas además del sexo —solté, aunque no fuera un tema del que yo debiera estar hablando con un tío con el que me había acostado la noche anterior.

Inconscientemente, cogí una uva y se la di, y él la tomó, dejando un beso en las puntas de mis dedos. No pasó desapercibido el brillo en sus ojos azules.

— Enamorarse sería un problema, ¿verdad? —susurró.

— Complicaría nuestra relación más de lo que ya la hemos complicado. —Fui honesta y, después de que Cesare me ofreciera otra fruta, decidí coger una mini ciabatta con rúcula, tomate y jamón de Parma.

— No veo qué complicaciones serían esas.

— Tú nunca las ves, Cesare. —Di un mordisco al panecillo, que me hizo suspirar de lo bueno que estaba—. Madre mía, esto está fantástico.

Cesare no dudó en inclinarse hacia mi mano y robar un mordisco de mi bocadillo.

Contuve un suspiro. A pesar de las pequeñas barreras que había intentado colocar entre nosotros, él parecía dispuesto a derribarlas todas y hacer que compartiéramos cada segundo de ese desayuno.

— ¡Muy bueno!

— Sì. —Asentí, dando otro mordisco al pan antes de intentar cambiar de tema—: ¿Cómo fue ayer?

— Perfetta, mia bella. —Cesare lanzó una mirada a mis pechos desnudos.

— Sabes que no hablo de nosotros —me quejé, aunque sentí que mis pezones se endurecían ante su escrutinio.

— ¿Ah, no?

— No te hagas el tonto.

— Frustrante. Irritante. Nada bueno que comentar, aparte del hecho de que mi equipo de ingenieros y el de mecánicos habrían resuelto todo sin mi presencia. Una pérdida de tiempo. —Tocó mi muslo.

— Forma parte del trabajo, Cesare.

— Lamentablemente, sí. —Respiró hondo y, como si estuviera con la mente lejos, sus dedos empezaron a juguetear con aquella zona sensible, poniéndome cachonda y también mojada—. Pero estoy contento por eso.

— ¿En serio?

— No habrías venido corriendo hacia mí. —Fue malicioso, y supe que esas caricias eran muy intencionadas.

— Quizá sí lo habría hecho —lo provoqué, siguiéndole el juego, y vi un brillo cruzar sus ojos azules—. En mi habitación, claro.

Me reí cuando Cesare resopló y puso una cara larguísima. Para castigarme, apretó mi muslo y sentí un espasmo en mi sexo.

— Cesare... —murmuré, y cerré los ojos cuando el buenorro siguió provocándome, deslizando el lateral de un dedo por mis labios mayores.

La tensión de la anticipación se apoderó de mi cuerpo, haciéndome jadear y sujetar su muñeca, intentando guiarlo para que me diera lo que yo deseaba.

— Toma tu desayuno, dolcezza —dijo con un tono pastoso, pero más firme que el mío, y apartó la mano de mi coño.

Abriendo los párpados, lo fulminé con la mirada, arrancándole una carcajada.

— Habrá revancha —resoplé, cogiendo un bocadillo.

— Estoy ansioso por eso, Marcela...

— ¿Masoquista? —pregunté, queriendo conocer un poco más a mi amante.

— No. —Sonrió con malicia—, pero me gusta la idea de ser torturado por ti.

— ¿En serio? —Mi vientre burbujeó con la idea.

— ¿Por qué iba a bromear con eso?

— No parece muy de tu estilo. Eres bastante del tipo mandón, arrogante... dominador...

— Y tú eres una mujer poderosa, capaz de ponerme de rodillas.

Abrí una sonrisa, adulada, al mismo tiempo que me decía a mí misma que tuviera cuidado con aquellas palabras tan seductoras.

Cesare podría no estar preocupado por las complicaciones de esta relación, pero alguien tenía que estarlo.

— Eres muy seductora, dolcezza.

— Y tú estás demasiado adulador, Cesare, hasta el punto de parecer que un extraterrestre te ha abducido —bromeé.

Él soltó una carcajada y yo acabé riendo también. Volví mi atención a la comida y le di otro mordisco a mi ciabatta. Cesare no tardó en atacar otra vez mi bocadillo, haciendo que me riera de nuevo.

Entre risas, conversaciones, provocaciones y comentarios muy maliciosos, acabamos devorando todos los manjares.

Cuando Cesare dejó la bandeja en el suelo, mis dedos automáticamente fueron a bajar los shorts y los calzoncillos que él llevaba, mientras nuestros labios se buscaban en un beso ardiente.

Mi móvil eligió ese momento exacto para sonar. Intenté ignorar el sonido estridente, siguendo besando a Cesare, y lo estaba consiguiendo cuando, en menos de un minuto, el sonido volvió a resonar en mis oídos.

— Debe de ser Leo —murmuré, rompiendo el beso cuando el aparato sonó por tercera vez.

Ignorando mis palabras, volvió a pegar nuestras bocas, pero yo apreté su bíceps, llamando su atención.

— Tengo que contestar —susurré.

— ¡Stronzo! —gruñó, pero cedió, rodando hacia un lado.

Estiré el brazo para coger el móvil y, cuando vi el nombre de Leonardo en la pantalla, incluso aunque él no pudiera verme, tiré del edredón para cubrir mi cuerpo.

Por el rabillo del ojo, vi que Cesare lucía una cara de pocos amigos, pero simplemente lo ignoré, deslizándome para atender la llamada de Leonardo.

— Hola, Leo.

— ¿Estás bien, Cela? —preguntó, sonando preocupado.

— Sì, ¿por qué no iba a estarlo?

— No sueles tardar en contestar, al menos no cuando estás en horario de trabajo.

— Estaba ocupada.

— Ya...

— ¿Algún problema, Leo? —Fui directa al grano, ya que dudaba mucho que llamara solo para saber de mí.

— Es sobre el proyecto de los Montegue.

— El proyecto ya está aprobado, la inspección la hicieron los técnicos y nuestro equipo va a empezar a levantar el suelo hoy. No

veo cuál es el problema. —Fruncí el ceño, confusa.

— Han hablado con alguien que les sugirió tirar las paredes del comedor, de la cocina y de los salones, el de cenas y el de estar.

— Esa persona está loca. Voy a llamarlos para decirles que eso es imposible, ya que esas paredes son de carga y tirarlas va a generar muchos problemas estructurales.

— Por desgracia, es demasiado tarde, Cela... Han contratado a unos contratistas que ya las han demolido.

Emití un sonido de incredulidad.

— Dime que es mentira, Leo, que no han hecho eso sin consultar con un ingeniero —pedí, cerrando los ojos.

— Lo siento mucho, Cela.

— ¡Cazzo! Esto es muy serio. La casa puede estar muy comprometida —gruñí, irritada.

Sentí la mano pesada de Cesare sobre mis hombros y acabé cruzando una mirada con él, viendo que me observaba con seriedad y preocupación. En medio de la irritación, sentí cariño por su apoyo.

— Por eso te he llamado, Cela. No sé qué hacer.

— Contacta con la oficina de ingeniería para que hagan una inspección y vean cómo proceder. Quizá se pueda hacer una viga de carga o un pilar que aguante todo el peso del techo.

— Vale. ¿A qué hora llegas?

— Le pediré a Cesare que me consiga un vuelo lo antes posible —dije, sintiendo cierta contrariedad por irme de aquel lugar, por tener que volver a la vida real, donde no habría desayuno en la cama, besos y sexo en el paraíso.

— Puedo hacer yo eso, Cela.

— Será más fácil para Cesare, Leo. Creo que puede conseguirme un vuelo para dentro de dos horas. Y necesito que tú te centres en hablar con los ingenieros y que los acompañes, si hace falta, hasta el lugar.

— De acuerdo. —Pareció disgustado.

— Gracias —le di las gracias, ignorando su disgusto; no era momento para niñerías—. Manténme informada de todo.

— Claro.

— Hasta luego, Leo.

Sin esperar respuesta, colgué la llamada y tiré el móvil sobre el colchón, sin mirar el mensaje de Jane.

— ¿Puedes conseguirme un vuelo? —pregunté, volviéndome hacia Cesare, que me miraba con una contrariedad que era el reflejo de mi propia reacción.

— Consigo lo que quieras, dolcezza —dijo con seriedad, deslizando la mano por mi hombro.

— Gracias. —Me incliné sobre él y dejé un beso en sus labios —. Voy a darme una ducha rápida y a arreglar mis cosas.

— Yo también me daré una ducha en cuanto tenga listo nuestro vuelo.

— Puedes quedarte, Cesare.

Él negó con un gesto.

— No tiene ningún sentido quedarme aquí, dolcezza... —Hizo una pausa, llevando la mano a la parte de atrás de mi cabeza, y completó—: No sin ti.

Abrí y cerré la boca, buscando una respuesta a aquella afirmación que hizo que mi pulso se disparara; las palabras parecieron faltarme.

— Y nunca se sabe si vas a necesitarme para algo.

Abrió una sonrisa juguetona antes de atraerme para un beso. Otra vez me entregué a Cesare, sin tener la certeza de que fuera una elección prudente, al menos no para mis emociones, que ya estaban más que en ebullición.

Capítulo 22



Cinco días… Ciento veinte horas desde que habíamos vuelto a Milán. Cinco días sin verla. Podía ser exasperante saber que estaba contando el tiempo, pero en ese momento no me importaba lo que aquello significara. Stronzo. Definitivamente, no había imaginado que las cosas serían así. En los dos primeros días, imaginé que ella estaría ocupada solucionando el problema del proyecto que aquellos idiotas disfrazados de ingenieros habían provocado. Cuando las cosas se calmaron, realmente pensé que tendríamos más tiempo juntos, sobre todo por la noche. Iluso de mí.

Intercambiamos algunos mensajes, llamé una o dos veces, pero ella no me hizo ninguna invitación. No podía culparla. Yo tampoco había hecho ningún movimiento… hasta ahora.

Me importaba un carajo la imagen que podría transmitir al ir a buscarla. La quería. Marcela también me deseaba, y eso había quedado muy claro en su semblante cuando me pidió que organizara el vuelo hacia acá. Así que no tenía sentido que nos priváramos el uno del otro.

Autoconfiado, salí del ascensor y caminé hacia la oficina de Marcela.

—¿En qué puedo ayudarle, signore? —preguntó su secretario.

A pesar de lo educado, el mocoso no escondía la desagrado al verme. Frunció todavía más el ceño al notar el ramo de flores que llevaba en la mano.

Carajo. No me gustaba nada ese tipo.

—¿Marcela está?

—Sí, pero…

—Gracias —solté de manera cortante y avancé hacia la puerta del despacho de Marcela sin pedir permiso, no sin antes escuchar un "idiota".

Me detuve. Una ceja se me arqueó, y durante unos segundos estuve tentado a encararlo, pero decidí que aquel frango patético no

valía la pena, no si eso terminaba estresando a Marcela y arruinando mis planes para la noche.

—Eso fue rápido, Leo —dijo Marcela sin levantar la vista del tablet cuando abrí la puerta—. ¿Lo tienen en stock?

—No lo sé, dolcezza, pero espero que sí —respondí, evitando hacer una mueca al ser comparado con aquel idiota.

—¡Cesare! —dio un pequeño brinco en la silla y me miró, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—¿Necesito una razón? —la provoqué mientras cerraba la puerta y me acercaba, despacio, a su mesa.

—Olvidé que tú casi nunca necesitas un motivo, ya que siempre haces lo que quieres —sonrió, y mi corazón se desbocó.

—La mayoría de las veces sí, pero para llevarte la contraria, hoy sí tengo una razón.

—¿En serio? ¿Y cuál sería? ¿Traerme flores? —sus ojos brillaron al ver el ramo.

—También. —Extendí las rosas hacia ella, y las tomó con avidez, arrancándome una sonrisa.

—Son preciosas, Cesare. Perfectas, huelen… —dijo emocionada al acercarse a ellas.

—No más que tú, dolcezza —galanteé.

Marcela me miró, el placer del cumplido estampado en cada centímetro de su rostro.

—¿Debo temer tus intenciones después de esto? —rozó una de las pétalas con el dedo, y me quedé viéndola, casi hipnotizado, deseando que esa caricia estuviera en otra parte de mí.

—Son muy inocentes —mi voz salió ronca.
La mentira fue tan descarada que se echó a reír.

—Además de las flores, ¿por qué has venido hoy, Cesare?
—Para besarte —sentencié, inclinándome hacia ella.

Sus labios se entreabrieron, invitándome a devastarlos, pero no tuve prisa; pasé la lengua por ellos, dejándome enloquecer por su gusto.

Su mano libre agarró mi mandíbula con firmeza, y un gemido escapó de mí cuando, provocadora, mordió mi labio, tirando de él con una fuerza que no esperaba. Sentí cómo la sangre se agolpaba en mi polla, endureciéndose de inmediato.

Ya no me contuve: invadí su boca, buscando su lengua.

Rindiéndonos uno al otro, dejamos que nuestros labios y lenguas nos fundieran en un solo ser.

Recordar que ya había estado dentro de esa mujer hizo que el deseo —ya ardiente— me golpeara como una descarga eléctrica brutal, encendiendo cada una de mis células.

Mi boca presionó con más firmeza, mientras mis manos recorrían sus hombros y brazos, frustrado por la barrera de su blusa.

Perdimos el aliento rápido, pero seguí dejando besos por su rostro, voraz.

—Cesare… —gimió cuando mis labios bajaron a su cuello y dejé mi barba raspar intencionalmente su piel sensible, sabiendo que eso la excitaba.

—Te eché de menos, dolcezza —murmuré, mordiendo justo donde su pulso latía con fuerza.

—¿De verdad? —jadeó, llevándose una mano a mi cabello y echando mi cabeza hacia atrás para que nuestras miradas se encontraran.

—No tengo por qué mentir. No gano nada con eso.

—¿Seguro? —sonrió de lado—. Porque yo creo que sí.

—No jugaría tan bajo, Marcela —bromeé.

—Yo sí lo haría, Cesare.

Mi ceja se arqueó y ella rió.

—Las hormonas hacen muchas cosas.

—Lo sé.

—También te extrañé —confesó, jugueteando con un mechón de su pelo.

—¿Hormonas?

—Quizá, ¡guapo!

Hice una mueca y ella volvió a reír. Si estaba mintiendo solo para acostarse conmigo, ¿qué más daba? Mucho. Porque quería que fuera sincera, que hubiera sentido mi ausencia como yo sentía la de ella.

Cazzo.

—¿Estás muy ocupada hoy? —pregunté, intentando ser práctico y no destruir el momento con una inseguridad idiota.

—Sí —murmuró, y sentí la decepción hundirse en mí—. Pero estos días han sido tan agotadores, tan estresantes, que si me

hicieras una buena propuesta… quizá me vería tentada a aceptarla.

—Estoy dispuesto a lo que quieras, dolcezza —dije con malicia.

Chasqueó la lengua.

—Esa no es una buena propuesta, Cesare.

—No veo por qué no.

—No quiero tener que elegir. —Hizo un puchero.

—Podemos ir a un restaurante —sugerí, esforzándome por pensar en algo romántico, aunque eso no era lo mío.

—No son ni las cinco de la tarde, Cesare. Muy temprano para cenar.

—¿Un café?

Por la cara que puso, supe que no.

—¿Pasear de la mano por el centro comercial?

—¿En serio, Cesare? —arrugó la frente.

—¿Qué pasa? —Me encogí—. Tenemos que comprar ropita, pañales, cositas para las bebés.

—Eso sí.

—Entonces.

—¿Lo harías ahora mismo?

—No. —Respondí sin dudar.

—Ya imaginaba.

—Estoy intentando ser amable, dolcezza.

—Ya lo fuiste al traerme flores —sonrió.

—Stronzo.

—Tendré que volver al trabajo —fingió decepción.

—¿Qué tal si vamos a mi cama?

—¡Por fin una propuesta interesante, Cesare! —se burló, riéndose.

Apreté su muslo con fuerza, queriendo castigarla. Fue mi turno de sonreír con malicia cuando soltó un gemido suave.

—¿Necesitas tiempo para organizarte antes de que nos vayamos?

—Solo revisar unos correos y desconectar todo.

—Perfecto. —Le di otro apretón antes de apartarme.

No tardó en levantarse, tomar su bolso y el ramo, y prepararse para irse. De manera automática, apoyé mi mano en su espalda baja para escoltarla hacia afuera, y tuve que contener la oleada de excitación que me recorrió al sentir su escalofrío.

En la antesala, su empleado levantó la vista, sorprendido al verla salir. Su mirada cayó sobre mi mano en la espalda de mi mujer, y sonreí con descarada satisfacción. Tuve que controlarme para no apretar más, marcando mi posesión.

—¿Pudiste contactarlos, Leo? —preguntó Marcela.

—Todavía no, Cela —respondió tras carraspear.

—¿Por qué tienen que ser tan difíciles?

—No lo sé.

—Intenta una o dos veces más. Si no contestan, lo resolvemos el lunes. Dudo que atiendan en pleno sábado.

—Vale.

—Bueno, me voy, Leo.

—¿Con él? —soltó de pronto.

—¿Algún problema? —le pregunté con un tono más grave antes de que Marcela respondiera.

—No. —tragó saliva, enrojeciendo—. Perdón por la pregunta, Cela.

—Está bien, Leo, mientras no vuelva a ocurrir —dijo ella con firmeza.

Confieso que me contrarió. Si fuera mi empleado, ya estaría en la calle. No tolero ese nivel de falta de respeto.

—Claro. Buenas noches a los dos.

—Buenas noches —respondió Marcela antes de mirarme—. ¿Vamos, Cesare?

—Sì, dolcezza —susurré, y sin saludar al niñato, la conduje al ascensor.

Mientras nos íbamos, sentí la mirada asesina del tipo, pero lo ignoré.

—Perdón por eso, Cesare —dijo cuando entramos en la cabina.

—No tienes que disculparte. Solo olvidemos eso y centrémonos en lo que importa. —Le di un beso en la mejilla.

—¿Y qué sería…? —sonrió.

—Nuestro fin de semana.

—No he acordado el fin de semana entero —bromeó.

—Pero yo sí.

Bufó.

—¿Quieres pasar por tu casa para coger ropa?

—¿Voy a necesitar ropa, Cesare? —me provocó, y mi polla volvió a tensarse.

Antes de responder, las puertas se abrieron. Había gente esperando entrar. Aun así, sonreí y, sujetando sus caderas, la guié hacia el estacionamiento. No había ninguna posibilidad de que Marcela no fuera mía durante todo el fin de semana.

Capítulo 23



— ¡Stronzo! Esto es difícil — gruñó Cesare, y yo abrí una sonrisa burlona.

— Solo tienes que seguir las instrucciones del manual.

— ¡No las necesito!

Puse los ojos en blanco. ¡Hombres!

— Entonces sigue estresándote con algo tan simple.

— ¿Simple? — Giró el cuello hacia mí y me encaró con el ceño fruncido.

Me encogí de hombros.

— Muy simple — lo provoqué.

— No cuando faltan piezas.

Volvió a prestar atención a las tablas de madera, que al final deberían convertirse en una cómoda, pero eso parecía estar muy lejos de suceder, ya que él era bastante testarudo. Solté una risa, haciendo que él rezongara aún más.

— ¿Sabías que no necesitas impresionarme, Cesare?

— ¿Impresionarte?

— Querer hacerte el machito montando un mueble sin consultar el manual.

— No estoy haciendo eso, dolcezza.

— No serías menos viril a mis ojos solo porque necesitas instrucciones — comenté.

— Yo…

— Ya eres lo bastante masculino para mí intentando montar la cómoda tú solo — completé con un tono lleno de picardía.

Él emitió un gemido al volver a girarse hacia mí, y el muy descarado miró directamente hacia el escote de mi blusa, que dejaba el tope de mis pechos bastante visible.

Su ceja se arqueó mientras sus labios se curvaban con malicia, ya que, bajo su escrutinio, mis pezones empezaron a endurecerse.

— ¿De verdad te parece sexy?

— Un hombre sin camisa haciendo un trabajo físico así es muy caliente…

— ¿Debo preocuparme? — Su voz sonó grave, y me sorprendí al ver cómo su expresión se transformó en una mueca severa.

— ¿Por qué? — Sentí una arruga formarse en mi frente.

— ¿Por tu interés en los hombres sin camisa que trabajan para ti?

— ¡Dio! — solté una risa, encontrando graciosa aquella pregunta.

— Hablo en serio, dolcezza.

— Ya sabes cuál es mi respuesta.

— No, no la sé.

— Ni siquiera debería responderte, Cesare.

— Marcela… — dijo él en tono de advertencia.

— Soy profesional, y ellos también lo son.

— Puede pasar.

— ¿A ti ya te pasó? — devolví, arrepintiéndome al segundo siguiente.

No quería ni pensar en ese hombre con otras mujeres. Era un tema bastante incómodo.

— No, nunca me he involucrado con nadie del trabajo. No mezclo las cosas.

— Somos dos, Cesare — sonreí, sintiendo el alivio recorrerme.

— Pero… — empezó a decir, pero lo interrumpí:

— ¿De verdad quieres continuar esta conversación indigesta?

— Lo está bastante, ¿no?

— Al punto de que ya empiezo a sentir ardor en el estómago — bromeé, llevando mi mano a mi abdomen, y él frunció el rostro. — Pero ¿sabes qué, Cesare?

— Dime.

— Ninguno de esos hombres está montando un mueble para nuestras hijas, y mucho menos es el padre de ellas — lo adulé.

Llevé la mano a mi vientre cuando sentí un movimiento suave de una de mis niñas, una "patadita" que Cesare y Jane estaban locos por sentir, pero que aún debía ser imperceptible para personas externas.

— No, desde luego que no…

— Y tampoco ninguno de ellos tiene la espalda ancha marcada por mis uñas — continué.

Los ojos de él brillaron.

— Y nunca la tendrán — murmuró de forma peligrosa.

— No — concordé, al fin y al cabo, yo seguía decidida a mantener mi ética profesional. — Ahora, deja de ser terco y usa el maledetto manual.

Él soltó una risa al oír mi orden.

— Podrías ayudarme, dolcezza — dijo, por fin tomando el papel.

— Yo no… estoy muy ocupada.

— ¿En qué? — Parecía divertirse a mi costa, ya que yo no estaba haciendo nada significativo… al menos no para él

.

— Estoy mirando tus músculos mientras trabajas, ¡guapo! — soné maliciosa.

— ¡Stronzo! — gruñó, y yo solté una carcajada. — ¡Me estás dificultando la vida, dolcezza!

— ¿Qué estoy haciendo?

— Me estás tentando a dejar este mueble y dedicar mi tiempo a algo mucho más atractivo.

— ¡Estás prohibido! No vas a quitarle el placer a una pobre embarazada como yo de verte trabajar… — Hice un gesto dramático.

Él se echó a reír con mi exagero.

— Tu recompensa llegará más tarde, Cesare — prometí.

— Me está gustando esta negociación — bromeó

.

— Te gustará aún más el resultado de nuestra transacción, signore della Rovere.

— Schianto — susurró.

Con el elogio, sentí el deseo acumularse en mi bajo vientre, anticipando el momento en que nuestros cuerpos volverían a encontrarse, entregándose hasta alcanzar el clímax.

Solté otro suspiro, llevando mi palma a la barriga cuando sentí otra patadita. No podía negar que estaba bastante sorprendida de que mi relación con Cesare aún continuara.

Llevábamos, ¿qué? Cinco semanas acostándonos?

Hacía tiempo esperaba que él pusiera fin a nuestro caso — después de todo, pasada la novedad, la atracción solía morir — pero eso no sucedió. Al contrario. De alguna forma, el fuego entre nosotros parecía arder con más fuerza, y los dos aprovechábamos cada oportunidad para hacer el amor, al punto de que pasaba más tiempo con él que con mi hermana.

Sabía que tanta cercanía era peligrosa, al menos para mí. Intentaba repetirme que era solo placer, pero de alguna forma, mi afecto por él crecía vertiginosamente. Y no era un cariño porque él fuera el padre de mis bebés, sino como hombre… como mi amante.

Cesare era demasiado cariñoso, siempre intentando priorizar mi placer, aunque a veces la urgencia hablara más alto.

Sus pequeños gestos eran mucho más peligrosos que su actitud en la cama.

Flores. Desayunos. Cenas. Joyas y otros detallitos.

El toque, las palabras, los elogios, el abrazo de apoyo después de una situación difícil en el trabajo, la manera en que me miraba cuando creía que yo no lo notaba… todo eso me acercaba cada vez más al borde de un abismo metafórico.

Yo no quería saltar, pero sabía que, aunque ya no tuviera tierra firme bajo mis pies, daría un paso hacia adelante, lanzándome de forma inevitable.

La caída sería muy fea y me dejaría heridas que, con su presencia constante, no sanarían tan rápido.

Sabía que debía poner un fin, pero todo en mí se rebelaba ante esa idea. No quería perder lo que tenía con él, aunque no fuera mucho.

Quizás yo ya había dado ese paso hacia adelante y estuviera cayendo de forma vertiginosa desde aquella altura dolorosa.

Tragué un suspiro y me concentré en los músculos de la espalda de Cesare que se flexionaban con cada movimiento suyo. El

deseo de deslizar las puntas de mis dedos por cada surco aumentaba con cada minuto de observación.

Podría provocarlo diciéndole que era gracias al manual, pero abrí una sonrisa cuando Cesare emitió un sonido de celebración al conseguir montar parte de la estructura de la cómoda.

Estaba inmersa en su trabajo, hasta que sentí vibrar el celular en el bolsillo de mi short. Saqué el aparato y vi que era un mensaje de mi hermana.

— Jane nos está invitando a cenar en su casa más tarde — le dije a Cesare. — ¿Qué te parece?

— ¿Tú quieres ir? — preguntó, girando la cabeza otra vez hacia mí.

— Sí, no la he visto esta semana.

— Entonces iremos — murmuró.

— No te sientas obligado a ir si no quieres, Cesare.

— ¿Me estás despidiendo, dolcezza? — Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

— Claro que no.

— ¿Seguro?

Puse los ojos en blanco.

— ¿Por qué te despediría?

— Tal vez quieras quejarte de mí con ella, nunca se sabe.

— No necesito despedirte solo porque quiera un momento con mi hermana para hablar mal de ti.

— Porque solo tienes cosas buenas que decir de mí, ¿verdad? — dijo, mostrando una sonrisa burlona.

— No, es porque puedo decir lo que pienso de ti en tu propia cara.

Él hizo una mueca y yo acabé riendo.

Aquel hombre era terrible. ¿Cómo alguien podía disfrutar tanto que le inflaran el ego?

— Entonces, ¿puedo decir que vamos los dos? — Volví al tema, ya que mi hermana esperaba respuesta.

— Siempre que ella no cocine — bromeó.

— ¡Cesare! — grité.

— Tu hermana cocina muy mal, dolcezza. Cuando hace pescado, por ejemplo…

— ¡No exageres!

Hice una mueca al recordar el último intento culinario de mi hermana. Era intragable. Solo pensar en la textura me revolvía el estómago.

— Nada de pescado — hablé para mí misma, lo que hizo a Cesare reírse de mi cara.

— Ni polpettone.

— Le sugeriré que compre quesos y embutidos.

— Perfecto para mí.

— ¡Listo! — Empecé entonces a escribirle un mensaje a mi hermana.

No tardó en responder con algo dramático, diciendo que no necesitaba humillarla pidiendo que no cocinara para nosotros, y yo le devolví un "es la cocina la que te humilla, bella". Jane me envió un emoji sacando la lengua y un "tú no puedes hablar nada" en respuesta, lo que me hizo poner una mueca.

Como no envió nada más, aproveché que tenía el celular en la mano y decidí abrir mi red social, que llevaba tiempo olvidada.

Deslicé el feed de forma automática, hasta que me quedé paralizada unos segundos ante la publicación de una página de chismes.

Era una foto mía… con Cesare. Los dos saliendo de la mano del edificio donde trabajaba.

Recuperada del susto, escribí mi nombre y el de Cesare en el buscador.

— ¡Cazzo! — murmuré al ver que estábamos en varios sitios y columnas de chismes.

— ¿Qué pasó, dolcezza? — preguntó Cesare, con un tono urgente y preocupado. Al mirarlo, vi que estaba en alerta.

— Estamos en las columnas de chismes — susurré, volviendo mi atención al aparato, tentada a abrir una de esas materias sensacionalistas que, con certeza, solo tendrían especulaciones absurdas.

— Era de esperarse, Marcela. Hasta tardó bastante.

— Yo…

— Soy un della Rovere, y eso por sí solo ya llama la atención de la prensa. Como no suelo aparecer con mujeres por ahí, y menos con una que está embarazada… no me sorprende la especulación.

— Bueno…

— Lo mejor es ignorar, aunque no tengo dudas de que intentarán conseguir una entrevista con la "afortunada" que atrapó al billonario — dijo él con bastante humor en la voz.

— ¿Afortunada? — repetí.

— Masajéame el ego al menos una vez hoy, dolcezza, ¡ayuda a darle picante a la relación! — habló en broma y guiñó un ojo.

Relación…

Yo sabía que tenía una relación con ese hombre — al fin y al cabo, era el padre de mis bebés y estábamos acostándonos —, pero ¿por qué aquella palabra pareció adquirir un significado aún más profundo e íntimo?

— No es que necesitemos nada para darle picante a las cosas ahora mismo.

— No… — concordé, un poco aturdida por sus palabras.

— Solo hay un problema en que estemos en las columnas de chismes. Uno que, por desgracia, ninguno de los dos podrá evitar… — comentó, pasándose la mano por la barba.

— ¿Cuál? — pregunté, sabiendo que había varios problemas, no solo uno.

— El resto de mi familia se enterará de lo nuestro.

— Es verdad — susurré.

Aunque yo recordara que él ya me había dicho que sus familiares podían ser muy difíciles, me sentí un poco insegura.

¿Sería que realmente eran tan problemáticos, o en el fondo tenía que ver conmigo?

Al fin y al cabo, por más estable que yo fuera financieramente, dudaba que yo fuera una buena candidata para Cesare a los ojos de ellos.

¿O era Cesare quien veía un problema en mí?

— ¿Por qué te estás mordiendo los labios, dolcezza?

— ¿Lo estoy?

— Parece que algo te está molestando. ¿Qué pasa?

¡Cazzo! No era para que él me leyera así. Pero claro, también era mi culpa… yo no me ayudaba en lo absoluto con mi pobre disimulo.

— ¿Vas a decirme el motivo? — insistió.

— ¿Por qué eres tan reacio a que tu familia sepa que vas a ser padre? ¿Por qué es un gran problema? — solté.

— Son personas muy difíciles.

— Ya me lo habías dicho.

— Y no lo dije a la ligera. Excepto mi tío Francesco, todos los demás tienen un temperamento bastante complicado. — No había rastro de defensa en su tono.

— El tuyo tampoco es fácil.

— No lo es, pero al menos trato de esforzarme para ser un poco maleable — respondió con una sonrisa amarronada. — Mi abuelo, mis otros tíos y primos, mis padres… ellos no lo son. Valoran demasiado la autoimagen, el nombre que llevamos.

— Entiendo.

— Hay muchas reglas al ser un della Rovere, y si las rompes, tienes que pagar las consecuencias.

— Tu tío no parece martirizarse por eso — comenté al levantarme, sintiendo cierta compasión por Cesare.

— No, ya no. Pero cuando éramos niños, tanto él como yo sufrimos bastante por intentar cumplir las expectativas.

— Lo siento — me senté a su lado, apoyando mi mano sobre su muslo, intentando reconfortarlo.

— Me odio por decir esto, pero tengo la certeza de que no estarán contentos con este embarazo — dijo en un tono bajo, mirándome con seriedad.

— ¿Por qué?

— No estamos casados. Un della Rovere no tiene hijos fuera del matrimonio. Es una mancha en la reputación de la familia — susurró.

Tragué en seco. Sentí una punzada en el pecho al oír eso, y un sentimiento visceral me dominó. Coloqué ambas manos sobre mi vientre abultado, en un gesto de protección.

— ¡Nuestras hijas no son una mancha! — Mi voz salió más fuerte de lo que pretendía.

— ¡No, no lo son! — Sus manos se posaron sobre las mías y sentí una vibración en la barriga. — Eleonora e Isabel, sin duda, son lo mejor que me ha pasado en la vida.

— Cesare… — susurré.

Las lágrimas inundaron mis ojos al sentir toda la pasión, todo el amor en sus palabras, en la forma en que miraba mi abdomen, como si tuviera visión de rayos X para verlas allí dentro.

— Y por eso, de forma egoísta, no quería que lo supieran. No quiero que digan que ellas no son perfectas solo por culpa de un papel que no significa nada.

— Es justo.

— No voy a permitir que mis parientes las lastimen diciendo cosas crueles, mucho menos que intenten moldearlas con reglas y más reglas que solo crean personas vacías.

— Ellos no harán eso — afirmé, retirando mis manos de debajo de las suyas y acariciando el dorso de la suya. — Y tú no eres un hombre vacío.

Cesare me miró, y vi surgir en sus ojos una avalancha de emociones, tan caóticas que no pude interpretarlas del todo.

— Ahora soy un hombre lleno, dolcezza, y todo por ellas — dijo con la voz quebrada.

No pude contener el llanto. Sus palabras eran demasiado dulces… más que perfectas.

Una parte de mí deseó que él dijera que también se sentía un poco más completo por mi causa, pero sabía que era pedir demasiado… algo irreal.

Luché contra las ganas de tragar en seco, pues sentí que acababa de tropezar en mi caminata metafórica y los centímetros de tierra bajo mis pies ya no existían; caía de cabeza en aquel abismo que parecía no tener fondo. Gracias a Dios era profundo… yo todavía no había llegado al final para romperme del todo.

— Ellos querrán conocerte, dolcezza — dijo Cesare cuando me quedé en silencio.

— Probablemente — suspiré, cansada, antes de intentar aliviar el clima pesado: —Pero, ¿sabes? Conozco un dicho muy interesante…

— ¿Cuál?

— ¡Querer no es poder!

Él se echó a reír.

— Difícilmente aceptarán eso.

— Sí… — mordí mi labio antes de ser dominada por un instinto protector. — Sé que convivir con ellos no será fácil, pero ¿sabes una cosa?

— ¿Qué?

— Podemos ser rebeldes.

— ¿Rebeldes?

— Ignorar su existencia.

Sus labios se curvaron con diversión.

— Soy un maestro en eso, ¿sabías?

— Eso es bueno, porque entonces necesitaré un buen profesor — respondí en tono juguetón, y luego le robé un piquito.

El oportunista tomó mi nuca y me atrajo hacia un beso que se convirtió en varios más, haciéndome olvidar las columnas de chismes, a los parientes de él y la posible reacción que tendrían al enterarse de mi embarazo. Solo existían la presión de sus labios, el sabor del beso y el deseo crudo que él despertaba en mí…

Capítulo 24



En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, me dirigí rápidamente al despacho de mi esposa.

No había nada nuevo en ello; al fin y al cabo, ir a buscarla para llevarla a mi casa o a la suya se había convertido casi en una rutina, una parte del día que esperaba con ansias, pero hoy mi urgencia era mucho mayor que de costumbre.

La prisa me acompañó durante todo el trayecto de Angola a Milán, dejándome bastante inquieto, y, una vez más, ignoré el motivo de mi inquietud.

No me importaba el cansancio que me invadía tras más de quince horas de vuelo; solo quería ver a Marcela, oler su suave perfume… Quería besarla, tocarla, quitarle la ropa y hacerla retorcerse y gemir mi nombre una vez más.

Sonreí.

No creía ser un adicto al sexo, pero, con Marcela, descubrí que me estaba convirtiendo en uno. Nunca tenía suficiente de ella, siempre necesitaba más. Llegué a la recepción vacía y resoplé con disgusto, pensando que tendría que esperar a que la mocosa se fuera antes de poder besar a mi esposa como quería.

Abrí lentamente la puerta de la oficina y, al verla inclinada sobre la tableta, trabajando, sentí que el deseo crecía en una espiral furiosa.

Un mechón de cabello oscuro enmarcaba su rostro redondo, una pequeña arruga de concentración marcaba su frente, y sus labios entreabiertos me llenaron de aún más ganas de besarla.

¿Cómo podía una mujer ser tan sensual mientras trabajaba? No sabría decirlo, pero había algo en esa imagen que me fascinaba.

O tal vez no era la imagen en sí, sino Marcela.

¡Stronzo!

Era hermosa. Sexy. Y yo tenía hambre.

— ¡Cesare! — chilló de alegría cuando, apartando la vista de la tableta, finalmente me vio, con los ojos brillantes.

Terminé dedicándole una sonrisa arrogante al entusiasmo de mi esposa, sintiéndome aún más emocionado, antes de, sin molestarme en cerrar la puerta, acercarme a su escritorio, cuando finalmente me di cuenta de que la mocosa no estaba en la habitación.

Marcela echó la silla un poco hacia atrás, pero antes de que pudiera levantarse, mis dedos tocaron su barbilla y la alzaron hacia mi rostro.

El suspiro que escapó de sus labios se apagó entre los míos, que comenzaron a moverse lentamente sobre los suyos, saboreando cada segundo de aquel beso que, sin duda, pronto se volvería voraz. Intentaba calmar el deseo que sentía tras varios días sin su dulce boca.

Dejándose llevar por la lentitud de mi beso, Marcela me sedujo aún más, provocando que mi pene comenzara a endurecerse, cuando llevó una mano a mi nuca y acarició mi cabello.

Gemí de placer cuando tiró suavemente de mi pelo y, como un regalo, dejé que mi lengua explorara cada uno de sus labios

carnosos. Sus ojos brillaban de deseo, y un jadeo la dejó sin aliento, lo que me hizo perder el control.

Gemí, sintiendo vibrar todo mi cuerpo, mientras tomaba la boca de Marcela para mí, exigiendo que me devolviera el beso con la misma intensidad que me consumía. No me decepcionó. Nunca me decepcionaba.

Gemí de nuevo.

Su lengua se entrelazó con la mía con fervor, haciendo que nuestra respiración se volviera más pesada; nuestro deseo era latente.

Sus dedos, que rozaban mi cabello, se agitaron con más intensidad, mientras su mano libre comenzaba a tantearme sin control, creando más tensión, más deseo.

La sangre se me acumulaba en la pelvis, y el sabor de Marcela y los sonidos que emitía impregnaban todos mis sentidos.

Mis manos comenzaron a deslizarse por su cuerpo, jugando con sus brazos, bajando hacia sus caderas, antes de volver a subir, buscando sus pechos, que parecían estallar contra la tela de la blusa que llevaba puesta.

Mordisqueando sus labios, intentando recuperar el aliento, comencé a estimular sus pezones, frotándolos con presión, sintiendo

cómo se endurecían a mi tacto, escuchando cómo los placenteros sonidos de Marcela se intensificaban.

—Cesare —gimió mi nombre, y reprimí el sonido gutural de posesión y salvajismo que amenazaba con convertirse en un grito.

¡Cuánto había echado de menos oírla gemir mi nombre!

—¿Ya se ha ido tu empleado, dolcezza? —pregunté, y, sin poder resistirme, le pellizqué un pezón. Sentí cómo Marcela apretaba los muslos.

¡Stronzo! Mi polla palpitaba al pensar en lo caliente y húmeda que estaba, lista para recibir mi pene. Se me secó la boca con el deseo de saborearla.

—Sí, se fue hace unos minutos —murmuró.

—¡Genial! —sonreí con picardía, llevando la mano al botón de su blusa.

—Cesare —protestó, pero sus ojos la delataron, pues deseaba lo mismo que yo.

—¡Aquí estoy, dolcezza! —Susurré con picardía, mientras seguía desabrochándole los pechos, sintiendo cómo se estremecía al rozar su piel con mis dedos.

Cuando los abrí lo suficiente para ver los pechos de Marcela, esa visión fue como una patada en el pecho que resonó en mi pene. El sujetador de encaje negro era muy delicado, y no solo realzaba la belleza de su piel, sino que daba la impresión de que, en cualquier momento, sus pechos iban a estallar.

—¡Stronzo! —jadeé, con el pene presionando contra la cintura de mis pantalones, en el momento en que, sujetándolos a un lado, apreté sus pezones, haciéndolos saltar de una forma deliciosa.

Inclinándome, enterré mi rostro en la carne hinchada por el embarazo y le di un beso en ese valle de perdición. Con un suspiro, sus dedos volvieron a acariciar mi cabello, lo que me animó a continuar.

Me recompensé lamiendo y frotando mi barba contra la piel de Marcela, mientras agarraba un pezón con la mano, presionándolo con los dedos.

Al compás de las caricias que le daba con la boca, mi esposa gemía suavemente, tirando de mi pelo a veces con fuerza, a veces con delicadeza, mientras arqueaba el torso hacia delante, ofreciéndome sus pechos.

Me deleitaba lamiendo y besando la parte superior de sus pechos, lo que la hacía retorcerse inquieta.

— ¡Delicioso! — Me tiró con firmeza cuando, sin importarme el encaje, deslicé la lengua sobre una de sus areolas.

Mi respuesta fue lamer de nuevo, antes de tomar el pezón turgente entre mis labios y succionar, alternando la presión.

Succioné con más fuerza, mis dedos en el otro pecho siguiendo el movimiento de mis labios, haciendo que nuestros gemidos llenaran la oficina, mezclándose, formando una melodía que ambos conocíamos bien y que esperaba que resonara en mis oídos para siempre.

La idea me dejó sin aliento, pero pronto pareció pertenecer a un pasado lejano, ya que, excitándome aún más, Marcela me obligó a bajar la cabeza.

«¡De rodillas!». No era una petición, sino una orden que me aceleró el pulso mientras mi miembro palpitaba dolorosamente, hinchándose aún más contra mis pantalones.

Cuando abrió las piernas con un gruñido, luché por no obedecerla de inmediato.

— ¡Cesare! — protestó cuando, más fuerte que ella, me puse de pie.

— Espera un momento. Te gustará lo que tengo en mente, dolcezza — dije con voz ronca y comencé a quitarme la corbata.

— ¡Me lo imagino! — ronroneó, con la mirada llena de lujuria.

Tragué saliva en cuanto me vio lidiar con el nudo. La chica, con su descaro, intentando provocarme aún más, se desabrochó el pantalón y bajó la cremallera.

Arqueó ligeramente las caderas para quitarse el pantalón, dejando ver el encaje negro del conjunto que me permitía contemplar su vello púbico bien recortado.

¡Qué caliente!

¡Mia!

—¿A qué esperas? —siseó, rozando su sexo con la yema de un dedo, invitándome a probarla.

No respondí; simplemente terminé de quitarme la corbata de un tirón y me acerqué a ella. Le puse la tela de seda sobre los ojos y até los extremos tras su cabeza, haciendo un nudo firme.

Se mordió los labios de una forma muy sensual y no pude resistirme a besarlos, presionando mi boca contra la suya.

Tuve la impresión de que el beso había cambiado después de que la vendí, pero no sabía exactamente qué. La única certeza era que se me erizaba la piel y mi deseo se volvía más intenso.

La sujeté por la nuca y saboreé todo ese deseo, sintiendo que podía obtener placer solo con el contacto de nuestros labios. Pero, por muy placentero que fuera y por mucho que la idea alimentara mi ardiente deseo, no iba a ser egoísta, no cuando mi mujer quería correrse en mi boca.

Le di un beso rápido en los labios y me sorprendió cuando intentó continuar el beso tocándome la mejilla, pero no le di lo que ambos deseábamos. No iba a interrumpir lo que había planeado.

De rodillas, me coloqué entre las piernas de Marcela, y el aroma de su deseo inundó mis fosas nasales, tensando mi cuerpo. El fino encaje que cubría mi objeto de deseo era muy sensual y estaba húmedo de excitación.

Aunque su vientre era una buena barrera, impulsado por el deseo, enterré mi rostro entre los muslos de mi esposa e inhalé profundamente, provocando que frotara su sexo perfumado contra mí.

Podría torturarla, rozándola juguetonamente con la fina tela, estimulándola con las yemas de mis dedos, haciéndola suplicar, pero una vez más, la urgencia me invadió, secándome la boca y convirtiendo su placer en la bebida que necesitaba para calmar mi sed insaciable.

Sin dudarlo más, deslicé una mano bajo su cuerpo, dándole una palmada en una nalga sin delicadeza alguna, lo que hizo que mi esposa jadeara y se retorciera. Con la mano libre, aparté sus bragas.

Aún más excitado por la visión de su vello púbico brillante, murmurando una palabrota, dejé que mi lengua explorara su sexo de arriba abajo. El sabor almizclado de Marcela provocó explosiones en mi boca, y sentí cómo mi saliva se acumulaba, mezclándose con su fluido.

Continué jugando con sus labios mayores, y mi diosa comenzó a mover la pelvis instintivamente. Los temblores que la recorrían se intensificaron.

— ¡Delicioso! — Me animó con voz ronca y, como si fuera su deber, sus dedos volvieron a rozar mi cabello.

Al ritmo de sus caricias, mis dedos, que descansaban sobre las nalgas de Marcela, jugaban con la tira de sus bragas que cubrían su ano, mientras yo seguía lamiendo el sexo de mi esposa.

Sentir cómo mi dulzura se humedecía, impregnando mi lengua con miel, hizo que mi deseo se transformara en líquido preseminal, que comenzó a formarse en la cabeza de mi pene.

Gruñí y, sin dejar de tocar la parte trasera de sus bragas, provocando que se retorciera en la silla y se restregara contra mi cara, abrí su sexo empapado para mí y ataqué su carne sensible.

Marcela dio un respingo en su asiento, estirándose, mientras un gemido fuerte y sensual resonaba en mis oídos, vibrando en cada célula de mi cuerpo, que se excitaba aún más, con la piel de gallina.

Me tiró del pelo y yo saboreé toda la excitación de mi esposa, deteniéndome para acariciar el punto sensible que la hacía retorcerse, como atrapada en la vorágine del placer.

Continué atormentándola, recorriendo con mi lengua cada centímetro de sus paredes, sintiendo la textura de su sexo, dejando que mi lengua penetrara el canal excitado, que se contraía.

—¡Cazzo! —gruñí, cuando volví a penetrarla y sentí otro espasmo recorrerla.

—Cesare, por favor... —suplicó, tirando de mi pelo. Dejó escapar otro sonido bajo, que se mezcló con mi gemido de placer, fruto de la caricia que me daba en el cuero cabelludo.

No lo dudé más y, tras lamerle la vulva de nuevo, haciéndola retorcerse, encontré su clítoris sensible y le di pequeños toques, provocando que la chica se retorciera aún más, gimiendo, y comenzara a entregarse a mí sin pudor.

Mi pene palpitaba y el cuerpo de Marcela vibraba en respuesta, sus terminaciones nerviosas cada vez más sensibles.

Con la tensión creciendo dentro de mí, el sudor empezando a acumularse en mi piel, quise llevarla más lejos en su viaje, y al mismo tiempo que deslizaba un dedo entre sus nalgas, frotando mi pulgar contra su ano, sustituí mi lengua por mis labios, succionando el punto de placer que la acercaría cada vez más al clímax.

—¡Eso es, delicioso! —dijo entre jadeos, retorciéndose, y yo succioné con más fuerza, haciendo que mi esposa se perdiera aún más, sus dedos cada vez más torpes.

Siguió repitiendo esas palabras, e ignorando la necesidad palpitante de mi pene, que ansiaba sentir su canal, deslicé un dedo dentro, encontrando otro pequeño punto que la hizo gemir y arquear la espalda de nuevo.

Succionando, trazando lentos círculos alrededor del punto G, intenté levantar la vista para ver la expresión de Marcela, lo que me daría más placer, pero su vientre me lo impedía. No me sentí frustrado por esto, al contrario. Así que simplemente seguí succionando el punto delicado, alternando con suaves lametazos.

Los cuerpos, los gemidos, las respiraciones y el deseo pronto encontraron esa armonía única que parecía unirnos.

—Cesare… —susurró mi nombre mientras, disminuyendo la intensidad de la succión, introducía otro dedo en ella, y juntando el índice y el corazón, comencé a penetrar su resbaladizo canal.

La chica contrajo mis dedos y penetré con más fuerza, delirando por la presión ejercida; por cómo el fluido de Marcela lubricaba mi boca; por cómo el aroma del placer embriagaba mis sentidos.

—¡Chica! ¡Córrete para tu hombre, schianto! —Mi voz entrecortada salió amortiguada por su sexo, mientras varios temblores comenzaban a recorrerla. En ese momento, sentí una gota de semen correr por mi miembro.

Volví a penetrar, trazando un lento círculo alrededor de su clítoris.

—¡Sí! —jadeó, intentando agarrarme el pelo, pero sin éxito.

Volví a cubrir su clítoris con mis labios y, retirando los dedos unos centímetros, la penetré una y otra vez, excitándome con sus gemidos, con la tensión del canal que me llevaba al límite.

Succioné con urgencia, sintiendo cómo se me escapaba la respiración, hasta que los temblores que la recorrían se intensificaron, el canal se contrajo aún más.

En segundos, un pequeño gemido ahogado resonó en la oficina, indicando que se estaba dejando llevar al clímax, provocándome un escalofrío y una palpitación en el corazón, como si fuera a estallar.

Continué succionándola, jugando con su piel sensible, intentando prolongar las sensaciones. No pude contener un gemido que brotó de mi alma en el instante en que mi esposa, impulsada por el instinto, atrapó mi cabeza entre sus piernas, sin dudarlo.

No dejé de estimularla, aunque la presión que ejercía me impedía respirar bien. Su reacción visceral me hizo imposible controlar mi pene, que liberó un chorro caliente, empapando mi ropa interior.

No sé cuánto tiempo permanecí entre las piernas de Marcela, pero, por más delicioso que fuera y por mucho que quisiera morir de placer sofocado por sus muslos, no podía privarme de tenerla una vez más.

Retirando mi mano de debajo de sus nalgas, agarré uno de sus muslos y abrí sus piernas, logrando finalmente respirar.

Le di un beso en el interior de cada pierna, luego dejé que mi lengua explorara toda su vagina, saboreando su excitación. Suspiró, moviéndose en su silla, y aproveché para levantarme.

Mi pene palpitaba mientras la miraba.

Su cabello oscuro estaba ligeramente despeinado. Mi corbata le cubría los ojos. Sus labios estaban entreabiertos, jadeando en busca de aire. Sus perfectos pechos subían y bajaban rápidamente,

casi desbordándose de su escote. Sus piernas permanecían abiertas, revelando su sexo reluciente de deseo.

— ¡Perfecta! — susurré, antes de acercarme de nuevo a Marcela.

Gimió suavemente cuando la sujeté por la nuca y la atraje hacia mí para besarla, dejándola sentir lo caliente que estaba. Como si fuera posible, Marcela me excitó aún más cuando me devolvió el beso con avidez, como si ella misma estuviera acalorada.

¡Stronzo!

Cuando rompió el beso, sus labios se curvaron en una sonrisa.

—¿Te gustó, dolcezza? ¿Disfrutaste con los ojos vendados? — pregunté, deslizando mi pulgar sobre su boca.

—Puedes averiguarlo tú mismo, Cesare —dijo con picardía, llevándose la mano a la nuca para desatar el nudo de mi corbata.

—Quizás algún día… —fingí pensarlo.

—¡Te verías muy sexy con los ojos vendados! —guiñó un ojo mientras la tela caía sobre su regazo.

Solté una risita, pero el sonido se convirtió en un gemido cuando extendió los brazos y sus dedos se dirigieron a la cintura de

mis pantalones.

La agarré de la muñeca, impidiéndole continuar.

—¿Qué pasa? —gruñó.

—Estoy pegajosa, dolcezza.

—¿En serio? —sus ojos brillaron.

—Digamos que disfruté bastante de ser sofocado por los muslos de una belleza —bromeé. Ella soltó una risita y le robé un beso rápido.

—¿Estás muy ocupada? —le pregunté.

—¿Qué te propongo?

—Vamos a mi casa, nos duchamos, comemos algo, vemos una película…

—Estoy ocupada —bromeó.

Solté una palabrota.

—¿Qué tal si me vendas los ojos luego? —sugerí.

—¡Sabes cómo conquistarme, guapo! —susurró, y aprovechando mi distracción, rozó mi pene con la punta de los dedos antes de añadir—: Yo elijo la comida y la película, ¿de acuerdo?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que me dejes pasar todo el fin de semana en tu casa.

—¡Qué travieso eres! —chasqueó la lengua, fingiendo desaprobación.

Sonreí antes de ponerme serio.

—¡Te extrañé, dolcezza!

Sus ojos verde avellana parecieron sorprendidos antes de llenarse de una especie de ternura.

—Yo también te extrañé, Cesare —confesó en un susurro.

Por enésima vez, sentí una urgencia que me abrumaba, pero era un anhelo que no comprendía.

No intenté entender el sentimiento; simplemente bajé la cabeza y busqué sus labios, dejándome llevar por el deseo,

ignorando algo en mi interior que me decía que ya tenía la respuesta.

Capítulo 25



Veinte minutos antes…

Entré en el ascensor del edificio donde trabajaba y pulsé el botón de la planta donde estaba el despacho de Marcela, sintiendo un alivio enorme al darme cuenta de que me había olvidado de coger el pendrive que guardaba en el cajón.Sería bastante lamentable descubrir, justo en mi turno de presentar el trabajo en la universidad, que no llevaba mi presentación conmigo, ya que no la había guardado en la nube. Lo admito, era siempre un gran error, al fin y ao cabo el dispositivo podría quemarse y yo estaria jodido.

— Voy a encender el ordenador y guardarlo en la nube también — murmuré para mí mismo.

En menos de un minuto, la caja metálica se detuvo y, en cuanto las puertas se abrieron, prácticamente corrí hacia el despacho.

Al entrar en la recepción, un gemido llegó hasta mis oídos, e inmediatamente todo mi cuerpo se puso en alerta, temiendo que Marcela pudiera estar sintiéndose mal. Me aproximé a la puerta, que estaba seguro de haber dejado cerrada, y lo que vi me dejó helado, obligándome a retroceder para que no me vieran por la abertura.

Más gemidos me alcanzaron, y no sentí solo repulsión, sino también una rabia visceral.Marcela y aquel imbécil… ¡estaban follando! ¿Qué mierda era esa?

Había visto la foto de Cela de la mano con ese idiota en una red social y, al contrario de lo que decía la prensa, imaginé que solo era amistad. Al fin y ao cabo, aquel capullo era el padre de los bebés.Pero no, estaba equivocado, muy equivocado.

La decepción empezó a combatir con la furia. Jamás imaginé que una mujer como Marcela bajaría tanto de nivel.

Primero: por involucrarse con ese arrogante.

Segundo: porque él era un cliente del despacho.

Tercero: por mancillar el ambiente de trabajo.

No podía creerlo.

Cela era elegante, responsable, centrada.

Admiraba su profesionalidad y su inteligencia… pero, cada vez más, me veía seducido por ella.

¿Cómo no enamorarse?

Cela era el sueño de cualquier hombre… y era el mío, aunque no me entusiasmara demasiado que se hubiese quedado embarazada por inseminación. Marcela estaba más hinchada, la barriga cada vez más grande, deformando su cuerpo.

Estaba dispuesto a pasar por encima de esa deformidad pasajera… pero ella jamás me había dado una oportunidad.

El nombre de él, dicho por ella en meio aos gemidos, llegó a mis oídos, y apreté los puños con fuerza. Estaba muy cabreado.

¿Cómo había sido capaz de darle una oportunidad a ese tío que la había hecho llorar como una condenada… y no a mí?

Cazzo. Yo era quien hacía todo lo que ella me pedía; yo me esmeraba por ser un buen empleado; yo tenía sentimientos por ella, algo que dudaba seriamente que ese tipo tuviera… y aun así, jamás me había dado una oportunidad.

No tenía ninguna duda: en cuanto se cansara, ese idiota la mandaría a la mierda, porque podía tirarse a cualquier tía buena que

quisiera. Me sorprendía que Cela fuera tan ingenua como para no verlo… y que ni siquiera su hermana le hubiera metido un poco de juicio en la cabeza. Negué con la cabeza.

Quizá la hermana ni siquiera sabía lo que estaba pasando entre ellos.

Por lo visto, alguien tenía que proteger a Marcela.

Y ese alguien solo podía ser yo.

Capítulo 26



— No deberíais hacerle eso a mamá, miei angeli, no es nada bonito — murmuré mientras deslizaba mi palma por el vientre abultado de Marcela.

— Imaginaba que, al ser dos, sufriría aún más con los síntomas que todas las embarazadas dicen sentir.

— No me gusta verte incómoda y con dolores, dolcezza.

— No sabes lo adorable que es escucharte decir eso, Cesare — murmuró entre un suspiro, llevando una de sus manos a mi cabello

para acariciarlo.

— Es la verdad.

— ¿Porque estropea tus planes para el fin de semana? — me provocó.

Fruncí el ceño y me moví para encarar su rostro, que estaba vuelta hacia mí.

— Sabes que no. Simplemente no me gusta verte pasarlo mal, dolcezza.

Sonrió, un brillo indescifrable iluminando su expresión.

— Cambiaría de lugar contigo si pudiera — acabé confesando mientras volvía mi atención a mis bebés, sorprendiéndome por haberlo dicho en voz alta. No llegué a procesarlo, porque la risa de Marcela me alcanzó. Me puse gruñón. — ¿Qué tiene de gracioso?

— Pensar en ti "embarazado", Cesare — dijo con burla.

— No tendría ninguna gracia.

— ¡Serías insufrible!

Bufé, provocando que soltara otra risita.

— ¡Pasarías todo el embarazo refunfuñando! — siguió provocando.

— Estaría en mi derecho.

Entonces tuvo un ataque de risa que solo terminó cuando soltó un gemido estrangulado.

— ¿Dolcezza? — pregunté en alerta, moviéndome sobre el colchón para mirarla.

— Solo ha sido un pinchazo más fuerte en la espalda, no te preocupes.

— Sí me preocupo.

— Lo sé, pero estoy bien, Cesare — estiró el brazo y tocó mi mejilla.

— Okay — dije, aunque seguí mirando a Marcela para asegurarme de que realmente estaba bien, más allá de la molestia en la columna y ese leve malestar de náusea.

Me sonrió, y yo devolví la sonrisa mientras continuaba acariciando mi barba.

Mi mano volvió a buscar su abdomen, como si quisiera cerrar un círculo perfecto entre ella, yo y nuestros pequeños ángeles. Una

sensación poderosa me envolvió, erizándome la piel, emoción que se intensificó cuando sentí movimiento dentro de la barriga de Marcela.

Mi corazón golpeó con fuerza contra mi pecho, mi boca se secó. Por primera vez en mi vida, me sentí derritiéndome por completo, como si pudiera fundirme en el colchón… por una persona.

Mejor dicho: por tres personas. Tres mujeres.

Era surrealista.

— ¿Puedes ver quién es? — La voz de Marcela me sacó del trance emocional en el que estaba, dejándome aturdido sin comprender lo que pedía. — ¿Perdón?

— El interfono. ¿Puedes atender?

— Está bien, dolcezza — acepté a regañadientes, porque no quería moverme de allí.

Besé su vientre, rodé sobre el colchón y me incorporé.

Apenas salí del cuarto, el timbre sonó otra vez, haciéndome desear estrangular a quien estuviera ahí abajo. Alguien que llama dos veces seguidas en tan poco tiempo, además de maleducado, no puede valer nada.

— Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarle? — modulé mi tono con esfuerzo, porque quería ser grosero, pero la casa no era mía.

— ¿Q-qué e-estás ha-haciendo ahí? — Balbuceó, pero aun así reconocí su voz. El mocoso. Y me irrité al instante.

— No es asunto tuyo, stronzo — escupí ácido.

— Sí-sí lo e-es. E-es mi-mi de-deber pro-proteger a Ce-Cela de ti…

Arqueé una ceja aunque él no pudiera verlo.

— Sé lo que tú tú tú quieres con ella. ¡Y no lo vo-voy a per-permitir!

Una risa se escapó de mis labios. Ridículo.

— Qué bien por ti, caraglio. Si eso es todo… — corté antes de que respondiera.

¿Qué mierda acababa de ser eso?

El interfono volvió a sonar. Bufé.

— Si fuera tú, dejaría de hacer eso — advertí con frialdad.

— Quie-quiero ha-hablar con Cela.

— No tienes nada que decirle que no pueda esperar al lunes.

— No es-as-asunto tuyo.

— No me caes bien, mocoso, pero sé que Marcela te aprecia. Por eso estoy siendo amable y te doy la oportunidad de largarte.

— Yo lle-gué pri-primero. Y tú tú eres solo un im-im-bécil.

— Estoy seguro de que tú eres mucho más.

— ¡Solo quieres fo-follártela! — escupió.

Mi irritación se convirtió en rabia.

— Mi relación con Marcela no es de tu competencia, y no voy a discutir contigo por un interfono. Buenas noches.

Colgué de nuevo.

Sonó otra vez.

— ¿Tengo que llamar a la policía?

— ¡Cela es mía!

— ¡De eso nada, carajo! — gruñí.

— ¡Yo la a-amo!

Mi rabia explotó como dinamita.

¿Quién coño se creía para amar a Marcela?

— Marcela es mi mujer, mocoso, así que búscate a otra para amar.

— ¡Cela es mía! ¡Y ella me me ama tam-también!

Reí con desprecio.

— En tus sueños quizá, bastardo.

— No te-te va-va a hacer gra-gracia cuan-cuando me elija a mí.

— Eso nunca va a pasar. ¡Jamás me cambiaría por alguien como tú!

— De-déjame ha-hablar con ella.

— Ni lo sueñes.

Colgué con tanta fuerza que desearía que fuera su cara.

— Cesare? — escuché la voz de Marcela detrás de mí justo cuando el timbre sonó de nuevo.

— ¡Caraglio! — exploté, pasándome la mano por el pelo.

— ¿Quién era?

— Nadie que valga la pena — dije suavemente, rodeando su cintura —. Y no deberías haberte levantado, dolcezza.

Volvió a sonar.

— ¿No va a parar? ¿Voy a tener que llamar a la maldita policía?

— ¿Quién es, Cesare?

— Tu empleado.

— ¿Leo? — sus ojos se abrieron de par en par. — ¿Está él ahí abajo?

— ¡Sí!

Volvió a sonar.

— Voy a contestar — murmuró, y antes de que pudiera detenerla, tomó el interfono. — Hola, Leo…

Hubo silencio.

— Lo hablamos el lunes, ¿sí? Está bien haberte enamorado de mí.

¿Qué? ¿Cómo que está bien?

Mi cara se contrajo de pura rabia.

— Yo tengo parte de culpa — suspiró —, pero hoy no es el día para hablar de esto, Leo. ¿Vale? El lunes.

El idiota insistía, y mi mandíbula se tensó.

¿Por qué Marcela no cortaba esto de raíz?

— ¿Quieres que llame a la policía? — pregunté sin conseguir suavizar el tono.

Ella me miró y solo movió los labios.

"No."

Mi irritación, antes dirigida al mocoso, me atravesó por dentro y cayó sobre ella también.

Caminé de un lado a otro como un animal enjaulado, pasándome los dedos por el pelo, tenso, frustrado.

Estaba a punto de bajar a resolverlo a mi manera cuando escuché el clic suave del interfono. Había colgado.

— Creo que le he convencido para que se vaya — suspiró cansada.

— ¡Por fin, cazzo!

— No hables en ese tono.

— ¿Qué tono? — la miré incrédulo.

— ¡Ese!

— Estoy irritado.

— Ya lo veo.

— ¡Tenías que haberme dejado llamar a la policía! — gruñí.

— Es mi empleado, Cesare.

— Ex, querrás decir.

— Leo seguirá siéndolo.

Una chispa encendió sus ojos. Mi rabia creció.

— No puedes hablar en serio.

La expresión de ella lo confirmó.

Otra explosión me atravesó el pecho.

— ¿Estás loca, dolcezza? ¿Cómo vas a seguir trabajando con él?

— Necesito a Leo.

— No, no le necesitas.

— ¡No eres tú quien decide eso!

— Stronzo — me pasé la mano por el pelo. — ¡Es un incompetente!

— Leo no es incompetente.

— No, pero sí es antiético. Un abusado. — Otra chispa en los ojos de Marcela. — ¡Lo que ha hecho hoy es inadmisible!

Ella negó con la cabeza.

— Solo está borracho, Cesare.

— Más razón para despedirlo. — Estaba realmente contrariado.

— Hablaré con él el lunes. Le diré que no tolero ese comportamiento.

— Lo que es lo mismo que nada.

— Cesare… — me advirtió.

— Despide al franguito. — ordené.

— ¡No voy a hacerlo! — Marcela empezaba a impacientarse.

— ¿Por qué te resistes tanto a despedir a ese imbécil? — una pausa amarga me quemó la lengua. — ¿Te gusta ese mocoso?

— ¿Qué? — pareció horrorizada.

— ¿Le amas? — pregunté, sintiendo una punzada en el pecho. — ¿Es eso, dolcezza?

— ¡No puedes estar hablando en serio, Cesare! — su voz subió varios decibelios.

— Nunca he hablado tan en serio.

— Increíble — soltó una risa sin humor.

— Yo lo que no puedo creer es que no vayas a despedirlo.

La punzada se hizo más fuerte.

Sí… Marcela debía querer mucho a ese idiota para querer mantenerlo cerca.

— Pensaba que eras otro tipo de mujer, dolcezza — escupí, queriendo herirla como ella me hería a mí.

Sus ojos castaños-verdosos se volvieron insondables.

— Vete, Cesare — pidió, y juraría haber oído decepción y dolor en su voz.

O eso pensé. Ya no podía confiar en mis propios pensamientos.

Mi dolor luchaba contra otro aún peor: la sensación de rechazo.

— ¿Me estás echando por culpa de ese imbécil? — pregunté.

Negó.

— Has dejado bien claro lo que piensas de mí, Cesare.

— Dolcezza…

— No soy tu "doçura", y nunca lo fui. Así que, por favor, no me llames más así.

— Marcela…

— No tenemos nada más que hablar tú y yo — afirmó con firmeza. — Así que, por favor, recoge tus cosas y vete.

— ¡No puedes echarme así!

— La casa es mía, así que sí puedo. — Alzó el mentón, desafiante.

Fue mi turno de negar con la cabeza.

— Estás indispuesta.

— Un poco tarde para preocuparte por eso, ¿no?

Tragué en seco.

— No voy a pedirlo otra vez, Cesare.

— No quiero dejarte — seguí argumentando.

— Quiero estar sola.

— ¿Y mis bebés? — La frustração me invadiu.

— Ellas estarán bien.

— Marcela, yo…

— Si estás tan preocupado, llamo a Jane para que venga. Problema resuelto. — se burló.

— ¿De verdad estás haciendo esto con nosotros, dolcezza? — destaqué el apelido, sin importarme si quería escucharlo o no.

— Vete — pidió en un susurro.

Me quedé mirándola, dominado por un torbellino de emociones, incapaz de acreditar que, hacía apenas media hora, estábamos acostados en la cama, felices… e agora tudo se tornara sombra, tristeza, tudo por culpa de uma única pessoa.

— Solo voy a arreglarme — murmuré finalmente.

No respondió, e eu me obriguei, com passos pesados, a ir até o quarto.

Minha cabeça era um caos, e fiz tudo no automático. Não havia muito o que juntar; assim que terminei de me vestir, enfiei o

telemóvel e a carteira no bolso.

Quando voltei, ela continuava no mesmo lugar—mas agora passava um braço em torno do próprio tronco, numa postura vulnerável.

Senti um nó subir pela garganta, mas as escolhas já tinham sido feitas. Ela tinha escolhido o Leonardo.

— Llama a Jane — pedi, tirando-a do transe.

Ela me olhou, mas não disse uma única palavra. O bolo na minha garganta ficou ainda maior.

— Si necesitas de mí, estaré disponible también, dolcezza — ofereci.

— Lo sé. — Me dedicó una sonrisa apagada. — ¿Nos vemos el día de la consulta?

— Sí.

— Conoces la salida.

Sim, eu conhecia. Isso não diminuía a decepção de que ela nem ao menos se dispusesse a me acompanhar até a porta como despedida.

Fiquei encarando Marcela outra vez, rezando para que ela me pedisse para ficar… mas isso não aconteceu.

Virei de costas, seguindo meu caminho com passos duros.

Assim que deixei o apartamento de Marcela, não estava apenas irado com aquele idiota. Estava decepcionado com tudo. Frustrado de um jeito que eu não sabia lidar.

Eu me sentia vazio. Faltava Marcela.
Faltavam as minhas bebés.

Capítulo 27



— Tienes una cara pésima, piccolo — dijo Francesco con una mirada burlona.

— ¿De verdad?

— No vengas con acidez hacia mí o te cierro la puerta en la cara.

— Hazlo, entonces, zio.

Él se quedó quieto, mirándome con desagrado.

— Eres muy abusado. — Retrocedió un paso para que yo pudiera entrar.

— Tú lo permitiste — repliqué al pasar por su lado.

— Y me arrepiento muchísimo — gruñó.

Me sorprendí cuando una risa escapó de mis labios. Yo no estaba de humor para reír. Ni para sonreír. De hecho, imaginaba que cualquier som de "alegría" no voltaria tão cedo.

Pero ahí estaba yo… riendo. Cuando no debía.

Un sabor amargo se extendió por mi boca.

Stronzo.

Eu estava caótico.

Eu me sentia triste. Horrível.

A raiva tinha diminuído, mas quanto mais eu revivia a noite anterior, mais o meu peito doía.

Stronzo.

Sem esperar convite algum, como se a casa fosse minha, caminhei até o escritório dele, onde sabia que encontraria uma garrafa de whisky.

Já tinha bebido algumas doses… mas não o suficiente.

Ouvi os passos dele atrás de mim.

— ¿Quieres una copa? — pregunté al acercarme al bar, esperando su comentario ácido.

— Creo que voy a necesitarla para lo que sea que vengas a decirme — murmuró, sentándose en su silla.

No respondí. Simplemente descorché la botella.

— Beber no es la solución, figlio — dijo mientras yo me echaba un trago que quemó toda mi garganta.

— Pero ayuda. — Llené mi copa otra vez.

— Sabes que solo enmascara el problema — murmuró. Vacilé por un instante, pero al final le serví una copa también. Él la tomó. — Gracias.

Incliné la cabeza y me senté frente a él.

— ¿Vas a contarme qué pasó? — dijo con suavidad cuando permanecí en silencio, moviendo el whisky dentro de la copa mientras lo miraba.

— Me peleé con Marcela — susurré.

— Eso ya me lo dijiste. — Dio un sorbo. — Lo que no entiendo es el porqué. Las cosas iban bien, vuestra relación estaba madurando.

— El empleado de Marcela se presentó ayer en su casa, borracho, y me soltó un montón de estupideces.

— Eso no es motivo para una pelea, piccolo.

— Marcela lo eligió a él en vez de a mí, zio — dije con amargura.

Frunció el ceño.

— ¿Elegir?

— No lo despidió, stronzo.

— ¿Tenía motivos para despedirlo?

— ¡Sí, caraglio! Ese mocoso está enamorado de ella! — exploté, sintindo a fúria voltar.

Mi tío echó la cabeza hacia atrás y empezó a reír. Mis dientes se apretaram com força.

— Eres un idiota — gruñí, bebiendo un trago largo antes de ponerme de pie. — No sé para qué vine.

— Siéntate, Cesare — ordenó.

— No voy a perder mi tiempo contigo.

— Pero yo sí voy a perder el mío intentando meterte algo de juicio en la cabeza.

— Stronzo, zio. No necesito juicio, necesito…

— ¿A ella? — completó, cuando no terminé la frase.

Me desplomé en la silla, los ojos desorbitados.

¿Cómo…?

— Estás enamorado, figlio.

— ¿E-enamorado? — tartamudeé.

— Es evidente que te has enamorado de ella, Cesare. Y no, no intentes negarlo.

— Yo…

— Eres temperamental. Y peor aún cuando tienes celos.

— ¿Celos?

— Estás muriéndote de celos de ese chico que dice quererla.

Abrí y cerré la boca, sin conseguir formular una resposta. Mi cerebro daba voltas.

¿Apaixonado?

¿Com ciúmes?

Stronzo.

Eu realmente tinha me apaixonado por Marcela?

Fechei os olhos um instante, sentindo meu pulso disparar quando todas as lembranças dela me invadiram: o sorriso, o olhar, a risada, o gosto do beijo… e o modo como ela me fazia sentir completo.

Cazzo.

Era isso?

Aquela dor e aquele vazio… era paixão?

— La inseguridad no te combina, piccolo — dijo.

Lo miré, aturdido.

— ¿Inseguro?

— Además de no combinarte, tu inseguridad es infundada. — Su tono se volvió irónico.

— Francesco…

— Marcela no querer despedir a su empleado es normal, figlio.

— ¿Normal? — escupí.

— Tú mejor que nadie sabes que es difícil encontrar a alguien de confianza…

— Sí, pero…

— Está entrando en el tercer trimestre del embarazo, Cesare. Es difícil para ella entrenar a otra persona ahora.

Suddenly I stayed speechless.

— No tienes argumentos porque, en el fondo, sabes que tengo razón.

Una parte de mí entendia. A outra…

— ¿Y si Marcela gusta de él? — dije en voz baja.

Francesco volvió a reírse de mí. Mi rostro se endureció.

— Es una posibilidad — murmuré.

— ¿De verdad crees que Marcela gusta de él, Cesare?

Me encogí de hombros, tenso.

— Ella no lo negó.

La expresión de mi tío se tornó peligrosa.

— Dime que no hiciste eso.

— ¿Qué?

— ¿Le preguntaste si le gustaba él?

— Yo tenía que saber, zio — dije, encogiéndome de hombros.

— Ragazzo stupido! Imbecille! — empezó a maldecir.

Arqueé una ceja.

— Nunca imaginé que pudieras ser tan estúpido — siguió.

— No hice nada tan grave.

— ¿Nada grave? — gritó. — Eres aún más imbecil de lo que pensaba. ¡Tengo ganas de darte un puñetazo!

— Vale, vale — levanté la mano, rindiéndome.

— Lo digo en serio.

— Lo entendí.

— No, no lo entendiste. — Me fulminó con la mirada. — Te conozco. Aún crees que tienes razón.

— Realmente, zio…

— Hay que ser muy idiota para preguntarle a la mujer con la que te estás relacionando si le gusta otro.

— Marcela no sería la primera — me defendí.

— Francamente. ¿Crees que ella es de ese tipo?

— Yo…

— Si realmente le gustara ese chico, no habría ido a una clínica de fertilidad, ¿no crees? Podría haber tenido los hijos que siempre soñó con él, y no con un burro como tú.

Francesco siguió insultándome, pero yo ya no oía nada, preso en seu argumento impecável.

A lembrança dela abraçando o próprio corpo voltou.
Depois… a da minha acusação.
E a dor na voz dela.

Fechei os olhos, sentindo uma navalha me cortar por dentro.

Minha mão tremeu. Deixei o copo sobre a mesa antes que caísse.

— Caraglio… ¿qué he hecho? — murmuré, e a raiva que restava virou toda contra mim.

— Enhorabuena pela mierda que hiciste, figlio — foi ácido. — Espero que ella te perdone.

Olhei para ele e levei outra facada invisível.

— No me va a perdonar, zio.

— No debería… pero creo que sí lo hará.

Neguei.

— Fui cruel, Francesco.

— ¿Cruel? No sé. ¿Infantil e imbecil? Mucho. Si te explicas, si dices que estabas teniendo un ataque horroroso de celos porque te enamoraste… quizá ella lo entienda. El sentimiento parece recíproco.

— Más motivo para que nunca me perdone — susurré, esmagado por dentro.

Como pude ser tão idiota?

Tão cego?

Eu estava apaixonado.

E tinha estragado tudo.

— ¿Qué he hecho, zio? He perdido a Marcela. Para siempre.

— Te equivocaste, figlio, pero "para siempre" es exagerado.

— No cuando le dices que no es la mujer que creías…

La expressão dele morreu na hora. Virou pura raiva.

— Será mejor que te vayas, Cesare, antes de que te rompa todos los dientes.

— Me lo merezco — murmuré, sem me mover.

— Qué bueno que lo sabes.

— Talvez deberías romperme la cara, zio… es mejor que…

No terminé. Era mejor que vivir sabendo que destruí a única felicidade que tive.

— No voy a darte ese regalo. Te mereces este dolor.

— Sí…

Francesco vació su copa de un trago.

— Estoy muy decepcionado contigo — dijo quando o silêncio caiu.

No respondí. Lo merecía. Pero dolía igual.

— ¿Qué vas a hacer, figlio? Ella es la madre de tus bebés.

— ¿Hay algo que pueda hacer?

— Fuiste hombre para decirle esa estupidez. Sé hombre para admitir tu error.

— ¿Y si…?

— No me decepciones actuando como un cobarde.

Tragué en seco.

— Ahora vete, Cesare, y haz lo que tienes que hacer como padre.

Me levanté de inmediato, como un crío obedeciendo.

— Espera, figlio.

— ¿Sí? — giré el rostro. Su mirada seguía dura.

— No quiero ver tu cara en una buena temporada.

El golpe dolió más que cualquier puñetazo.

Asentí y salí.

Dentro do carro, apoiei a testa no volante e comecei a bater nela, uma e outra vez, querendo me punir fisicamente, porque emocionalmente eu já estava destruído desde o momento em que feri Marcela com palavras cruéis.

Soltei uma risada amarga. Algum dia, por nossas filhas, Marcela me perdoaria. Mas eu? Eu nunca me perdoaria por ter perdido aquilo que me foi dado inesperadamente.

Capítulo 28



— Deja de ser un vigliacco — solté con rabia. — ¡Enfrenta las consecuencias de tus acciones, Cesare!

Decirlo era muy fácil, porque seguí aferrado al volante por minutos interminables, reuniendo el coraje necesario para salir del coche y caminar hasta el edificio de Marcela. Sabía que no sería una conversación sencilla, pero en el fondo entendía que dudaba por dos razones. La primera era una que ni siquiera debería existir: tenía miedo de ser rechazado por Marcela. No la culparía por no querer escucharme después de lo que le dije, pero aun así, mi ego temía una nueva fractura. La segunda: yo sabía exactamente lo que

encontraría en sus ojos. Ver lo mucho que la había herido, lo mucho que la había lastimado, era doloroso.

— Imbecille — murmuré entre dientes, repitiendo los insultos de mi tío.

Enfrentar la propia culpa era difícil.

— ¡Sé un hombre, stronzo! — grité.

Enojado conmigo mismo, por fin saqué la llave del contacto y bajé del coche, cerrándolo.

Mientras caminaba los pocos metros hacia el edificio, me pregunté si no debería haber comprado flores o algo así, pero sabía que podría transmitir el mensaje equivocado: que estaba intentando comprar su perdón, aumentando la decepción que sentía por mí.

No. Había sido mejor así. Si ella aceptaba mis disculpas, que fuese por mi arrepentimiento, no por detalles superficiales.

Llegué al interfono.

Debería presionar el número del apartamento de Marcela, pero me quedé paralizado.

Quizá debería llamarla. Ir hasta allí era invasivo y…

Excusas. Otra excusa.

Stronzo.

Yo era una gran decepción.

Volví a insultarme mentalmente, furioso conmigo, pero me interrumpí al escuchar el clic del portón al abrirse.

Me refugié en mi cobardía y levanté la mirada hacia la persona que salía del edificio.

— Jane — susurré al reconocer a la tía de mis bebés.

— Cesare. ¿Qué haces aquí? — preguntó, sorprendida al verme.

— Vine a hablar con tu hermana. — Vi cómo su semblante se llenaba de protección.

— ¿De verdad? ¿O viniste a seguir insultándola? Si es así, puedes irte.

— Sé que merezco… — empecé, pero Jane me cortó:

— Acusaste a mi hermana de no ser la mujer que pensabas, pero la única persona que realmente resultó ser alguien muy diferente a lo que parecía… eres tú, Cesare. — Respiró hondo, y la protección se transformó en decepción. — Yo creía que eras un buen hombre, que ibas a tratar bien a mi hermana. Me equivoqué. Y mucho.

— Me equivoqué, y estoy aquí para pedirle disculpas a Marcela — murmuré. — No tienes idea de cuánto me arrepiento de lo que dije… de lo que siento al saber que la hice llorar.

— Hiciste llorar a mi hermana, Cesare. Y mucho. — Vi tristeza en sus ojos.

Esa confirmación me atravesó el pecho. Mi corazón dolió, irradiando un peso que se extendió por todo mi cuerpo.

— Y no quiero que la vuelvas a hacer llorar — continuó, con lágrimas asomando en sus ojos, más oscuros que los de Marcela. — ¡Odio ver llorar a mi hermana!

— ¿Igual que ella odia verte llorar a ti? — intenté bromear, sin éxito. — Yo también odio hacerla llorar, Jane, pero no puedo prometer que nunca volverá a suceder.

— Deberías prometerlo, Cesare.

— Sì, debería… porque estoy enamorado de Marcela. — confesé.

Jane abrió los ojos, sorprendida.
— ¿Enamorado? — susurró.

— No lo parece, pero quiero mucho a tu hermana. ¡Demasiado! — sonreí con torpeza.

— Quien quiere, confía.

— Los celos no justifican nada, pero es la única excusa que tengo.

— Al menos eres honesto.

— Si tú lo dices.

Ella asintió.

El silencio cayó entre nosotros.

— ¿Entonces? — murmuré. — ¿Me disculpas por haber sido un idiota?

— No soy yo quien debe disculparte, Cesare. Es Marcela.

— También quiero estar bien contigo. Eres la tía de mis bebés.
— Estaremos bien si no vuelves a herir a mi hermana.

— Gracias, Jane. — Sonreí, y ella devolvió el gesto antes de volver a ponerse seria.

— No metas la pata tan pronto otra vez — advirtió.

— Lo intentaré.

Su ceja se arqueó.

— ¿Te esforzarás?

— Ustedes y las gemelas tendrán que ayudarme… — sonrió antes de decir: — Y piensa bien tus palabras para no herirla otra vez. Con celos o sin ellos, duele.

— Ya aprendí la lección, Jane.
— Ojalá.

— ¿Crees que ella me atenderá? — pregunté, inseguro.

— No puedo saberlo, Cesare, pero espero que sí.

— ¿Incluso después de mi cagada sigues esperando por mí?
Jane rodó los ojos.

— Espero por la felicidad de ella, no por la tuya. — ironizó.

— Esa dolió, Jane.

— ¡Mereces algo peor! — rió, y otra vez en el día me sorprendí riendo también.

— Necesito irme, Cesare. ¿Nos vemos algún día?

— ¿En el ultrasonido? — pregunté, acostumbrado a verla en las consultas.

Ella negó suavemente.

— No podré faltar al trabajo esta vez.

— Una pena.

— Sí… — suspiró. — Adiós, Cesare.

— Buenas noches. — Le extendí la mano.

— Para ti también.

La vi alejarse hacia su coche, arrancar y desaparecer calle abajo.

Regresé mi atención al interfono.

Otra vez la duda me atrapó, pero no duró: levanté mi mano temblorosa y presioné el botón del apartamento de Marcela.

En cuanto lo hice, supe que no había vuelta atrás. Mi pulso se aceleró y sentí el sudor en mis manos.

Stronzo.

Ahora solo podía esperar que Marcela me permitiera hablar… y que aceptara mis más sinceras disculpas.

Capítulo 29



— ¿Quién será? — murmuré en cuanto escuché el sonido del intercomunicador, y me levanté sintiendo los "pataditas" de mis bebés, que parecían bastante inquietas.

Yo sabía que no era Jane; mi hermana había salido hace menos de diez minutos y nunca tocaba el interfono, ya que tenía la llave de mi apartamento.

Me quedé petrificada en el lugar, sintiendo cómo mi cuerpo se enrijecía con la única possibilidade que me vino a la mente: Leonardo.

Yo sabía que tendría que enfrentarme a él mañana y que los dos necesitábamos tener una conversación seria, pero hoy, definitivamente, no quería hablar con él. Y tampoco tenía paciencia para lidiar con mi empleado si estaba borracho otra vez.

Yo estaba resentida con él, con lo ocurrido, especialmente por la pelea que se desató con Cesare después de la visita de Leonardo. Deseé con todas mis fuerzas que no fuera él.

Pensar en Leonardo me hizo recordar la reacción de Cesare.

Que él hubiera considerado la possibilidade de que yo no despediría a Leo porque me gustaba, había sido un golpe enorme; pero escucharlo decir "No eres la mujer que yo creía que eras" fue la puñalada que hizo que mi corazón empezara a sangrar.

Lo peor de todo era que temía que aquella herida tardaría muchísimo en empezar a cicatrizar —si es que algún día cerraba— porque él seguiría siendo una presencia constante en mi vida y yo…

Yo me enamoré de él.

Me enamoré de él con fuerza. Y sabía que era ese amor lo que me hacía daño… y lo que me heriría aún más.

Yo me entregué a Cesare de cuerpo, alma y corazón, pero al final, todo lo que le di no fue suficiente.

Pensar en eso hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas y que mi pecho se apretara.

El sonido del interfono volvió a retumbar en mis oídos, trayéndome de regreso al presente.

No tenía dudas de quién era: Leonardo, y borracho. Y no dejaría de tocar hasta que yo contestara.

— ¡Mierda! — murmuré, apoyando la mano en mi lumbar dolorida y caminando hasta el interfono.

Antes de que pudiera decir cualquier cosa, una voz inesperada emergió del otro lado, acelerando mi pulso y dejándome temblorosa:

— Sé que tienes mil razones para no querer hablar conmigo, pero no me cierres el interfono en la cara, aunque sé que lo merezco.

— Cesare… — susurré, sin creer que era el padre de mis bebés. Sentí un movimiento en mi vientre.

— Por favor, dolcezza, perdóname — pidió.

— Yo… — No supe qué decir.

— Me equivoqué, lo sé…

— Te equivocaste — confirmé.

— Te hice daño.

— Me dejaste en pedazos, Cesare — acabé confesando en un susurro, y me insulté mentalmente.

Era de una estupidez enorme darle otra arma a quien ya me había herido. Él solo me destrozaría aún más.

— Y yo me destruí contigo, dolcezza.

Una risa incrédula nació en mi garganta, y las lágrimas comenzaron a caer. ¿Cómo podía ser tan cruel?

Me obligué a tragar la risa amarga, mientras un nudo se formaba en mi garganta.

— Destruir es una palabra muy fuerte, Cesare, y es difícil imaginarte destruido. Tú jamás llegarías a ese punto, y mucho menos por una mujer.

— Compruébalo tú misma. Déjame subir.

— Mejor que no.

— Dame una oportunidad, Marcela, una segunda oportunidad… ya que tú ya me diste una cuando fui un imbécil

antes. — El tono de Cesare rozó la desesperación, aunque yo me repetí que era solo mi corazón enamorado queriendo ilusionarse.

Empecé a sentirme afectada. Sí. Yo le había dado una oportunidad a Cesare por nuestras bebés, y hasta ahora él se había aferrado a ella con fuerza… pero lo había hecho por nuestras hijas; después de todo, peleas y disputas no traerían nada bueno para ellas.

Nuestra relación era otra cosa…

Relación… Eso nunca existió entre nosotros. Lo que existió fue placer.

— Dolcezza… — insistió.

— Si te doy una segunda oportunidad, tendré que darte una tercera, una cuarta, y entraremos en un ciclo vicioso sin consecuencias para ti.

— Marcela, no…

— Tener sexo fue muy cómodo para ambos, pero estoy segura de que no traerá nada bueno; al contrario — continué, sin darle espacio para hablar, mi voz saliendo herida y temblorosa. — Vas a acostarte con una mujer que imaginaste que era muy distinta y yo… yo… ¡No importa!

Me odié por dejar escapar un sollozo entre el llanto que no cesaba.

— Por favor, Marcela, no llores… — murmuró.

— ¿Qué quieres que haga, Cesare?

— Quiero que me dejes verte.

— Yo…

— No me iré de aquí sin verte, dolcezza… — me interrumpió con un susurro quebrado.

— Cesare…

— Déjame subir, por favor. Sé que te perdí como mujer, pero sigues siendo la madre de mis bebés… — hizo una pausa y pude imaginarlo pasándose la mano por el cabello. — Cazzo! Me preocupo por ti.

— Yo…

— Voy a suplicar cuantas veces sea necesario.

No respondí al instante; solo cerré los ojos y seguí escuchando su respiración agitada del otro lado de la línea.

Dolía… y dolería aún más verlo ahora. Pero yo era muy débil… y más débil aún por aferrarme a la excusa de que él era el padre de mis hijas.

Lloré en silencio.

— Está bien — dije, al fin.

Sin esperar su respuesta, colgué y presioné el botón para abrirle el portón.

Una de las gemelas se movió mientras yo me obligaba a caminar hacia la entrada del apartamento para destrancar la puerta.

Deseé que los minutos que él tardaría en subir pasaran lentos, como si estuvieran dentro de un gotero. Pero no. Pasaron rápido. Y pronto estaba frente a frente con mi verdugo. El sangrado metafórico de mi corazón pareció intensificarse al ver a Cesare.

Era el mismo hombre.

La misma altura.

El mismo corte de cabello.

La barba igual de recortada… pero sus ojos estaban distintos.

Sus párpados pesados.

El azul de sus pupilas sin brillo.

La esclerótica, normalmente blanca, ahora enrojecida —como si hubiera llorado.

Me sentí una tonta.

Cesare no lloraría.

Al menos… no por mí.

Debía dejar de crear ilusiones. No me quedaban bien. Ya tenía treinta y cuatro años, por el amor de Dios.

Nos quedamos inmóviles, mirándonos, hasta que él avanzó hacia mí.

Di un paso hacia atrás por instinto cuando se detuvo frente a mí, y vi cómo su nuez subía y bajaba.

— Lo siento, dolcezza.

— Yo también lo siento.

— No sabes cuánto me arrepiento de lo que dije. No sabes cuánto me odio en este momento por saber que te hice llorar varias

veces. Cuánto me odio por haberte herido, cuánto me detesto por haber sido inmaduro. — Pasó la mano por su barba.

— Las palabras tienen el poder de herir, pero no siempre tienen el poder de curar.

— Sé que no es suficiente, pero por ahora solo tengo palabras… y la esperanza de que algún día creas en ellas.

No respondí. Me quedé atrapada en la "supuesta" humedad que creía ver en sus ojos, creación de mi mente y de mi visión borrosa por el llanto.

— Voy a amargarme el resto de la vida por lo que te hice, dolcezza.

— La eternidad es demasiado. Estoy segura de que, pronto, tendrás algo más importante en qué pensar. — Llevé la mano a mi vientre, sintiendo a mis bebés moverse.

Cesare negó con la cabeza.

— Sufriré cada vez que te mire, Marcela — murmuró, y sentí sus palabras como cuchillas en mi corazón.

— Entonces, ¡no me mires!

— Mirarte me recordará lo estúpido que fui. Lo poco hombre que fui. Porque sí… el único que se mostró alguien completamente diferente fui yo. No me comporté como un hombre maduro al no preguntarte tus razones para mantener a tu empleado. Fui ciego. Fui el villano de nuestra historia. ¿Y por qué? Por un motivo totalmente idiota.

— ¿Cuál? — pregunté, aunque algo dentro de mí sabía que lo mejor era callar.

— Celos.

— ¿Celos? — fruncí el ceño.

— Sì. Los celos que siempre sentí de ti con él me llevaron a imaginar algo que nunca existió, y a agrandar una situación que se resolvería con diálogo. Un diálogo franco, no uno lleno de inmadurez — continuó.

Dio un paso hacia adelante, y esta vez yo me quedé quieta, aunque la proximidad me doliera.

No pude decir nada.

Lo único que me vino a la mente fue que no habría más besos… que nunca más rodearía su cuello con mis manos… que no sentiría su piel estremecerse…

— Y si hubiera sido honesto contigo sobre cómo me siento desde hace tiempo… quizá algo habría cambiado.

— ¿Y cómo te sientes? — No debería querer saberlo. Sus sentimientos no deberían importarme. Él no se preocupó por los míos…

Cesare me miró directamente a los ojos.
Vi tristeza, arrepentimiento y…

— Me enamoré de ti, dolcezza — confesó con desesperación. — No porque seas la madre de mis hijas, sino por tu sonrisa, por tu voz, por tu risa, por tu rostro, por tu toque, por tu beso…

— Cesare… — susurré, sintiendo mi corazón disparar.

— Me enamoré de ti, Marcela, por completo. Me enamoré, pero aun así nos condené. Mi castigo es tener que mirar a quien me completaba sabiendo que fui yo quien la arrancó de mí. Es hundirme en la imaginación de lo que podríamos haber sido juntos, de que, sin dudas, terminaría contratándote para un tercer proyecto. — Vi una lágrima deslizar por su mejilla.

— ¿Tercer proyecto? — pregunté con la voz quebrada, porque verlo llorar me hizo romper en llanto otra vez.

— Sí… de la casa que compraríamos para nosotros y para nuestras hijas, dolcezza… — completó antes de desmoronarse en un llanto convulso.

Fue instintivo envolverlo con mis brazos, y Cesare no dudó en abrazarme de vuelta, enterrando el rostro en mi hombro mientras lloraba, sus lágrimas tocando mi piel.

Yo sabía que debería ser prudente, que debería protegerme y no ser precipitada; podía ser solo un discurso hermoso. Pero las emociones, el cariño que yo sentía por él y mi propio deseo de ser feliz sobrepasaron mi razón.

— Podemos intentarlo, Cesare — dije, deslizando mis dedos entre su cabello, sintiendo su suavidad. — No puedo decirte cuándo el dolor se transformará en perdón, no puedo garantizar que volveremos a ser lo que éramos antes y, mucho menos, prever si algún día seré contratada para un tercer proyecto… pero creo que podemos intentar…

— Marcela…

— Tu acusación me dolió tanto porque yo también terminé enamorándome. Me hirió porque yo creí que sentías mi entrega en cada beso, en cada toque. Que eso era suficiente para que no dudaras de que eres tú a quien quiero.

— Fui un idiota.

— Y yo fui un poco terca al no negar desde o início que no me gustaba Leonardo de ese modo. — Retrocedí un poco para mirarlo.

— Yo ya te había herido, dolcezza — murmuró, acomodando un mechón de mi cabello detrás de la oreja.

— Habría traído menos sufrimiento para ambas partes.

— Lo hecho, hecho está.

— Sí, tienes razón.

— Gracias por intentar perdonarme, Marcela. — Apoyó su frente en la mía. — Gracias por darme otra oportunidad de intentar ser feliz.

— No tengo dudas de que serías feliz sin mí.

— No, no lo sería — afirmó en ese tono arrogante tan característico suyo, que no admite ser contradicho. — Antes de conocerte y de saber que sería padre, yo solo estaba sobreviviendo. Tú me enseñaste lo que es la felicidad, lo que es vivir, lo que es sonreír.

— Cesare… — Sentí lágrimas, ahora de felicidad, deslizarse por mis mejillas.

— Que tú hayas sido inseminada con mi material fue el mayor acierto de mi vida.

— Si realmente piensas así, entonces tienes que pedir que archiven el proceso contra la clínica — bromeé.

Sus labios se curvaron.

— Sì, tengo que hacerlo, pero antes hay algo más importante.

— ¿Qué?

— ¡Besar a mi mujer! — dijo, inclinando la cabeza hacia mí.

Nuestros labios se encontraron y yo rodeé su cuello con un brazo, queriendo que estuviéramos aún más juntos.

Un sonido gutural escapó de Cesare, y me derretí cuando su lengua hábil rodeó la mía en un beso desesperado.

Suspiré, entregándome, esperando que, esta vez, después de nuestra conversación, Cesare realmente sintiera que yo era suya.

Un movimiento fuerte en mi vientre me obligó a poner fin al beso.

— Dolcezza? — Pareció preocupado.

— Nuestras bebés.

Él sonrió y llevó la mano a mi barriga.

— ¿Extrañaron al papá, miei angeli? — preguntó con un tono suave, sus palmas recorriendo todo el volumen.

— Estuvieron muy agitadas — confesé.

— Lo siento. — Vi el dolor cruzar sus ojos azules.

— Vas a compensarnos — dije con malicia.

— ¿Ah, sí?

— Sì, con un buen masaje en mi espalda.

— ¿Sigue doliéndote?

— Al parecer, será constante de ahora en adelante. — Le dediqué una sonrisa amarga.

— Entonces tengo que hacer algo al respecto — afirmó con arrogancia.

— Sí, tienes que hacerlo, señor multimillonario — lo provoqué, pasando la punta de mi dedo por su cuello. Me deleité al ver que se erizaba.

— Entonces, ¿me dejarás entrar a tu apartamento? — preguntó con una sonrisa divertida, y solo entonces caí en cuenta de

que toda esa conversación había ocurrido en el hall común y cualquier vecino podría haber escuchado.

— ¿Qué crees?

— ¡Que eres una descarada! — me acusó, pero antes de que pudiera responder, su boca volvió a dominar la mía, y sentí la pasión que tenía por mí en cada movimiento de su lengua, en cada suspiro.

Mi corazón enamorado —quizá ilusionado— comenzó a rogar, con todas sus fuerzas, para que ese beso fuera solo el preludio de algo mucho mayor que una simple reconciliación:

que fuese el inicio de una historia de amor, con un final más que feliz.

Capítulo 30



Miré mi reloj de pulsera, comprobando la hora otra vez. Ya pasaba de las once y media y nada de que Leo llegara. Cada vez estaba más preocupada. Primero, porque él no tenía la costumbre de llegar tarde. Segundo, porque no me había avisado de antemano que tendría una consulta o algún compromiso importante en la facultad a esa hora. Tercero, porque no había contestado ninguna de mis llamadas. No era propio de él desaparecer sin dar ninguna explicación.

— ¿Dónde te metiste? — murmuré. Además de preocupada, también estaba irritada con él.

Cuando llegué a la oficina, estaba más que dispuesta a empezar mi día de trabajo hablando con él sobre lo ocurrido el sábado, con ganas de dejar todo claro, reconociendo mi parte de la culpa por no haber dicho antes que nuestra relación nunca iría más allá, algo que yo creía que era obvio. También dejaría claro que no aceptaría que se metiera en mi vida personal solo porque le gustaba de mí.

Sin embargo, aquí estaba yo, frustrada con esa pendiente que me quitaba el foco de lo que realmente importaba: mi trabajo.

— Mierda — resoplé, y una de mis niñas aprovechó para dar una patada fuerte, que reverberó por mi columna, provocando una punzada.

Llevé la mano a mi vientre y lo acaricié.

— Cálmense, pequeñas, si no, mamá no va a soportar el dolor hasta el final del embarazo — bromeé con ellas. — Pueden patear y moverse, pero más despacio.

Hubo otro movimiento en mi barriga, solo que esta vez, aunque me dio otra punzada, acabé sonriendo, tomando la patada como una respuesta.

Seguí conversando con Isabel y Eleonora, hasta que decidí volver al trabajo. Deben haber pasado unos cinco minutos cuando

escuché pasos.

— ¿Leonardo? — lo llamé, ya que no había ningún cliente agendado para ese horario.

— Soy yo, Cela —. Su voz sonó extraña a mis oídos.

— En mi sala, por favor — ordené en un tono suave.

— Okay.

Me irrité aún más cuando pensé que tendría que pedir otra vez, ya que Leo no vino de inmediato, tardando unos buenos minutos en entrar en mi despacho.

Arquée una ceja al contemplar su apariencia deplorable: el cabello despeinado, la ropa arrugada, el rostro hinchado y los ojos enrojecidos por el alcohol. No dudaba de que debía estar con un dolor de cabeza horrible, pero Leonardo se lo había buscado.

— Siéntate — ordené.

Él asintió y arrastró una silla frente a mí, sentándose.

— Perdón por el retraso, Cela. No volverá a ocurrir — dijo, pero no justificó el atraso.

— Eso espero — murmuré. — También espero que nunca más vuelvas a mi casa a hacer el espectáculo que hiciste. ¿En qué estabas pensando, Leo?

— Necesitaba hacer algo, Cela — dijo con un tono en el que no había ni rastro de arrepentimiento. — Todavía necesito hacerte ver la verdad sobre ese tipo.

— Quiero dejar algo muy claro, Leonardo, algo que pensé que ya había dicho. Tú no tienes que hacerme ver nada. Yo no te di permiso para invadir mi vida personal.

Negó con la cabeza como un animal enfurecido, antes de prácticamente gritar:

— Él solo quiere usarte, Marcela, mientras yo solo quiero protegerte.

— Modera el tono, por favor.

— ¡Él solo quiere divertirse contigo, ¿no lo ves?! — No bajó la voz. — Al fin y al cabo, ¿qué podría haber visto en ti, Cela? ¡Ese idiota puede tener mujeres guapas, perfectas! Y tú estás toda hinchada. ¡Seguro que es un jueguito pervertido!

— Juego o no, Leo, eso no te concierne.

— ¡Sí me concierne!

— Claro que no, tú eres solo mi empleado.

— Yo quiero ser mucho más que eso, Cela. ¡Siempre quise! A mí no me importa si estás destrozada por el embarazo, solo quiero una oportunidad contigo.

— Eso nunca va a pasar, Leo, y menos aún cuando insultas mi apariencia — dije con firmeza.

— Es la realidad. Tu cuerpo está lejos de ser ideal. Tus pechos ya están un poco caídos, ¿sabías? ¡Y ni siquiera has empezado a amamantar!

— Estás yendo demasiado lejos, Leo. Será mejor que pares antes de que tenga que tomar una decisión más drástica — hablé.

— No me importa eso, lo que importa es que me gustas — insistió, poniéndose de pie de un salto. — ¡Siempre me gustaste! Pero entonces aparece ese tipo… Ese tipo no siente nada por ti, ¿no lo ves? En cuanto entres en el posparto, ese idiota te va a sustituir por una buenorra.

— ¡Basta, Leo! — En cuanto le grité, sentí una patada fuerte en mi vientre.

A pesar del dolor que me invadió, me obligué a respirar hondo para controlarme. Ponerme nerviosa y más irritada de lo que ya

estaba no sería bueno para mis bebés. Ya habían sido días difíciles.

— A diferencia de ese imbécil, yo voy a esperarte — dijo, empezando a caminar de un lado a otro en la sala. — Yo voy a esperarte, Cela. ¿Ya no he estado esperando una oportunidad desde hace tiempo?

— Te lo estoy advirtiendo, Leo. Para, antes de que te despida por justa causa.

— ¿Despedirme? — Se detuvo y soltó una risa. — ¡No me vas a despedir! Me necesitas.

— Te necesito, pero eso no significa que voy a aceptar insultos, mucho menos acoso, ni quedarme escuchando los absurdos que me estás diciendo. Es una falta de respeto.

— El único que te insulta, que te falta al respeto, es ese ricachón. Yo solo estoy intentando abrirte los ojos, Cela, y darte la oportunidad de estar con un hombre de verdad. Un hombre que te va a satisfacer y te hará gritar de placer, algo que él no fue capaz de hacer.

Volví a respirar hondo y sentí un gran pesar, porque no tenía elección: tendría que despedirlo. Sabía que mi vida se volvería mucho más difícil sin mi asistente, pero él no me dejaba otra opción. Una pena, Leonardo sería un excelente diseñador de interiores, pero yo ya no podía permitir que continuara con esa conversación insana.

— Leonardo, estás despedido.

— ¿Qué? — gritó.

— Recoge tus cosas y vete. Le pediré a mi abogado que prepare tu rescisión de contrato laboral.

— ¡No puedes estar hablando en serio, Cela! — dijo, indignado.

— Lamentablemente, tu postura no permite que sigamos trabajando juntos. — Esbocé una sonrisa triste. — En nombre de los buenos tiempos, no voy a presentar una denuncia. Por favor, recoge tus cosas y vete. Te deseo éxito en tu carrera.

— No, Cela…

— Lo siento.

— ¡No voy a aceptar esto! — bramó.

— No hay nada que puedas hacer. No voy a dar marcha atrás en mi decisión.

— ¡No! — dio otro grito, y sentí un escalofrío desagradable recorrer mi columna cuando volvió a caminar por la sala y vino en mi dirección.

— No te acerques a mí, Leo — pedí, mientras él rodeaba mi escritorio.

— Dame una oportunidad, Cela — pidió. Sujetó el brazo de mi silla y la giró, dejándome de frente a él.

Mi pulso se disparó y sentí un estremecimiento de miedo atravesarme.

— Por favor, Leo…

— Solo quiero un beso, Cela. ¡Vas a ver que soy mucho mejor que él!

Cuando empezó a inclinarse sobre mí, reuniendo todas mis fuerzas, estiré los brazos, apoyé las manos en su pecho y lo empujé con todas mis fuerzas, haciendo que tambaleara por la sorpresa.

No perdí el tiempo. Mientras Leonardo seguía atónito por mi reacción, me puse de pie, pero antes de que pudiera dar un solo paso para salir de la sala, escuché la voz furiosa de Cesare:

— ¿Qué está pasando aquí, mocoso?

— ¡Cesare! — susurré y volví a sentarme en la silla, aliviada por su presencia, segura de que no dejaría que Leonardo hiciera nada conmigo.

— ¡No es lo que estás pensando! — gimió Leonardo.

— ¿No? ¿Y qué es lo que estoy pensando, chiquillo?

Con pasos rápidos, Cesare se acercó a él y pude ver cómo Leo se estremecía.

— Que estaba intentando besar a Cela.

— ¿Y no estabas?

— Sí, pero fue ella quien me pidió un beso.

Cesare soltó una risa seca y negó con la cabeza. Leo continuó con sus mentiras:

— Ella siempre me obliga a besarla. ¡Si no obedezco, pierdo mi empleo! Es una víbora lujuriosa.

— ¡Hijo de puta! — grité.

Cesare soltó una maldición entre dientes y dijo:

— Marcela nunca haría eso. ¿De verdad crees que voy a creer en lo que dices, mocoso?

Antes de que Leo pudiera reaccionar, Cesare descargó un puñetazo fuerte en su mandíbula, haciendo que su rostro girara. Un gemido alto escapó de los labios del chico.

— No vuelvas a intentar besar a mi mujer, diavolo — dijo Cesare antes de darle otro puñetazo, esta vez a la altura del abdomen. — Y mucho menos intentes echarle la culpa a ella.

Leonardo volvió a gemir de dolor. Cesare lo sujetó por el cuello de la camisa y, levantándolo como si no pesara nada, lo tiró al suelo.

— ¡Hijo de puta! — gritó Leonardo después de un instante en el que pareció luchar por aire. — ¿Quién te crees que eres para pegarme?

— El hombre que te va a dar una paliza aún mayor si no te levantas y sales de aquí ahora.

— ¡Voy a denunciarte por agresión!

— Siéntete libre, marmocchio, pero si fuera tú, me largaría ahora mismo, porque estoy muy tentado a matarte. ¡Desaparece de aquí!

— Vete, Leonardo, y no vuelvas nunca más — pedí.

Mi ex empleado me fulminó con la mirada.

— ¡Te vas a arrepentir de haber elegido a este hombre, Marcela! ¡Él te va a engañar a la primera oportunidad! ¡Te va a cambiar por una buena de verdad!

— Pagaré por ver — repliqué. — Vete, Leonardo, no te lo voy a repetir. Recoge todas tus cosas y vete antes de que llame a la seguridad del edificio.

— ¡Esto no se va a quedar así! — amenazó. Después se levantó, nos dio la espalda y salió de mi sala.

— Voy a asegurarme de que se vaya de verdad, dolcezza — dijo Cesare al seguirlo.

Mientras escuchaba la voz de Cesare ordenando que se fuera lo más rápido posible, aproveché para tomar mi extensión y llamar a la portería, pidiendo que bloqueasen el acceso de Leonardo al edificio como medida de protección.

En cuanto Cesare regresó, automáticamente me levanté y, con pasos rápidos, pero algo inseguros por toda la situación, me lancé a sus brazos, que no dudaron en sostenerme.

Aunque lo sentí bastante tenso, me acurruqué contra su pecho firme y oí los latidos de su corazón retumbar fuertes en mis oídos.

— ¿Estás bien, dolcezza? — preguntó con seriedad, acariciando mi espalda.

— Solo con la adrenalina un poco alta.

— No necesitas ponerte nerviosa. Es demasiado cobarde como para intentar hacerte algo mientras yo esté aquí — dijo con arrogancia.

— Tienes razón — concordé, esbozando una sonrisa. Nunca en mi vida imaginé que podría enamorarme de alguien tan prepotente como Cesare.

— Entonces solo respira hondo.

Dejó un beso en la parte superior de mi cabeza y hice lo que dijo, intentando controlar mis nervios.

No tardó para que las manos de Cesare alcanzaran los laterales de mi barriga y, con el tiempo, terminé suspirando, deleitándome con las caricias, con el calor. Lentamente, sentí cómo parte de su tensión también lo abandonaba.

— No te estaba esperando aquí — comenté, alejándome un poco para mirarle el rostro.

— La reunión fue más rápida de lo esperado, así que, ¿por qué no traer a mi mujer a almorzar?

— Sí… ¿por qué no?

— Me alegra haber llegado en el momento justo, dolcezza.

— A mí también.

— ¡Desgraciado! Esto no se quedará así — gruñó.

— Ya le pegaste, Cesare.

— No fue suficiente.

Fruncí el ceño.

— ¿Qué vas a hacer?

— Nada de lo que tengas que preocuparte.

— Cesare… — hablé en tono de advertencia.

— Nada fuera de la ley, dolcezza. — Sonrió. — Solo voy a librarme de ese imbécil y asegurarme de que no nos moleste nunca más.

— Okay.

— Pensé que protestarías más.

— Tengo cosas más importantes de las que preocuparme ahora que de tu venganza particular.

— ¿Ah, sí?

— ¡Necesito un asistente nuevo! Hay tantas cosas que necesitan organizarse… y falta tan poco tiempo para tener a las gemelas. ¡Dio! Mis proyectos se van a retrasar bastante, ya que iba a dejar a Leonardo al mando.

— Puedo ayudarte a encontrar a alguien que lo sustituya. Mi departamento de Recursos Humanos se encarga de eso. — La mano de Cesare dejó mi barriga y empezó a subir por mi columna, erizándome.

— Te lo agradezco.

— ¿De verdad estás agradecida?

— Claro.

— No lo parece, dolcezza.

— No te entiendo, Cesare.

— ¿No estás echando en falta algo?

— No. ¿Y tú? — Me hice la inocente.

— Estoy esperando tu beso.

— ¡Qué romántico! — Alcé la mano para tocar su mejilla.

— ¿Entonces? — preguntó con malicia.

— Puedes besar a una buenorra de verdad — lo provoqué, y su mueca fue automática. Me sujetó fuerte por la nuca, arrancándome un gemido.

— Solo conozco a una buenorra de verdad, dolcezza.

— ¿De verdad?

— Y lo increíble de todo es que ya es mía, y yo soy completamente suyo — dijo con convicción, encendiendo un calor en mi abdomen, antes de robar el beso que tanto quería… o mejor dicho, que los dos queríamos…

Capítulo 31



— ¿Qué estás haciendo aquí? — La voz del mocoso llegó a mis oídos en cuanto abrió la puerta de su apartamento. Lo miré, sintiendo cierta satisfacción al ver el moretón en su rostro, marca que, sin duda, había sido dejada por mi puño. — ¿Sabías que esto es acoso?

— De acoso tú entiendes, ¿no es así? — dije con cinismo, entrando sin ser invitado.

— ¡Cela solo me apartó porque tú apareciste! Ella siempre me besa y me pide que haga… ya sabes… —me provocó.

— ¿De verdad crees que voy a creer una mierda como esa?

— Cuando Cela se corre, grita fuerte, ¿sabías?

— ¡Desgraciado!

Vi que retrocedió varios pasos hacia dentro de la sala, como el gran cobarde que era, pero aun viendo todo rojo por la rabia y decidido a dejarle la cara aún más destrozada, avancé sobre él, lo agarré por el cuello de la camisa y hablé entre dientes:

— ¡No voy a tolerar que hables así de mi mujer!

— ¡Solo estoy diciendo la verdad! — Esbozó una sonrisa burlona. — Marcela es una puta en la cama.

Ni pensé. Solo reuní toda mi fuerza para lanzarlo al suelo de un puñetazo. Sentí mi puño palpitar con el impacto de mi mano contra su rostro.

Un hilo de sangre descendió por la nariz del idiota, que comenzó a reírse mientras se levantaba.

— ¿Te parece gracioso recibir una paliza, diavolo? — murmuré, tentado a darle una patada en las pelotas.

— Voy a sacarte millones en los tribunales, ricachón. Así que cuanto más me golpees, más rico me vuelvo.

— ¡Eso no va a pasar!

— Hay cámaras en el pasillo, y puedo probar que entraste a la fuerza en mi apartamento y me agrediste. Esta vez es un caso ganado, idiota. — Sonrió con burla.

— No harás eso si no quieres sufrir las consecuencias, ragazzo. No vas a acercarte nunca más a mi mujer, ¿fui claro?

— ¿O qué? ¿Vas a mandar matarme? — preguntó con petulancia.

— No llegaría tan lejos. No vales el esfuerzo.

— Pero viniste hasta aquí solo por mi causa, qué irónico — se burló.

— Vine solo para avisarte: mantente lejos de ella.

Él soltó una carcajada.

— ¿Cuánto me vas a pagar para que mantenga mis manos lejos de tu mujercita? Estoy seguro de que ella me va a llamar tarde o temprano… —me provocó.

Esta vez, no cedí al impulso de golpearlo y simplemente sentencié:

— Haré que pierdas tu beca.

— ¿Qué? — Abrió los ojos, y yo sonreí con maldad.

— Sabes perfectamente de qué hablo: fraude. ¿Pensaste que nadie descubriría que falsificaste documentos para conseguir esa beca?

Abrió y cerró la boca, pero sin emitir sonido alguno.

— Si te atreves a acercarte a Marcela otra vez o sigues difamándola, puedes despedirte de tu beca, de tu carrera y de cualquier oportunidad de empleo. No voy a parar hasta destruirte.

— No-no pue-puedes…

— Puedes comprobar de lo que soy capaz, si te atreves. Tú decides. — Me encogí de hombros.

Contuve la risa al verlo palidecer. Vigliacco.

— ¿Estamos entendidos?

— ¿Qu-quién ga-garantiza que tú no vas a perjudicarme?

— No tienes otra opción más que confiar en mi palabra, ¿no es así?

Tragó en seco.

— ¿Estamos entendidos? — repetí.

— S-sí…

— ¡Excelente! — Lo miré de arriba abajo con desprecio, como el gusano que era. — Una cosa más, mocoso.

— ¿Q-qué?

— Sé que Marcela jamás se acostaría contigo, no cuando está en mi cama. Nunca creí esa estupidez — dije con arrogancia. — Y solo para que quede claro, no tengo la menor intención de cambiarla por otra, porque ella es mi deliciosa, y a diferencia de ti, que eres un pollito, yo no tengo ningún problema en admirar a la mujer que es. Hasta nunca, bastardo.

Sin esperar respuesta, le di la espalda al idiota, deseando que no fuera tan estúpido como para enfrentarse a mí; al final, ese mocoso jamás sería capaz de vencerme.

(…)

— Buenas tardes, signore. ¿En qué puedo ayudarlo? — preguntó la recepcionista en cuanto me acerqué al mostrador, abriendo una sonrisa que me pareció dulce demais.

— ¿Brunelleschi se encuentra?

— ¿El signore Brunelleschi?

— Sì.

— ¿Agendó una cita con él, signore? — Pareció algo confundida.

— No. ¿Está o no?

— Está, pero el signore Brunelleschi solo recibe con cita marcada.

— Tengo certeza de que querrá atenderme.

— Signore, infelizmente…

Interrumpí su discurso con un movimiento de mano y le informé:

— Diga que Cesare della Rovere está aquí.

— ¿Della Rovere? ¿El hombre que…? — Se interrumpió de golpe y pareció palidecer.

— ¿El hombre que demandó a la clínica por el error que cometieron y que es responsable por su pérdida financiera? Sí, ese mismo.

Ella tragó en seco.

— ¿Puede avisar que estoy aquí y preguntar si puede recibirme, signorina? — pedí con gentileza; al fin y al cabo, la recepcionista no tenía culpa de nada.

— Claro, signore, un momento.

— Gracias.

Vi cómo levantaba el teléfono del gancho, imaginé que llamaba a la extensión de la sala de Brunelleschi.

No presté atención a la conversación, que duró apenas unos segundos.

— El signore Brunelleschi va a recibirlo. Sígame, por favor — dijo al levantarse, lo que no me sorprendió en absoluto.

Asentí y la seguí por algunos pasillos hasta llegar a la oficina de Brunelleschi. Noté que no se molestó en ir hasta la puerta a recibirme.

— Buenas tardes — saludé al entrar.

— ¿En qué puedo ayudarlo, signore della Rovere? — preguntó fríamente.

— ¿No va a invitarme a sentar?

— Usted no es un invitado, ni un cliente.

— Podría volver a ser uno — bromeé, acercando la silla y sentándome, aunque no hubiese sido invitado para hacerlo.

— No estoy tan loco como para aceptarlo de nuevo como cliente — dijo secamente. — ¿Qué desea, della Rovere?

— Una tregua — respondí con honestidad.

— ¿Tregua? — frunció el ceño.

— Y también agradecer.

— ¿Agradecer? — susurró, su expresión volviéndose incrédula, antes de exclamar furioso: — ¿Estás burlándote de mí?

— ¿Por qué lo haría?

— Me jodiste la vida, della Rovere. Perdí varios clientes por la noticia que salió sobre la negligencia de mi clínica con los materiales de los pacientes y por la demanda.

— Yo no tengo la culpa del error que cometieron…

— ¡Pero tú fuiste el responsable de destruir la reputación de mi clínica al exponer todo en los medios! — me interrumpió.

— Estaba con rabia. Confié en ustedes y cometieron un error absurdo. Tenían que pagar — dije, encogiéndome de hombros.

— Estoy pagando muy caro, della Rovere, y eso sin siquiera haber llegado al tribunal.

— No iremos a la corte.

— ¿Qué? — gritó.

— Le pedí a mi abogado que solicitara el archivo del proceso en el que pedíamos indemnización por daños.

Me miró como si me hubieran brotado cuernos en la frente.

— ¿Por qué harías eso?

— Porque el error que cometieron me dio las tres mejores cosas que me han pasado en la vida.

— No puedo creer lo que estoy escuchando — murmuró.

— Pues créalo, Brunelleschi. — Esbocé una sonrisa. — No necesito el dinero que seguramente ganaría en ese proceso, así que… ¿por qué no dejarlo atrás?

Brunelleschi se quedó paralizado, mirándome sin ser capaz de decir nada.

— Eso es todo — dije, poniéndome de pie. — En breve, mi abogado se comunicará con el suyo para enviar la notificación, y creo que el de Marcela hará lo mismo.

Me levanté y le di la espalda, dispuesto a salir de la oficina.

— ¡Espera, Cesare! — gritó, y me giré hacia él. — ¿De verdad hablas en serio? ¿Vas a retirar la demanda?

— Si sigues dudando de mi palabra, vas a dejarme tentado a cambiar de idea.

No esperé una respuesta ni un agradecimiento, así que me di vuelta y salí rápidamente de la oficina.

Una ligereza inesperada se apoderó de mí mientras caminaba hacia la salida de la clínica.

Todas las pendencias estaban resueltas, y yo estaba más que listo para comenzar mi “para siempre” con Marcela y con mis gemelas.

Capítulo 32



— Estoy pensando en hacer un curso, pero será después de que nuestras niñitas estén un poco más grandes, ¡claro! — dijo Jane.

Vi a mi hermana guiñar un ojo, y abrí una sonrisa mientras una pequena oleada de emoção se retorcía en mi estómago al pensar que en menos de un mes vería los rostros de Isabel y Eleonora.

¡Finalmente!

Quisiera decir que mi ansiedad era solo por cargarlas en brazos, pero también tenía un motivo bastante egoísta: no veía la hora de que los dolores de espalda —que estaban aún más intensos

porque mi barriga ya estaba enorme—, la hinchazón de mis piernas y la falta de aire que sentía al hacer cualquier esfuerzo físico desaparecieran. Lo peor de esas molestias era pasar prácticamente todo el día sin hacer nada, ya que mi obstetra había sugerido que tomara las últimas semanas para descansar.

Me preocupé mucho al principio, porque tenía que finalizar algunos proyectos, pero, por suerte, mi asistente —la que Cesare me ayudó a seleccionar— era bastante competente. De mi antiguo asistente, nunca más supe.

— ¿Qué te parece? — preguntó cuando no respondí.

¡Mierda! Últimamente me perdía demasiado en mis divagaciones, hasta el punto de necesitar que me llamaran de vuelta a la Tierra.

— Especializarse siempre es bienvenido, bella.

— Sí.

— ¿Qué piensas estudiar? — pregunté, intentando controlar el impulso de bostezar.

— Un curso enfocado en la enseñanza del lenguaje de señas, tanto italiano como el inglés americano.

— ¡Es muy tú! Siempre te gustó trabajar con inclusión y tienes un dominio buenísimo de los dos idiomas — dije lo obvio.

El rostro de mi hermana —que parecía cada vez más hermoso con el paso del tiempo, ya que los efectos de la quimioterapia habían quedado atrás, se sonrojó.

— ¡Tampoco tanto!

Le hice una mueca de disgusto.

— ¡Okay! — Levantó una mano hacia mí. — Tengo un buen dominio, aunque estoy un poco oxidada.

— Tonterías — repliqué con un tono muy parecido al que Cesare solía usar.

Sonreí. La convivencia hacía eso, aún más ahora que Cesare prácticamente vivía conmigo en mi departamento.

— ¡Hay un mercado laboral buenísimo para explorar! — Jane me ignoró con un gran rodar de ojos.

— ¡Está más que aprobado! ¿En qué universidad quieres hacerlo?

Intenté prestar atención a la conversación, pero mantenerme despierta se volvía cada vez más difícil, ya que la somnolencia era una marea violenta dentro de mí. Sin darme cuenta, me acomodé en el sofá, casi recostándome.

— Deberías irte a la cama y dormir un poco, ya que casi no descansaste por culpa de los dolores, bella — dijo Jane con tono maternal, seguramente al verme parpadear varias veces.

— ¡Estoy bien!

— Lo veo — dijo irónicamente, justo cuando me traicioné y bostecé. — ¡Deja de ser terca!

— Cesare ya está por llegar y quiero verlo antes de irme a dormir — repliqué.

Y al mencionar al "papá", ¡una de las gemelas decidió moverse justo encima de un nervio y me dio una punzada!

Solté un gemido y mi hermana se alarmó.

— ¡Patada! — dije sin rodeos.

— No le va a gustar saber que estás sacrificando tu bienestar por eso, Marcela.

— ¡No tiene por qué saberlo!

— ¡Pero lo va a saber, lógico!

— ¡Jane! ¡No seas pesada! — grité.

— ¡Solo quiero cuidar de ustedes y de mis sobrinas! — replicó.

— No me voy a morir por esto… pero Cesare me va a matar si se entera — dramatizé.

Jane puso los ojos en blanco.

— Lo extraño, Jane — susurré.

— Lo sé, bella.

— Entonces entiendes por qué quiero esperar a que llegue antes de dormir. Serás una niña buena y no le dirás nada. — Hice una pausa. — Y recuerda: ¡no estreses a una embarazada!

— Eso es chantaje.

— ¡No lo es!

— Sí que lo es… — suspiró, también dramatizando. — Estás muy mimada, ¿sabías?

— ¡La culpa es de ustedes dos!

— ¡Hey! — exclamó ella. — ¡Es más culpa de Cesare que mía!

— No lo niego, pero tú también tienes tu parte.

— ¡Yo mimé a mis sobrinas, no a ti! ¡Tú eres la aprovechada! — refunfuñó.

— Te amo, Jane — susurré.

Bufó, pero luego sonrió.

— Yo también te amo, ¡descarada!

Hice un sonido de desaprobación, y las dos estallamos en risas.

Mi risa se transformó en otro bostezo, y una punzada recorrió mi espalda baja.

Esta vez me tragué el quejido, pero forzosamente hice algún sonido, porque mi hermana insistió:

— Realmente, bella…

— Puedo aguantar un poco más despierta… — Otro bostezo me escapó.

— ¡Estos enamorados! — se burló.

— Son terribles, ¿no? — bromeé.

— ¡Dan asco!

— ¡Tampoco es para tanto!

— ¡Es mil veces peor!

Iba a decir que Jane tenía envidia, pero habría sido cruel.

— Deseo que te enamores otra vez, Jane — murmuré.

Ella forzó una sonrisa, pero no dijo nada.
Sabía que mi hermana ya no tenía esperanzas de enamorarse, y yo la entendía.

¿Yo misma no estuve igual de desilusionada? Al punto de no querer un padre para mis bebés…

Y mírame ahora: más de seis meses montándome en un moreno delicioso que no me cambió por una "calentona". Aquí estaba yo, formando una familia con él, enamorándome más y más de Cesare, al punto de casi decirlo en voz alta.

Lo mejor de todo era sentir que mis sentimientos eran correspondidos en su totalidad, aunque aún no hubiéramos dicho las palabras.

Yo lo amaba.
Cesare me amaba.

Fue inesperado para los dos

.

Entonces, ¿por qué no desear que mi hermana también tuviera un amor inesperado?

Un amor que no muriera ante la primera dificultad.

Un amor intenso.

Un amor que fuera fuego, deseo… y que la hiciera brillar aún más.

Jane, más que nadie, merecía eso.

Mientras deseaba la felicidad de mi hermana, volví a bostezar, sintiendo mis párpados cada vez más pesados.El sopor del sueño me arrastró y ya no pude luchar para mantenerme despierta.

No sé cuánto tiempo pasó. Solo sé que, después de un rato, escuché la voz del hombre que amaba, y enseguida sus brazos rodearon mi espalda antes de levantarme con cuidado.

Como si yo no pesara ni un gramo de esos veinte kilos demás, Cesare me llevó hasta nuestra cama, cuidándome, mimándome, amándome una vez más…

Capítulo 33



El gemido de dolor de mi mujer resonó en mis oídos.

Sentí un apretón en el pecho, que latía rápido, dominado por la euforia de saber que, por fin, el momento más esperado por nosotros había llegado.

La obstetra y la doula nos habían explicado todos los pormenores del parto natural, pero la realidad era muy diferente a la teoría.

Yo estaba angustiado con el sufrimiento de Marcela, aun sabiendo que el agua tibia que nos rodeaba —ya que ella había optado por el parto en el agua— y la anestesia ayudaban a contener un poco el dolor que parecía sentir con las contracciones fuertes.

—¡Dio! —exclamó, la voz saliendo estrangulada mientras se arqueaba hacia adelante, provocando una ola en la bañera.

—Vas muy bien, amore mio —le dije, deslizando mis manos por su espalda, masajeándola, deseando poder arrancar su dolor con mi toque o, si pudiera, ocupar su lugar.

Su respuesta vino en forma de otro gemido alto y doloroso, y estiró los brazos para aferrarse al borde de la bañera con ambas manos. Hice mi papel de apoyo mientras ella daba pequeños sacudones, apretando mi brazo con fuerza.

—Respira, mamá. Inhala con un poco más de fuerza y deja que tu cuerpo haga su trabajo —indicó la doula.

—¡Está bien! —contestó, jadeando.

Un minuto, dos, cinco, diez.

.

Los gemidos doloridos se volvían cada vez más altos, sus movimientos en el agua cada vez más inquietos por el malestar. Mi angustia crecía en la misma proporción.

Seguía sosteniendo a Marcela cuando lancé una mirada a Jane, que tomaba algunas fotos para registrar el momento, a pedido de su hermana. A diferencia de mí, mi cuñada, aunque con lágrimas de emoción, parecía tranquila. ¡La envidié! Yo estaba perdiendo la cabeza con tanta impotencia.

Stronzo…

—¿No sería mejor una cesárea, amore? —pregunté cuando ella soltó un grito que atravesó mi alma, mientras sus uñas se clavaban con fuerza en mi piel.

—¡No, yo puedo! —respondió con brusquedad antes de soltar otro sonido agudo.

—Está bien… —susurré, sintiéndome inseguro.

Bajo la instrucción y supervisión de las profesionales, el tiempo avanzaba con una lentitud terrible, hasta que Marcela dijo con voz jadeante y agotada por el esfuerzo:

—Estoy sintiendo… Ella está…

Marcela no terminó la frase. Gimiendo, dejó caer el cuerpo sobre el mío, estirando el brazo para apoyarse en el borde de la bañera.

La sostuve por las caderas y comencé a susurrarle palabras de aliento en el oído, porque era lo único que podía hacer, hasta que ella volvió a la posición anterior.

La obstetra y la enfermera se posicionaron.

Un minuto… Dos…

Un grito alto, lleno de dolor y alivio, cortó el aire, y vi a la doctora meter las manos en el agua para alzar a un ser diminuto entre las palmas. El llanto, que empezó bajo, pronto se volvió estridente, especialmente cuando mi cuñada soltó un gritito de emoción.

Mi corazón, ya acelerado, parecía dispuesto a salirse por mi boca.

Ante aquel sonido mágico —más alto incluso que los latidos frenéticos de mi propio corazón— mi visión se nubló, y mis emociones explotaron cuando vi el rostro arrugadito de Isabel, nuestra primogénita. Su cabello era negro y lacio. Su nariz, una copia perfecta de la de Marcela.

—¡Dio, dolcezza! ¡Es preciosa! —murmuré, sintiendo las lágrimas deslizarse por mis mejillas.

—Muchísimo… —susurró ella, estirando los brazos para recibir a la bebé, que lloraba con fuerza, una clara señal de que estaba muy sana.

Estiré el cuello lo más que pude para ver mejor a uno de mis angelitos cuando mi mujer la tomó en brazos y la acercó a su pecho. El llanto emocionado de Marcela se unió al de nuestra hija, y agradecí estar sentado detrás de ella en la bañera, porque me sentí tan débil que mis piernas no habrían soportado mi peso.

Pasé un brazo alrededor de mi mujer y rocé con la punta de mis dedos los deditos del pie de Isabel, recibiendo un pequeño choque al contacto, que me dejó aún más blando, con la respiración entrecortada.

Perdí toda noción del tiempo, hasta que Marcela dijo:

—Eleonora… está viniendo… —jadeó.

Sin pensarlo mucho, Marcela entregó a Isabel a la enfermera antes de que yo pudiera pedir que me la diera a mí, aunque mi posición no fuera la mejor.

Ella gimió al volver a inclinarse hacia adelante, sujetándose con fuerza del borde.

Quisiera decir que seguí apoyando a Marcela, pero no sería verdad. Mis ojos estaban fijos en mi pequeña, que lloraba aún más fuerte al ser separada del calor de la piel de su madre.

Dios… ¡Isabel era tan hermosa!

Por suerte, mi mujer no pareció necesitarme, y, entre gemidos e instrucciones de la doula —que reforzaba lo fuerte que era y que podía tomarse su tiempo— mi Eleonora nació.

El agua se agitó con varias ondas al salir, y Marcela, agotada, se desplomó sobre mí.

Instintivamente acaricié su brazo mientras el llanto igualmente fuerte de mi otra pequeña se unía al de su hermana.

Yo, ya convertido en rehén de emociones indescriptibles —una de las más poderosas del mundo—, lloré aún más al ver a mi otra bebita.

Padre.

¡Dios mío, era padre!

Por lo que veía, era el papá de las dos niñas más hermosas del mundo. No pensé en el trabajo que tendría para alejar a los idiotas cuando cumplieran cincuenta años.

Me quedé paralizado, grabando en mi memoria el momento en que, al otro lado de la bañera, frente a mí, las gemelas fueron colocadas sobre el pecho de Marcela. Aunque estaba visiblemente cansada y un poco temerosa por sostenerlas a ambas, una sonrisa curvó los labios de mi mujer mientras inclinaba el rostro para besar a una y luego a la otra.

Stronzo…

Era la escena más hermosa que había visto en mi vida, y dudaba que algo pudiera superarla. Sabía que la reviviría en mi mente todos los días.

No tardaron en ayudar a Marcela a quitarse la parte superior del bikini, y la doula la asistió para ofrecer el pecho a Eleonora e Isabel. Aproveché ese momento para acercarme a mis niñas, quedando hipnotizado al ver sus boquitas moverse de manera sincronizada al succionar los pezones de su mamá.

¡Eran tan hermosas! ¡Perfectas! E idénticas. Muy idénticas.

En mi arrogancia, cuando me preguntaban sobre ellas, siempre decía que nunca las confundiría, porque un padre distingue a sus hijos… pero, al mirarlas ahora, ya no estaba tan seguro.

Claro que no admitiría jamás que ya me estaba confundiendo.

—Soy un hombre con suerte —dije, tocando la cabecita de la que creía que era Eleonora, sintiendo la suavidad de su cabello fino.

—¿De verdad? —preguntó Marcela con dulzura.

Desvié la mirada hacia mi mujer.

—Tengo a las tres mujeres más hermosas del planeta… ¡y me aman!

—¿Quién dijo que te aman? —me provocó.

—Yo lo sé —afirmé con convicción.

Ella reviró los ojos, pero yo solo sonreí, tocando ahora el piececito delicado de Isabel.

—¿Sabes algo, dolcezza?

—Me lo vas a decir…

Bufé, y ella soltó una risita.

—Dime, Cesare —pidió cuando me quedé en silencio.

La miré, luego miré a nuestras hijas.

—Mi mayor suerte es poder amarlas a ustedes tres —dije con la voz quebrada.

—Y nuestra suerte, Cesare, es ser amadas por ti. Te amo, Cesare… —murmuró.

No era la primera vez que mi dolcezza me decía que me amaba, pero de alguna forma, esas palabras me sacudieron, haciendo que las lágrimas volvieran y mi pulso se acelerara.

El amor latía en cada parte de mí, y juré que ni el último latido de mi corazón sería capaz de arrancar este sentimiento.

Amar a Marcela, Eleonora e Isabel no era solo una misión de vida: era una misión de alma. Sería eterno, incondicional e irrevocable.

Si alguna duda me quedaba, desapareció por completo cuando viví mi "hora dorada", sosteniendo a mis bebés en brazos, cerrando ese ciclo de amor. Y al mirar a mi mujer, vi una sonrisa radiante en su rostro mientras contemplaba a nuestros angelitos en mis brazos.

Epílogo



Sin preocuparme por guardar el coche en el garaje, abrí la puerta del vehículo y caminé a pasos largos hacia la casa que Marcela y yo habíamos comprado, y que mi ahora esposa había decorado a nuestro gusto, transformándola en un verdadero hogar.

Escuché la risa de Francesco detrás de mí, burlándose de mi desesperación, pero no le di importancia.

Mi tío podía ser extremadamente irritante, pero más irritante aún era pasar dos días lejos de mis niñas.

Estar ausente, incluso después de cuatro años desde que nacieron, no se había vuelto más fácil con el tiempo.

Podía sonar exagerado, pero no me gustaba en lo absoluto viajar sin ellas; por desgracia, a veces era necesario, para mi

disgusto.

—Despacio, si no vas a lastimar a la mamá —escuché la voz amortiguada de Marcela cuando me acerqué al cuarto de juegos, el lugar donde más les gustaba estar a las gemelas cuando no estaban corriendo por los jardines.

—Deculpa, mamma —escuché la vocecita de mi hija.

—No tienes que disculparte, Bel, solo es un aviso —respondió ella con suavidad.

—Tá…

—¡Dame la mano, mamma! —pidió Eleonora.

—¡De acuerdo! ¿Me van a dejar linda para el papá?

—¡Vamu! —dijeron las dos casi al mismo tiempo, y sonreí.

Al llegar a la puerta, me apoyé en el marco y me quedé observándolas jugar al salón de belleza, como el idiota enamorado que soy de mis tres mujeres.

No aguanté más; como ninguna de las tres se había dado cuenta de mi presencia, decidí anunciarme, dando un paso al frente y entrando en el cuarto.

—¿Aceptan otro cliente, miei angeli?

Las tres se giraron hacia mí.

—¡Papà! —gritaron las gemelas al unísono antes de lanzar todo lo que tenían en las manos y correr hacia mí como dos pequeños huracanes.

Mi sonrisa se hizo aún más grande y, como siempre, me derretí más que un gelato al sol al escucharlas decir "papà".

Oír el llanto de las gemelas al nacer había sido indescriptible, pero escucharlas decir "papà" por primera vez había sido todavía más especial. Definitivamente, era mi palabra favorita en el mundo, y nunca me cansaría de oírla de labios de mis hijas. Nunca.

—Hola, miei amori —respondí, poniéndome de cuclillas para recibir dos de los abrazos que más ansiaba en la vida.

Eleonora e Isabel no me decepcionaron, lanzando sus bracitos delgados alrededor de mi cuello.

—Papà las extrañó muchísimo, ¿sabían eso? —murmuré, aspirando profundamente el aroma a fresa del shampoo que usaban.

—¡Tamén, papà! —gritó Bel.

—¡Yo tambéeen! ¡Muchote! —exclamó Nora enseguida.

Mi pecho explotó de alegría y dejé un beso en la coronilla de una y luego de la otra.

—¿Y del zio, que las ama un montón? —la voz de Francesco sonó a mis espaldas.

—¡Zio! —dos gritos animados respondieron, y yo, celoso, mantuve a mis niñas apretadas en mi abrazo.

—¿Dónde está mi abrazo? ¿Y mi beso? ¿Solo su papá recibe? —preguntó mi tío, fingiendo indignación.

—¡Yo tampoco recibí mis besos, zio! —reclamé, frunciendo el ceño ante la inconveniencia de Francesco.

—¡Los puedes recibir después! ¡El zio es más importante!

—¡En tus sueños!

—¡Traje bombones! —dijo, divertido.

—¡Papà, papà, suelta! —protestó Eleonora, mientras Isabel se retorcía tratando de escapar.

Muy a mi pesar, respeté la voluntad de las gêmeas y las solté.

Me sentí decepcionado —y más celoso aún— cuando pasaron de largo sin darme un beso ruidoso en la mejilla y fueron directo

hacia Francesco.

"¡A Francesco no!", me corregí, "a los bombones".

Eleonora e Isabel nunca me cambiarían por ese idiota… pero por bombones…

—Creo que tendrás que conformarte conmigo, Cesare —bromeó Marcela acercándose.

Me incorporé y rodeé sus caderas antes de responder:

—Tú nunca serás un premio de consolación, dolcezza. ¡Tú eres el premio completo! —dije, mirando el rostro que amaba con locura.

—¡Bobo! —me dio un golpecito en el hombro.

—Soy completamente bobo por ti.

—¿De verdad? —sonrió.

—Muchísimo.

Deslicé mi mano por la espalda de Marcela y sentí su cuerpo arquearse suavemente bajo mi palma.

Un latigazo de excitación me recorrió.

Podían pasar años, décadas, pero mi cuerpo siempre reaccionaría al suyo con la misma intensidad visceral.

El deseo palpitaba, y, igual que mi amor por ella, jamás desaparecería.

—Te extrañé —dije con malicia, viendo sus ojos brillar.

—Yo también, amor —susurró, llevando una mano a mi nuca.

No necesité más invitación y tomé sus labios en un beso suave y casto —estábamos frente a nuestras hijas— pero cargado de promesas para una noche muy caliente.

Ya contaba los minutos para que se diera la "fusión" de nuestros cuerpos, y por su mirada verde avellana, ella también los contaba.

Schianto.

—¿Ya te dije hoy que te amo, dolcezza? —mi voz salió entrecortada.

—No recuerdo haberte escuchado, amor —me provocó, aunque yo sí recordaba haberlo dicho más temprano.

—Te amo, Marcela… con mi alma, con mi cuerpo… —murmuré entre pequeños besos.

—¿Y con tus miles de millones?

Hice una mueca.

—Estás arruinando mi declaración romántica, dolcezza —gruñí, conteniendo mis ganas de darle una palmada en el trasero.

—¿Decir "miles de millones" no es romántico? —se burló.

Antes de que pudiera responder, sentí un tirón en mi pantalón.

—¡Papà!

—Hola, angelo —aparté la mirada de mi mujer y vi a Eleonora, con la carita completamente sucia de chocolate.

—¡Vamu brincá! —gritó emocionada, con una sonrisa que me derretía por dentro y me impedía negarle cualquier cosa.

—Ve a ponerte guapo para mí —bromeó Marcela, dándome unos golpecitos en los hombros.

—¡Ya soy guapo! —refunfuñé, haciendo una mueca.

Sus ojos brillaron.

—Pero te ves mucho más guapo con colitas en el pelo, maquillaje y las uñas pintadas, amor.

Chasqueé la lengua, y ella soltó una carcajada sonora.

—¡Papà! —Eleonora volvió a llamarme, esta vez tomando mi mano.

—Quiero el tratamiento completo —dije, como si fuera una clienta más de su salón.

—¡Tá bom! —respondió ella, entusiasmada, tirando de mí hacia el "salón de belleza" donde mi tío ya se dejaba decorar por Isabel.

—¿Qué labial te vas a poner hoy, zio? —pregunté en tono burlón.

—El rosa. ¿Y tú, piccolo?

—¡Vô passá o vemelho, papà! —respondió Nora por mí, agarrando un maquillaje.

—¡Le quedará hermoso a tu papá! —zombó mi tío—. Y para combinar, ponle mucho rubor rosa, ¿eh?

Tuve que contener la cara de fastidio; quería convertirme en un verdadero payaso.

—Ponle sombra verde a tu zio, Bel, para combinar con sus ojos —contraataqué.

—Tá bom, papà —aceptó.

Francesco chasqueó la lengua en desaprobación, pero noté —por el rabillo del ojo— que tenía una sonrisa enorme mientras mi pequeña le pedía que inclinara un poco la cabeza hacia atrás.

Sonreí.

Yo no era el único rendido ante mis niñas. Francesco también había caído rendido a las gemelas.

¿Y cómo no caer?

Eran hermosas, divertidas, inteligentes

.

Y para siempre, los amores inesperados del papà.

AGRADECIMIENTO

Una historia más con gemelos, un libro más escrito sin tenerte aquí, mamá.

Después de mi relectura, me pregunto qué pensarías de esta historia. Es duro no tener tus opiniones, no tenerte pidiendo un capítulo más, pero aquí estoy yo, una vez más, intentando eternizar el amor que recibí, tanto de ti como de mi padre, por medio del amor de Marcela y Cesare por sus gemelas. Estoy segura de que no logré acercarme ni un poco, al fin y al cabo, las palabras no siempre consiguen traducir los sentimientos, especialmente uno tan fuerte como el tuyo por tus "globitos".

Agradezco ese amor todos los días de mi vida. Como Cesare, tengo la suerte de haber sido amada por ustedes.

Amanda, mi alma gemela —literalmente. No sabes cuánto agradezco tu existencia y el hecho de que mamá me haya dado a ti. Me mantienes de pie, me mantienes viva. Eres el pilar que me sostiene. Tus opiniones son valiosas, y tengo muchísima suerte de que te dispongas a leer mis capítulos, de que tomes mi mano y pongas mi cabeza en su lugar cuando pienso en rendirme o en "guardar en un cajón" mis textos. Te amo, hermana.

P. D.: Jane y Marcela tienen un poco de nosotras dos, como debes haber notado jajajajajaja.

Fadinha Ana y mi Duendecito Pedro, sé que estoy siendo repetitiva, pero solo tengo palabras de agradecimiento por el destino que puso a los dos en mi vida. Su amistad, el apoyo, los abrazos "virtuales" que nos damos todos los días son extremadamente importantes para mí. Ustedes dos siempre serán mi familia del corazón.

A las autoras más que talentosas, Alicia Bianchi y Val Barboza, gracias por formar parte de mi carrera, por incentivarme, por darme sus opiniones, por compartir ideas y experiencias conmigo. Puede que no lo parezca, pero soy muy agradecida por los jalones de oreja y también por todas las veces que piensan en desistir de mí o se enfadan. Sé que a veces me lo merezco. ¡Que 2025 sea nuestro!

Mis lectoras y también amigas, que están conmigo en WhatsApp o en mi Instagram, gracias por abrazarme de la forma en que lo hacen; gracias por esperar cada lanzamiento mío con tanto entusiasmo y amor. Gracias por recomendarme, por volverse locas, por apoyarme.

Por último, gracias a ti, lectora, que llegaste hasta el final de este libro. Espero que te hayas emocionado, sonreído e incluso enojado con Cesare, queriendo darle unos buenos "coscorrones". Esta autora está inmensamente agradecida por tu lectura y por tu cariño hacia mi trabajo; al fin y al cabo, tú, más que nadie, eres quien mueve mi escritura. Sin ti, mis historias perderían su sentido.

Un beso enorme para ti, ¡y hasta la próxima! ?? ✨

Lea también

El bebè desconocido del multimillonário

https://amzn.eu/d/2zLNBht

Sinopsis

Cuando el mejor amigo del empresario inversor Riccardo Mazoni lo dejó plantado esperándolo en una discoteca, el multimillonario italiano no imaginaba que terminaría viviendo una madrugada ardiente con una morena seductora, y mucho menos que, a la mañana siguiente del encuentro, tendría que salir corriendo a una reunión de emergencia, dejándole solo su número de teléfono.
Encantado, esperó una llamada, pero esta nunca llegó. Sintiéndose rechazado, el empresario estaba decidido a seguir adelante, hasta que un accidente casi le costó la vida y lo dejó parapléjico.
Lo que el multimillonario no esperaba era que, casi dos años después, se encontraría cara a cara con la mujer que jamás logró olvidar. Arrogante, estaba decidido a descubrir por qué Juliana lo había rechazado, pero no esperaba que ella tuviera una dulce noticia que contarle...